

VIDA, Y HECHOS

DEL INGENIOSO CAVALLERO

P. 21075

# D. QUIXOTE DE LA MANCHA.

COMPUESTA

POR MIGUEL DE CERVANTES

*Saavedra.*

T O M O III.

DEDICADO AL MISMO DON QUIXOTE.



CON LICENCIA.

Barcelona: Por JUAN JOLIS Impresor.

400840  
MADE IN SPAIN



REPUBLICA FEDERAL DE  
PARAGUAY

1977



## APROBACION DEL LICENCIADO

Francisco Marqués Torres.

Por Comisión del señor Doctor Gutierrez de Cetina, Vicario General de esta Villa de Madrid, Corte de su Magestad, he visto este Libro de la segunda Parte del ingenioso Cavallero *Don Quixote de la Mancha*, por Miguel de Cervantes Saavedra, y no hallo en él cosa indigna de un Christiano zeloso, ni que disuene de la decencia devida à un buen exemplo, ni virtudes Morales; antes mucha erudicion, y aprovechamiento; assi en la continencia de su bien seguido assumpto, para extirpar los vanos, y mentirosos Libros de Cavallerias, cuyo contagio havia cundido mas de lo que fuera justo, como en la lisura del lenguaje Castellano, no adulterando con enfadosa, y estudiada afectacion, (vicio con razon aborrecido de hombres cuerdos) y en la correccion de vicios, que generalmente toca, ocasionado de sus agudos discursos, guarda con tanta cordura las leyes de reprehension Christiana, que aquel que fuere tocado de la enfermedad, que pretende curar, en lo dulce, y sabroso de sus medicinas, gustosamente havrá bebido (quando menos lo imagine) sin empacho, ni asco alguno, lo provechoso de la detestacion de su vicio, con que se hallará (que es lo mas dificil de conseguir) gustoso, y repre-

hendido. Ha havido muchos, que por no haver sabido templar, ni mezclar à proposito lo util con lo dulce, han dado con todo su molesto trabajo en tierra, pues no pudiendo imitar à Diogenes en lo Philosopho, y Docto, atrevida (por no decir licenciosa, y desalumbreadamente) le pretenden imitar en lo Cinico, entregandose à maldicientes, inventando casos, que no passaron, para hacer capáz al vicio que tocan, de su aspera reprehension; y por ventura descubren caminos para seguirle, hasta entonces ignorados: con que vienen à quedar, si no reprehensores, à lo menos Maestros de él: hacen odiosos à los bien entendidos; con el Pueblo pierden el credito (si alguno tuvieron) para admitir sus escritos; y los vicios, que arrojada, è imprudentemente quisieron corregir, quedan en muy peor estado, que antes; que no todas las postemas à un mismo tiempo están dispuestas para admitir las recetas, ò cauterios; antes algunos mucho mejor reciben las blandas, y suaves medicinas, con cuya aplicacion el atentado, y docto Medico consigue el fin de resolverlas: termino, que mucho veces es mejor, que no el que se alcanza con el rigor del hierro. Bien diferente han sentido de los Escritos de *Miguel de Cervantes*, assi nuestra Nacion, como las estrañas; pues como à milagro desean vér al Author de Libros, que con general aplauso, assi por su de-

coro,

coro, y decencia, como por la suavidad, y blandura de sus discursos, han recibido España, Francia, Italia, Alemania, y Flandes. Certifico con verdad, que en 25. de Febrero de este año de 615. haviendo ido el Ilustrissimo Señor Don Bernardo de Sandoval y Roxas, Cardenal, Arzobispo de Toledo, mi Señor, à pagar la visita, que à su Ilustrissima hizo el Embaxador de Francia, que vino à tratar cosas tocantes à los casamientos de sus Principes, y los de España; muchos Cavalleros Franceses, de los que vinieron acompañando à el Embaxador, tan corteses, como entendidos, amigos de buenas Letras, se llegaron à mi, y à otros Capellanes del Cardenal mi Señor, deseosos de saber, qué Libros de ingenio andaban mas validos; y tocando acaso en este, que yo estaba censurando, apenas oyeron el nombre de *Miguel de Cervantes*, quando se comenzaron à hacer lenguas, encareciendo la estimacion en que assi en Francia, como en los Reynos sus confinantes, se tenian sus Obras, LA GALATEA, que alguno de ellos tiene en la memoria, LA PRIMERA PARTE de esta, y las NOVELAS. Fueron tanto sus encarecimientos, que me ofrecí à llevarlos à que viessen el Author de ellas, que estimaron con mil demonstraciones de vivos deseos. Preguntaronme muy por menor su edad, su profession, calidad, y cantidad. Halléme obligado à decir, que



que era viejo, Soldado, Hidalgo, y pobre. A que uno respondió estas formales palabras: Pues à tal hombre no le tiene España muy rico, y sustentado del Erario publico? Acudió otro de aquellos Cavalleros, con este pensamiento, y con mucha agudeza, y dixo: Si necesidad le ha de obligar à escribir, plega à Dios, que nunca tenga abundancia para que con sus Obras, siendo él pobre, haga rico à todo el Mundo. Bien creo, que esta ( para Censura un poco larga ) alguno dirá, que toca los limites de lisongero elogio: mas la verdad de lo que cortamente digo, deshace en el Critico la sospecha, y en mí el cuydado; además, que el día de hoy no se lisongea à quien no tiene con que cebar el pico del Adulador, que aunque afectuosa, y falsamente dice de burlas, pretende ser remunerado de veras. En Madrid à 27. de Febrero de 1615.

*El Lic. Marquez Torres,*

## LICENCIA DEL CONSEJO.

Don Juan de Peñuelas, Secretario de Cámara del Rey nuestro Señor, y de Gobierno del Consejo por lo tocante à los Reynos de la Corona de Aragón.

Certifico, que por los Señores de él se ha concedido licencia à Juan Jolis, Impessor en la Ciudad de Barcelona, para que por una vez pueda reimprimir, y vender los Tomos de la *Vida, y Hechos del Ingenioso Cavallero Don Quixote de la Mancha, compuesto per Miguel de Cervantes de Saavedra*, con tal de que la dicha reimpression se haga en papel fino por lo impressos, que sirven de Originales, que están firmados, y rubricados de mi mano, y antes que se vendan, se traygan al Consejo junto con ellos, y certificaciones del Corrector General de hallarse conformes para que se tassén los precios à que se han de vender; guardando en su Reimpression lo dispuesto por Leyes, y Pragmaticas de estos Reynos. Y para que conste, doy esta Certificacion en Madrid, à veinte y uno de Mayo de mil setecientos cinquenta y cinco.

*Don Juan de Peñuelas.*

LICEN-

FER

**H**E visto el tercero Tomo de la Historia de Don Quixote de la Mancha, compuesto por Don Miguel Cervantes Saavedra, y corresponde al que le sirve de Original. Madrid, y Julio 20. de 1755.

*Lic. D. Manuel Licardo de Rivera.*

Corrector General por su Mag.

---

SUMA DE LA TASSA.

**T**Assaron los Señores del Real, y Supremo Consejo de Castilla este Tomo tercero de la Historia de Don Quixote de la Mancha, compuesta por Don Miguel de Cervantes Saavedra à seis maravedis cada pliego, como mas largamente consta de su Original, à que me remito.

PRO-

# PROLOGO AL LECTOR.

**V**ALEME Dios, y con quanta gana debes de estar esperando ahora, Lector illustre (ò qualquier Plebeyo) este Prologo, creyendo hallar en él venganzas, riñas, y vituperios del Author del SEGUNDO DON QUIXOTE; digo de aquel, que dicen, que se engendró en Tordesillas, y nació en Tarragona; pues en verdad, que no te he de dar este contento, que puesto que los agravios despiertan la colera en los mas humildes pechos, en el mio ha de padecer excepcion esta regla. Quisieras tu, que lo diera del Asno, del mentecato, y del atrevido; pero no me passa por el pensamiento; castiguele su pecado, con su pan se lo coma, y hallá se ió haya. Lo que no he podido dexar de sentir, es, que me note de Viejo, y de Manco, como si huviera sido en mi mano haver detenido el tiem-

o,

po, que no passasse por mi , ó si mi Manquebidia , que en realidad de verdad , de dos que  
 dad hubiera nacido en alguna Taberna , sin hay , yo no conozco sino à la santa , à la noble,  
 en la mas alta ocasion , que vieron los siglos y bien intencionada ; y sin esto assi , como lo  
 passados , los presentes , ni esperen vér los ve es , no tengo yo de perseguir à ningun Sacer-  
 nideros. Si mis heridas no resplandecen en lo dote , y mas si tiene por añadidura ser Fami-  
 ojos de quien las mira , son estimadas à liar del Santo Oficio ; y si él lo dixo por quien  
 menos en la estimacion de los que saben don parece que lo dixo , engañóse de todo en  
 de se cobraron , que el Soldado mas bien pa todo , que de tal adoro el ingenio , admiro las  
 rece muerto en la batalla , que libre en la f. Obras , y la ocupacion continua , y virtuosa.  
 ga ; y es esto en mi de manera , que si ahon Pero en efecto le agradezco à este señor Au-  
 me propusieran , y facilitáran un imposible thor el decir , que mis NOVELAS son mas  
 quisiera antes haverme hallado en aquella fac SATYRICAS , que EXEMPLARES ; pero  
 cion prodigiosa , que sano ahora de mis her que son buenas , y no lo pudiesen ser sino tu-  
 das , sin haverme hallado en ella. Las que vieran de todo. Pareceme , que me dices , que  
 Soldado muestra en el rostro , y en los pechos ando muy limitado , y que me contengo mu-  
 estrellas son , que guian à los demás al Cielo cho en los terminos de mi modestia , sabiendo  
 de la honra , y al de desear la justa alabanza que no se ha de añadir afliccion al afligido , y  
 Y hase de advertir , que no se escribe con la que la que debe de tener este Señor , sin duda  
 canas , sino con el entendimiento , el qual sue es Grande , pues no ossa parecer à campo abier-  
 le mejorarse con los años. He sentido tam to , y al cielo claro , encubriendo su nombre,  
 bien , que me llame embidioso , y que , como fingiendo su Patria , como si hubiera hecho  
 à ignorante me descriva , qué cosa sea la Em alguna traicion de lesa Magestad. Si por ven-  
 bi- tura

tura llegáres à conocerle , dile de mi parte que no me tengo por agraviado , que bien lo que son tentaciones del demonio ; y que una de las mayores es ponerle à un hombre el entendimiento , que puede componer , imprimir un Libro , con que gane tanta fama como dineros , y tantos dineros , quanta fama y para confirmacion de esto quiero , que con tu buen donayre , y gracia le cuentes este Cuento.

Havia en Sevilla un Loco , que dió en el mundo ; y fué , que hizo un cañuto de caña puntiagudo en el fin , y en cogiendo algun perro en la calle , ò en qualquiera otra parte con el un pié le cogia el suyo , y el otro le alzaba con la mano , y como mejor podia le acomodaba el cañuto en la parte , que soplando le ponía redondo como una pelota ; y en teniendolo de esta suerte , le daba dos palmaditas en la barriga , y le soltaba , diciendo à los circunstantes ( que siempre eran muchos :

pensarán vuestras mercedes ahora , que es poco trabajo inchar un perro : pensará vuestra merced ahora , que es poco trabajo hacer un Libro. Y si este cuento no le quadrare , dirasle , Lector Amigo , este que tambien es de Loco , y de perro.

Havia en Cordoba otro Loco , que tenía por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de marmol , ò un canto no muy liviano ; y en topando algun perro descuydado , se le ponía junto , y à plomo dexaba caer sobre él el peso ; amohinabase el perro , y dando ladridos , y ahullidos , no paraba en tres calles. Sucedió , pues , que entre los perros en que descargó la carga , fué uno un perro de un Bonetero , à quien queria mucho su dueño ; baxó el canto , dióle en la cabeza , alzó el grito el molido perro , viólo , y sintiólo su Amo , asió de una vara de medir , y salió al Loco , y no le dexó hueso sano ; y à cada palo que le daba decia : Perro , ladrón , à mi podenco ? no viste , cruel , que era podenco mi perro ? Y re-

pitindole el nombre de podenco muchas veces, y liberalidad bien conocida, ces, embió al Loco hecho un alheña. Escar. contra todos los golges de mi corta fortuna, menfó el Loco, y retiróse, y en mas de un me tiene en pié) y vivame la suma caridad de mes no salió à la Plaza; al cabo de el qual el Ilustrissimo de Toledo Don Bernardo de tiempo bolvió con su invencion, y con mas Sandovál y Roxas, y siquiera no haya Impren- carga. Llegabase donde estaba el perro, y miran- tas en el mundo, y siquiera se impriman con- dolo muy bien de hito en hito, y sin querer, ntra mi mas Libros, que tienen letras las CO- atreverse à descargar la piedra, decia: Este es PLAS DE MINGO REBULGO. Estos dos podenco, guarda. En efecto, todos quanto Principes, sin que los solicite adulacion mia, perros topaba, aunque fuessen halanos, ó goz- si otro genero de aplauso, por sola su bondad, quez, decia, que eran podencos; y assi no- han tomado à su cargo el hacerme merced, y seltó mas el canto: quizá de esta suerte le po- favorecerme en lo que me tengo por mas di- drá acontecer à este Historiador, que no se- hoso, y mas rico, que si la Fortuna por ca- atreverá à soltar mas la presa de su ingenio en- nino ordinario me huviera puesto en su cum- Libros, que en siendo malos son mas duros, pre. La honra puedela tener el pobre, pero que las peñas. Dile tambien, que de la ame- no el vicioso: la pobreza puede anublar à la naza que me hace, que me ha de quitar la ga- nobleza, pero no obscurecerla de el todo; nancia con su Libro, no se me dá un ardite, pero como la virtud dé alguna luz de sí, aun- que acomodandome al Entremés famoso de la- que sea por los inconvenientes, y resquicios Perendenga, le respondo, que me viva el de la estrechez, viene à ser estimada de los Veinte y Quatro mi señor, y Christo con to- altos, y nobles espíritus, y por consiguiente dos. Viva el gran Conde de Lemos, (cuya- favorecida; y no le digas mas, ni yo quiero decir-

decirté mas à tí, sino advierte, que con-  
deres, que esta SEGUNDA PARTE DE DON  
QUIXOTE, que te ofrezco, es cortada de  
mismo Artífice, y del mismo paño, que la  
PRIMERA; y que en ella te doy à Don Qui-  
xote dilatado, y finalmente muerto, y sepul-  
tado, porque ninguno se atreva à levantar  
nuevos testimonios, pues baste los passados,  
y basta tambien, que un hombre honrado ha-  
ya dado noticias de estas discretas locuras, si-  
querer de nuevo entrarse en ellas, que la abun-  
dancia de las cosas, aunque sean buenas, ha-  
que no se estimen; y la carestía (aun de las  
malas) se estiman en algo. Olvidabaseme  
decirte, que esperes el *PERSILES*, que yo  
estoy acabando, y la Segunda parte de la *GALATEA*. VALE.

VIDA, Y HECHOS

DEL INGENIOSO HIDALGO

D. QUIXOTE

DE LA MANCHA.

PARTE SEGUNDA.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO I.

DE LO QUE EL CURA, Y EL BARBERO  
passaron con Don Quixote cerca  
de su enfermedad.



CUENTA Cide Hamete Benengeli en  
la Segunda Parte de esta Historia, y  
tercera salida de Don Quixote, que  
el Cura, y el Barbero se estuvieron  
casi un mes sin verle, por no reno-  
varle, y traerle à la memoria las cosas passa-  
das;

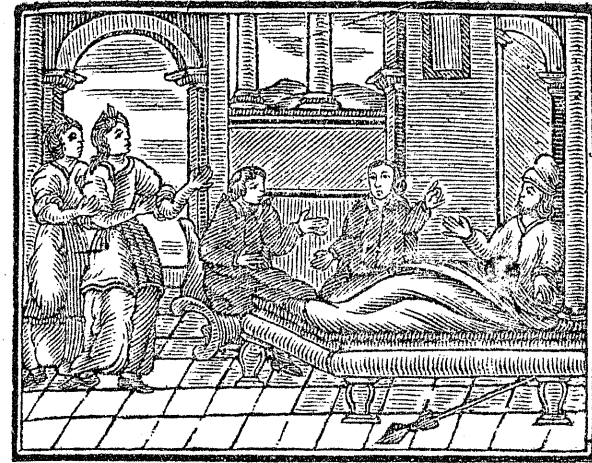
VIDA, Tom. III.

A

2 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
 das ; pero no por esto dexaron de visitar à su  
 sobrina , y à su ama , encargandolas tuviessen  
 cuenta con regalarle , dandole à comer cosas  
 confortativas , y apropiadas para el corazon , y  
 el cerebro, de donde procedia ( segun buen dis-  
 curso ) toda su mala ventura : las quales dixe-  
 ron , que assi lo hacian , y lo harian con la vo-  
 luntad , y cuydado possible , porque echaban de  
 vér que su señor , por momentos , iba dando  
 muestras de estar en su entero juicio; de lo qual  
 recibieron los dos gran contento , por parecer-  
 les , que havian acertado en haverle traído en-  
 cantado en el carro de los bueyes ( como se  
 contó en la Primera Parte en esta tan grande  
 como puntual Historia, en su ultimo Capitulo  
 y assi determinaron de visitarle , y hacer expe-  
 riencia de su mejoría , aunque tenian casi por  
 imposible , que la tuviesse ; y acordaron de no  
 tocarle en ningun punto de la Andante Cava-  
 lleria , por no ponerse à peligro de descoser los  
 de la herida , que tan tiernos estaban.

Visitaronle en fin , y hallaronle sentado en  
 la cama , vestido de una almilla de vayeta ver-  
 de , con un bonete colorado Toledano ; y estaba  
 tan seco , y amojamado , que no parecia sino  
 hecho de carne momia. Fueron de él muy bien  
 recibidos : preguntaronle por su salud , y él dió  
 cuenta de sí , y de ella con mucho juicio ,  
 con muy elegantes palabras : y en el discurso  
 de su platica vinieron à tratar en esto que il-

man



man razon de Estado , y modo de Gobierno,  
 enmendando este abuso , y condenando aquel,  
 reformando una costumbre , y desterrando otra,  
 haciendose cada uno de los tres un nuevo Le-  
 gislador , un Licurgo moderno , ò un Solón fla-  
 mante ; y de tal manera renovaron la Republi-  
 ca , que no pareció sino que la havian puesto  
 en una fragua , y sacado otra de la que pusie-  
 ron ; y habló Don Quixote con tanta discrecion  
 en todas las materias que se tocaron , que los  
 examinadores creyeron indubitavelmente , que  
 estaba del todo bueno , y en su entero juicio.  
 Hallaronse presentes à la platica la sobrina , y  
 ama,

A 2

ama, y no se hartaban de dár gracias à Dios de ver à su señor con tan buen entendimiento: Pero el Cura, mudando el proposito primero, que era de no tocarle en cosa de Cavallerias, quiso hacer de todo en todo experiencia, si la sanidad de Don Quixote era falsa, ò verdadera; y assi de lance en lance vino à contar algunas nuevas, que havian venido de la Corte; y entre otras dixo: Que se tenia por cierto, que el Turco baxaba con una poderosa Armada, y que no se sabia su designio, ni adonde havia de descargar tan gran nublado; y con este temor, que casi cada año nos toca al arma, estaba puesta en ella toda la Christiandad, y su Magestad havia hecho proveer las Costas de Napoles, Sicilia, y la Isla de Malta. A esto respondió Don Quixote: Su Magestad ha hecho como prudentissimo guerrero en proveer sus Estados con tiempo, porque no le halle desapercibido el enemigo; pero si se tomára mi consejo, aconsejára yo, que usára de una prevencion, de la qual su Magestad la hora de ahora debe estar muy ageno de pensar en ella. Apenas oyó esto el Cura, quando dixo entre sí: Dios tenga de su mano, pobre Don Quixote, que parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura, hasta el profundo abismo de tu simplicidad. Mas el Barbero (que ya havia dado el mismo pensamiento que el Cura) preguntó Don Quixote: Qual era la advertencia de la

pre-

prevencion, que decia era bien se hiciesse, quizá podria ser tal, que se pusiesse en la lista de los muchos advertimientos impertinentes, que se suelen dár à los Principes? El mio, señor Rabadador (dixo Don Quixote) no será impertinente, sino perteneciente. No lo digo por tanto, replicó el Barbero, sino porque tiene mostrado la experiencia, que todos los mas arbitrios que se dán à su Magestad, ó son impossibles, ò disparatados, ò en gran daño del Rey, ò del Reyno. Pues el mio, respondió Don Quixote, ni es imposible, ni disparatado, sino el mas facil, el mas justo, y el mas mañero, y breve, que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno. Ya tarda en decirle vuestra merced, señor Don Quixote, dixo el Cura. No querria, dixo Don Quixote, que le dixesse yo aqui ahora, y amaneciesse mañana en los ohidos de los señores Consejeros, y se llevasse otro las gracias, y el premio de mi trabajo. Por mi, dixo el Barbero, doy la palabra, para aqui, y para adelante de Dios, de no decir lo que vuestra merced dixere à Rey, ni à Roque, ni à hombre terrenal: juramento que aprendi del romance del Cuento que le havia robado las cien doblas, y la sumula andariega. No sè de Historias, dixo Don Quixote; pero sè que es bueno esse juramento, en fee de que sè, que es hombre de bien el señor Barbero. Quando no lo fuera, dixo el Cura,

yo



yo le abono, y salgo por él, que en este caso no hablará mas que un mudo, so pena de pagarlo juzgado, y sentenciado. Y à vuestra merced quien le fia, señor Cura? dixo Don Quixote. Mi profession, respondió el Cura, que es de guardar secreto. Cuerpo de tal, dixo à esta sazón Don Quixote, hay mas sino mandar à su Magestad por publico pregón, que se junten en el Corte para un dia señalado todos los Cavalleros Andantes, que vagan por España, que aunque no viniessen sino media dócena, tal podria venir entre ellos, que solo bastasse à destruir toda la potestad del Turco. Estenme vuestras mercedes atentos; y vayan conmigo. Por ventura es cosa nueva deshacer un solo Cavallero Andante un Exército de doscientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta, ò fueran hechos de alfeñique? Sino diganme, quantas Historias están llenas de estas maravillas? Havia, en hora mala para mí, que no quiero decir para otro, de vivir hoy el famoso Don Belianis, ò alguno de los del innumerable linage de Amadis de Gaula, que si alguno de estos hoy viviera, y con el Turco se afrontara, à fee, que no le arrendara la ganancia; pero Dios mirará por su Pueblo, y deparará alguno, que sino tan bravo como los passados Andantes Cavalleros, à lo menos no le será inferior en el animo; y Dios me entiende, y no digo mas. Hay, dixo à este punto la sobrina

que

que me maten si no quiere mi señor bolver à ser Cavallero Andante. A lo que dixo Don Quixote: Cavallero Andante he de morir, y baxe, ò suba el Turco quando él quisiere, y quan poderosamente pudiere, que otra vez digo, que Dios me entiende. A esta sazón dixo el Barbero: Suplico à vuestras mercedes, que se me de licencia para contar un cuento breve, que sucedió en Sevilla, que por venir aqui como de molde, me dá gana de contarle. Dió la licencia Don Quixote, y el Cura, y los demás le prestaron atencion, y èl comenzó de esta manera:

En la Casa de los Locos de Sevilla estaba un hombre, à quien sus parientes havian puesto allí por falta de juicio: era graduado en Canones por Ossuna; pero aunque lo fuera por Salamanca (segun opinion de muchos) no dexara de ser loco. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, se dió à entender; que estaba cuerdo, y en su entero juicio; y con esta imaginacion escribió al Arzobispo, suplicandole encarecidamente, y con muy concertadas razones le mandasse sacar de aquella miseria en que vivia, pues por la misericordia de Dios havia ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, le tenian allí, à pesar de la verdad, querian que fuesse loco hasta la muerte. El Arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados, y discretos, mandó à un Capellán suyo se

in-

8 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
informasse del Retor de la Casa, si era verda-  
lo que aquel Licenciado le escrivia, y que assi  
mismo hablasse con el loco, y que si le pare-  
ciesse que tenia juicio, le sacasse, y pusiesse en  
libertad. Hizolo assi el Capellán; y el Retor le  
dixo, que aquel hombre aun se estaba loco, que  
puesto que hablaba muchas veces como perso-  
na de grande entendimiento, al cabo disparaba  
con tantas necedades, que en muchas, y en  
grandes igualaban à sus primeras discreciones  
como se podia hacer la experiencia hablando  
le. Quiso hacerla el Capellán, y poniendole  
con el loco, habló con él una hora, y mas,  
en todo aquel tiempo jamás el loco dixo razon  
torcida, ni disparatada; antes habló tan asser-  
tadamente, que el Capellán fuè forzado à creer  
que el loco estaba cuerdo; y entre otras cosas  
que el loco le dixo, fuè, que el Retor le tenia  
ojeriza, por no perder los regalos, que sus pa-  
rientes le hacian, porque dixesse, que aún esta-  
ba loco, y con lucidos intervalos, y que era  
mayor contrario, que en su desgracia tenia  
era su mucha hacienda, pues por gozar de ella  
sus enemigos, ponian dolo, y dudaban de su  
merced, que nuestro Señor le havia hecho, en  
bolverle de bestia en hombre. Finalmente, él  
habló de manera, que hizo sospechoso al Retor  
codiciosos, y desalmados à sus parientes, y  
él tan discreto, que el Capellán se determinò  
llevarsele consigo à que el Arzobispo le viesse,

*D. Quixote de la Mancha. P.II.Lib.V.* 9  
tocasse con la mano la verdad de aquel negocio.  
Con esta buena fee, el buen Capellán pidió al  
Retor, mandasse dár los vestidos con que allí  
havia entrado el Licenciado. Bolvió à decir el  
Retor, que mirasse lo que hacia, porque sin  
duda alguna el Licenciado aún se estaba loco.  
No sirvieron de nada para con el Capellán las  
prevenciones, y advertimientos del Retor, pa-  
ra que dexasse de llevarle. Obedeció el Retor  
viendo ser orden del Arzobispo: pusieron al Li-  
cenciado sus vestidos, que eran nuevos, y de-  
centes: y como él se vió vestido de cuerdo, y  
desnudo de loco, suplicó al Capellán, que por  
caridad le diesse licencia para ir à despedirse  
de sus compañeros los locos: el Capellán dixo,  
que él le queria acompañar, y ver los locos  
que en la Casa havia: subieron en efecto, y con  
ellos algunos que se hallaron presentes; y lle-  
gando el Licenciado à una jaula adonde estaba  
un loco furioso, aunque entonces sossegado, y  
quieto, le dixo: Hermano mio, mire si me  
manda algo, que me voy à mi casa, que ya  
Dios ha sido servido, por su infinita Bondad, y  
Misericordia, sin yo merecerlo, de bolverme  
mi juicio; ya estoy sano, y cuerdo, que acer-  
ca del Poder de Dios ninguna cosa es impossi-  
ble; tenga grande esperanza, y confianza en  
él, que pues à mi me ha buelto à mi primer  
estado, tambien le bolverá à él, si en él confia:  
yo tendré cuydado de embiarle algunos rega-  
los

los que coma, y comalos en todo caso, que hago saber, que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estomagos vacios, y los celobros llenos de ayre: esfuercese, esfuercese que el descaecimiento en los infortunios, apoca la salud, y acarrea la muerte. Todas estas razones del Licenciado escuchó otro loco, que estaba en otra jaula, frontero de la del furioso y levantandose de una estera vieja donde estaba echado, y desnudo en cueros, preguntó grandes voces, quien era el que se iba sano, cuerdo? El Licenciado respondió: Yo soy, hermano, el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar mas aqui por lo que doy infinitas gracias à los Cielos, que tan grande merced me han hecho. Mirad lo que decís, Licenciado, no os engañe el diablo, (replicó el loco) sossegad el pié, y estaos quieto en vuestra casa, y ahorrareis la buelta. Yo sè que esto es bueno, (replicó el Licenciado) y no habrá para qué tornar à andar estaciones. Vos bueno (dixo el loco) ahora bien, ello dirá, andad con Dios; pero yo os voto à Jupiter, cuya Magestad yo presento en la tierra, que por solo este pecado, que hoy comete Sevilla en sacaros de esta Casa, y en teneros por cuerdos, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria de èl por todos los siglos de los siglos, Amen. No sabes tú, Licenciadillo men-

gua-

guado, que lo podrè hacer, pues como digo, soy Jupiter tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores, con que puedo, y suelo amenazar, y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar à este ignorante Pueblo, y es, con no llover en èl, ni en todo su distrito, y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el dia, y punto en que ha sido hecho esta amenaza en adelante. Tú libre? Tú sano? Tú cuerdo? Y yo loco? Y yo enfermo? Y yo atado? Assi pienso llover, como pensar ahorcarme. A las voces, y à las razones del loco estuvieron los circunstantes muy atentos; pero nuestro Licenciado, bolviendose à nuestro Capellán, y asiendole de las manos, le dixo: No tenga vuestra merced pena, señor mío, ni haga caso del loco, que esto ha dicho, que si èl es Jupiter, y no quisiera llover, yo, que soy Neptuno, el padre, y el Dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare, y fuere menester, porque está en mi mano. A lo que respondió el Capellán: Con todo esso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Jupiter, vuestra merced se quede en casa, que otro dia, quando haya mas comodidad, y mas espacio bolverémos por vuestra merced. Rióse el Retor, y los presentes, por cuya risa se medio corrió el Capellán: desnudaron el Licenciado, quedóse en casa, y acabóse el cuento. Pues este es el cuento, señor Barbero, (dixo

Don

Don Quixote) que por venir aqui como dicen) el sueño, como lo hacian los Cavallero-  
 moide, no podia dexar de contarle? Ha señeros Andantes: ya no hay ninguno, que salien-  
 Rapista, señor Rapista, y quan ciego es aquel do de este bosque, entre en aquella montaña, y  
 que no vé por tela de cedazo; y es possible que de alli pise una estéril, y desierta playa del mar,  
 vuestra merced no sabe, que las comparaciones las mas veces proceloso, y alterado, y halla-  
 que se hacen de ingenio à ingenio, de valor do en ella, y en su orilla un pequeño Baxél sin  
 valor, de hermosura à hermosura, y de linage remos, vela, mastil, ni jarcia alguna, con in-  
 à linage, son siempre odiosas, y mal recibidas trépido corazon se arroje en èl, entregandose à  
 Yo, señor Barbero, no soy Neptuno, el Dios las implacables olas del mar profundo, que ya  
 de las aguas, ni procuro que nadie me tenga te suben al Cielo, y ya le baxan al abismo, y  
 por discreto, no lo siendo; solo me fatigo por él, puesto el pecho à la incontrastable borras-  
 dár à entender al mundo en el error en que es ca, quando menos se cata, se halla tres mil, y  
 tá, en no renovar en sí el felicissimo tiempo mas leguas distante del lugar donde se embar-  
 donde campeaba la orden de la Andante Caco, y saltando en tierra remota, y no conoci-  
 valleria; pero no es merecedora la depravada da, le suceden cosas dignas de estar escritas,  
 edad nuestra de gozar tanto bien, como el que no en pergamino, sino en bronces. Mas ahora  
 gozaron las edades, donde los Andantes Cava- ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosi-  
 lleros tomaron à su cargo, y echaron sobre sus dad del trabajo, el vicio de la virtud, la arro-  
 espaldas la defensa de los Reynos, el ampara gancia de la valentía, y la theorica de la practi-  
 de las doncellas, el socorro de los huérfanos ca de las armas, que solo vinieron, y resplande-  
 y pupilos, el castigo de los sobervios, y cieron en las edades del oro, y en los Andan-  
 premio de los humildes. Los mas de los Cava- tes Cavalleros. Sino, diganme, quien mas ho-  
 lleros que ahora se usan, antes les cruxen los nesto, y mas valiente, que el famoso Amadís de  
 damascos, los brocados, y otras ricas telas de Gaula? Quien mas discreto, que Palmerín de  
 que se visten, que la mallá con que se arman Inglaterra? Quien mas acomodado, y manual,  
 Ya no hay Cavallero que duerma en los cam- que Tirante el Blanco? Quien mas galán, que  
 pos, sugeto al rigor del Cielo, armado de todas Lisuarte de Grecia? Quien mas acuchillado, ni  
 armas, desde los pies à la cabeza: ya no hay acuchillador, que Don Belianis? Quien mas in-  
 quien sin sacar los pies de los estrivos, arrima- trépido, que Perion de Gaula? O quien mas  
 do à su lanza, solo procura descabezar ( como acometedor de peligros, que Felix Marte de Hic-  
 di- ca-

cania? O quien mas sincero, que Esplandian? Quien mas arrojado, que Don Geriongilio de Tracia? Quien mas bravo, que Rodamonte? Quien mas prudente, que el Rey Sobrino? Quien mas atrevido, que Reynaldos? Quien mas invencible, que Roldán? Y quien mas gallardo, y mas cortés, que Rugero, de quien descende hoy los Duques de Ferrara (segun Turpin en su Cosmographia.) Todos estos Cavalleros, y otros muchos, que pudiera decir, señor Cura, fueron Cavalleros Andantes, luz, y gloria de la Cavalleria. De estos, ó tales como estos, quisiera yo, que fueran los de mi arbitrio, que á serlo, su Magestad se hallára bien servido, ahorrára de mucho gasto, y el Turco se quedára pelando las barbas; y con esto me quedára en mi casa, pues no me saca el diablo de ella; y si Jupiter, como ha dicho el Barbero, no lloviere, aqui estoy yo, que veré quando se me antojára. Digo esto, porque sepa el señor Cura, que le entiendo. En verdad, señor Don Quixote, dixo el Barbero, que no lo dixé por tanto, y assi me ayude Dios, que fué buena mi intencion, y que no de vuestra merced sentirse. Si puedo sentirme, no, respondió Don Quixote, yo me lo sé. Esto dixo el Cura: Aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora, y no quisiera que dar con un escrupulo, que me roe, y escarba la conciencia, nacido de lo que aqui el señor

Don Quixote ha dicho. Para otras cosas mas, respondió Don Quixote, tiene licencia el señor Cura, y assi puede decir su escrupulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa. Pues con esse beneplacito, respondió el Cura, digo, que mi escrupulo es, que no me puedo persuadir de ninguna manera, á que toda la caterba de Cavalleros Andantes, que vuestra merced, señor Don Quixote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne, y hueso en el mundo; antes imagino, que todo es ficcion, fabula, mentira, y sueños contados por hombres despiertos, ó por mejor decir, medio dormidos. Esse es otro error, respondió Don Quixote, en que han caído muchos, que no creen, que haya havido tantos Cavalleros en el mundo; y yo muchas veces, con diversas gentes, y ocasiones, he procurado sacar á luz de la verdad este casi comun engaño; pero algunas veces no he salido con mi intento, y otras sí, sustentandola sobre los ombros de la verdad, la qual verdad es tan cierta, que estoy por decir, que con mis propios ojos ví à Amadís de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, auaque negra, de vista entre blanda, y riguroso, corto de razones, tardo en ayararse, y presto en deponer la ira; y del modo que he delineado à Amadís, pudiera, à mi parecer, pintar, y describir todos quantos Cava-



cienda, ni nombre, que el que le pudo dar de agradecido la amistad, que aguardó à su amigo el gran Cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse, ò por no querer cantar que à esta señora la sucedió despues de su ruidoso entrego, que no debieron ser cosas demasiadamente honestas, la dexó, donde dixo:

*T como del Catay recibió el Cetro,  
Quizá otro cantará con mejor plectro.*

Y sin duda, que esto fué como profecía, que los Poetas tambien se llaman Vates, que quiere decir Adivinos. Veese esta verdad clara, porque despues acá un famoso Poeta Andaluz lloró, y cantó sus lagrimas; y otro famoso, unico Poeta Castellano cantó su hermosura.

Digame, señor Don Quixote, dixo à esta sazón el Barbero, no ha havido algun Poeta, que haya hecho alguna satyra à essa señora Angelica; entre tantos como la han alabado? Bien creo yo, respondió Don Quixote, que si Sacripante, ò Roldán fueran Poetas, que ya la hubieran jabonado à la doncella; porque es proprio, y natural de los Poetas desdeñados, y no admitidos de sus damas fingidas, ò no fingidas en efecto de aquellas à quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos, vengarse con satyras, y libelos; (venganza por cierto indigna de pechos generosos) pero hasta ahora n

*D. Quixote de la Mancha. P.II.Lib.V. 19*  
ha llegado à mi noticia ningun verso infamatorio contra la señora Angelica, que traxo rebuelto el mundo. Milagro, dixo el Cura; y en esto oyeron, que el ama, y la sobrina, que ya habían dexado la conversacion, daban grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido:

## C A P I T U L O II.

*De la notable pendencia, que Sancho Panza tuvo con la sobrina, y ama de Don Quixote, con otros sucessos graciosos.*

Cuenta la Historia, que las voces que oyeron Don Quixote, el Cura, y el Barbero, eran de la sobrina, y ama, que las daban, diciendo à Sancho Panza (que pugnaba por entrar à ver à Don Quixote, y ellas le defendian la puerta:) Qué quiere este mostrenco en esta casa? Buidos à la vuestra, hermano, que vos soys, y no el otro, el que distrae, y sonsaca à mi señor, y me lleva por esos andurriales. A lo que Sancho respondió: Ama de Satanás, el sonsacado, el distraído, y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo; él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañais en la mitad del justo precio, él me sacó de mi casa con engañosas, prometiendome una Insula, que hasta ahora la espero. Malas Insulas te ahoguen, respondió la sobrina, Sancho maldito; y qué son

Insulas? es alguna cosa de comer, golosanes comilon, que tu eres? No es de comer, repletes de tal Cavallero, y de tal escudero, que có Sancho, sino de gobernar, y regir mejor parece que los forjaron à los dos en una misma que quatro Ciudades, y que quatro Alcaldes turquesa, y que las locuras del señor, sin las de Corte. Con todo esso, dixo el ama, no en necesidades del criado, no valian un ardite. Assi traréis acá, saco de maldades, y costál de males, dixo el Barbero, y holgára mucho saber licias; id à gobernar vuestra casa, y à labrar qué tratarán ahora los dos. Yo asseguro, res- vuestros pegujares, y dexaos de pretender le pondió el Cura, que la sobrina, ò el ama nos sulas, ni insultos. Grande gusto reciban el Cielo cuentan despues, que no son de condicion, ra, y el Barbero de ohir el coloquio de lo que dexarán de escucharlo. En tanto Don Qui- tres; pero Don Quixote, temeroso que Sancho se encerró con Sancho en su aposento, y se descosiesse, y desbuchasse algun montón estando solos le dixo: Mucho me pesa, Sancho, maliciosas necesidades, y tocasse en puntos, que que hayas dicho, y digas, que yo fui el que te sa- no le estarían bien à su credito, le llamó, y pregunté de tus casillas, sabiendo, que yo no me quedé zo à las dos, que callassen, y le dexassen en mis casas; juntos salimos, juntos fuimos, y trar. Entró Sancho; y el Cura, y el Barbero, juntos peregrinamos; una misma fortuna, y una despidieron de Don Quixote, de cuya salimisma suerte ha corrido por los dos. Si à ti desesperaron, viendo quan puesto estava en te mantearon una vez, à mi me han molido variados pensamientos, y quan embevido en giento, y esso es lo que te llevo de ventaja. simplicidad de sus mal Andantes Cavallerias. Esso estava puesto en razon, respondió Sancho, assi dixo el Cura el Barbero: Vos vereis, como segun vuestra merced dice: mas anexas son à padre, como quando menos lo pensemos nuevos los Cavalleros Andantes las desgracias, que à tro Hidalgo sale otra vez à bolar la ribera. Mis escuderos. Engañaste, Sancho, dixo Don pongo yo duda en esso, respondió el Barbero. Quixote, segun aquello *quando capud dolet, &c.* pero no me maravillo tanto de la locura. No entiendo otra lengua, que la mia, respon- Cavallero, como de la simplicidad del escudero. Quiero decir, dixo Don Quixote, ro, que tan creído tiene aquello de la Insula que quando la cabeza duele, todos los miem- que creo, que no se lo sacarán del casco que pros duelen; y assi, siendo yo tu amo, y se- tos desengaños pueden imaginarse. Dios lo mejor, soy tu cabeza, y tu mal parte, pues eres medie, dixo el Cura, y estemos à la mira, mi criado; y por esta razon, el mal que à mí rémos me



me toca, ò tocare, à tí te ha de doler, y à mí el tuyo. Assi havia de ser, dixo Sancho; pero quando à mí me manteaban, como à miembro se estaba mi cabeza detrás de las bardas, mi randome bolar por los ayres, sin sentir dolor alguno; y pues los miembros están obligados à dolerse del mal de la cabeza, havia de estar obligada ella de dolerse de ellos. Querrás decir ahora, Sancho, respondió Don Quixote que no me dolia yo quando à tí te manteaban. Y si lo dices, no lo digas, ni lo pienses, pues me dolor sentia yo entonces en mi espíritu, que tu en tu cuerpo; pero dexémos esto à parte por ahora, que tiempo habrá donde lo ponderemos, y pongamos en su punto. Y dime, Sancho amigo, qué es lo que dicen de mí por este Lugar? En qué opinion me tiene el vulgo? Qué los Hidalgos? Y en qué los Cavalleros? Qué dicen de mi valentia? Qué de mis hazas? Y qué de mi cortesia? Qué se platica del assunto que he tomado, de resucitar, volver al mundo la ya olvidada Orden Cavalleresca? Finalmente quiero, Sancho, me digas lo que acerca de esto ha llegado à tus oidos, y esto me has de decir, sin añadir al bien, ni quitar al mal cosa alguna, que de los vassallos leales es decir la verdad à sus señores, en su ser, y figura propria, sin que la adulacion acreciente, u otro vano respeto la disminuya. Y quiero que sepas, Sancho, que si à los oidos

de los Principes llegasse la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrian, otras edades serian tenidas por mas de hierro que la nuestra, que entiendo, que de las que ahora se usan es la dorada. Sirvete este advertimiento, Sancho, para que discreta, y bien intencionadamente pongas en mis oidos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, con condicion, que vuestra merced no se ha de enojar de lo que dixere, pues quiere, que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron à mi noticia. En ninguna manera me anojaré, respondió Don Quixote; bien puedes, Sancho, hablar libremente, y sin rodeo alguno. Pues lo primero que digo, dixo, es, que el vulgo tiene à vuestra merced por grandissimo loco, y à mí por no menos mentecato. Los Hidalgos dicen, que no contentándose vuestra merced en los limites de la Hidalguia, se ha puesto Don, y se ha arremetido à Cavallero con quatro cepas, y dos yugadas de tierra, y con un trapo atrás, y otro adelante. Dicen los Cavalleros, que no querrian, que los Hidalgos se oposiessen à ellos, especialmente à los zapatos, y toman los puntos de las medias negras con seda verde. Eso, dixo Don Quixote, no tiene que ver conmigo, pues ando

dó siempre bien vestido , y jamás remendado roto bien podrá ser , y roto , mas de las armas que del tiempo. En lo que toca, proseguió Sancho , à la valentia , cortesía , hazañas , y asumpto de vuestra merced , hay diferentes opiniones ; unos dicen loco , pero gracioso ; otros valiente , pero desgraciado ; otros cortés pero impertinente ; y por aqui ván discurrendo tantas cosas , que ni à vuestra merced , ni à nosotros dexan hueso sano. Mira , Sancho , dice Don Quixote , donde quiera que está la virtud en eminente grado , es perseguida. Pocos , ninguno de los famosos Varones , que passaron dexó de ser calumniado de la malicia: Julio Cesar , animosissimo , prudentissimo , y valentissimo Capitán , fué notado de ambicioso , algun tanto no limpio , ni en sus vestidos , ni en sus costumbres. Alexandro , à quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magnifico dicen de él , que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hercules , el de los muchos trabajos , se cuenta , que fué lascivo , y muellor. De Don Galaor , hermano de Amadis de Gaula , se murmura , que fué mas que demasiadamente rixoso : y de su hermano , que fué lloroso. Assi , que , ô Sancho , entre tantas calumnias de buenos , bien pueden passar las mias , como no sean mas de las que mas dicho. Ahí está el te que , cuerpo de mi padre , replicó Sancho. Pues hay mas , preguntó Quixote ? Aun la cola falta

por

por desollar , dixo Sancho , lo de hasta aqui son tortas , y pan pintado : mas si vuestra merced quiere saber todo lo que hay acerca de las calumnias que le ponen , yo le traere aqui luego al momento quien se las diga todas , sin que les falte una migaja : que anoche llegó el hijo de Bartholomé Carrasco , que viene de estudiar de Salamanca hecho Bachillér , y yendole yo à dár la bien venida , me dixo , que andaba ya en libros la Historia de vuestra merced , con nombre de Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha ; y dice , que me mientan à mi en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza , y à la señora Dulcinéa del Toboso , con otras cosas que passamos nosotros à solas , que me hice cruces de espantado , como las pudo saber el Historiador , que las escribió. Yo te asseguro , Sancho , dixo Don Quixote , que debe de ser algun sabio encantador el Autor de nuestra Historia , que à los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir. Y como , dixo Sancho , si era sabio , y encantador , pues ( segun dice el Bachillér Sancho Carrasco , que assi se llama el que dicho tengo ) que el Autor de la Historia se llama Cide Hamete Berengena. Esse nombre es de Moro , respondió Don Quixote. Assi será , respondió Sancho , porque por la mayor parte he oído decir , que los Moros son amigos de berengenas. Tu debes , Sancho , dixo Don Quixote , errarte en el sobre nombre de esse Cide ,

que

que en Arabigo quiere decir señor. Bien podría ser, replicó Sancho; mas si vuestra merced gustara que yo lo haga venir aquí, iré por él en bolandras. Harasme mucho placer, amigo, dixo Don Quixote, que me tiene suspenso lo que me ha dicho, y no comeré bocado, que bien me sepa, hasta ser informado de todo. Pues yo voy por él, respondió Sancho; y dexando à su señor, se fué à buscar al Bachiller; con el que bolvió de allí à poco espacio, y entre los tres passaron un graciosissimo coloquio.

### C A P I T U L O III.

*Del ridiculo razonamiento, que passó entre Don Quixote, Sancho Panza, y el Bachiller Sanson Carrasco.*

**P**ensativo además quedó Don Quixote, esperando el Bachiller Carrasco, de quien esperaba oír las nuevas de sí mismo, puestas en el libro como havia dicho Sancho, y no podía persuadirse à que tal Historia huviesse, pues aun no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que havia muerto, y ya querian que anduviessen en estampa sus altas Cavallerías; con todo esso imaginó, que algun sabio, ó ya amigo, ó enemigo, por arte de encantamiento, las havrá dado à la estampa; si amigo, para engrandecerlas, y le-  
van-

vantarlas sobre las mas señaladas de Cavallero Andante; si enemigo, para aniquilarias, y ponerlas debaxo de las mas viles, que de algun vil escudero se huviesseen escrito, puesto (decia entre sí) que nunca hazañas de escuderos se escribieron; y quando fuesse verdad, que la tal Historia huviesse, siendo de Cavallero Andante, por fuerza havia de ser grandiloquia, alta, insignie, magnífica, y verdadera. Con esto se consoló algun tanto: pero desconsolóle pensar, que su Autor era Moro, segun aquel nombre de Cide, y de los Moros no se podia esperar verdad alguna, porque todos son embebecadores, falsarios, y quimeristas. Temiase no huviesse tratado sus amores con alguna indecencia, que redundasse en menoscabo, y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso; deseaba que huviesse declarado su fidelidad, y el decoro que siempre la havia guardado, menospreciando Reynas, Emperatrices, y Doncellas de todas calidades, teniendo à raya los impetus de los naturales movimientos; y assi, embuelto, y rebuelto en estas, y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho, y Carrasco, à quien Don Quixote recibió con mucha cortesía. Era el Bachiller, aunque se llamaba Sansón, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón, de color macilento, pero de muy buen entendimiento; tendria hasta veinte y quatro años, cariredondo, de nariz chata, y  
de

de boca grande : señales todas de ser de condición maliciosa , y amigo de donayres , y de burlas , como lo mostró en viendo à Don Quixote , poniendose delante de él de rodillas , diciendole : Deme vuestra grandeza las manos , señor Don Quixote de la Mancha , que por el habito de San Pedro , que visto , aunque no tengo otras Ordenes , que las quatro primeras , que es vuestra merced uno de los mas famosos Cavalleros Andantes , que ha havido , ni havido en toda la redondéz de la tierra. Bien haya Cide Hamete Benengeli , que la Historia de vuestras grandezas dexó escrita ; y rebien haya el curioso , que tuvo cuydado de hacerlas traducir de Arabigo en nuestro vulgar Castellano para universal entendimiento de las gentes. Hizole levantar Don Quixote , y dixo : De essa manera , verdad es , que hay Historia mia , y que fuè Moro , y sabio el que la compuso. Es tan verdad , señor , dixo Sansón , que tengo para mi , que el dia de hoy están impressos mas de doce mil libros de la tal Historia ; si no digalo Portugal , Barcelona , Valencia , donde se han impresso , y aun hay fama , que se está imprimiendo en Amberes , y à mi se me trasluce , que no ha de haver Nacion , ni lengua donde no se traduzca. Una de las cosas , dixo à esta sazón Don Quixote , que mas debe de dár contento à un hombre virtuoso , y eminente , es verse viviendo andar con buen nombre por las

len-

lenguas de las gentes , impresso , y en estampa. Dixe con buen nombre , porque siendo al contrario , ninguna muerte se le igualara. Si por buena fama , y si por buen nombre vá , dixo el Bachillér , solo vuestra merced lleva la palma à todos los Cavalleros Andantes ; porque el Moro en su lengua , y el Christiano en la suya , tuvieron cuydado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuestra merced , el animo grande en acometer los peligros , la paciencia en las adversidades , y el sufrimiento , assi en las desgracias , como en las heridas ; la honestidad , y continencia en los amores tan platonicos de vuestra merced , y de mi señora Doña Dulcinèa del Toboso. Nunca ( dixo à este punto Sancho Panza ) he oído llamar con Doña à mi señora Dulcinèa , sino solamente la señora Dulcinèa del Toboso , y ya en esto anda errada la Historia. No es objecion de importancia essa , respondió Carrasco. No por cierto , respondió Don Quixote ; pero digame v. md. señor Bachillér , qué hazañas mias son las que mas se pondèran en essa Historia ? En esso , respondió el Bachillér , hay diferentes opiniones , como hay diferentes gustos ; unos se atienden à la aventura de los Molinos de Viento , que à vuestra merced le parecieron Briarcos , y Gigantes ; otros à la de los Batanes ; este à la descripcion de los dos Exercitos , que despues parecieron ser dos manadas de carneros ; aquel encarece la del muerto , que llevaban à enterrar

à

à Segovia ; uno dice , que à todas se averitaja la de la libertad de los Galeotes ; otro , que ninguna iguala à la de los dos Gigantes Benitos, con la pendencia del valeroso Vizcaíno. Diga-me , señor Bachillér , dixo à esta sazón Sancho, entra ahí la aventura de los Yangueses , quando à nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cofas en el golfo ? No se le quedó nada respondió Sansón , al sabio en el tintero , todo lo dice , y todo lo apunta , hasta lo de las cabriolas , que el buen Sancho hizo en la manta. En la manta no hice yo cabriolas , respondió Sancho ; en el ayre sí , y aun mas de las que yo quisiera. A lo que yo imagino , dixo Don Quixote no hay historia humana en el mundo , que no tenga sus altibaxos , especialmente las que tratan de Cavallerias , las quales nunca pueden estar llenas de prosperos sucessos. Con todo esso , respondió el Bachillér , dicen algunos , que han leído la historia , que se holgáran se les huviera olvidado à los Autores de ella algunos de los infinitos palos , que en diferentes encuentros dieron al señor Don Quixote. Ahí entra la verdad de la historia , dixo Sancho. Tambien pudieran callar los por equidad , dixo Don Quixote , pues las acciones , que ni mudan , ni alteran la verdad de la historia , no hay para que escribirlas , si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fee , que no fué tan piadoso Enéas , como Virgilio le pinta , ni tan prudente Ulises , co-

mo le describe Homero. Assi es , replicó Sansón ; pero uno es escribir como Poeta , y otro como Historiador. El Poeta puede contar , ó cantar las cosas , no como fueron , sino como debian ser ; y el Historiador las ha de escribir , no como debian ser , sino como fueron , sin añadir , ni quitar à la verdad cosa alguna. Pues si es que se anda à decir verdades , esse señor Moro , dixo Sancho , à buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los míos , porque nunca à su merced le tomaron la medida de sus espaldas , que no me la tomassen à mi de todo el cuerpo ; pero no hay de que maravillarme , pues como dice el mismo señor mio , del dolor de la cabeza han de participar los miembros. Socarrón sois , Sancho , respondió Don Quixote , à fee que no os falta memoria quando vos quereis tenerla. Quando yo quisiesse olvidarme de los garrotazos que me han dado , dixo Sancho , no lo consentirán los cardenales , que aun se están frescos en las costillas. Callad , Sancho , dixo Don Quixote , y no interrumpais al señor Bachillér , à quien suplico passe adelante en decirme lo que se dice de mi en la referida historia. Y de mi , dixo Sancho , que tambien dicen , que soy uno de los principales personages de ella. Personage , que no personages , Sancho amigo , dixo Sansón. Otro reprochador de voquibles tenemos , dixo Sancho ; pues andense à esso , y no acabaremos en toda la vida. Mala me la dé Dios , Sancho,

respondió el Bachillér, sino sois vos la segunda persona de la historia; y que hay tal, que precia mas ohiros hablar à vos, que al mas pintado de toda ella; puesto que tambien hay quien diga, que anduvisteis demasiadamente de credulo en creer, que podia ser verdad el gobierno de aquella Insula, ofrecida por el señor Don Quixote, que está presente. Aun hay Sol en la bardas, dixo Don Quixote, y mientras mas fuere entrando en edad Sancho, con la experiencia que dán los años, estará mas idoneo, y mas habil para ser Governador, que no estará ahora. Por Dios, señor, dixo Sancho, la Insula que yo no governasse con los años que tengo, no la governaré con los años de Matusalen; el daño está en que la dicha Insula se entretiene no en donde, y no en faltarme à mi el caletre para gobernarla. Encomendadlo à Dios, Sancho, dixo Don Quixote, que todo se hará bien, y quizará mejor de lo que vos pensais, que no se mueve la oja en el arbol sin la voluntad de Dios. A lo es verdad, dixo Sansón, que si Dios quiere, no le faltarán à Sancho mil Insulas que gobernar, quanto mas una. Governadores he visto por ahí, dixo Sancho, que à mi parecer no llegan à la suela de mi zapato, y con todo eso los llaman Señoría, y se sirven con plata. Essos no son Governadores de Insulas, replicó Sansón, sino otros Governos mas manuales, que los que goviernan Insulas, que por lo menos han de saber

Gramatica. Con la Grama bien me avendria yo, dixo Sancho; pero con la tica, ni me tiro, ni me pago, porque no la entiendo; pero dexando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche à las partes donde mas de mi se sirva, digo, señor Bachillér Sansón Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto, y alegría, que el Autor de la Historia haya hablado de mi de manera, que no enfadan las cosas, que de mi se cuentan, que à fee de buen escudero; que si de mi huviera dicho cosas, que no fueron muy de Christiano viejo, como soy, que nos havian de ohir los sordos. Esso no fuera hacer milagros, respondió Sansón. Milagros, ò no milagros, dixo Sancho, cada uno mire como habla, ò como escribe de las personas, y no ponga à troche moche lo primero que le viene al magín. Una de las tachas, que ponen à la tal Historia, dixo el Bachillér, es, que su Autor puso en ella una Novela, intitulada: *El Curioso Impertinente*, no por mala, ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la Historia de su merced el señor Don Quixote. Yo apostaré, replicó Sancho, que ha mezclado el hi de perros berzas con capachos. Ahora digo, dixo Don Quixote, que no ha sido sabio el Autor de mi Historia, sino algun ignorante hablador, que à tiento, y sin algun discurso se puso à escribirla, salga lo que saliere, como hacia Orbanejo el Pintór de Ubeda,

al qual preguntandole , qué pintaba? Respondió: Lo que saliere : tal vez pintaba un Gallo de tal suerte , y tan mal parecido , que era menester , que con leiras Goticas escriviessé junta à él: *Este es Gallo*; y assi debe de ser de mi Historia , que tendrá necesidad de comentario para entenderla. Eso no , respondió Sansón , porque es tan clara , que no hay cosa que dificulten en ella ; los niños la manosean , los mozos la leen , los hombres la entienden , y los viejos la celebran ; y finalmente , es tan trillada , tan leída , y tan sabida de todo genero de gentes , que apenas han visto algun roeín flaco , quando dicen : Allí vá Rocinante ; y los que mas se han dado à su letura son los Pages. No hay antecedente de Señor , donde no se halle un Don Quixote , unos le toman , si otros le dexan , éstos lo embisten , y aquellos le piden. Finalmente , tal Historia es del mas gustoso , y menos perjudicial entretenimiento , que hasta ahora se ha visto , porque en toda ella no se descubre , por semejas , una palabra deshonesta , ni un pensamiento menos que Catholico. A escribir otra suerte , dixo Don Quixote , no fuera escribir verdades , sino mentiras ; y los Historiadores , que de mentiras se valen , havian de ser quemados como los que hacen moneda falsa ; no sé yo qué le movió al Autor à valerse de Novelas , y cuentos agenos , habiendo tanto que escribir en los míos ; sin duda se debió de atender

al refrán de paja , y de heno &c. Pues en verdad , que en solo manifestar mis pensamientos , mis suspiros , mis lagrimas , mis buenos deseos , y mis acometimientos , pudiera hacer un volumen mayor , ó tan grande , que el que pueden hacer todas las Obras del Tostado. En efecto , lo que yo alcanzo , señor Bachillér , es , que para componer Historias , y Libros , de qualquier suerte que sean , es menester un gran juicio , y un maduro entendimiento ; decir gracias , y escribir donayres , es de grandes ingenios. La mas discreta figura de la Comedia es la del Bobo , porque no lo ha de ser el que quiere dár à entender , que es simple. La Historia es como cosa sagrada , porque ha de ser verdadera ; y donde está la verdad , está Dios en quanto à verdad ; pero no obstante esto , hay algunos , que assi componen , y arrojan libros de si como si fuessen buñuelos. No hay libro tan malo , dixo el Bachillér , que no tenga algo bueno. No hay duda en esso , replicó Don Quixote ; pero muchas veces acontece , que los que tenian meritamente grangeada , y alcanzada gran fama por sus Escritos , en dando los à la Estampa la perdieron de el todo , ó los menoscabaron en algo. La causa de esso es , dicen Sanson , que como las obras impressas se miran de espacio , fácilmente se vén sus faltas ; y tanto mas se escudriñan , quanto es mayor la falta del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios , los grandes Poetas , los ilustres

tres Historiadores, siempre, ò las mas veces son embidiosos de aquellos, que tienen por gusto, por particular entretenimiento juzgar los Escritos ajenos, sin haver dado algunos propios lá luz del mundo. Esso no es de maravillar, que Don Quixote, porque muchos Theologos hay que no son buenos para el Pulpito, y son bonitos para conocer las faltas, ò sobras de lo que predicán. Todo esso es assi, señor Don Quixote, dixo Carrasco; pero quisiera, que los tales censuradores fueran mas misericordiosos, y menos escrupulosos, sin atenerse à los atomos del Sol clarissimo de la obra de que murmuran que si *aliquando bonos dormitat Homerus*, conderen lo mucho, que estuvo despierto por dár luz de su obra con la menos sombra que pudiesen y quizá podria ser, que lo que à ellos les parece mal, fuessen lunares, que à las veces acrecientan la hermosura de el rostro que los tiene; y asi digo, que es grandissimo el riesgo à que se pone el que imprime un libro, siendo de tal imposibilidad imposible componerle tal, que satisfaga, y contente à todos los que le leyeren. El que de mi trata, dixo Don Quixote, pocos havrá contentado. Antes es al revés, como de *stultorum infinitus est numerus*, algunos son los que han gustado de la tal Historia del Autor, pues se le olvida de contar que fue el ladrón, que hurtó el rucio à Sancho, que

alli no se declara; y solo se infiere de lo escrito, que se le hurtaron: y de alli à poco le vemos à cavallo sobre el mismo jumento, sin haver pasado. Tambien dicen, que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos, que halló en la maleta en Sierra-Morena, que nunca mas los nombra, y hay muchos que desean saber, qué hizo de ellos, ò en que los gastó, que es uno de los puntos substanciales, que faltan en la Obra. Sancho respondió: Yo, señor Sansón, no estoy ahora para ponerme en cuentas, ni cuentos, que me ha tomado un desmayo de estomago, que si no le repara con dos tragos de lo añejo, me pondrá en la espina de Santa Lucía: en casa lo tengo, mi oislo me aguarda, en acabando de comer daré la buelta, y satisfaré à vuestra merced, y à todo el mundo de lo que preguntar quisieren, assi de la pérdida de el jumento, como del gasto de los cien escudos; y sin esperar respuesta, ni decir otra palabra, se fue à su casa. Don Quixote pidió, y rogó al Bachillér se quedasse à hacer penitencia con él. Tuvo à bien el Bachillér el combite, quedóse, añadióse al ordinario un par de pipones; tratóse en la mesa de Cavallerias, si no se durmieron la siesta, bolvió Sancho, y renovóse la platica passada.

\*.\*

CAPI-



## CAPITULO IV.

*Donde Sancho Panza satisface al Bachiller Sansón Carrasco de sus dudas, y preguntas, con otros sucessos dignos de saberse, y de contarse.*

**B**olvio Sancho à casa de Don Quixote, y bo-  
viendo al passado razonamiento, respon-  
dió à lo que el señor Sansón dixo, que se dese-  
ba saber, quien, ò como, ò quando se me hu-  
tó el jumento? Respondiendo, digo, que  
noche misma, que huyendo de la Santa He-  
mandad nos entramos en Sierra-Morena, de-  
pues de la aventura sin ventura de los Gale-  
tes, y la del difunto, que llevaban à Segovi-  
a mi señor, y yo nos metimos entre una espe-  
ra, adonde mi señor, arrimado à su lanza,  
yo sobre mi rucio, molidos, y cansados de  
passadas refriegas, nos pusimos à dormir, co-  
mo si fuere sobre quatro colchones de plum-  
a, especialmente yo dormi con tan pesado sue-  
ño que quien quiera que fue, tuvo lugar de llegar  
y suspenderme sobre quatro estacas, que pu-  
sieron à los quatro lados de la albarda; de man-  
era que me dexó à cavallo sobre ellas, y me sa-  
caban debaxo de mi al rucio, sin que yo lo sintiesse.  
Eso es cosa facil, y no acontecimiento mu-  
cho, que lo mismo le sucedió à Sacripante

quando estando en el cerco de Albarca, con  
essa misma invencion le sacó el cavallo de en-  
tre las piernas aquel famoso ladrón, llamado  
Brunelo. Amaneció, prosiguió Sancho, y ape-  
nas me huve estremecido, quando faltando las  
estacas, di conmigo en el suelo una gran caí-  
da; miré por el jumento, y no le ví; acudie-  
ronme las lagrimas à los ojos, y hice una la-  
mentacion, que si no la puso el Autor de  
nuestra Historia, puede hacer cuenta, que no  
puso cosa buena. Al cabo de no sé quantos  
dias, viniendo con la señora Princesa Micomi-  
cona, conocí mi asno, y que venía sobre él  
en habito de Gitano aquel Ginés de Passamon-  
te, aquel embustero, y grandissimo maleador,  
que quitamos mi señor, y yo de la cadena. No  
está en esso el yerro, replicó Sansón, sino en  
que antes de haver parecido el jumento, dice  
el Autor, que iba à cavallo Sancho en el  
mismo rucio. A esto, dixo Sancho, no sé qué  
responder, sino que el Historiador se engañó,  
ò ya sería descuydo del Impressor. Assi es sin  
duda, dixo Sansón; pero qué se hicieron los  
cien escudos? Deshicieronse? Respondió San-  
cho: Yo los gasté en pro de mi persona, y de  
la de mi muger, y de mis hijos, y ellos han  
sido causa de que mi muger lleve en paciencia  
los caminos, y carreras, que he andado sir-  
viendo à mi señor Don Quixote, que si al ca-  
bo de tanto tiempo bolviera sin blanca, y sin  
ei

el jumento à mi casa, negra ventura me esperaba; y si hay mas que saber de mi, aquí estoy; que responderé al mismo Rey en persona, y nadie tiene para que meterse en si traxer, ò no traxe, si gasté, ò no gasté; que si los papeles que me dieron en estos viages se huvieron de pagar à dinero, aunque no se tassaran mas que à quatro maravedis cada uno, con otros cien escudos, no havia para pagarme la mitad; y cada uno mete la mano en su pecho, y no se ponga à juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco, que cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas veces. Yo tendré cuidado, dixo Carrasco, de acusar el Autor de la Historia, que si otra vez le imprimiere, no se le olvide esto, que el buen Sancho ha dicho, que será realzarla un buquecoto mas de lo que ella se está. Hay otra cosa que enmendar en essa leyenda, señor Bachiller? preguntó Don Quixote. Si debe de haver respondió él, pero ninguna debe de ser de importancia de las ya referidas. Y por ventura, dixo Don Quixote, promete el Autor la Segunda Parte? Si promete, respondió Sansón, pero dice, que no ha hallado, ni sabe quien la tiene, y assi estamos en duda si saldrá, y assi por esto, como porque algunos dicen que nunca Segundas Partes fueron buenas; y otros de las cosas de Don Quixote bastan las escritas, se duda, que no ha de haver Segunda

Par-

Parte; aunque algunos, que son mas Joviales, que Saturninos, dicen: Vengan mas Quixotadas, embista Don Quixote, y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con esto nos contentamos. Y à que se atiende el Autor? A qué, respondió Sansón: En hallando, que halle la Historia, que él vá buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego à la estampa, llevado mas del interés, que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna. A lo que dixo Sancho: Al dinero, y al interés mira el Autor? Maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar, harbar, como Sastre en Vísperas de Pasqua, y las obras que se hacen apriesa, nunca se acaban con la perfeccion que requieren. Atienda esse Señor Moro, ò lo que es, à mirar lo que hace, que yo, y mi señor le daremos tanto rípio à la mano, en materias de aventuras, y de sucessos diferentes, que pueda componer, no solo Segunda Parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre, sin duda, que nos dormimos aquí en las pajas; pues tengamos el pie al herrar, y verá del que coqueamos. Lo que yo sé decir, es, que si mi señor tomase mi consejo, ya haviamos de estar en essas campaneas deshaciendo agravios, y enderezando tuertos, como es uso, y costumbre de los buenos Andantes Cavalleros. No havia bien acabado de decir estas razones Sancho, quando llegaron à sus ohidos relinchos de Rocinante, los qua-

quales relinchos tomó Don Quixote por febrilísimo aguero, y determinó de hacer de allí tres, ó quatro dias otra salida; y declarando su intento al Bachiller, le pidió consejo, por qué parte comenzaria su jornada? El qual respondió, que era su parecer, que fuesse el Reyno de Aragon, y à la Ciudad de Zaragoza, adonde de allí à pocos dias se havian de hacer unas solemnissimas Justas por la fiesta de San Jorge, en las quales podria ganar fama sobre todos los Cavalleros Aragoneses, que seria ganarla sobre todos los del mundo. Alabótle se honradissima, y valentissima su determinacion, y advirtióle que anduviesse mas atentado en acometer los peligros, à causa, que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le havian menester para que los amparasse, y socorriessen en sus desventuras. De esso es lo que yo reniego, señor Sansón, dixo à este punto Sancho, que assi acomete mi señor à cien hombres armados, como à un muchacho goloso à media docena de vadéas. Cuerpo de el mundo, señor Bachillér, si, que tiempos hay de acometer, y tiempos de retirar, y no ha de ser todo Santiago, y cierra España; y mas, que yo he oido decir, y creo, que à mi señor mismo, si me no me acuerdo, que en los extremos de cobardía, y de temerario está el medio de la valentía; y si esto es assi, no quiero que haya sin tener para qué, ni que acometa quando la dema-

sia

sia pide otra cosa: pero sobre todo, aviso à mi señor, que si me ha de llevar consigo, ha de ser con condicion, que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado à otra cosa, que à mirar por su persona, en lo que tocare à su limpieza, y à su regalo, que en esto yo le baylaré el agua delante; pero pensar, que tengo de poner mano à la espada, aunque sea contra villanos malandrines de hacha, y capellina, es pensar en lo escusado. Yo, señor Sansón, no pienso grangear fama de valiente, sino del mejor, y mas leal escudero, que jamás sirvió à Cavallero Andante; y si mi señor Don Quixote, obligado de mis muchos, y buenos servicios, quisiere darme alguna Insula de las muchas que su merced dice que se ha de tropar por ai, recibiré mucha merced en ello; y quando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir el hombre en noto de otro, sino de Dios, y mas que tambien, y aun quizá mejor me sabrá el pan desgovernado, que siendo Governador; y sé yo por ventura, si en esos Gobiernos me tiene aparejado el diablo alguna zancadilla, donde tropiece, y cayga, y me deshaga las muelas? Sancho nació, y Sancho pienso morir; pero si con todo esto, de buenas à buenas, sin mucha sollicitud, y sin mucho riesgo, me deparasse el Cielo alguna Insula, ù otra cosa semejante, no soy tan necio, que la deseçhasse, que tambien se dice: Quando te dieren la ba-

qui-

quilla, corre con la soguilla; y quando viene el bien, metelo en tu casa. Vos, hermano Sancho, dixo Carrasco, haveis hablado como un Cathedratico; pero con todo esso confiad en Dios, y en el Señor Don Quixote, que os ha de dar un Reyno, no que una Insula. Tanto es lo de mas, como lo de menos, respondió Sancho, aunque sé decir al señor Carrasco, que no echará mi señor el Reyno que me diera en saco roto, que yo he tomado el pulso à mi mismo, y me hallo con salud para regir Reynos, y gobernar Insulas; y esto ya otras veces lo he dicho à mi señor. Mirad, Sancho, dixo Sansón, que los officios mudan las costumbres, y podría ser, que viendoos Governador, no conociesedes à la madre que os parió. Esso allá se ha de entender, respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma quatro dedos de envidia de Christianos viejos, como yo los tengo: no sino llegaos à mi condicion, que sabrá usar de desagradecimiento con alguno. Dios lo haga, dixo Don Quixote, y ello dirá quando el Gobierno venga, que ya me parece que le traygo entre los ojos. Dicho esto, rogó al Bachillér, que si era Poeta, le hiciesse merced de componerle unos versos, que tratassen de la despedida que pensaba hacer de la señora Dulcinea del Toboso; y que advirtiesse, que en el principio de cada verso havia de poner una letra de su nombre;

de manera, que al fin de los versos, juntando las primeras letras, se leyesse *Dulcinea del Toboso*. El Bachillér respondió, que puesto que él no era de los famosos Poetas, que havia en España, que decian, que no eran sino tres y medio, que no dexaria de componer los tales metros, aunque hallaba una dificultad grande en su composieion, à causa que las letras, que contenian el nombre, eran diez y siete; y que si hacia quatro Castellanas de à quatro versos, sobraba una letra; y si de à cinco, à quien llaman decimas, ò redondillas, faltaban tres letras; pero con todo esso procuraria embeber una letra lo mejor que pudiesse; de manera, que las quatro Castellanas se incluyesse el nombre de *Dulcinea del Toboso*. Ha de ser assi en todo caso, dixo Don Quixote, que si alli no vá el nombre patente, y de manifiesto, no hay muger que crea, que para ella se hicieron los metros. Quedaron en esto, y en que la partida sería de alli à ocho dias: encargó Don Quixote al Bachillér la tuviesse secreta, especialmente al Cura; y al Maesse Nicolás, y à su sobrina, y al ama, porque no estorvassen su honrada, y valerosa determinacion. Todo lo prometió Carrasco. Con esto se despidió, encargando à Don Quixote, que de todos sus buenos, ò malos sucesos le avisasse, habiendo comodidad; y assi se despidieron, y Sancho fue à poner en orden lo necessario para su jornada.

de

CAPI-

## CAPITULO V.

*De la discreta, y graciosa platica, que passó entre Sancho Panza, y su muger Teresa Panza, y otros sucessos dignos de felice recordacion.*

**L**egando à escribir el Traductor de esta Historia este quinto Capitulo, dice, que tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podia prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por possible, que él las supiese; pero que no quiso dexar de traducirlo, por cumplir con lo que à su oficio debia; y así prosiguió diciendo:

Llegó Sancho à su casa tan regocijado, alegre, que su muger conoció su alegría à tiro de ballesta, tanto, que la obligó à preguntarle: Qué traeis, Sancho amigo, que tan alegre venis? A lo que él respondió: Muger mia, si Dios quisiera, bien me holgára yo de no estar tan contento como nuestro. No os entiendo, marido, replicó ella, y no sé qué quereis decir en eso de que os holgáredes, si Dios quisiera, de no estar contento, que aunque muger tonta, yo quien recibe gusto de no tenerle. Mirad, Teresa, respondió Sancho, yo estoy alegre, por que tengo determinado de bolver à servir à mi

amo Don Quixote, el qual quiere la vez tercera salir à buscar las aventuras, yo buelvo à salir con él, porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza que me alegra de pensar si podré hallar otros cien escudos, como los ya gastados, puesto que me entristeza el haverme de apartar de tí, y de mis hijos; y si Dios quisiera darne de comer à pie enjuto, y en mi casa, sin traerme por vericuetos, y encrucijadas, pues lo podia hacer à poca costa, y con no mas de quererlo, claro está, que mi alegría fuera mas firme, y valadera, pues la que tengo vá mezclada con la tristeza de dexarte; así que dixes bien, que holgára, si Dios quisiera, de no estar tan contento. Mirad, Sancho, replicó Teresa, despues que os hicisteis miembro de Cavallero Andante, hablais de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda. Basta que me entienda Dios, muger, respondió Sancho, que él es el entendedor de todas las cosas, y quedese esto aqui; y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos tres dias con el rucio, de manera, que esté para armas tomar, dobladle los piensos, requerid la albarda, y las demás joyas, porque no vamos à bodas, sino à rodear el mundo, y à tener dares, y tomares con Gigantes, con Endriagos, y con Vestiglos, y à robar silvos, rugidos, bramidos, y baladros; y aun todo esto fuera flores de cantueso, si no tuvieramos que entender con Yangueses, y con

Moros encantados. Bien creo yo, marido, replicó Teresa, que los Escuderos Andantes no comen el pan de valde, y assi quedaré rogando nuestro Señor saque presto de tan mala ventura. Yo os digo, muger, respondió Sancho, que si no pensasse antes de mucho tiempo verme Gobernador de una Insula, aqui me caería muerta. Eso no, marido mio, dixo Teresa, viva la gallina, aunque sea con su pepita; vivid vos, llevese el diablo quantos gobiernos hay en el mundo: sin gobierno salisteis del vientre de vuestra madre; sin gobierno haveis vivido hasta ahora, y sin gobierno os ireis, ò os llevarán à la sepultura quando Dios fuere servido. Como esso hay en el mundo, que viven sin gobierno, y por esso dexan de vivir, y de ser contados en el numero de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre, y como esta no falta à los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os vieredes con algun gobierno, no os olvideis de mi, y de vuestros hijos; advertid, que Sancho tiene ya quince años cabales, y es razon que vaya à la escuela, si es que su tío el Abad le ha de dexar hecho de la Iglesia. Mirad tambien, que Mari-Sancha, vuestra hija, no se morirá si la casamos, que me vá danzando barruntos, que desea tanto tener marido, como vos deseais veros con gobierno. Y en fin, mejor parece la hija mal casada, que la abarraganada. A buena fee, respondió Sancho,

que si Dios me llega à tener algo de gobierno, que la tengo de casar, muger mia, à Mari-Sancha tan altamente, que no la alcancen sino con llamarla Señoría. Esso no, Sancho, respondió Teresa, casadla con su igual, que es lo mas acertado; que si de los zuecos la sacais à chapatines, y de saya parda de catorceno à averdugado, y saboyanas de seda, y de una Marica, y de un tú à una Doña tal, y Señoría, no se ha de hallar la muchacha, y à cada passo ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta, y grossera. Calla boba, dixo Sancho, que todo sera usarlo dos, ò tres años, que despues le vendrá el señorío, y la gravedad como de moide; y quando no, qué importa? Sease ella señoría, y venga lo que viniere. Medios, Sancho, con vuestro estado, respondió Teresa, no os querais alzar à mayores, y advertid el refrán, que dice: Al hijo de tu vecino límpiale las narices, y metele en tu casa. Por cierto que sería gentil cosa casar à nuestra Maria con un Condazo, ò con un Cavallerote, que quando se le antojasse la pusiesse como nueva, llamandola de villana, hija del Estripa terrones, y de la Pela ruecas: no en mis dias, marido; pero por esso por cierto he criado yo à mi hija: traedme vuestros dineros Sancho, y el casarla dexadlo à mi cargo, que ahí está Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo, y sano, y que le conocemos, y sé, que no mira de mal ojo à la

muehacha; y con este, que es nuestro igual, estará bien casada, y la tendrèmos siempre à nuestros ojos, y serèmos todos unos, padres, y hijos, nietos, y yernos; andará la paz, y la bendición de Dios entre todos nosotros: y no casarmela vos ahora en esas Cortes, y en esso Palacios grandes, adonde ni à ella la entenderán, ni ella se entienda. Ven acá, bestia, y muger de Barrabás, replicó Sancho, por qué quieres ahora, sin qué, ni para qué, estorvarme, que no case à mi hija con quien me dè nietos, que se llamen Señoría? Mira, Teresa, siempre ohido decir à mis mayores, que el que no sabe gozar de la ventura quando le viene, que se debe quejar si se le passa. Y no será bien, que ahora que está llamando à nuestra puerta, se cerrèmos: dexèmonos llevar de este viento favorable, que nos sopla. (por este modo de hablar, y por lo que mas abaxo dice Sancho, dixò el Traductor de esta Historia, que tenia por apócrifo este Capitulo) No te parece animal, que proseguió Sancho, que será bien dar con el cuerpo en algun gobierno provechoso, que nos saque el piè del lodo, y casasse Mari Sanchito con quien yo quisiere, y verás como te llama à tí Doña Teresa Panza, y te sientas en la Iglesia sobre alcatifa, almohadas, y arameles, pesar, y despecho de las hidalgas de el Pueblo. No sino estaos siempre en un sèr, sin crecer, ni menguar, como figura de paramento; y en esto

to no hablèmos mas, que Sanchica ha de ser Condesa, aunque tu mas me digas. Veis quanto decís, marido? respondió Teresa: pues con todo esso temo, que este Condado de mi hija ha de ser su perdición, vos haced lo que quisieredes, ahora la hagais Duquesa, ò Princesa; pero seos decir, que no será ello con voluntad, ni consentimiento mio. Siempre, hermano, fui amiga de la igualdad, y no puede haver entonces sin fundamentos. Teresa me pusieron en el Bautismo, nombre mondo, y escueto, sin añadiduras, ni cortapisas, ni arriquives de dones, ni donas. Cascajo se llamó mi padre; y à mi, por ser vuestra muger, me llaman Teresa Panza, que à buena razon me havian de llamar Teresa Cascajo; pero allá ván leyes do quieren Reyes, y con este nombre me contento, sin que me le pongan un Don encima, que pese tanto, que no le puede llevar; y no quiero dar que decir à los que me vieren andar vestida à lo Condesil, ò à lo de Governadora, que luego dirán: Mirad qué entonada vá la pazpuerca; ayer no se hartaba de estirar de un copo de estopa, y iba à Missa cubierta la cabeza con la falda de la saya, en lugar de manto, y ya hoy vá con verdugado, con broches, y con entono, como si no la conociessemos. Si Dios me guarda mis siete, ò mis cinco sentidos, ò los que tengo, no pienso dar ocasion de verme en tal aprieto: Vos, hermano, idos à ser govier-

no, ò insulo, y entonaos à vuestro gusto, que mi hija, ni yo, por el siglo de mi padre, que nos hemos de mudar un passo de nuestra Aldía. La muger honrada, la pierna quebrada, y la casa; y la doncella honesta, el hacer algo es fiesta. Idos con vuestro Don Quixote à vuestras venturas, y dexadnos à nosotros con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará, como seamos buenas, y yo no sé por cierto que le puso à él Don, que no tuvieron sus padres ni sus abuelos. Ahora digo, replicó Sancho, que tienes algun familiar en esse cuerpo. Valgame Dios la muger, y que de cosas ha enserado unas en otras, sin tener piés, ni cabeza! Que tiene que vér el cascajo, los broches, los refrescos, y el tono, con lo que yo digo? Vén á mentecata, è ignorante ( que assi te puedo llamar, pues no entiendes mis razones, y vás hablando de la dicha ) si yo dixera, que mi hija se arrojára de una torre abaxo, ò que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la Infanta Doña Urraca, tenias razon de no venir con mi gusto; pero si en dos paletas, y en menos de un abrir y cerrar de ojos te la chanto un Don, y una Señoría acuestas, y te la saco de los rastros, y te la pongo en toldo, y en peana, y en estrado de mas almohadas de velludo, que tuvieron Moros en su linage las almohadas de Marruecos, por qué no has de consentir, y que yo queró? Sabeis porqué, marido

respondió Teresa, por el refrán que dice: Quien te cubre, te descubre. Por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fue algun tiempo pobre, allí es el murmurar, el maldecir, y el peor perseverar de los maldicientes, que los hay por essas calles à montones, como enjambre de abejas. Mira, Teresa, respondió Sancho, y escucha lo que ahora quiero decirte, quizá no lo havrás oído en todos los dias de tu vida; y yo ahora no hablo de mio, que todo lo que pienso decir son sentencias del Padre Predicador, que la Quaresma passada predicó en este Pueblo; el qual, si mal no me acuerdo, dixo, que todas las cosas presentes, que los ojos están mirando, se presentan, están, y asisten en nuestra memoria mucho mejor, y con mas vehemencia, que las cosas passadas. ( Todas estas razones, que aquí vá diciendo Sancho, son las segundas, por quien dice el Traductor, que tiene por apócrifo este Capitulo, que exceden à la capacidad de Sancho, el qual proseguíó diciendo. ) De donde nace, que quando vemos alguna persona bien aderezada, y con ricos vestidos compuesta, y con pompa de criados, parece, que por fuerza nos mueve, y combida à que la tengamos presente, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna baxeza en que vimos à la tal persona, la qual ignominia, ahora sea de pobreza, ò de linage, como ya passó, no es, y



solo es lo que vemos presente. Y si este, à quien la fortuna sacó del borrador de su baxeza, que por estas mismas razones la dexó el padre à la altura de su prosperidad; fuere bien criado liberal, y cortés con todos, y no se pusiere en cuentas con aquellos, que por su antigüedad son nobles, tén por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fué, sino que reverencien lo que es, sino fueren los embidiosos de quien ninguna prospera fortuna está segura. Yo no os entiendo, marido, replicó Teresa, haced lo que quisieredes, y no me quebreis mas la cabeza con vuestras harengas, y rethoricas; y estais rebuelto en hacer lo que decís. Resuelto has de decir, muger, dixo Sancho, y no rebuelto. No os pongais à disputar, marido, conmigo, respondió Teresa, yo hablo como Dios es servido, y no me meto en mas dibujos; y digo, que si estais porfiando en tener Gobierno, que lleveis con vos à vuestro hijo Sancho, para que desde ahora le enseñeis à tener gobierno que bien es, que los hijos hereden, y aprendan los oficios de sus padres. En teniendo Gobierno, dixo Sancho, embiaré por él por la posta, y embiaré dineros, que no me faltarán, pues nunca falta quien se los preste à los Governadores quando no los tienen; y vistele de modo, que dissimule lo que es, y parezca lo que ha de ser. Embiad vos dineros, dixo Teresa, que yo os vestiré como un palmito. En efecto, quedamos de

de acuerdo, dixo Sancho, de que ha de ser Condesa nuestra hija? El dia que yo la viesse Condesa, respondió Teresa, esse haré cuenta que la entierro; pero otra vez os digo, que hagais lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mugeres, de estar obedientes à sus maridos, aunque sean unos porros: Y en esto comenzó à llorar tan de veras, como si ya viera muerta, y enterrada à Sanchica. Sancho la consoló, diciendola: Que ya que la huviesse de hacer Condesa, la haria todo lo mas tarde que ser pudiesse. Con esto se acabó su platica, y Sancho bolvió à vér à Don Quixote, para dar orden de su partida.

## C A P I T U L O VI.

*De lo que passó à Don Quixote con su sobrina, y con su ama; y es uno de los mas importantes Capítulos de toda la Historia.*

EN tanto que Sancho Panza, y su muger Teresa Cascajo passaron la impertinente reterida platica, no estaban ociosas la sobrina, y el ama de Don Quixote, que por mil señales iban coligiendo, que su tio, y señor, queria desgarrarse la vez tercera, y bolver al exercicio de su ( para ellas ) mal Andante Cavalleria. Procuraban por todas las vias posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era pre-  
dicar

dicar en desierto, y majar en hierro frio. Como todo esto, entre otras muchas razones, que con él passaron, le dixo el ama: En verdad, señor mio, que si vuestra merced no afirma el pellejo llano, y se está quedo en su casa, y se dexa andar por los montes, y por los valles, como anima en pena, buscando essas, que dicen que se llaman aventuras, à quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz, y te grita à Dios, y al Rey, que ponga remedio en ello. A lo que respondió Don Quixote: A lo que Dios responderá à tus quejas, yo no sé, ni lo que ha de responder su Magestad tan poco; y solo sé, que si yo fuera Rey, me escusára de responder à tanta infinidad de Memorias impertinentes, como cada dia le dán, que uno de los mayores trabajos, que los Reyes tienen, entre otros muchos, es el estar obligado à escuchar à todos, y à responder à todos; así, no querria yo, que cosas mias le diessen pesadumbre. A lo que dixo el ama: Digano señor, en la Corte de su Magestad no hay Cavalleros? Si, respondió Don Quixote, y muchas; y es razon que los haya, para adorno de la grandeza de los Principes, y para ostentacion de la Magestad Real. Pues no sería vuestra merced, replicó ella, uno de los que à pié quedo si viessen à su Rey, y Señor, estandose en la Corte? Mira, amiga, respondió Don Quixote, que todos los Cavalleros pueden ser Cortesanos, y

todos los Cortesanos pueden, ni deben ser Cavalleros Andantes, de todos ha de haver en el mundo; y aunque todos seamos Cavalleros, vá mucha diferencia de los unos à los otros; porque los Cortesanos, sin salir de sus aposentos, ni de los umbrales de la Corte, se pasean por todo el mundo, mirando un Mapa, sin costarles blanca, ni padecer calor, ni frio, hambre, ni sed; pero nosotros los Cavalleros Andantes verdaderos, al Sol, al frio, al ayre, à las inclemencias del Cielo, de noche, y de dia, à pié, y à cavallo, medimos toda la tierra con nuestros mismos pies; y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo sér; y en todo trance, y en toda ocasion los acometemos, sin mirar en niñerías, ni en las leyes de los desafios; si lleva, ò no lleva mas corta la lanza, ò la espada; si trae sobre sí reliquias, ò algun engaño encubierto; si se ha de partir, y hacer tajadas el Sol, ò no, con otras ceremonias de este jaéz, que se usan en los desafios particulares de persona à persona, que tu no sabes, y yo sí. Y has de saber mas, que el buen Cavallero Andante, aunque vea diez Gigantes, que con las cabezas, no solo tocan, sino pasan las nubes, y que à cada uno le sirven de piernas dos grandissimas torres, y que los brazos semejan arboles de gruesos, y poderosos Navios, y cada ojo como una grande rueda de Molino, y mas ardiendo, que un horno de vidrio

no le han de espantar en manera alguna; antes con gentil continente, y con intrepido corazon los ha de acometer, y embestir; y si fuere posible, vencerlos, y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniessen armados de unas conchas de un cierto pezcado, que dicen, que son mas duras que si fuessen de diamantes; en lugar de espadas, traxessen cuchillos taxartes de Damasco azero, ò porras ferradas con puntas assimismo de azero, como yo las he visto mas de doce veces. Todo esto he dicho, amia, porque veas la diferencia que hay de unos Cavalleros à otros; y sería razon, que no le viesse Príncipe, que no estimasse en mas esta segunda, ò por mejor decir, primera especie de Cavalleros Andantes, que segun leemos en sus Historias, tal ha havido entre ellos, que ha sido la salud, no solo de un Reyno, sino de muchos. Há señor mio, dixo à esta sazón la sobrina: advierta vuestra merced, que todo esto que dice de los Cavalleros Andantes, es fabula, y mentira, y sus Historias, ya que no le quemassen, merecian, que à cada una se le echasse un sambenito, ò alguna señal, en que fuesse conocida por infame, y por gastadora de las buenas costumbres. Por el Dios que me sustentó, dixo Don Quixote, que si no fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que havia de hacer un tal castigo en tí, por la blasfemia que has dicho, que so-

nara

nara por todo el mundo. Como qué es possible que una rapaza, que apenas sabe menear doce palillos de randas, se atreva à poner lengua, y à censurar las Historias de los Cavalleros Andantes? Qué dixera el señor Amadis si tal oyera? Pero à buen seguro, que él te perdonara, porque fué el mas cortés, y humilde Cavallero de su tiempo, y el mas grande emperador de las Doncellas; mas tal te pudiera haver ohido, que no te fuera bien de ello, que no todos son corteses, ni bien mirados; algunos hay folloñes, y descomedidos. Ni todos los que se llaman Cavalleros lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen Cavalleros; pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad. Hombres baxos hay, que rebientan por parecer Cavalleros; y Cavalleros altos hay, que parece que apostan por parecer hombres baxos; aquellos se levantan, ò con la ambicion, ò con la virtud; estos se abaxan, ò con la floxedad, ò con el vicio; y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de Cavalleros, tan parecidos en los nombres, y tan distantes en las acciones. Valgame Dios! dixo la sobrina, que sepa vuestra merced tanto, señor tío, que si fuesse menester en una necesidad, podría subir en un pulpito, è irse à predicar por essas calles; y que con todo esso dé en una ceguera tan grande, y en una san-

san-

sandéz tan conocida, que se dé a entender, que es valiente, siendo viejo, que tiene fuerzas, estando enfermo, y que endereza tuertos, estando por la edad agoviado, y sobre todo, que es Cavallero, no lo siendo, porque aunque lo pueden ser los Hidalgos, no lo son los pobres. Tienes mucha razon, sobrina, en lo que dices, respondió Don Quixote, y cosas te pudieran decir cerca de los linages, que te admirarían, pero por no mezclar lo Divino con lo humano, no lo digo. Mirad, amigas, à quatro suertes de linages (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son estos. Unos, que tuvieron principios humildes, y se fueron estendiendo, y dilatando hasta llegar à una suma grandeza. Otros, que tuvieron principios grandes, y los fueron conservando, y mantienen en el sér que comenzaron. Otros, que aunque tuvieron principios grandes, acabaron en punta, como pyramide, haviendo disminuído, y aniquilado su principio, hasta parar en no nada, como lo es la punta de la pyramide, que, respecto de su vasa, ò assiento, no es nada. Otros hay, (y estos son los mas) que ni tubieron principio bueno, ni razonable mérito, y assi tendrán el fin sin nombre, como el linage de la gente plebeya, y ordinaria. De los primeros, que tuvieron principio humilde, y subieron à la grandeza, que ahora conservan, te sirva de exemplo la Casa Othomana, que de

un

un humilde, y baxo Pastor, que la dió principio, está en la cumbre que la vemos. Del segundo linage, que tuvo principio en grandeza, y la conserva sin aumentarla, serán exemplo muchos Principes, que por herencia lo son, y se conservan en ella, sin aumentar, ni disminuir, contentiendose en los limites de sus Estados pacíficamente. De los que comenzaron grandes, y acabaron en punta, hay millares de exemplos; porque todos los Faraones, y Toloméos de Egypto, los Cesares de Roma, con toda la caterva (si es que se le puede dar este nombre) de infinitos Principes, Monarcas, Señores, Medos, Asirios, Persas, Griegos, y Barbaros, todos estos Linages, y Señoríos han acabado en punta, y en no nada, assi ellos, como los que les dieron principio, pues no será possible hallar ahora ninguno de sus descendientes; y si le hallassemos, sería en baxo, y humilde estado. Del linage plebeyo no tengo que decir, sino que sirve solo de acrecentar el numero de los que viven, sin que merezcan otra fama, ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que inferais, bobas mias, que es grande la confusion que hay entre los linages; y que solos aquellos parecen grandes, que son ilustres que lo muestran en la virtud, en la riqueza, y liberalidad de sus dueños. Dixe virtudes, riquezas, y liberalidades, porque el grande, que fuere vicioso, sera vicioso grande;

y

y el rico no liberal, será un avaro méndigo : que el poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas , sino el gastarlas , y no el gastarlas como quiera , sino el saberlas bien gastar. Al Cavallero pobre no le queda otro camino para mostrar que es Cavallero , sino el de la virtud siendo afable , bien criado , cortés , comedido , y oficioso , no sobervio , no arrogante , no murmurador , y sobre todo caritativo , que con de maravedís , que con animo alegre dé al pobre se mostrará tan liberal como el que à campaña herida dá limosna , y no havrá quien le vea adornado de las referidas virtudes , que aunque no le conozca dexé de juzgarle , y tenerle por de buena casta ; y el no serlo sería milagro siempre la alabanza fue premio de la virtud. Los virtuosos no pueden dexar de ser alabados. Dos caminos hay , hijas , por donde pueden los hombres à llegar à ser ricos , y honrados. el uno es de las letras , otro el de las armas. Yo tengo mas armas , que letras , y nací , segun me inclino à las armas , debaxo de la influencia del Planeta Marte ; assi que , casi me es forzoso seguir por su camino , y por él tengo de ir , pesar de todo el mundo ; y será en valde cansados en persuadirme à que no quiera yo lo que los Cielos quieren , la fortuna ordena , y la razón pide , y sobre todo mi voluntad desea ; pues con saber , como sé , los innumerables trabajos que son anexos à la Andante Cavalleria , sé tam-

bien

bien los infinitos bienes que se alcanzan con ella ; y sé , que la senda de la virtud es muy estrecha , y el camino del vicio ancho , y espacioso ; y sé , que sus fines , y paraderos son diferentes ; porque el del vicio dilatado , y espacioso acaba en muerte ; y el de la virtud angosto , y trabajoso , acaba en vida , y no en vida que se acaba , sino en la que no tendrá fin ; y sé , como dice el gran Poeta Castellano nuestro , que :

*Por estas esperanzas se camina  
De la immortalidad al alto asiento,  
Do nunca arriba quien de alli declina.*

Hay desdichada de mi ! dixo la sobrina , que tambien mi señor es Poeta , todo lo sabe , todo lo alcanza : yo apostaré , que si quisiere ser Al-bañil , que supiera fabricar una casa como una jaula. Yo te prometo , sobrina , respondió Don Quixote , que si estos pensamientos Cavallerescos no me llevassen tras sí todos los sentidos , que no havria cosa que yo no hiciesse , ni curiosidad que no saliesse de mis manos , especialmente jaulas , y palillos de dientes. A este tiempo llamaron à la puerta , y preguntando quien llamaba ? Respondió Sancho Panza , que èl era ; y apenas lo hubo conocido el ama , quando corrió à esconderse por no verle : tanto le aborrecia. Abrióle la sobrina , salió à recibirle con los brazos abiertos su señor Don Quixote , y encer-

encerraronse los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio, que no le hace ventaja al passado.

## C A P I T U L O VII.

*De lo que passó à Don Quixote con su escudero, con otros sucessos famosissimos.*

**A** Penas vió el ama, que Sancho Panza se encerraba con su señor, quando dió en cuenta de sus tratos, y imaginando, que aquella consulta havia de salir la resolución de su tercera salida; tomó su manto, toda llena de congoja, y pesadumbre, y se fue à buscar Bachiller Sansón Carrasco, pareciendole, que por ser bien hablado, y amigo fresco de su señor, le podría persuadir à que dexasse tan de variado proposito. Hallóle passeándose por el patio de su casa, y viendole, se dexó caer ante sus pies; trasudando, y congojosa. Quando vió Sansón Carrasco con muestras tan doloridas, y sobresaltadas, la dixo: Què es esto, señora ama? Què la ha acontecido, que parece que se la quiere arrancar el alma? No es nada, señor Sansón mio, sino que mi amo se sale, y se lesee sin duda. Y por donde se sale? señor preguntó Sansón. Hasele roto alguna parte de su cuerpo? No se sale, respondió ella, sino por

*D. Quixote de la Mancha. P.II.Lib.V. 65*  
la puerta de su locura; quiero decir, señor Bachiller de mi anima, que quiere salir otra vez, que con esta será la tercera, à buscar por esse mundo lo que él llama venturas, que yo no puedo entender como les dá este nombre. La vez primera nos le bolvieron atravesado sobre un jumento, molido à palos. La segunda vino en un carro de bueyes, metido, y encerrado en una jaula, adonde él se daba à entender, que estaba encantado, y venia tal el triste, que no le conociera la madre que le parió, flaco, amarillo, los ojos undidos en los ultimos caramanchones del cerebro, que para haverle de bolver algun tanto en sí, gastè mas de seiscientos huevos, como lo sabe Dios, y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dexarán mentir. Esso creo yo muy bien, respondió el Bachiller, que ellas son tan buenas, tan gordas, y tan bien criadas, que no dirán una cosa por otra, si rebentassen. En efecto, señora ama, no hay otra cosa, ni ha sucedido otro desmán alguno, sino el que se teme, que quiere hacer el señor Don Quixote? No señor, respondió ella. Pues no tenga pena, respondió el Bachillér, sino vayase en hora buena à su casa, y tengame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oracion de Santa Polonia, si es que la sabe, que yo iré luego allá, y verá maravillas. Cuidada de mi, replicó el ama, la oracion de Santa Polonia dice vuestra merced que rece? Esso  
Tam. III. E fue-

fuera si mi amo lo huviera de las muelas ; pero no lo ha sino de los cascós. Yo sé lo que digo , señora ama , vayase , y no se ponga à disputar conmigo , pues sabe que soy Bachiller por Salamanca , que no hay mas que bachillar , respondió Carraseo. Y con esto se fué el ama , y el Bachiller fué luego à buscar al Cura para comunicarse con él lo que se dirá à su tiempo.

En el que estuvieron encerrados Don Quixote , y Sancho , passaron las razones , que con mucha puntualidad , y verdadera relacion cuenta la Historia. Dixo Sancho à su amo : Señor , ya yo tengo relucida à mi muger à que me dea ir con vuestra merced adonde quisiere llevarme. Reducida has de decir , Sancho , dixo Don Quixote , que no relucida. Una , à dos veces respondió Sancho , si mal no me acuerdo , suplicado à vuestra merced , que no me enmude de los vocablos , si es que entiende lo que quiero decir en ellos ; y que quando no los entienda , diga : Sancho , ó diablo , no te entiendo ; si yo no me declarare , entonces podrá enmude darme , que yo soy tan fociel. No te entiendo , Sancho , dixo luego Don Quixote , pues no que quiere decir soy tan fociel. Tan fociel quisiera decir , respondió Sancho , soy tan assi. Me parece entiendo ahora , replicó Don Quixote. Pero si no me puede entender , respondió Sancho , no sé como lo diga , no sé mas , y Dios sea con mi amigo. Ya , ya caygo , respondió Don Quixote

en ello. Tu quieres decir , que eres tan docil , blando , y mañero , que tomarás lo que yo te dixere , y passarás por lo que te enseñare. Apostaré yo , dixo Sancho , que desde el principio me caló , y me entendió ; sino que quiso turbarme por oirme decir otras doscientas patochadas. Podrá ser , replicó Don Quixote ; y en efecto , que dice Teresa ? Teresa dice , dixo Sancho , que ate bien mi dedo con vuestra merced , y que hablen cartas , y callen barbas , porque quien destaja no bataja , pues mas vale un toma , que dos te daré ; y yo digo que el consejo de la muger es poco , y el que no le toma es loco. Y yo lo digo tambien , respondió Don Quixote. Decid , Sancho amigo , passad adelante , que hablais hoy de perlas. Es el caso , replicó Sancho , que como vuestra merced mejor sabe , todos estamos sujetos à la muerte , y que hoy somos , y mañana no , y que tan presto se vá el cordero , como el carnero , y que nadie puede prometerse en este mundo mas horas de vida de las que Dios quisiere darle : porque la muerte es sorda , y quando llega à llamar à las puertas de nuestra vida , siempre vá de prissa , y no la harán detener , ni ruegos , ni fuerzas , ni Capelos , ni Mitras , segun es publica voz , y fama , y segun nos lo dicen por esos Pulpitos. Todo esso es verdad , dixo Don Quixote ; pero no sé donde vás à parar. Voy à parar , dixo Sancho , en que vuestra merced me señale salada

rico conocido de lo que me ha de dár cada mes el tiempo que le sirviere ; y que el tal salario se me pague de su hacienda , que no quiero yo estar à mercedes , que llegan tarde , mal , ò nunca : con lo mio me ayude Dios. En fin , quiero saber que gano poco , ò mucho que sea , que sobre un huevo pone la gallina , y muchos pocos hacen un mucho , y mientras se gana algo , no se pierde nada. Verdad sea , que si sucediesse ( lo qual , ni lo creo , ni lo espero ) que vuestra merced me dicesse la Insula , que me tiene prometida , no soy tan ingrato , ni llevo las cosas tan por los cabos , que no querrè , que se aprecie lo que montàre la renta de la tal Insula , y se descuente de mi salario gata por cantidad. Sancho amigo , respondió Don Quixote , à las veces tan buena suele ser una gata , como una rata. Ya entiendo , dixo Sancho ; yo apostaré que havia de dçier rata , y no gata ; pero no importa nada , pues vuestra merced lo ha entendido. Y tan entendido , respondió Don Quixote , que he penetrado lo último de tus pensamientos , y sè al blanco que tiras con las innumerables saetas de tus refranes. Mira , Sancho , yo bien te señalaría salario , si huviera hallado en algunas de las Historias , de los Cavalleros Andantes exemplo , que me descubriessè , que mostrasse por algun pequeño resquicio , que solian ganar cada mes , ò cada año ; pero yo he leído todas , ò las mas de sus Historias ,

no

no me acuerdo haver leído , que ningun Cavallero Andante haya señalado conocido salario à su escudero ; solo sé , que todos servian à merced , y que quando menos se lo pensaban , si à sus señores les havia corrido bien la suerte , se hallaban premiados con una Insula , ò con otra cosa equivalente , y por lo menos quedaban con Titulo , y Señoria. Si con estas esperanzas , y aditamientos , vos Sancho , gustais de bolver à servirme , sea en buen hora , que pensar , que yo he de sacar de sus terminos , y quicios la antigua usanza de la Cavalleria Andante , es pensar en lo escusado. Assi que , Sancho mio , bolveos à vuestra casa , y declarad à vuestra Teresa mi intencion ; y si ella gustàre , y vos gustàredes de estar à merced conmigo , *benè quidem* ; y si no , tan amigos como de antes , que si al palomar no le falta cebo , no le faltarán palomas. Y advertid , hijo , que vale mas buena esperanza , que ruín possession , y buena quexa , que mala paga. Hablo de esta manera , Sancho , por daros à entender , que tambien sé yo arrojare refranes como llovidos ; y finalmente , quiero decir , y os digo , que si no quereis venir à merced conmigo , y correr la suerte que yo corro , que Dios quede con vos , y os haga un Santo , que à mi no me faltarán escuderos mas obedientes , mas solícitos , y no tan empuachados , ni tan habladores como vos. Quando Sancho oyó la firme resolucion de su amo , se

le



le nubló el Cielo, y se le cayeron las alas del corazon, porque tenia creído, que su señor no se iria sin él por todos los haberes del mundo; y assi, estando suspenso, y pensativo, entró Sansón Carrasco, y la sobrina, deseosos de oír con qué razones persuadia à su señor, que no tornasse à buscar las aventuras. Llegó Sansón, socarron famoso, y abrazandole como la vez primera, con voz levantada le dixo: O flor de la Andante Cavalleria! O luz resplandeciente de las armas! O honor, y espejo de la Nacion Española! Plegue à Dios todo Poderoso, donde mas largamente se contiene, que la persona, ò personas que pusieren impedimiento, y estorvaren tu tercera salida, que no la hallen en el labirinto de sus deseos, ni jamás se les cumpliere lo que mal desearen. Y bolviendose à la ama, le dixo: Bien puede la señora ama no rezar mas la Oracion à Santa Polonia, que yo sé que es determinacion precisa de las Esferas, que el señor Don Quixote vuelva à executar sus altos, y nuevos pensamientos; y yo encargaria mi conciencia si no intimasse, y persuadiesse à este Cavallero, que no tenga mas tiempo encogida, y detenida la fuerza de su valeroso brazo, y la bondad de su animo valentissimo; porque de fraudar con su tardanza el derecho de los huérfanos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas, y el arrimamiento de las casadas, y otras cosas de este jaèz, que

tocan, atañen, dependen, y son anexas à la Orden de la Cavalleria Andante. Ea, señor Don Quixote mio, hermoso, y bravo, antes hoy, que mañana se ponga vuestra merced, y su grandeza en camino; y si alguna cosa faltare para ponerle en execucion, aqui estoy yo para suplirla con mi persona, y hacienda; y si fuere necesidad servir à tu magnificencia de escudero, lo tendré à felicissima ventura. A esta sazón dixo Don Quixote, bolviendose à Sancho: No te dixes, Sancho, que me havian de sobrar escuderos? Mira quien se ofreció à serlo sino el inaudito Bachillèr Sansón Carrasco, perpetuo Trastulo, y regocijador de los patios de las Escuelas Salamanticensas, sano de persona, agil de sus miembros, callado, sufrido, assi del calor, como de el frio, assi de la hambre, como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un Cavallero Andante; pero no permita el Cielo, que por seguir mi gusto, desvarate, y quiebre la columna de las letras, y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas, y liberales Artes. Quédese el nuevo Sansón en su patria, y honrandola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con qualquier escudero estaré contento, yá que Sancho no se digna de venir conmigo. Si digno, respondió Sancho, enternecido, y llenos de lagrimas los ojos, y prosiguió: No se dirá por mi, señor mio, el pan comi-

mido , y la compañía deshecha ; si que no ven-  
go yo de alguna alcurnia desagradecida , que ya  
sabe todo el mundo , y especialmente mi Pue-  
blo , quien fueron los Panzas , de quien yo des-  
ciendo ; y mas que tengo conocido , y calado ,  
por muchas buenas obras , y por mas buenas  
palabras , el deseo que vuestra merced tiene de  
hacerme merced : y si me he puesto en cuentas  
de tanto mas quanto acerca de mi salario , ha-  
sido por complacer à mi muger , la qual quando  
toma la mano à persuadir una cosa , no hay ma-  
zo que tanto apriete los arros de una cuba , como  
ella aprieta à que se haga lo que quiere ; pero  
en efecto , el hombre ha de ser hombre , y la mu-  
ger muger ; y pues yo soy hombre donde quie-  
ra , que no lo puedo negar , tambien lo quiero  
ser en mi casa , pese à quien pesare : y assi na-  
hay mas que hacer , sino que vuestra merced  
ordene su testamento con su Cobdicilo , en mo-  
do que no se pueda redoblar ; y pongamonos  
luego en camino , porque no padezca el alma  
del señor Sansón , que dice , que su conciencia  
le lita , que persuada à vuestra merced à salir  
vez tercera por esse mundo , y yo de nuevo me  
ofrezco à servir à vuestra merced fiel , y legal-  
mente , tan bien , y mejor , que quantos escu-  
deros han servido à Cavalleros Andantes en los  
passados , y presentes tiempos. Admirado que  
dó el Bachillér de ohir el termino , y modo de  
hablar de Sancho Panza , que puesto que havia  
leído

leído la Primera Historia de su señor , nunca  
creyó , que era tan gracioso como alli le pintan ;  
pero oyendole decir ahora Testamento , y Cob-  
dicilo , que no se puede rebolcar , en lugar de  
Testamento , y Codicilo , que no se pueda re-  
vocar , creyó todo lo que de él havia leído , y  
confirmólo por uno de los mas solemnes mente-  
catos de nuestros siglos ; y dixo entre sí , que  
tales dos locos , como amo , y mozo , no se ha-  
vrian visto en el mundo. Finalmente Don Qui-  
xote , y Sancho se abrazaron , y quedaron ami-  
gos ; y con parecer , y beneplacito del gran  
Carrasco , ( que por entonces era su Oraculo )  
se ordenó , que de alli à tres dias fuesse su par-  
tida , en los quales havia lugar de aderezar lo  
necesario para el viage , y de buscar una cela-  
da de encaxe , que en todas maneras dixo Don  
Quixote que la havia de llevar. Ofrecióse la San-  
són , porpue sabía no se le negaría un amigo su-  
yo , que la tenia , puesto que estaba mas obscu-  
ra para el orin , y el moho , que clara , y limpia  
por el terso azero. Las maldiciones que las dos,  
ama , y sobrina , echaron al Bachillér , no tui-  
eron cuento , mesaron sus cabellos , arañaron  
sus rostros , y al modo de las endechaderas , que  
se usaban , lamentaban la partida , como si fue-  
ra la muerte de su señor. El designio que tuvo  
Sansón para persuadirle à que otra vez saliesse ,  
fué hacer lo que adelante cuenta la Historia ,  
todo por consejo del Cura , y Barbero , con  
quien

quien él antes lo havia comunicado. En resolución, en aquellos tres dias Don Quixote, y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles; y habiendo aplacado Sancho à su muger, y Don Quixote à su sobrina, y à su ama, al anochecer, sin que nadie los viesse, sino el Bachillér, que quiso acompañarles media legua del Lugar, se pusieron en camino de el Toboso, Don Quixote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo Rucio, provendadas las alforjas de cosas tocantes à la bocolica, y la bolsa de dineros, que le dió Don Quixote para lo que se ofreciesse. Abrasóle Sansón, y suplicóle le avisasse de su buena, ò mala suerte para alegrarse con aquella, ò entristecerse con esta, como las leyes de su amistad pedian: prometióselo Don Quixote, dió Sansón la buelta à su Lugar, y los dos tomaron la de la gran Ciudad del Toboso.

### CAPITULO VIII.

*Donde se cuenta lo que le sucedió à Don Quixote, yendo à vér à su señora Dulcinea del Toboso.*

**B**Endito sea el Poderoso Alá, dice Hamete Benengeli al comienzo de este octavo Capitulo; bendito sea Alá, repite tres veces; y dice, que dá estas bendiciones, por vér que tiene

tiene ya en campaña à Don Quixote, y à Sancho, y que los Lectores de su agradable Historia pueden hacer cuenta, que desde este punto comienzan las hazañas, y donayres de Don Quixote, y su Escudero: persuadeles, que se les olviden las passadas Cavallerias de el ingenioso Hidalgo, y pongan los ojos en las que están por venir, que desde ahora en el camino del Toboso comienzan, como las otras comenzaron en los Campos de Montiel; y no es mucho lo que pide para tanto como él promete; y assi prosigue, diciendo:

Solos quedaron Don Quixote, y Sancho, y apenas se hubo apartado Sansón, quando comenzó à relinchar Rocinante, y à suspirar el Rucio, que de entrambos, Cavallero, y Escudero, fuè tenido à buena señal, y por felicissimo agüero; aunque, si se ha de contar la verdad, mas fueron los suspiros, y rebuznos del Rucio, que los relinchos del Rocín; de donde coligió Sancho, que su ventura havia de sobrepajar, y ponerse encima de la de su señor, fundandose, no se si en Astrologia judiciaria, que él se sabia, puesto que la Historia no lo declara; solo le oyeron decir, que quando tropezaba, ò caía, se holgára no haver salido de casa, porque del tropezar, ò caer no se sacaba otra cosa, sino el zapato roto, ò las costillas quebradas; y aunque tonto, no andaba en esto muy fuera de camino. Dixole Don Quixote:

xote : Sancho amigo , la noche se nos vá entrando à mas andar , y con mas obscuridad de la que haviamos menester , para alcanzar con el dia à vèr al Toboso , adonde tengo determinado de ir , antes que en otra aventura me ponga : allí tomarè la bendicion , y buena licencia de la sin par-Dulcinèa ; con la qual licencia , pienso , y tengo por cierto de acabar , y dár felice cima à toda peligrosa aventura ; porque ninguna cosa de esta vida hace mas valientes à los Cavalleros Andantes , que verse favorecidos de sus damas. Yo assi lo creo , respondió Sancho ; pero tengo por dificultoso , que vuestra merced pueda ablandarla , ni verse con ella , en parte à lo menos , que pueda recibir su bendicion , si ya no se la echa desde las bardas del corral , por donde yo la ví la vez primera quando la llevè la carta , donde iban las nuevas de las sandeces , y locuras , que vuestra merced quedaba haciendo en el corazon de Sierra-Morena. Bardas de corral se te antojaron aquellas , Sancho , dixo Don Quixote , adonde , ò por donde viste aquella jamás bastantemente alabada gentileza , y hermosura ? No debian de ser sino galerías , ò corredores , ò lonjas , ò como las llaman , de ricos , y Reales Palacios. Todo pudo ser , respondió Sancho ; pero à mi bardas me parecieron , sino que soy falto de memoria. Con todo esso vamos allá , Sancho , replicó Don Quixote , que como yo la vea , esso se me dá que sea por  
bar-

bardas , que por ventanas , ò por resquicios , ò verjas de jardines , que qualquiera rayo que del sol de su belleza llegue à mis ojos , alumbrará mi entendimiento , y fortalecerá mi corazon de modo , que quede unico , y sin igual en su discrecion , y en la valentía. Pues en verdad , señor , respondió Sancho , que quando yo ví esse sol de la señora Dulcinèa del Toboso , que no estaba tan claro , que pudiesse echar de sí rayos algunos ; y debió de ser , que como su merced estaba ahechando aquel trigo , que dixe , el mucho polvo que sacaba , se le puso como nube ante el rostro , y se le escureció. Qué todavia dás , Sancho , dixo Don Quixote , en decir , en pensar , en creer , y en porfiar , que mi señora Dulcinèa ahechaba trigo , siendo esse un menester , y exercicio , que vá desviado de todo lo que hacen , y deben hacer las personas principales , que están constituídas , y guardadas para otros exercicios , y entretenimientos , que muestran à tiro de ballesta su principalidad ? Mal se te acuerdan à tí , Sancho , aquellos versos de nuestro Poeta , donde nos pinta las labores que hacian allá en sus moradas de crystal aquellas quatro Ninfas , que del Tajo amado sacaron las cabezas , y se sentaron à labar en el prado verde aquellas ricas telas , que allí el ingenioso Poeta nos describe , que todas eran de oro , sirgo , y perlas , con trenzas texidas. Y de esta manera debia de ser el de mi señora quando tu la viste ,

sino que la embidia, que algun mal encantador debe de tener à mis cosas, todas las que me han de dár gusto, trueca, y buelve en diferentes figuras, que ellas tienen; y assi temo, que en aquella Historia, que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su Autor algun sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divirtiendose à contar otras acciones, fuera de lo que requiere la continuacion de una verdadera Historia. O embidia, raíz de infinitos males, carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen aun no sé qué de deleyte consigo; pero el de la embidia no trae sino disgustos, rencores, y rabias. Esso es lo que yo digo tambien, respondió Sancho, y pienso que en essa leyenda, ò historia, que nos dixo el Bachillér Carrasco, que de nosotros havia visto debe de andar mi honra à coche acá cinchado, como dicen, al estriquite aqui, y alli, barriendo las calles. Pues à fee de bueno, que no he dicho yo mal de ningun encantador, ni tengo tantos bienes, que pueda ser embidiado; bien es verdad, que soy algo malicioso, y que tengo mis ciertos assomos de bellaco; pero todo lo cubre, y tapa la gran capa de la limpieza, siempre natural, y nunca artificiosa; quando otra cosa no tuviesse, sino el creer, como siempre creo, firme, y verdaderamente en Dios, y en todo aquello, que tiene, y cree.

San-

Santa Madre Iglesia Catholica Romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los Judios, debian los Historiadores tener misericordia de mi, y tratarme bien en sus Escritos; pero digan lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano, aunque por verme puesto en libros, y andar por este mundo de mano en mano, no se me dá un higo, que digan de mi todo lo que quisieren. Esso me parece, Sancho, dixo Don Quixote, à lo que sucedió à un famoso Poeta de estos tiempos, el qual haviendo hecho una maliciosa satyra contra todas las damas Cortesanas, no puso, ni nombró en ella à una dama, que se podia dudar si lo era, ò no; la qual viendo que no estaba en la lista de las demás, se quejó al Poeta, diciendole, que qué havia visto en ella para no ponerla en el numero de las otras? Y que alargasse la satyra, y la pusiesse en el ensanche, sino que mirasse para lo que havia nacido. Hizo lo assi el Poeta, y pusola qual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha, por verse con fama, aunque infame. Tambien viene con esto lo que cuentan de aquel Pastor, que puso fuego, y abrasó el Templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, solo porque quedasse vivo su nombre en los siglos venideros; y aunque se mandó, que nadie nombrasse, ni hiciesse por palabra, ò por escrito mencion de su nombre, porque no consiguiesse

el

el fin de su deseo, todavía se supo, que se llamaba Erostrato. También alude à esto lo que sucedió al grande Emperador Carlos Quinto con un Cavallero en Roma. Quiso vér el Emperador aquel famoso Templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el Templo de todos los Dioses, y ahora con mejor vocacion se llama de todos los Santos, y es el Edificio que mas entero ha quedado de los que alzó la Gentilidad en Roma, y es el que mas conserva la fama de la grandiosidad, y magnificencia de sus Fundadores: él es de hechura de una media naranja, grandissimo en extremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz, que la que le concede una ventana, ò por mejor decir, claraboya redonda, que está en su cima; desde la qual, mirando el Emperador el Edificio, estaba con él y à su lado un Cavallero Romano, declarándole los primores, y sutilezas de aquella gran maquina, y memorable arquitectura; y habiendo se quitado de la claraboya, dixo al Emperador Mil veces, Sacra Magestad, me vino deseo de abrazarme con vuestra Magestad, y arrojar de aquella claraboya abaxo, por dexar de fama eterna en el mundo. Yo os agradezco respondió el Emperador, el no haver puesto tan mal pensamiento en efecto, y de aquí adelante no os pondré yo en ocasion, que bolvais à hacer prueba de vuestra lealtad; y assi os mando, que jamás me hableis, ni esteis donde yo estuviere.

Y tras estas palabras le hizo una gran merced: Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. Quien piensas tu que arrojó à Horacio del Puente abaxo, armado de todas armas, en la profundidad del Tyber? Quien abrasó el brazo, y la mano à Monucio? Quien impelió à Curcio à lanzarse en la profunda sima ardiente, que apareció en la mitad de Roma? Quien contra todos los agueros, que en contra se le havian mostrado, hizo passar al Rubicón à Cesar? Y con exemplos mas modernos: Quien barrenó los Navios, y dexó en seco, y aislados los valerosos Españoles, guiados por el cortesissimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas, y otras grandes, y diferentes hazañas, son, fueron, y serán obras de la fama, que los mortales desean, como premios, y parte de la immortalidad, que sus famosos hechos merecen, puesto que los Christianos Catholicos, y Andantes Cavalleros, mas havemos de atender à la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las Regiones etereas, y celestes, que à la vanidad de la fama que en este presenté, y acabable siglo se alcanza, la qual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene fin señalado: assi, ò Sancho, que nuestras obras no han de salir del limite, que nos tiene puesto la Religion Christiana, que professamos. Hemos de matar en los Gigantes à

la Sobervia; à la Embidia; en la generosidad, y buen pecho; y à la Ira, en el reposado continente, y quietud del animo; à la Gula, y al Sueño, en lo poco comer que comemos, y en el mucho velar que velamos; à la Luxuria, y Laſcivia, en la lealtad que guardamos, à las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; à la Pereza, con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones, que nos puedan hacer, y hagan sobre Christianos famosos Cavalleros. Vés aqui, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas, que consigo trae la buena fama. Todo lo que vuestra merced hasta aqui me ha dicho, dixo Sancho, lo he entendido muy bien; pero con todo esso querria, que vuestra merced me sorviesse una duda, que ahora en este punto me ha venido à la memoria. Absolviesse quier, decir, Sancho, dixo Don Quixote; dí en buena hora, que yo responderé lo que supiere. Diga-me, señor, prosiguió Sancho, esos Julios, y Agostos, y todos esos Cavalleros hazañosos que ha dicho, que ya son muertos, donde están ahora? Los Gentiles, respondió Don Quixote, están en el Infierno: los Christianos, si fueron buenos Christianos, ò están en el Purgatorio, ò en el Cielo. Está bien, dixo Sancho; sepamos ahora: Essas sepulturas, donde están los cuerpos de esos señorazos, tienen delante si lamparas de plata, ò están adornadas las

redes de sus Capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas, y de ojos de cera; y si de esto no, de que están adornadas? A lo que respondió Don Quixote: Los sepulcros de los Gentiles fueron por la mayor parte suntuosos Templos; las cenizas del cuerpo de Julio Cesar se pusieron sobre una pyramide de piedra de desmesurada grandeza, à quien hoy llaman en Roma la Águja de San Pedro. Al Emperador Adriano le sirvió de sepultura un Castillo tan grande como una buena Aldéa, à quien llamaron Moles Adriani, que ahora es el Castillo de Sant-Angel en Roma. La Reyna Artemisa sepultó à su marido Mausoléo en un sepulcro, que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo; pero ninguna de estas sepulturas, ni otras muchas que tuvieron los Gentiles, se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas, y señales, que mostrassen ser Santos los que en ellas estaban sepultados. A esso voy, replicó Sancho; y dígame ahora, qual es mas, resucitar à un muerto, ò matar à un Gigante? La respuesta está en la mano, respondió Don Quixote, mas es resucitar à un muerto. Cogido le tengo, dixo Sancho: luego la fama del que resucita muertos, dá vista à los ciegos, endereza los cojos, y dá salud à los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lamparas, y están llenas sus Capillas de gentes devotas, que de rodillas adoran sus Reliquias, mejor fama será para este,

y para el otro siglo, que la que dexaron, y dexaren quantos Emperadores Gentiles, y Cavalleros Andantes ha havido en el mundo? Tambien confieso essa verdad, respondió Don Quixote. Pues esta fama, estas gracias, estas prerrogativas, como llaman à esto, respondió Sancho, tienen los Cuerpos, y las Reliquias de los Santos, que con aprobacion, y licencia de nuestra Santa Madre Iglesia tienen lamparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devocion, y engrandecen su Christiana fama? Los Cuerpos de los Santos, ò sus Reliquias, llevan los Reyes sobre sus ombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan, y enriquecen con ellos sus Oratorios, y sus mas preciosos Altares. Qui quieres que infiera, Sancho de todo lo que ha dicho? dixo Don Quixote. Quiero decir, dixo Sancho, que nos demos à ser Santos, y alcanzaremos mas brevemente la buena fama, que pretendemos. Advierta, señor, que ayer, ò antes de ayer, que segun ha poco se puede decir de esta manera, canonizaron, ò beatificaron dos Fraylecitos Descalzos, cuyas cadenas de hierro, con que ceñian, y atormentaban sus cuerpos, se tiene ahora à gran ventura el besarlas, y tocarlas, y están en mas veneracion, que está, segun dixe, la espada de Roldán en la Armadura del Rey nuestro señor (que Dios guarde). Assi que, señor mio, mas vale ser humilde

Fray-

Fraylecito, de qualquier Orden que sea, que valiente, y andante Cavallero: mas alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas, que dos mil lanzadas, ora las dén à Gigantes, ora à Vestiglos, ò Endriagos. Todo esso es assi, respondió Don Quixote; pero no todos podemos ser Frayles, y muchos son los caminos por donde lleva Dios à los suyos al Cielo: Religion es la Cavalleria, Cavalleros santos hay en la Gloria. Si, respondió Sancho; pero yo he oido decir, que hay mas Frayles en el Cielo, que Cavalleros Andantes. Esso es, respondió Don Quixote, porque es mayor el numero de los Religiosos, que el de los Cavalleros. Muchos son los Andantes, dixo Sancho. Muchos, respondió Don Quixote; pero pocos los que merecen nombre de Cavalleros. En estas, y otras semejantes platicas se les passó aquella noche, y el dia siguiente, sin acontecerles cosa que de contar fuesse, de que no poco le pesó à Don Quixote. En fin, otro dia al anocheecer descubrieron la gran Ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espiritus à Don Quixote, y se le entristecieron à Sancho, porque no sabia la casa de Dulcinéa, ni en su vida la havia visto, como ni tampoco la havia visto su señor; de modo, que el uno por verla, y el otro por no haverla visto, estaban alborotados, y no imaginaba Sancho, qué havia de hacer quando su dueño le embiasse al Toboso. Finalmente ordenó Don Quixote

entrar



entrar en la Ciudad entrada la noche; y en tanto que la hora se llegaba, se quedaron entre unas encinas, que cerca del Toboso estaban, y llegando el determinado punto, entraron en la Ciudad, donde les sucedió cosas, que à cosas llegan.

## C A P I T U L O IX.

*Donde se cuenta lo que en él se verá.*

**M**EDIA noche era por filo, poco mas, ò menos, quando Don Quixote, y Sancho dexaron el monte, y entraron en el Toboso. Estaba el Pueblo en un sossegado silencio, porque todos sus vecinos dormian, y reposaban à pieznas tendida, como suele decirse. Era la noche entre clara, puesto que quisiera Sancho, que fuera del todo oscura, por hallar en su escuridad disculpa de su sandéz. No se oia en todo el Lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oidos de Don Quixote, y turbaban el corazon de Sancho: de quando en quando rebuznaba un jumento, gruñian puercos, y mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche. Todo lo qual tuvo el enamorado Cavallero à mal agüero; pero con todo esto dixo à Sancho: Sancho, hijo, guia al Palacio de Dulcinéa, quizá podrá ser, que la hallemos despierta. A qué Palacio

ten-

tengo de guiar, cuerpo del Sol, respondió Sancho, que en el que yo ví à su grandeza no era sino casa muy pequeña? Debía de estar retirada entonces, respondió Don Quixote, en algun pequeño apartamiento de su Alcazar, solazandose à solas con sus doncellas, como es uso, y costumbre de las altas Señoras, y Princesas. Señor, dixo Sancho, ya que vuestra merced quiere, à pesar mio, que sea Alcazar la casa de mi señora Dulcinéa, es hora esta, por ventura, de hallar la puerta abierta? Y será bien, que demos aldabazos para que nos oyan, y nos abran, metiendo en alboroto, y rumor toda la gente? Vamos por dicha à llamar à la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarragana-dos, que llegan, y llaman, y entren à qualquiera hora, por tarde que sea? Hallemos primero una por una el Alcazar, replicó Don Quixote, que entonces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos; y advierte, Sancho, que, ò yo veo poco, ò que aquel bulto grande, y sombra, que desde aqui se descubre, la debe de hacer el Palacio de Dulcinéa. Pues guie vuestra merced, respondió Sancho, quizá será assi, aunque yo le veré con los ojos, y lo tocaré con las manos, y assi lo creeré yo, como creer, que es ahora de dia. Guió Don Quixote, y habiendole andado como docientos passos, dió con el bulto que hacia la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció, que el tal Edificio no era Alcazar,

cazar, sino la Iglesia principal del Pueblo, y dixó: Con la Iglesia hemos dado, Sancho. Ya lo veo, respondió Sancho, y plegue á Dios, que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los Cementerios á tales horas; y mas habiendo yo dicho á vuestra merced, si mal no me acuerdo, que la casa de esta señora ha de estar en una callejuela sin salida. Maldito seas de Dios, mentecato, dixo Don Quixote, adonde has tu hallado, que los Alcazarres, y Palacios Reales estén edificados en callejuelas sin salida? Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso, quizá se usa aqui en el Toboso edificar en callejuelas los Palacios, y Edificios grandes; y assi suplico á vuestra merced me dexé buscar por estas calles, ó callejuelas, que se me ofrecen, podría ser, que en algun rincón topasse con esse Alcazar, que le vea yo comido de perros, que assi nos trae corridos, y asendereados. Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora, dixo Don Quixote, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la soga tras el caldero. Yo me reportaré, respondió Sancho; pero con qué paciencia podré llevar, que quiera vuestra merced, que de sola una vez, que ví la casa de nuestra ama, la haya de saber siempre, y hallarla á media noche, no hallandola vuestra merced, que la debe de haver visto millares de veces? Tu me harás desesperar, Sancho, dixo Don Quixote: vén acá, herege-

no

no te he dicho mil veces, que en todos los dias de mi vida no he visto á la sin par Dulcinéa, ni jamás atravésé los umbrales de su Palacio, y que solo estoy enamorado de ohidas, y de la gran fama que tiene de hermosa, y discreta? Ahora lo oygo, respondió Sancho, y digo, que pues vuestra merced no la ha visto, ni yo tampoco. Esso no puede ser, replicó Don Quixote, que por lo menos ya me has dicho tu, que la viste ahechando trigo, quando me traxiste la respuesta de la carta, que la embié contigo. No se atenga á esso, señor, respondió Sancho; porque le hago saber, que tambien fué de ohidas la vista, y la respuesta que le traxe; porque assi sé yo quien es la señora Dulcinéa, como dár un puño en el Cielo. Sancho, Sancho, respondió Don Quixote, tiempos hay de burlar, y tiempos donde caen, y parecen mal las burlas. No porque yo diga, que ni he visto, ni hablado á la señora de mi alma, has tu de decir tambien, que ni la has hablado, ni visto, siendo tan al revés como sabes. Estando los dos en estas platicas, vieron que venia á passar por donde ellos estaban uno con dos mulas, que por el ruido que hacia el arado que arrastraba por el suelo, juzgaron, que debia de ser Labrador, que havria madrugado antes del dia á ir á su labranza; y assi fué la verdad. Venia el Labrador cantando aquel Romance, que dicen:

*Mala la huvisteis, Franceses, en essa de Ronces-*  
va-

valles. Que me maten, Sancho, dixo Don Quixote, si nos ha de suceder cosa buena esta noche. No oyes lo que viene cantando esse villano? Si oygo, respondió Sancho; pero qué hace à nuestro proposito la caza de Roncesvalles? Assi pudiera cantar el Romance de Calainos, que todo fuera uno, para sucedernos bien, ó mal en nuestro negocio. Llegó en esto el Labrador, à quien Don Quixote preguntó: Sabreis-me decir, buen amigo, que buena ventura os dé Dios, donde son por aqui los Palacios de la sin par Princesa Doña Dulcinéa del Toboso? Señor, respondió el mozo, yo soy forastero, y ha pocos dias que estoy en este Pueblo sirviendo à un Labrador rico en la Labranza del campo: en essa casa frontera viven el Cura, y el Sacristán del Lugar, entrambos, ó qualquiera de ellos sabrá dár à vuestra merced razon de essa señora Princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso; aunque para mí tengo, que en todo él no vive Princesa alguna, muchas señoras sí Principales, que cada una en su casa puede ser Princesa. Pues entre essas dixo Don Quixote, debe de estar, amigo, esta por quien te pregunto. Podria ser, respondió el mozo, y à Dios, que ya viene el Alva; y dando à sus mulas, no atendió à mas preguntas. Sancho, que vió suspenso à su señor, y assáz mal contento, le dixo: Señor, yá se viene à andar el dia, y no será acertado dexar, que no halle

halle el Sol en la calle; mejor será que nos salgamos fuera de la Ciudad, y que vuestra merced se embosque en alguna floresta aqui cercana, y yo bolveré de dia, y no dexaré ostugo en todo este Lugar, donde no busque la casa, Alcazar, ó Palacio de mi señora, y assáz seria de desdichado si no le hallasse, y hallandole, hablaré con su merced, y le diré donde, y como queda vuestra merced esperando, que le dé orden, y traza para verla, sin menoscabo de su honra, y fama. Has dicho, Sancho, dixo Don Quixote, mil sentencias encerradas en el circulo de breves palabras: el consejo que ahora me has dado lo apetezco, y recibo de bonissima gana: vén, hijo, y vamos à buscar donde me embosque, que tu bolverás, como dices, à buscar; à vér, y hablar à mi señora, de cuya discrecion, y cortesía espero mas que milagrosos favores. Rabiaba Sancho por sacarle à su amo del Pueblo, porque no averiguasse la mentira de la respuesta, que de parte de Dulcinéa le havia llevado à Sierra-Morena, y assi dió priessa à la salida, que fué luego; y à dos millas del Lugar hallaron floresta, ó bosque, donde Don Quixote se emboscó, en tanto que Sancho bolvia à la Ciudad à hablar à Dulcinéa; en cuya embaxada le sucedieron cosas, que piden nueva atencion, y nuevo credito.

\* \* \*

CAPI-

## CAPITULO X.

*Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar à la señora Dulcinéa; y de otros sucessos tan ridiculos, como verdaderos.*

**L**egando el Autor de esta grande Historia à contar lo que en este Capitulo cuenta, dice, que quisiera passarla en silencio, temeroso de que no havia de ser creído; porque las locuras de Don Quixote llegaron aqui al termino, y raya de las mayores, que puedan imaginarse, y aun passaron dos tiros de ballesta mas allá de las mayores. Finalmente, aunque con este miedo, y recelo, las escribió de la misma manera que él las hizo, sin añadir, ni quitar à la historia un atomo de la verdad, sin darsele nada por las objeciones que podian ponerle de mentiroso; y tuvo razon, porque la verdad adelgaza, y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira como el azeyte sobre el agua; y assi prosiguiendo su historia, dice, que assi como Don Quixote se emboscó en la floresta, encinar, ò selva junta al gran Toboso, mandó à Sancho bolver à la Ciudad, y que no bolviessse à su presencia, sin haver primero hablado de su parte à su señora, pidiendola fuesse servida de dexarse vér de su cautivo Cavallero, y se dignasse de echarle

ben-

bendicion, para que pudiesse espeerar por ella felicissimos sucessos de todos sus acontecimientos, y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo assi como se lo mandaba, y de traerle tan buena respuesta como le traxo la vez primera. Anda, hijo, replicó Don Quixote, y no te turbes quando te vieres ante la luz del sol de hermosura, que vas à buscar. Dichoso tu sobre todos los escuderos del mundo; tén memoria, y no te passe de ella como te recibe, si muda los colores al tiempo que la estuvieres dando mi embaxada; si se desasossiaga, y turba oyendo mi nombre; si no acaba en la almohada, si acaso la hallas sentada en el éstrado rico de su autoridad; y si está en pié, mirala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pié; si te repite la respuesta que te diere dos, ò tres veces; si la muda de blanda en aspera, de aceda en amorosa; si levanta la mano al cabello para componerle, aunque no esté desordenado. Finalmente, hijo, mira todas sus acciones, y movimientos; porque si tu me los relatáres como ellos fueren, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazon, acerca de lo que al fecho de mis amores toca; que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes, las acciones, y movimientos exteriores que muestran quando de sus amores se tratan, son certissimos correos, que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma passa. Vé, amigo, y guie-

te

te otra mejor ventura que la mia , y buelvate otro mejor suceso de el que yo quedo temiendo , y esperando en esta amarga soledad en que me dexas. Yo iré , y bolveré presto , dixo Sancho , y ensanche vuestra merced , señor mio , esse co-razoncillo , que le debe de tener ahora no mayor que una avellana ; y considere que se suele decir , que buen corazon quebranta mala ventura , y que donde no hay tocinos , no hay estacas ; y tambien se dice , donde no piensa , salta la liebre : digolo , porque si esta noche no hallamos los Palacios , ò Alcazares de mi señora , ahora que es de dia , los pienso hallar quando menos los piense ; y hallados , dexeme à mi con ella. Por cierto , Sancho , dixo Don Quixote , que siempre traes tus refranes tan à pelo de lo que tratamos , quando me dé Dios mejor ventura en lo que deseo. Esto dicho , bolvió Sancho las espaldas , y vareó su rucio , y Don Quixote se quedó à cavallo , descansando sobre los estrivos , y sobre el arrimo de su lanza , lleno de tristes , y confusas imaginaciones , donde le dexaremos , yendonos con Sancho Panza , que no menos confuso , y pensativo se apartó de su señor , que él quedaba ; y tanto , que apenas havo salido del bosque , quando bolviendo la cabeza , y viendo que Don Quixote no parecia , se apeó del jumento , y sentandose al pié de un arbol , comenzó à hablar consigo mismo , y à decirse : Sepamos ahora , Sancho hermano , adonde vá vuestra

mer-

merced ? Vá à buscar algun jumento , que se le haya perdido ? No por cierto. Pues qué vá à buscar ? Voy à huscar ; como quien no dice nada , à una Princesa , y en ella al sol de la hermosura , y à todo el Cielo junto. Y adonde pensais hallar esso que decis , Sancho ? Adonde ? En la gran Ciudad del Toboso. Y bien ; y de parte de quien la vais à buscar ? De parte del famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha , que desfaca los tuertos , y dá de comer al que ha sed , y de beber al que ha hambre. Todo esso está muy bien. Y sabeis su casa , Sancho ? Mi amo dice , que han de ser unos Reales Palacios , ò unos sobervios Alcazares. Y haveisla visto algun dia , por ventura ? Ni yo , ni mi amo la havemos visto jamás. Y pareceos , que fuera acertado , y y bien hecho , que si los del Toboso supiesen , que estais vos aqui con intencion de ir à sonsacarles sus Princesas , y à desassossegarles sus damas , viniessen , y os moliessen las costillas à puros palos , y no os dexassen hueso sano ? En verdad que tendrian mucha razon , quando no considerassen que soy mandado , y que *message-ro sois , amigo ; no mereceis culpa non*. No os fieis en esso , Sancho , porque la gente Manchega es tan colerica , como honrada , y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios , que si os huelen , que os mando mala ventura. Oxe puto , allá darás rayo ; no sino andame yo buscando tres pies al gato , por el gusto ageno ; y

1135

mas, que assi será buscar à Dulcinéa por el Toboso, como à Marica por Rabena, ò al Bachiller en Salamanca. El diablo, el diablo me ha metido à mi en esto, que otro no. Este soliloquio passó consigo Sancho, y lo que sacó de él fué, que bolvió à decirse: Ahora bien, todas las cosas tienen remedio, sino la muerte, debaxo de cuyo yugo hemos de passar todos mal que nos pesa al acabar la vida. Este mi amo, por mil señales he visto, que es un loco de atar, y aun tambien yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo, y lo sirvo, si es verdadero el refrán, que dice: *Dime con quien andas, decirtebe quien eres.* Y el otro: *De mí con quien naces, sino con quien paces.* Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura, que las mas veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro, y lo negro por blanco, como se pareció quando dixo, que los Molinos de Viento eran Gigantes, y las Mulas de los Religiosos Dromedarios, y las Manadas de Carneros Exercitos de enemigos, y otras muchas cosas à este tono, no sera muy difícil hacerle creer, que una Labradora, la primera que me topare por aqui, es la señora Dulcinéa; y quando él no lo crea, juraré yo; y si el jurare, tornaré yo à jurar; y si porfiare, porfiaré yo más y de manera, que tengo de tener la mia siempre sobre el hito, venga lo que viniere, quizá con esta porfia acabaré con él, que no me entienda

otra

otra vez a semejantes mensagerías, viendo quan mal recado le traygo de ellas, ò quizá pensará, como yo imagino, que algun mal encantador de estos que él dice que le quieren mal, la habrá mudado la figura por hacerle mal, y daño. Con esto, que pensó Sancho Panza, quedó sossegado su espiritu, y tuvo por bien acabado su negocio; y deteniendose allí hasta la tarde, por dár lugar à que Don Quixote pensasse, que le havia tenido para ir, y bolver del Toboso, sucedióle todo tan bien, que quando se levantó para subir en el rucio, vió, que del Toboso ácia donde él estaba, venían tres Labradoras sobre tres pollinos, ò pollinas, que el Autor no lo declara, aunque mas se puede creer, que eran borricas, por ser ordinaria cajería de las Aldeanas; pero como no vá mucho en esto, no hay para que detenernos en averiguarlo. En resolucion, assi como Sancho vió à las Labradoras, à passo tirado bolvió à buscar à su señor Don Quixote, y hallóle suspirando, y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como Don Quixote le vió, le dixo: Qué hay, Sancho amigo? Podré señalar este día con piedra blanca, ò con negra? Mejor sera, respondió Sancho, que vuestra merced le señale con almagre, como rótulos de Cathedras, porque le echen bien de ver los que le vieren. De esse modo, replicó Don Quixote, buenas nuevas traes. Tan buenas, respondió Sancho, que no

Tom. III.

G

no

no tiene mas que hacer vuestra merced , sino picar à Rocinante , y salir à lo raso à vér la señora Dulcinea del Toboso , que con otras dos doncellas suyas , viene à vér a vuestra merced. Santo Dios! Qué es lo que dices , Sancho amigo? dixo Don Quixote : Mira no me engañes , ni quieres con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas. Qué sacaría yo de engañar à vuestra merced , respondió Sancho , y mas estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pi- que , señor , y venga , y verá venir à la Princesa nuestra ama , vestida , y adornada , en fin , como quien ella es. Sus doncellas , y ella , todas son una asqua de oro , todas mazoreas de perlas , todas son diamantes , todas rubias , todas telas de brocado de mas de diez altos. Los cabellos sueltos por las espaldas , que son otros tantos rayos del Sol , que andan jugando con el viento ; y sobre todo , viene à cavallo sobre tres Cananèas remendadas , que no hay mas que vér. Hacanèas querrás decir , Sancho. Poca diferencia hay , respondió Sancho , de Cananèas à Hacanèas ; pero vengan sobre lo que vinieren , ellas vienen las mas galanas señoras , que se pueden desear , especialmente la Princesa Dulcinea , mi señora , que pasma los sentidos. Vamos Sancho , hijo , respondió Don Quixote ; y en albricias de estas no esperadas , como buenas nuevas , te mando el mejor despojo , que ganàre en la primera aventura que tu-  
vie-

*D. Quixote de la Mancha. P.II.Lib.V.* 99  
viere ; y si esto no te contenta , te mando las crias que este año me dieren las tres yeguas mías , que tu sabes que quedan para parir en el prado Concejil de nuestro Pueblo. A las crias me atengo , respondió Sancho , porque de ser buenos los despojos de la primera aventura , no está muy cierto. Ya en esto salieron de la selva , y descubrieron cerca à las tres Aldeanas. Tendió Don Quixote los ojos por todo el camino del Toboso , y como no vió sino à las tres Labradoras , turbóse todo , y preguntó à Sancho , si las havia dexado fuera de la Ciudad. Cómo fuera de la Ciudad , respondió ; por ventura tiene vuestra merced los ojos en el colodrillo , que no vé que son estas las que aquí vienen , resplandecientes como el mismo Sol à medio dia? Yo no veo , Sancho , dixo Don Quixote , sino es à tres Labradoras sobre tres borricos. Ahora me libre Dios del diablo , respondió Sancho ; y es possible , que tres Hacanèas , ò como se llaman , blancas como el ampo de la nieve , le parezcan à vuestra merced borricos? Vive el señor , que me pele estas barbas , si tal fuesse verdad. Pues yo te digo , Sancho amigo , dixo Don Quixote , que es tan verdad que son borricos , ò borricas , como yo soy Don Quixote , y tu Sancho Panza ; à lo menos à mi tales me parecen. Calle , señor , dixo Sancho ; no diga la tal palabra , sino despavíle esos ojos , y venga à hacer reverencia à la se-  
ñora ,

100 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
ñora de sus pensamientos, que ya llega cerca; y diciendo esto, se adelantó à recibir à las tres Aldeanas, y apeandose del rucio, tuvo del cabestro al jumento de una de las tres Labradoras, y hincando ambas rodillas en el suelo, dixo: Reyna, Princesa, y Duqueza de la hermosura, vuestra altivèz, y grandeza sea servida de recibir en su gracia, y buen talento al cautivo Cavallero vuestro, que alli está hecho piedra marmol, todo turbado, y sin pulsos de verse ante vuestra magnifica presencia. Yo soy Sancho Panza su escudero, y èl es el assendreado Cavallero Don Quixote de la Mancha, llamado por otro nombre el Cavallero de la Triste Figura. A esta sazón ya se havia puesto Don Quixote de hinojos junto à Sancho, y miraba con ojos desencajados, y vista turbada à la que Sancho llamaba Reyna, y señora; y como no descubria en ella sino una moza Aldeana, y no de muy buen rostro, porque era cariredonda, y chata, estaba suspenso, y admirado, sin ossar desplegar sus labios. Las Labradoras estaban assimismo atonitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes, hincados de rodillas, que no dexaban passar adelante à su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada, y mohina, dixo: Apartense en hora tal del camino, y dexennos passar, que vamos de priessa. A lo que respondió Sancho: O Princesa, y señora universal del

*D. Quixote de la Mancha. P.II. Lib.V.* 101  
del Toboso! como vuestro magnifico corazon no se enternecè viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia à la coluna, y sustento de la Andante Cavalleria? Oyendo lo qual otra de las dos, dixo: Mas yo, que te estrago, burra de mi suegro; mirad con qué se vienen los señoritos ahora à hacer burla de las Aldeanas, como si aqui no supiessemos echar pullas como ellos; vayan su camino, y dexennos haer el nuestro, y serles à sano. Lavantate, Sancho, dixo à este punto Don Quixote, que ya veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contento à esta anima mezuquina, que tengo en las carnes. Y tu (ó estremo del valor que puede desearse, termino de la humana gentileza, unico remedio de este afligido corazon que te adora, ya que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes, y cataratas en mis ojos, y para solo ellos, y no para otros ha mudado, y transformado tu sin igual hermosura, y rostro en el de una Labradora pobre; si ya tambien el mio no le ha cambiado en el de algun vestiglo, para hacerle aborrecible à tus ojos) no dexes de mirarme blanda, y amorosamente, echando de vér en esta sumission, y arrodillamiento, que à tu contrahecha hermosura hago la humildad con que mi alma te adora. Toma que, mi aguelo; respondió la Aldeana; amigueta soy yo



yo de ohir resquebrajos : Apartense , y dexen-  
nos ir , y agradecerselo hemos. Apartóse San-  
cho , y dexóia ir , contentissimo de haver sali-  
do bien de su enredo. Apenas se vió libre la  
Aldeana , que havia hecho la figura de Dulci-  
néa , quando picando à su hacanéa con un  
aguijón , que en un palo traía , dió à correr por  
el prado adelante ; y como la borrica sentia la  
punta del aguijón , que la fatigaba mas de lo or-  
dinario , comenzó à dár corcobos , de mane-  
ra , que dió con la señora Dulcinéa en tierra ;  
lo qual visto por Don Quixote , acudió à levan-  
tarla , y Sancho à componer , y cinchar la al-  
barda , que tambien vino à la barriga de la pol-  
lina. Acomodada , pues , la albarda , y que-  
riendo Don Quixote levantar à su encantada  
señora en los brazos sobre la jumenta , la seño-  
ra , levantandose del suelo , le quitó de aquel  
trabajo ; porque haciendose algun tanto atrás ,  
tomó una corricón , y puestas ambas manos  
sobre las ancas de la pollina , dió con su cuer-  
po , mas ligero que un halcón , sobre la albar-  
da , y quedó ahorcadas , como si fuera hom-  
bre ; y entonces Sancho dixo : Vive Roque , que  
es la señora nuestra ama mas ligera que un al-  
corán , y que puede enseñar à subir à la gineta  
al mas diestro Cordovés , ò Mexicano : El ar-  
zón trasero de la silla passó de un salto ; y sin  
espuelas hace correr la hacanéa , como una  
cabra , y no le ván en zaga sus doncellas ,  
que

que todas corren como el viento ; y assi era la  
verdad , porque en viendose à cavallo Dulci-  
néa , todas picaron tras ella , y dispararon à  
correr , sin bolver la cabeza atrás por espacio  
de mas de media legua. Siguiólas Don Quixote  
con la vista , y quando vió que no parecian ,  
bolviendose à Sancho , le dixo : Sancho , que te  
parece quan mal quisto soy de encantadores , y  
mira hasta donde se estiende su malicia , y la  
ojeriza que me tienen , pues me han querido  
privar del contento , que pudiera darme vér en  
su sér à mi señora Dulcinéa ? En efecto , yo  
nací para exemplo de desdichados , y para ser  
blanco , y terrero donde tomen la mira , y as-  
sesten las flechas de la mala fortuna. Y has  
tambien de advertir , Sancho , que no se con-  
tentaron estos traydores de haver buuelto , y  
transformado à mi Dulcinéa , sino que la trans-  
formaron , y bolvieron en una figura tan baxa ,  
y tan fea , como la de aquella Aldeana ; y jun-  
tamente le quitaron lo que es tan suyo de las  
principales señoras , que es el buen olor , por  
andar siempre entre ambares , y entre flores ;  
porque te hago saber , Sancho , que quando lle-  
gué à subir à Dulcinéa sobre su hacanéa ( se-  
gun tu dices ) que à mi pareció borrica , me  
dió un olor de ajos crudos , que me encalabri-  
nó , y atosigó el alma. O canalla ( gritó à esta  
sazon Sancho ) ò encantadores aziagos , y mal  
intencionados , y quien os viera à todos ensar-  
ta-

104 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
tados por las agallas, como sardinas en leche! mucho sabeis, mucho podeis, y mucho mas haceis. Bastaros debiera, vellacos, haver mudado las perlas de los ojos de mi señora Dulcinéa en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purissimo en cerdas de cola de buey vermejo; y finalmente, todas sus facciones de buenas en malas, sin que le tocarades en el olor, que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debaxo de aquella fea corteza, aunque para decir verdad, nunca ví yo su fealdad, sino su hermosura, à la qual subía de punto, y quilates un lunar, que tenia sobre el lado derecho, à manera de vigote, con siete, ò ocho cabellos rubios como ebras de oro, y largos de mas de un palmo. A esse lunar, dixo Don Quixote, segun la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinéa en la tabla del muslo, que corresponde al lado donde tiene el del rostro; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado. Pues yo sè decir à vuestra merced, respondió Sancho, que le parecian alli como nacidos. Yo lo creo, amigo, replicó Don Quixote, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinéa, que no fuesse perfecta, y bien acabada; y assi, si tuviere cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas, y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho, aque-

*D. Quixote de la Mancha. P.II. Lib. V.* 105  
aquella que me pareció à mi albarda, que tu aderezaste, era silla rasa, ò sillón? No era, respondió Sancho, sino silla à la gineta, con una cubierta de campo, que vale la mitad de un Reyno, segun es de rica. Y que no viesse yo todo esso, Sancho? dixo Don Quixote; ahora torno à decir, y dirè mil veces, que soy el mas desdichado de todos los hombres. Harto tenia que hacer el socarron de Sancho en disimular la risa, oyendo los sandeces de su amo, tan delicadamente engañado. Finalmente, despues de otras muchas razones, que entre los dos passaron, bolvieron à subir en sus bestias, y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar à tiempo, que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas, que en aquella insigne Ciudad cada año suelen hacerse; pero antes que allá llegassen, le sucedieron cosas, que por muchas, grandes, y nuevas, merecen ser escritas, y leídas, como se verá adelante.

\*\*\*



CAPL-

## CAPITULO III.

*De la estraña aventura, que le sucedió al valeroso Don Quixote con el carro, ó carreta de las Cortes de la Muerte.*



**P**ensativo además iba Don Quixote por su camino adelante, considerando la mala buel-  
la que le havian hecho los encantadores, bol-  
viendole à su señora Dulcinèa en la mala figura  
de Aldeana; y no imaginaba que remedio ten-  
dria para bolverla à su sèr primero; y estos pen-

sa-

*D. Quixote de la Mancha. P.II.Lib.V. 107*  
samientos le llevaban tan fuera de sí, que sin sentirlo soltó las riendas à Rocinante, el qual sintiendo la libertad que se le daba, à cada passo se detenía à pacer la verde yerva, de que aquellos campos abundaban. De su embelesamiento le bolvió Sancho Panza, diciendole: Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se buelven bestias. Vuestra merced se reporte, y buelva en sí, y coja las riendas à Rocinante, y avive, y despierte, y muestra aquella gallardia, que conviene que tengan los Cavalleros Andantes. Què diablos es esto? Què descaecimiento es este? Estamos aqui, ó en Francia? Mas que se lleve Satanás à quantas Dulcinèas hay en el mundo, pues vale mas la salud de un solo Cavallero Andante, que todos los encantos, y transformaciones de la tierra. Calla, Sancho, respondió Don Quixote con voz no muy desmayada; calla, digo, y no me digas blasfemias contra aquella encantada señora, que de su desgracia, y d-sventura yo solo tengo la culpa; de la embidia que me tienen los malos ha nacido su mala andanza. Assi lo digo yo, respondió Sancho; quien la vido, y la vé ahora, qual es el corazon que no llora? Esso puedes tu decir bien, Sancho, replicó Don Quixote, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura, que el encanto no se estendió à turbarte la vista, ni

à

à encubrirte su belleza ; contra mi solo , y contra mis ojos se endereza la fuerza de su veneno. Mas con todo esto he caído , amigo Sancho , en una cosa , y es , que me pintaste mal su hermosura , porque si mal no me acuerdo , dixiste , que tenia los ojos de perlas , y los ojos que parecen de perlas , antes son de besugo , que de dama ; y à lo que yo creo , los de Dulcinéa deben de ser de verdes esmeraldas , rasgados , con dos celestiales arcos , que les sirven de cejas. Y essas perlas quitálas de los ojos , y passálas à los dientes , que sin duda te trocaste , Sancho , tomando los ojos por los dientes. Todo puede ser , respondió Sancho , porque tambien me turbó à mi su hermosura , como à vuestra merced su fealdad : pero encomendámoslo todo à Dios , que él es sabidor de todas las cosas , que han de suceder en esse valle de lagrimas , en este mal mundo que tenemos donde apenas se halla cosa , que esté sin mezcla de maldad , embuste , y bellaquería. De una cosa me pesa , señor mio , mas que de otras : que es pensar , que medio se ha de tener quando vuestra merced venza algun Gigante , ó otro Cavallero , y le mande , que se vaya à presentar ante la hermosura de la señora Dulcinéa. Adonde la ha de hallar este pobre Gigante , ó este pobre , y misero Cavallero vencido ? Pareceme , que los veo andar por el Toldo , hechos unos bausanes , buscando à

señor.

señora Dulcinéa ; y aunque la encuentren en mitad de la calle , no la conocerán mas que à mi padre. Quizá , Sancho , respondió Don Quixote , no se estenderá el encantamiento à quitar el conocimiento de Dulcinéa à los vencidos , y presentados Gigantes , y Cavalleros ; y en uno , ó dos de los primeros que yo venza , y le embie , harémos la experiencia si la vén , ó no , mandándoles , que buelvan à darme relacion de lo que acerca de esto les huviere sucedido. Digo , señor , replicó Sancho , que me ha parecido bien lo que vuestra merced hà dicho , y que con este artificio vendrémos en conocimiento de lo que deseamos ; y si es , que ella à solo vuestra merced se encubre , la desgracia mas será de vuestra merced que suya ; pero como la señora Dulcinéa tenga salud , y contento , nosotros por acá nos avendrémos , y lo passarémos lo mejor que pudieremos , buscando nuestras aventuras , y dexando al tiempo que haga de las suyas , que él es el mejor Medico de estas , y de otras mayores enfermedades. Responder queria Don Quixote à Sancho Panza , pero estorvóselo una carreta , que salió al través del camino , cargada de los mas diversos , y estraños personages , y figuras , que pudieron imaginarse. El que guiaba las mulas , y servia de carretero , era un feo demonio. Venia la carreta descubierta al cielo abierto , sin toldo , ni zarzo. La primera figura que se ofre-

ció

ció à los ojos de Don Quixote fué la de la misma Muerte, con rostro humano; junto à ella venia un Angel con unas grandes, y pintadas alas. Al un lado estaba un Emperador con una Corona, al parecer, de oro en la cabeza. A los pies de la Muerte estaba el Dios que llaman Cupido, sin venda en los ojos, pero con su arco, carcax, y saetas. Venia tambien un Cavallero, armado de punta en blanco, excepto que no traía morrión, ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversos colores; con estas venian otras personas de diferentes trages, y rostros: todo lo qual visto de improviso, en alguna manera alborotó à Don Quixote, y puso miedo en el corazon de Sancho; mas luego se alegró Don Quixote, creyendo que se le ofrecia alguna nueva, y peligrosa aventura; y con este pensamiento, y con animo dispuesto de acometer qualquier peligro, se puso adelante de la carreta, y con voz alta y amenazadora, dixo: Carretero, cochero, diablo, ò lo que eres, no tardes en decirme quien eres, à do vás, y quien es la gente que llevas en tu carricoche, que mas parece la Barca de Aquerón, que carreta de las que se usan. A lo qual mansamente, deteniendo el diablo la carreta, respondió: Señor, nosotros somos Recitantes de la Compañia de Angulo el Malo; hemos hecho en un Lugar, que está detrás de aquella loma, esta mañana, que

la Octava del Corpus, el Auto de las Cortes de la Muerte, y hemosle de hacer esta tarde en aquel Lugar, que desde aqui se aparece; y por estar tan cerca, y escusar el trabajo de desnudarnos, y bolvernòs à vestir, nos vamos vestidos con los mismos vestidos, que representamos. Aquel mancebo vá de Muerte, el otro de Angel. Aquella muger que es la del Autor, vá de Reyna; el otro de Soldado, aquel de Emperador, y yo de demonio, y soy una de las principales figuras del Auto, porque hago en esta Compañia los primeros papeles. Si otra cosa vuestra merced desea saber de nosotros, preguntemelo, que yo le sabré responder con toda puntualidad, que como soy demonio, todo se me alcanza. Porque la fee de Cavallero Andante, respondió Don Quixote, que assi como ví este Carro, imaginé que alguna grande aventura se me ofrecia; y ahora digo, que es menester tocar las apariencias con la mano para dár lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta, y mirad si mandais algo en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen animo, y buen talante, porque desde muchacho fuí aficionado à la caratula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farandula. Estando en estas platicas, quiso la suerte, que llegasse uno de la compañía, que venia vestido de mogiganga, con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traía tres

begi-

begigas de vaca inchadas, el qual moarrache llegandose à Don Quixote, comenzó à esgrimir el palo, y à sacudir el suelo con las vegigas, y à dár grandes saltos sonando los casca- beles; cuya mala vision assi alborotó à Rocinante, que sin ser poderoso à detenerle Don Quixote, tomando el freno entre los dientes, dió à correr por el campo con mas ligereza, que jamás prometieron los huesos de su ano- tomia. Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo de ser derribado, saltó del rucio, y à toda priessa fué à valerle; pero quando à él llegó ya estaba en tierra, y junto à él Rocinante, que con su amo vino à el suelo: ordi- nario fin, y paradero de las lozanías de Rocinante, y de sus atrevimientos; mas apenas hu- vo dexado su cavalleria Sancho, por acudir à Don Quixote, quando el demonio baylador de las begigas saltó sobre el rucio, y saci- diendole con ellas, el miedo, y ruido, mas que el dolor de los golpes, le hizo bolar por la campaña ácia el Lugar donde iban à hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su rucio, y la caída de su amo, y no sabía à qual de las dos necessidades acadiria primero; pero en efecto, como buen escudero, y como buen eriado, pudo mas con él el amor de su dueño, que el cariño de su jumento, puesto, que cada vez que veía levantar las vegigas en el ay- re, y caer sobre las ancas de su rucio, era

para

para él tragos y sustos de muerte; y antes quisiera; que aquellos golpes se los dieran à él en las niñas de los ojos, que en el mas minimo pelo de la coia de su asno. Con esta perplexa tribulacion llegó donde estaba Don Quixote, harto mas maltratado de lo que él quisiera; y ayudandole à subir sobre Rocinan- te, le dixo: Señor, el diablo se ha llevado el rucio. Qué diablo? preguntó Don Quixote. El de las vegigas, respondió Sancho. Pues yo le cobraré, replicó Don Quixote; si bien se en- cerrasse con él en los mas hondos, y oscuros calabozos del Infierno. Sigüeme, Sancho, que la Carreta vá de espacio, y con las mulas de ella satisfaré la perdida del rucio. No hay para qué hacer essa diligencia, señor, respondió Sancho, vuestra merced temple su colera, que segun me parece, ya el diablo ha dexado el rucio, y buelve à la querencia; y assi era la verdad, porque haviendo caído el diablo con el rucio, por imitar à Don Quixote, y à Rocinante, el diablo se fué à pié al Pueblo, y el jumento se bolvió à su amo. Con todo esso, dixo Don Quixote, será bien castigar el desco- medimiento de aquel demonio en alguno de los de la Carreta, aunque sea el mesmo Em- perador. Quitesele à vuestra merced esso de la imaginacion, replicó Sancho, y tome mi con- sejo, que es, que nunca se tome con Farsantes, que es gente favorecida. Recitante he visto yo

Tom. III.

H

estár

estár preso por dos muertes, y salir libre, y sin costas. Sepa vuestra merced, que como son gentes alegres, y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan, y estiman, y mas siendo de aquellos de las Compañías Reales, y de Titulo, que todos, ò los mas, en sus trages, y compostura parecen unos Principes. Pues con todo, respondió Don Quixote, no se me ha de ir el demonio farsante alabando, aunque le favorece todo el Genero Humano; y diciendo esto, bolvió à la Carreta, que ya estaba bien cerca del Pueblo, y iba dando voces, diciendo: Deteneos, esperad, turba alegre, y rejocijada, que os quiero dár à entender como se han de tratar los jumentos, y alimañas, que sirven de cavalleria à los escuderos de los Cavalleros Andantes. Tan altos eran los gritos de Don Quixote, que los oyeron, y entendieron los de la Carreta, y juzgando por las palabras la intencion del que las decia, en un instante saltó la Muerte de la Carreta, y tras ella el Emperador, el diablo carretero, y el Angel, sin quedarse la Reyna, ni el Dios Cupido, y todos se cargaron de piedras, y se pusieron en ala, esperando recibir à Don Quixote en las puntas de sus guijarros. Don Quixote que los vió puestos en tan gallardo esquadron, los brazos levantados, con ademán de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas à Rocinante, y puso se à pensar, de que modo

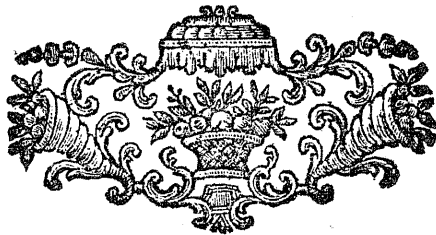
los

los acometeria con menos peligro de su persona. En esto que se detuvo, llegó Sancho, y viendole en talle de acometer al bien formado esquadron, le dixo: Assáz de locura sería intentar tal empresa. Considere vuestra merced señor mio, que para sopa de arroyo, y tente bonete, no hay arma defensiva en el mundo, sino es embutirse, y encerrarse en una campana de bronce; y tambien se ha de considerar, que es mas temeridad, que valentía, acometer un hombre solo à un exercito donde está la Muerte, y pelean en persona Emperadores, y à quien ayudan los buenos, y los malos Angeles; y si esta consideracion no le mueve à estarse quedo, muevale saber de cierto, que entre todos los que alli están, aunque parecen Reyes, Principes, y Emperadores, no hay ningun Cavallero Andante. Ahora sí dixo Don Quixote, has dado, Sancho, en el punto que puede, y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo, ni debo sacar la espada, como otras muchas veces te he dicho, contra quien no fuere arinado Cavallero. A tí Sancho, toca, si quieres tomar la venganza del agrayio que à tu rucio se le ha hecho, que yo desde aqui te ayudaré con voces, y advertimientos saludables. No hay para qué señor, respondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos Christianos tomarla de los agravios; quanto mas, que yo acabaré con

H 2

mi

116 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
mi asno, que ponga su ofensa en las manos de  
mi voluntad, la qual es vivir pacificamente  
los dias que los Cielos me dieren de vida.  
Pues essa es tu determinacion, replicó Don  
Quixote, Sancho bueno, Sancho discreto,  
Sancho Christiano, y Sancho sincero, dexemos  
estas fantasmas, y bolvamos à buscar mejores,  
y mas calificadas aventuras, que yo veo esta  
tierra de talle, que no han de faltar en ella  
muchas, y muy milagrosas. Bolvió las tiendas  
luego, Sancho fué à tomar su rucio; la Muer-  
te, con todo su esquadron volante, bolvieron  
à su Carreta, y prosiguieron su viage. Y este  
felice fin tuvo la tenebrosa aventura de la Car-  
reta de la Muerte; gracias sean dadas al salu-  
dable consejo, que Sancho Panza dió à su  
amo, al qual el dia siguiente le sucedió otra  
con un enamorado, y Andante Cavallero,  
de no menos suspension que  
la passada.



CAP.

CAPITULO XII.

*De la estraña aventura, que le sucedió al valero-  
so Don Quixote con el bravo Cavallero  
de los Espejos.*



**L**A noche, que siguió al dia del reencuentro  
de la muette, la passaron Don Quixote, y  
su escudero debaxo de unos altos, y sombro-  
sos arboles, haviendo, à persuasion de Sancho,  
comido Don Quixote de lo que venía en el re-  
puesto del rucio, y entre la cena dixo Sancho  
à su señor; Señor, que tonto huviera andado  
yo,



yo; si huviere escogido en albricias los despojos de la primera aventura, que vuestra merced acabara, antes que las crias de las tres yeguas. En efecto, en efecto, mas vale pajarito en mano, que buytre volando. Todavía, respondió Don Quixote, si tu, Sancho me dexaras acometer, como quería, te huvieran cabido en despojos por lo menos la Corona de oro de la Emperatriz, y las pintadas alas del Cupido, que yo se las quitara al redopelo, y te las pusiera en las manos. Nunca los Cetros, y Coronas de los Emperadores farsantes, respondió Sancho Panza, fueron de oro puro, sino de oropél, ó oja de lata. Assi es verdad, replicó Don Quixote, porque no fuera acertado, que los atavíos de la Comedia fueran finos, son fingidos, y aparentes, como lo es la misma Comedia; con la qual quiero, Sancho, que estés bien, teniendola en tu gracia, y por el mismo consiguiente à los que las representan, y à los que las componen; porque todos son instrumentos de hacer un gran bien à la Republica, poniendonos un espejo à cada passo delante, donde se vén al vivo las acciones de la vida humana; y ninguna comparacion hay que mas al vivo nos represente lo que somos, y lo que havemos de ser, como la Comedia, y los Comediantes. Sino, dime: No has visto tu representar alguna comedia, adonde se introducen Reyes, Emperadores, y Pontifices, Cava-

lle-

lleros, Damas, y otros diversos personajes? Uno hace de rufian, otro de embustero; éste el Mercader, aquel el Soldado; otro el simple discreto, otro el enamorado simple; y acabada la Comedia, y desnudandose de los vestidos de ella, quedan todos los Recitantes iguales? Sí he visto, respondió Sancho. Pues lo mismo, dixo Don Quixote, acontece en la Comedia, y trato de este mundo, donde unos hacen los Emperadores, otros los Pontifices; y finalmente, todas quantas figuras se pueden introducir en una Comedia: pero en llegando al fin, que es quando se acaba la vida, à todos les quita la Muerte las ropas, que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura. Brava compacion, dixo Sancho, aunque no tan nueva, que yo no la haya oido muchas, y diversas veces, como aquella del juego del agedrés, que mientras dura el juego cada pieza tiene su particular officio, y en acabandose el juego todas se mezclan, juntan, y barajan, y dán con ellas en una bolsa, que es como dár con la vida en la sepultura. Cada dia, Sancho, dixo Don Quixote, te vás haciendo menos simple, y mas discreto. Sí, que algo se me ha de pegar de la discrecion de vuestra merced, respondió Sancho, que las tierras que de suyo son estériles, y secas, estercolandolas, y cultivandolas, vienen à dár buenos frutos; quiero decir, que la conversacion de vuestra merced ha sido estiercol,

col, que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído; la cultivacion, el tiempo que ha que le sirvo, y comunico, y con esto espero de dar frutos de mi, que sean de bendiciones tales, que no desdigan, ni deslicen de los senderos de la buena crianza, que vuestra merced ha hecho en el agostado entendimiento mio. Rióse Don Quixote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo que decia de su enmienda, porque de quando en quando hablaba de manera que le admiraba, puesto que todas, ó las mas veces, que Sancho queria hablar de oposicion, y à lo cortesano, acababa su razon con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia; y en lo que él se mostraba mas elegante, y memorioso, era en traer refranes, viniessen, ó no viniessen à pelo de lo que trataba, como se habrá visto, y se habrá notado en el discurso de esta Historia. En estas, y en otras platicas se les pasó gran parte de la noche, y à Sancho le vino en la voluntad de dexar caer las compuertas de los ojos, como el decia quando queria dormir, y desaliñando el rucio, le dió pasto abundoso, y libre. No quitó la silla à Rocinante, por ser expreso mandamiento de su señor, que en el tiempo que anduviessen en campaña, ó no durmiessen debaxo del techado, no desaliñasse à Rocinante, antigua usanza establecida, y guardada de los Andantes Caval-

ros,

ros, quitarle el freno, y colgarle del arzon de la silla; pero quitar la silla del cavallo, guarda: y assi lo hizo Sancho, y le dió la misma libertad que al rucio, cuya amistad de él, y de Rocinante fué tan unica, y tan trabada, que hay fama, por tradicion de padres à hijos, que el Autor de esta verdadera Historia hizo particulares capitulos de ella; mas que por guardar la decencia, y decoro, que à tan heroyca Historia se debe, no los puso en ella, puesto que algunas veces se descuyda de este su presupuesto, y escribe, que assi como las dos bestias se juntaban, acudian à rascarse el uno al otro, y que despues de cansados, y satisfechos, cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio ( que le sobraba de la otra parte mas de media vara ) y mirando los dos atentamente al suelo, se solian estar de aquella manera tres dias, à lo menos todo el tiempo que les dexaban, ó no les compelia la hambre à buscar sustento. Digo que dicen, que dexó el Autor escrito, que los havia comparado en la amistad à la que tuvieron Niso, y Eurialo, y Pilades, y Orestes; y si esto es assi, se podia echar de vér ( para universal admiracion ) quan firme debió de ser la amistad de estos dos pacíficos animales, y para confusion de los hombres, que tan mal saben guardarse amistad los unos à los otros. Por esto se dixo: *No hay amigo para amigo, las cañas se buelven lanzas.* Y el

otro,

otro, que cantó: *De amigo amigo la chinche, &c.* Y no le parezca à alguno que anduvo el Antor algo fuera de camino en haver comparado la amistad de estos animales à la de los hombres, que de las bestias han recibido muchos advertimientos los hombres, y aprendido muchas cosas de importancia, como son de las cigueñas el cristel; de los perros el vomito, y el agradecimiento; de las grullas la vigilancia; de las hormigas la providencia; de los elefantes la honestidad, y la lealtad del cavallo. Finalmente, Sancho se quedó dormido al pié de un alcornoque, y Don Quixote dormitando al de una encina. Pero poco espacio de tiempo havia passado, quando le despertó un ruido, que sintió à sus espaldas, y levantandose con sobresalto, se puso à mirar, y à escuchar donde el ruido procedia, y vió, que eran dos hombres à cavallo, y que el uno, dexandose derribar de la silla, dixo al otro: Apeate, amigo, y quita los frenos à los cavallos, que à mi parecer este sitio abunda de yervas para ellos, y del silencio, y soledad que han menester mis amorosos pensamientos. El decir esto, y el tenderse en el suelo, todo fué à un mismo tiempo, y al arrojarse hicieron ruido las armas de que venía armado: manifiesta señal por donde conoció Don Quixote, que debia de ser Cavallero Andante; y llegando à Sancho, que dormia, le trabó del brazo, y con no pe-

que-

queño trabajo le bolvió en su acuerdo, y con voz baxa le dixo: Hermano Sancho, aventura tenemos. Dios nos la dé buena, respondió Sancho; y adonde está, señor mio, su merced de essa señora aventura? Adonde, Sancho, replió Don Quixote? Buelve los ojos, y mira, y verás allí tendido un Andante Cavallero, que à lo que à mi se me trasluce, no debe de estar demasiadamente alegre, porque yo le ví arrojar del cavallo, y tenderse en el suelo, con algunas muestras de despecho, y al caer le crugieron las armas. Pues en que hailla vuestra merced, dixo Sancho, que esta sea aventura? No quiero yo decir, respondió Don Quixote, que esta sea aventura del todo, sino principio de ella, que por aquí comienzan las aventuras; pero escucha, que à lo que parece, templando está un laud, ò vihuela, y segun escupe, y se desembaraza el pecho, debe de prepararase para canrar algo. A buena fee, que es assi, respondió Sancho, y que debe de ser Cavallero enamorado. No hay ninguno de los Andantes que no lo sea, dixo Don Quixote; y escuchemosle, que por el hilo sacarémos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta, que de la abundancia del corazon habla la lengua. Replicar quería Sancho à su amo, pero la voz del Cavallero del bosque, que no era muy mala, ni muy buena, lo estorvó; y estando los dos atonitos, oyeron lo que cantó, que fué este.

SO-

## SONETO.

**D** Adme, señora, un termino, que siga,  
 Conforme à vuestra voluntad cortado,  
 Que será de la mía assi estimado,  
 Que por jamás un punto de él desdiga.  
*Si gustais, que callando mi fatiga*  
*Muera, contadme ya por acabado;*  
*Si quereis, que os la cuente en desusado*  
*Modo, haré que el mesmo amor lo diga.*  
*A prueba de contrarios estoy hecho,*  
*T à las leyes de amor el alma ajusto,*  
*De blanda cera, y de diamante duro.*  
 Blando, qual es, ó fuerte ofrezco el pecho  
 Entallado, imprimid lo que os dé gusto,  
 Que de guardarlo enteramente juro.

Con un ay, arrancado al parecer de lo in-  
 timo de su corazon, dió fin à su canto el Cava-  
 llero del bosque, y de allí à un poco, con voz  
 doliente, y lastimada, dixo: O, la mas hermo-  
 sa, y la mas ingrata muger del Orbe, como  
 qué, será possible, serenissima Casildéa de Van-  
 dalia, que has de consentir, que se consuma,  
 y acabe en continuas peregrinaciones, y en as-  
 peros, y duros trabajos este tu cautivo Cava-  
 llero? No basta ya, que he hecho, que te con-  
 fiessem por la mas hermosa del mundo todos los  
 Cavalleros de Navarra, todos los Leonese-

*D. Quixote de la Mancha. P.II. Lib.V. 125*  
 todos los Tartesios, todos los Castellanos, y final-  
 mente todos los Cavalleros de la Mancha! Esso  
 no, dixo à esta sazón Don Quixote, que yo soy  
 de la Mancha, y nunca tal he confessado, ni po-  
 dia, ni debia confessar una cosa tan perjudicial  
 à la belleza de mi señora: y este tal Cavallero,  
 ya ves tu, Sancho, que desvaría; pero escuche-  
 mos, quizá se declarará mas. Si hará, replicó  
 Sancho, que termino lleva de quexarse un mes  
 arreo. Pero no fué assi, porque haviendo entre-  
 oído el Cavallero de el bosque, que hablaban  
 cerca de él, sin passar adelante en su lamenta-  
 cion, se puso en pié, y dixo con voz sonora, y  
 comedida: Quien vá allá? Qué gente? Es por  
 ventura de la del numero de los contentos, ú  
 de la del de los afligidos? De los afligidos, res-  
 pondió Don Quixote. Pues lleguese à mi, res-  
 pondió el del bosque, y hará cuenta, que se lle-  
 ga à la misma tristeza, y à la afliccion misma.  
 Don Quixote, que se vió responder tan tierna,  
 y comedidamente, se llegó à el, y Sancho, ni  
 mas, ni menos. El Cavallero lamentador asió à  
 Don Quixote del brazo, diciendo: Sentaos aqui,  
 señor Cavallero, que para entender que lo sois,  
 y de los que professan la Andante Cavalleria,  
 bastame el haveros hallado en este lugar, donde  
 la soledad, y el sereno os hacen compañía: na-  
 turales lechos, y proprias estancias de los Cava-  
 lleros Andantes. A lo que respondió Don Qui-  
 xote: Cavallero soy, y de la profession que de-  
 cis;

cis; y aunque en mi alma tienen su proprio asiento las tristezas, las desgracias, y las desventuras, no por esto se ha ahuyentado de ella la compassion que tengo de las agenas desdichas: de lo que contaste poco há, colegi, que las vestras son enamoradas, quiero decir, del amor que teneis à aquella hermosa ingrata, que en vestras lamentaciones nombrasteis. Ya quando esto passaba, estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz, y compañía, como si al romper el dia no se huvieran de romper las cabezas. Por ventura, señor Cavallero, preguntó el del bosque à Don Quixote, sois enamorado? Por desventura lo soy, respondió Don Quixote, aunque los daños, que nacen de los bien colocados pensamientos, antes se deben tener por gracias, que por desdichas. Assi es la verdad, replicó el del bosque, si no nos turbasse la razon, y el entendimiento los desdenes, que siendo muchos parecen venganzas. Nunca fui desafiado de mi señora, respondió Don Quixote. No por cierto, dixo Sancho, que alli junto estaba, porque es mi señora como una borrega mansa, es mas blanda que una manteca. Es vuestro escudero este? preguntó el del bosque. Si es, respondió Don Quixote. Nunca he visto yo escudero, replicó el del bosque, que se atreva à hablar donde habla su señor; à lo menos ahí está esse mio, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el

*D. Quixote de la Mancha. P.II. Lib.V. 127*  
 el labio donde yo hablo. Pues à fee, dixo Sancho, que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan, y aun :: quedese aqui, que es peor menearlo. El escudero del bosque asió por el brazo à Sancho, diciendole: Vamonos los dos donde podamos hablar escuderialmente todo quanto quisieremos, y dexemos à estos señores, amos nuestros, que se den de las hastas, contandose las historias de sus amores, que à buen seguro que les ha de coger el dia en ellas, y no las han de haber acabado. Sea en buen hora, dixo Sancho, y yo le diré à vuestra merced quien soy, para que vea si puedo entrar en docena con los mas hablantes escuderos. Con esto se apartaron los dos escuderos, entre los quales passó un tan gracioso coloquio, como fue grave el que passó entre sus señores.

### C A P I T U L O XIII.

*Donde se prosigue la aventura del Cavallero del Bosque; con el discreto, nuevo, y suave coloquio que passó entre los dos escuderos.*

**D**ivididos estaban Cavalleros, y escuderos; estos contandose las vidas; y aquellos sus amores: pero la Historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos; y assi dice, que apartandose un po-

co de ellos, el del bosque dixo à Sancho: Trabajaosa vida es la que passamos, y vivimos, señor mio, estos que somos escuderos de Cavalleros Andantes; en verdad que comemos el pan con el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios à nuestros primeros Padres. Tambien se puede decir, añadió Sancho, que lo comemos en el yelo de nuestros cuerpos; porque quien mas calor, y mas frio, que los miserables escuderos de la Andante Cavalleria? Y aun menos mal si comieramos, pues los duelos con pan son menos; pero tal vez hay, que se nos passa un dia, ò dos sin desayunarnos sino es del viento que sopla. Todo esso se puede llevar, y conllevar, dixo el del bosque, con la esperanza que tenemos del premio; porque si demasiadamente no es desgraciado el Cavallero Andante, à quien un escudero sirve, por lo menos à pocos lances se verá premiado con un hermoso Gobierno de qual que Insula, ò Condado de buen parecer. Yo, replicó Sancho, ya he dicho à mi amo, que me contento con el Gobierno de alguna Insula, y él es tan noble, y tan liberal, que me la ha prometido muchas, y diversas veces. Yo, dixo el del bosque, con un Canonicato quedaré satisfecho de mis servicios, y yo me le tiene mandado mi amo. Y qué tal debe de ser, dixo Sancho, su amo de vuestra merced Cavallero à lo Eclesiastico, y podrá hacer essas mercedes à sus buenos escuderos; pero

mio

zuo es meramente lego, aunque yo me acuerdo, quando le querian aconsejar personas discretas, aunque à mi parecer mal intencionadas, que procurasse ser Arzobispo; pero él no quiso sino ser Emperador; y yo estaba entonces temblando si le venia en voluntad de ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener Beneficios por ella; porque le hago saber à vuestra merced, que aunque parezco hombre soy una bestia para ser de la Iglesia. Pues en verdad, que lo yerra vuestra merced, dixo el del bosque, à causa de que los Gobiernos Insulanos no son todos de buena data, algunos hay torcidos, algunos pobres, algunos melancolicos; y finalmente, el mas erguido, y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos, y de incomodidades, que pone sobre sus ombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor seria, que los que professamos esta maldita servidumbre, nos retirassemos à nuestras casas, y allí nos entretuviessemos en exercicios mas suaves, como si dixessemos, cazando, ò pescando: qué escudero hay tan pobre en el mundo, à quien le falta un rocín; y un par de galgos, y una caña de pescar, con que entretenerse en su Aklea? A mi no me falta nada de esso, respondió Sancho; verdad es, que no tengo rocín, pero tengo un asno, que vale dos veces mas que el cavallo de mi amo. Mala Pasqua me dé Dios, y sea la primera que viniere, si le trocára por él,

Tom. III.

I

aun-

aunque me diessen quatro fanegas de cebada encima. A burla tendrá vuestra merced el valor de mi rucio, que rucio es el color de mi jumento. Pues galgos no me habian de faltar, habiendolos sobrados en mi Pueblo; y mas que entonces es la caza mas gustosa quando se hace à costa agena. Real, verdaderamente, respondió el del bosque, señor escudero, que tengo determinado de dexar estas borracherias de estos Cavalleros, y retirarme à mi Aldéa, y criar mis hijos, que tengo tres, como tres Orientales perlas. Dos tengo yo, dixo Sancho, que se pueden presentar al Papa en persona, especialmente una muchacha, à quien erio para Condesa, si Dios fuere servido, aunque à pesar de su madre. Y que edad tiene essa señora, que se cria para Condesa? preguntó el del bosque. Quince años, dos mas, ò menos, respondió Sancho; pero es tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de Abril, y tiene una fuerza de un ganapan. Partes son essas, respondió el del bosque, no solo para ser Condesa, sino para ser Ninfa del verde bosque. O hi de puta, puta, y que rexo debe de tener la bellaca! A lo que respondió Sancho, algo mohino: Ni ella es puta, ni lo fué su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios queriendo, mientas yo viviere; y hablase mas comedidamente, que para haverse criado vuestra merced entre Cavalleros Andantes, que son la misma cortesía, no me pare-

parecen muy concertadas essas palabras. O qué mal se le entiende à vuestra merced, replicó el del bosque, de achaque de alabanza, señor escudero! Como, y no sabe, que quando algun Cavallero dá una buena lanzada al toro en la plaza, ò quando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo: O hi de puta, puto, y qué bien que lo ha hecho; y aquello que parece vituperio en aquel termino, es alabanza notable: y renegad vos, señor de los hijos, ò hijas, que no hecen obras que merezcan se les dén à sus padres loores semejantes. Si reniego, respondió Sancho, y de este modo, y por essa misma razón podia echar vuestra merced à mis hijos, y à mi muger toda una puteria encima, porque todo quanto hacen, y dicen son estremos dignos de semejantes alabanzas; y para bolverlos à vér, ruego yo à Dios me saque de pecado mortal, que lo mismo será si me saca de este peligroso officio de escudero, en el qual he incurrido segunda vez, cebado, y engañado de una bolsa con cien escudos, que me hallé un dia en el corazon de Sierra-Morena, y el diablo me pone ante los ojos, aqui allí; acá no, sino acullá, un talego lleno de doblones, que me parece, que à cada passo le toco con la mano, y me abrazo con él, y lo llevo à mi casa, y hecho censos, fundo rentas, y vivo como un Principe; y el rato que en esto pienso, se me hacen fáciles, y llevaderos quantos trabajos padezco

con esse mentecato de mi amo, de quien sé que tiene mas de loco, que de Cavallero. Por esso, respondió el del bosque, dicen, que la *codicia rompe el saco*; y si vá à tratar de ellos, no hay otro mayor en el mundo, que mi amo, porque es de aquellos que dicen: *Cuydados agenos matan al asno*; pues por que cobre otro Cavallero el juicio, que ha perdido, se hace el loco, y anda buscando lo que no sé si despues de hallado le ha de salir à los hocicos. Y es enamorado por dicha? Si, dixo el del bosque, de una tal *Casildéa de Vandalia*, la mas cruda, y la mas assada señora, que en todo el Orbe pudo hallarse; pero no solo cojea del pié de la crudeza, que otros mayores embustes la gruñen en las entrañas, y ello dirá antes de muchas horas. No hay camino tan llano, replicó Sancho, que no tenga algun tropezón, ó barranco; en otras casas cuecen habas, y en la mia à calderadas, mas acompañados, y paniaguados debe de tener la locura, que la discrecion. Mas si es verdad lo que comunmente se dice, que el tener compañeros en los trabajos suele servir de alivio en ellos, con vuestra merced podré consolarme; pues sirve à otro amo tan tonto como el mio. Tonto, pero valiente, respondió el del bosque, y mas bellaco, que tonto, y que valiente. Eso no es el mio, respondió Sancho; digo que no tiene nada de bellaco, antes tiene un alma como un cantaró; no sabe hacer mal à nadie, sino

bien

bien à todos, ni tiene malicia alguna; un niño le hará entender que es de noche en la mitad del dia, y por esta sencillez le quiero como à las telas de mi corazon, y no me amaño à dexarle, por mas disparates que haga. Con todo esso hermano, y señor, dixo el del bosque, si el ciego guia al ciego, ambos ván à peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compás de pies, y bolvernos à nuestras querencias, que los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas. Escupia Sancho à menudo, al parecer un cierto genero de saliva pegajosa, y algo seca; lo qual visto, y notado por el caritativo bosqueril escudero, dixo: Pareçeme, que de lo que hemos hablado se nos pegan al paladar las lenguas; pero yo traygo un despegador pendiente del arzón de mi cavallo, que es tal como bueno; y levantandose, bolvió desde allí à un poco con una gran bota de vino, y una empanada de media vara; y no es encarecimiento, porque era de un conejo albár, tan grande, que Sancho al tocarla entendió ser de algun cabrón, no que de cabrito; lo qual visto por Sancho, dixo: Y esto trae vuestra merced consigo, señor? Pues que se pensaba, respondió el otro, soy yo por ventura algun escudero de agua; y lana? Mejor repuesto traygo yo en las ancas de mi cavallo, que lleva consigo quando vá de camino un General. Comió Sancho, sin hacerse de rogar, y tragaba à escuras bocados

de

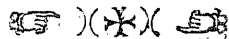


de nudos de suelta , y dixo : Vuestra merced si que es escudero fiel , y legal , moliente , y corriente , magnifico , y grande , como lo muestra este banquete , que si no ha venido aqui por arte de encantamiento , parecelo à lo menos ; y no como yo , mezquino , y malaventurado , que solo traygo en mis alforjas un poco de queso , tan duro , que pueden descalabrar con ello à un Gigante , à quien hacen compañía quatro docenas de algarrobas , y otras tantas de avellanas , y nuezes ; mercedes à la estrechez de mi dueño , y à la opinion que tiene , y orden que guarda , de que los Cavalleros Andantes no se han de mantener , y sustentar sino con frutas secas , y con las yervas del campo. Por mi fee , hermano , replicó el del bosque , que yo no tengo hecho el estómago à tagarninas , ni à piruetanos , ni à raíces de los montes , allá se lo hayan con sus opiniones , y leyes Cavallerescas nuestros amos , y coman lo que ellos mandaren , fiambreras traygo , y esta bota colgando del arzón de la silla , por si , ò por no , y es tan devota mia , y quierola tanto , que pocos ratos se passan sin que la dé mil besos , y mil abrazos ; y diciendo esto , se la puso en las manos de Sancho , el qual empinandola , puesta à la boca , estuvo mirando las Estrellas un quarto de hora , y en acabando de beber dexó caer la cabeza à un lado , y dando un gran suspiro , dixo : O hi de puta belloco , y como es catholico. Veis ahí , dixo el del bosque,

bosque en oyendo el hi de puta de Sancho ; como haveis alabado este vino llamandolo hi de puta ? Digo , respondió Sancho , que confieso que conozco , que no es deshonra llamar hijo de puta à nadie , quando cae debaxo del entendimiento de alabarle. Pero digame , señor , por el siglo de lo que mas quiere : Este vino es de Ciudad Real ? Bravo mojóñ , respondió el del bosque ; en verdad que no es de otra parte , y que tiene algunos años de anciñidad. A mi con esso , dixo Sancho , no tomeis ménos , sino que se me fuera à mi por alto dár alcance à su conocimienro. No será bueno , señor escudero , que tenga yo instinto tan grande , y tan natural en esto de conocer vinos , que en dandome à oler qualquiera , acierto la patria , el linage , el sabor , la dura , y las bueltas que ha de dar , con todas las circunstancias al vino atañederas ; pero no hay de que maravillarse , si tuve en mi linage , por parte de mi padre , los dos mas excelentes mojoneros , que en luengos años conoció la Mancha ; para prueba de lo qual les sucedió lo que ahora diré : Dieronles à los dos à probar el vino de una cuba , pidiendoles su parecer del estado , calidad , bondad , ò malicia del vino ; el uno lo probó con la punta de la lengua ; el otro no hizo mas de llegarlo à las narizes. El primero dixo , que aquel vino sabía à hierro. El segundo dixo , que mas sabía à cordován. El dueño dixo , que la cuba estaba limpia,

pia, y que el tal vino no tenía adobo alguno, por donde huviesse tomado sabor de hierro, ni de cordován. Con todo esso los dos famosos mojoneros se afirmaron en lo que havian dicho. Anduvo el tiempo, vendióse el vino, y al limpiar de la cuba hallaron en ella una llave pequeña, pendiente de una correa de cordován; porque vea vuestra merced si quien viene de esta ralea podrá dár su parecer en semejantes causas. Por esso digo, dixo el del bosque, que nos dexémos de andar buscando aventuras, y pues tenemos hogazas, no busquémos tortas, y bolvamonos à nuestras chozas, que alli nos hallará Dios, si él quiere: hasta que mi amo llegue à Zaragoza le serviré, que despues todos nos entenderémos. Finalmente, tanto hablaron, y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas, y templarles la sed, que quitarsela era imposible; y assi, asidos entrambos de la ya casi vacía bota, con los bocados à medio mascar en la boca, se quedaron dormidos, donde los dexarémos por ahora, por contar lo que al Cavallero del bosque

passó con el de la Triste  
Figura.



CAP-

C A P I T U L O X I V .

Donde se prosigue la aventura del Cavallero del Bosque.

Entre muchas razones que passaron Don Quixote, y el Cavallero de la selva, dice la Historia, que el del bosque dixo à Don Quixote: Finalmente, señor Cavallero, quiero que sepáis, que mi destino, ò por mejor decir, mi elección, me traxo à enamorado de la sin par Casildéa de Vandalia; llamola sin par, porque no le tiene, assi en la grandeza del cuerpo, como en el extremo del estado, y de la hermosura. Esta tal Casildéa, pues, que voy contando pagó mis buenos pensamientos, y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su Madrina à Hercules, en muchos, y diversos peligtos; prometiendome al fin de cada uno, que en el fin del otro llegaria el de mi esperanza; pero assi se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen euento: no sé yo qual ha de ser el ultimo que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuesse à desafiar à aquella famosa Giganta de Sevilla, llamada la Giralda, que es tan valiente, y fuerte como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar, es la mas movible, y boltaria muger del mundo. Llegué, víla, y vencíla, y hicela estar qued a,

da, y à raya, porque en mas de una semana no soplaron sino vientos Nortes. Vez tambien huvo, que me mandó fuesse à tomar en peso las antiguas piedras de los valientes Toros de Guisano: empressa mas para encomendarse à ganapanes, que à Cavalleros. Otra vez me mandó, que me precipitasse, y sumiesse en la sima de Cabra, (peligro inaudito, y temeroso) y que la traxesse particular relacion de lo que en aquella obscura profundidad se encierra. Detuve el movimiento à la Giralda, passé los Toros de Guisano, despeñéme en la sima, y saqué à luz lo escondido de su abismo; y mis esperanzas muertas, que muertas, y sus mandamientos, y desdenes vivos que vivos. En resolucion, ultimamente me há mandado, que discorra por todas las Provincias de España, y haga confessar à todos los Andantes Cavalleros, que por ellas vagaren, que ella sola es la mas aventajada en hermosura de quantas hoy viven, y que yo soy el mas valiente, y el mas bien enamorado Cavallero del Orbe, en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos Cavalleros, que se han atrevido à contradecirme. Pero de lo que yo mas me precio, y ufano, es de haver vencido en singular batalla à aquel tan famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha, y hechole confessar, que es mas hermosa mi Casildéa, que su Dulcinéa; y en solo este vencimiento hago cuenta que he

ven-

vencido todos los Cavalleros del mundo, porque el tal Don Quixote, que digo, los ha vencido à todos, y haviendole yo vencido à él, su gloria, su fama, y su honra se ha transferido, y passado à mi persona: y tanto el vencedor es mas honrado, quanto mas el vencido es reputado; assi que yá corren por mi cuenta, y son mias las innumerables hazañas del yá referido Don Quixote. Admirado quedó Don Quixote de ohir al Cavallero del bosque, y estuvo mil veces por decirle, que mentía, y yá tuvo el mentís en el pico de la lengua, pero reportóse lo mejor que pudo, por hacerle confessar por su propia boca su mentira; y assi sossegadamente le dixo: De que vuestra merced, señor Cavallero, haya vencido à los mas Cavalleros Andantes de España, y aun de todo el mundo, no digo nada, pero de que haya vencido à Don Quixote de la Mancha, pongo-lo en duda; podria ser que fuesse otro, que le pareciesse, aunque hay pocos que le parezcan. Cómo no? (replicó el del bosque) Por el Cielo que nos cubre, que peleé con Don Quixote, y le vencí, y rendí, y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado, y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña, y algo corba, de vigotes grandes, negros, y caldos. Campéa debaxo del nombre del Cavallero de la Triste Figura, y trae por Escudero à un Labrador, llamado Sancho Panza; oprime el

140 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
el lomo, y rige el freno de un famoso Cavallo llamado Rocinante; y finalmente, tiene por señora de su voluntad à una tal Dulcinéa del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo, como la mia que por llamarse Casilda, y ser del Andalucía, yo la llamo Casildéa de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aqui está mi espada, que la hará dár credito à la misma incredulidad. Sossegaos, señor Cavallero, dixo Don Quixote, y escuchad lo que deciros quiero. Haveis de saber, que esse Don Quixote que decís, es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto, que podré decir, que le tengo en lugar de mi misma persona; y que por las señas, que de él me haveis dado, tan puntuales, y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que haveis vencido; por otra parte veo con los ojos, y toco con las manos, no ser posible ser él mismo, si ya no fuesse, que como él tiene muchos enemigos encantadores (especialmente uno, que de ordinario le persigue) no haya alguno de ellos tomado su figura para dexarse vencer, por defraudarle de la fama, que sus altas Cavallarias le tienen grangeada, y adquirida por todo lo descubierto de la tierra; y para confirmacion de esto, quiero tambien que sepais, que los tales encantadores sus contrarios, no ha mas de dos dias que transformaron la figura, y persona de la hermosa Dulcinéa del Toboso, en una Aldeana soez, y

baxa,

*D. Quixote de la Mancha. P.II.Lib.V.* 141  
baxa, y de esta manera havrán transformado à Don Quixote: y si todo esto no basta para enteraros en la verdad que digo, aqui está el mismo Don Quixote, que la sustentará con sus armas à pié, ò à cavallo, ù de qualquier suerte que os agradáre: y diciendo esto, se levantó en pié, y se empuñó la espada, esperando qué resolucion tomaria el Cavallero del bosque, el qual con voz assi mismo sossegada respondió, y dixo: Al buen pagador no le duelen prendas; el que una vez, señor Don Quixote, pudo venceros transformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro proprio sér: mas porque no es bien, que los Cavalleros hagan sus fechos de armas à obscuras, como los salteadores, y rufianes, esperemos el dia, para que el Sol vea nuestras obras; y ha de ser condicion de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar à la voluntad del vencedor, para que haga de él todo lo que quisiere, con tal que sea decente à Cavallero lo que se le ordenare. Soy mas que contento de essa condicion, y conveniencia, respondió Don Quixote; y en diciendo esto se fueron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando, y en la misma forma que estaban quando les assaltó el sueño. Despertaronlos, y mandaronlos, que tuviessen à punto los cavallos, porque en saliendo el Sol, havian de hacer los dos una sangrienta, singular, y desigual batalla; à cuyas nuevas quedó Sancho

ato-

142 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
atonito, y pasmado, temeroso de la salud de su amo, por las valentías, que havia oído decir del suyo al escudero del bosque; pero sin hablar palabra, se fueron los dos escuderos à buscar su ganado, que yá todos tres cavallos, y el rucio se havian oído, y estaban todos juntos. En el camino dixo el del bosque à Sancho: Ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía, quando son Padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano, en tanto que sus ahijados riñen: digolo, porque esté advertido, que mientras nuestros dueños riñen, nosotros tambien hemos de pelear, y hacernos hastillas. Essa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allá puede correr, y passar con los rufianes, y peleantes que dice; pero con los escuderos de los Cavalleros Andantes, ni por pienso; alomenos yo no he oído decir à mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las Ordenanzas de la Andante Cavalleria; quanto mas que yo quiero que sea verdad, y Ordenanza expressa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena, que estuviere puesta à los tales pacíficos escuderos, que yo asseguro, que no passe de dos libras de cera; y mas quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán menos, que las lillas que podré gastar en curarme la cabeza, que yá me la cuento por partida,

*D. Quixote de la Mancha. P.I. Lib. IV.* 143  
da, y dividida en dos partes; además, que me impossibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse. Para esso sé yo un buen remedio, dixo el del bosque: Yo traygo aqui dos talegas de lienzo de un mismo tamaño, tomaréis vos la una, y yo la otra, y reñiremos à talegazos con armas iguales. De essa manera sea en buen hora, respondió Sancho, porque antes servirá la tal pelea de despolverearnos, que de herirnos. No ha de ser assi, replicó el otro, porque se han de echar dentro de las talegas porque no se las lleve el ayre, media dozena de guijarros, lindos, y pelados, que pesen tanto los unos como los otros; y de esta manera nos podremos atalegar, sin hacernos mal, ni daño. Mirad, cuerpo de mi padre, respondió Sancho, qué martas cebollinas, ó qué copos de algodón cardado pone en las talegas, para no quedar molidos los cascós, y hechos alheña los huessos; pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa señor mio, que no he de pelear, peleen nuestros amos, y allá se lo hayan, y bebamos, y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuydado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando apetitos para que se acaben antes de llegar à su sazón, y termino, y que se caygan de maduras. Con todo, replicó el del bosque, hemos de pelear siquiera media hora. Esso no, respondió Sancho, no seré yo tan descortés, ni tan desagradecido, que con

con quien he comido, y bebido trabe question alguna, por minima que sea; quanto mas, que estando sin colera, y sin enojo, quien diablos se ha de amañar à reñir à secas? Para esso, dixo el del bosque, yo daré un suficiente remedio, y es: Que antes que comencemos la pelea, yo me llegaré bonitamente à vuestra merced, y le daré tres, ò quatro bofetadas, que dé con él à mis pies, con las quales le haré despertar la colera, aunque esté con mas sueño que un lirón. Contra esse corte, sé yo otro, respondió Sancho, que no le vá en zaga: Cogeré yo un garrote, y antes que vuestra merced llegue à despertarme la colera, haré yo dormir à garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte sino fuere en el otro mundo, en el qual se sabe, que no soy yo hombre que me dexo manosear el rostro de nadie, y cada uno mire por el vitore; aunque lo mas acertado sería dexar dormir su colera à cada uno, que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana, que buelve trasquilado, y Dios bendixo la paz, y maldixo las riñas; porque si un gato acossado, encerrado, y apretado se buelve en Leon, yo que soy hombre, Dios sabe en lo que podré bolverme, y assi desde ahora intimo à vuestra merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal, y daño, que de nuestra pendencia resultare. Está bien, replicó el del bosque, amancera Dios, y mediarémos en esto.

Ya

Yá comenzaban à gorgear en los arboles mil suertes de pintados paxarillos, y en sus diversos, y alegres cantos, parecia que daban la norabuena, y saludaban à la fresca Aurora, que yá por las puertas, y balcones del Oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un numero infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yervas, parecia assimismo que ellas brotaban, y llovian blanda, y menuda aljofar; los sauces destilaban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrabanse las selvas, y enriquegianse los prados con su venida. Mas apenas dió lugar la claridad del día, para vér, y diferenciar las cosas, quando la primera, que se ofreció à los ojos de Sancho Panza, fué la nariz del escudero del bosque, que era tan grande, que casi le hacia sombra à todo el cuerpo. Cuentase en efecto, que era de demasiada grandeza, corba en la mitad, y toda llena de berrugas, de color amoratado, como de berengena; baxabale dos dedos mas abajo de la boca, cuya grandeza, color, berrugas, y encorbamiento assi le afeaban el rostro, que en viendole Sancho comenzó à herir de pié, y de mano, como niño con alferecía, y propuso en su corazon de dexarse dár docientas bofetadas, antes que despertar la colera para reñir con aquel vestigio. Don Quixote miró à su contendedor, y hallóle ya puesta, y calada la

Tom. III.

K

ce-

146 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
celada de modo que no le pudo ver el rostro; pero notó que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traía una sobvesta, ó casaca de una tela, al parecer, de oro finissimo, sembradas por ellas muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacian en grandissima manera galán, y vistoso. Volabanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas, y blancas; la lanza que tenía arimada à un arbol era grandissima, y gruesa, y de un hierro acerado de mas de un palmo. Todo lo miró, y todo lo notó Don Quixote, y juzgó de lo visto, y mirado, que el yá dicho Cavallero debia de ser de grandes fuerzas; pero no por esso temió, como Sancho Panza, antes con gentil denuedo dixo al Cavallero de los Espejos: Si la mucha gana de pelear, Señor Cavallero, no os gasta la cortesía, por ella os pido, que alceis la visera un poco, porque yo vea, si la gallardía de vuestro rostro corresponde à la de vuestra disposicion. O vencido, ó vencedor que salgais de esta empresa, señor Cavallero, respondió el de los Espejos, os quedará tiempo, y espacio demasiado para verme; y si ahora no satisfago à vuestro deseo, es por parecerme que hago notable agravio à la hermosa Casildéa de Vandalia en dilatar el tiempo, que tardáre en alzarme la visera, sin haceros confesar lo que ya sabeis que pretendo. Pues en tanto que subimos à cavallo, dixo Don Qui-

*D. Quixote de la Mancha. P.II.Lib.V.* 147  
Quixote, bien podeis decirme si soy yo aquel Don Quixote, que dixisteis haver vencido? A esso os respondo, dixo el de los Espejos, que pareceis, como se parece un huevo à otro, al mismo Cavallero que yo venci; pero segun vos decís, que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el contenido, ó no. Esso me basta à mi, respondió Don Quixote, para que crea vuestro engaño: emperó para sacaros de él de todo punto, vengan nuestros cavallos, que en menos tiempo que el que tardaredes en alzaros la viscera, si Dios, si mi señora, y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos veréis, que no soy el vencido Don Quixote que pensais. Con esto, acortando razones, subieron à cavallo, y Don Quixote bolvió las riendas à Rocinante, para tomar lo que convenia del campo, y bolver à encontrar à su contrario, y lo mismo hizo el de los Espejos; pero no se havia apartado Don Quixote veinte passos, quando se oyó llamar del de los Espejos; y partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dixo: Advertid, señor Cavallero, que la condicion de nuestra batalla es, que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar à discrecion del vencedor. Yá lo sé, respondió Don Quixote, con tal, que lo que se le impusiere, y mandáre al vencido han de ser cosas que no salgan de los limites de la Cavalleria. Assi se entiende, respondió el de los Espejos. Ofrecieronsele en esto à la vista de

Don Quixote las estrañas narizes del escudero, y no se admiró menos de verlas, que Sancho, tanto, que le juzgó por algun monstruo, ò por hombre nuevo, y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho, que vió partir à su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo, que con solo un passagonzalo con aquellas narices en las suyas, seria acabada la pendencia suya, quedando del golpe, ò del miedo tendido en el suelo, y fuesse trás su amo asido à una accion de Rocinante; y quando le pareció que ya era tiempo que bolviesse, le dixo: Suplico à vuestra merced, señor mio, que antes que vuelva à encontrarse, me ayude à subir sobre aquel alcornoque, de donde podré vér mas à mi sabor, mejor que desde el suelo, el gallardo encuentro que vuestra merced ha de hacer con este Cavallero. Antes creo, Sancho, dixo Don Quixote, que te quieres encaramar, y subir en andamio, por vér sin peligro los toros. La verdad que diga, respondió Sancho, las desaforadas narices de aquel escudero me tiene atonito, y lleno de espanto, y no me atrevo à estár junto à él: Ellas son tales, dixo Don Quixote, que à no ser yo quien soy, tambien me assombráran; y assi vén, ayudarte he à subir donde dices. En lo que se detuvo Don Quixote en que Sancho subiesse en el alcornoque, tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necessario, y creyendo que lo

mis-

mismo havia hecho Don Quixote, sin esperar són de trompeta, ni otra señal que le avisasse, bolvió las riendas à su cavallo ( que no era mas ligero, ni de mejor parecer que Rocinante ) y à todo su correr (que era un mediano trote) iba à encontrar à su enemigo; pero viendole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas, y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el Cavallo quedó agradecidissimo, à causa de que ya no podia moverse. Don Quixote, que le pareció que yá su enemigo venía volando, arrió reciamente las espuelas à las trashijadas hijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la Historia, que sola esta vez se conoció haver corrido algo, porque todas las demás siempre fueron trotes declarados, y con esta no vista furia llegó donde el de los Espejos estaba hincando à su cavallo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiesse mover un solo dedo del lugar donde havia hecho estanco de su carrera. En esta borrasca, y coyuntura halló Don Quixote à su contrario, embarazado con su cavallo, y ocupado con su lanza, que nunca, ò no acertó, ò no tuvo lugar de ponerla ristre. Don Quixote, que no miraba en estos inconvenientes, à salva mano, y sin peligro alguno, encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del cavallo, dando tal caída, que sin mover pié, ni mano, dió señales de



150 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
de que estaba muerto. Apenas le vió caído San-  
cho, quando se deslizó del alcornoque, y á  
toda priessa vino donde su señor estaba, el qual  
apeandose de Rocinante, fué sobre el de los  
Espejos, y quitandole las lazadas del yelmo  
para vér si era muerto, y para que dicesse el  
ayre, si acaso estaba vivo, vió ( quien podrá  
decir lo que vió sin causar admiracion, mara-  
villa, y espanto á los que lo oyeron! ) Vió, dice  
la Historia, el rostro mesmo, la mesma figura,  
el mesmo aspecto, la mesma fisonomia, la mes-  
ma efigie, la prespectiva mesma del Bachillér  
Sansón Carrasco; y assi como la vió, en altas  
voces dixo: Acude, Sancho, y mira lo que has  
de vér, y no lo has de creer; aguija, hijo, y  
advierte lo que puede la Magia, lo que pueden  
los hechiceros, y los encantadores. Llegó San-  
cho, y como vió el rostro del Bachillér Carrasco,  
comenzó á hacerse mil cruces, y santiguarse  
otras tantas. En todo esto no daba muestras de  
estár vivo el derribado Cavallero, y Sancho di-  
xo á Don Quixote: Soy de parecer, señor mio,  
que por sí, ó por no, vuestra merced hinque, y  
meta la espada por la boca á este que parece el  
Bachillér Sansón Carrasco, quizá matará en él  
alguno de sus enemigos los encantadores. No  
dices mal, dixo Don Quixote, porque de los  
enemigos los menos, y sacando la espada para  
poner en efecto el aviso, y consejo de Sancho,  
llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las  
nari-

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. V.* 151  
narizes, que tan feo le havian hecho, y á gran-  
des voces dixo: Mire vuestra merced lo que ha-  
ce, señor Don Quixote, que esse que tiene á  
los pies, es el Bachillér Sansón Carrasco su ami-  
go, y yo soy su escudero; y viendole Sancho sin  
aquella fealdad primera, le dixo: Y las nari-  
ces? A lo que él respondió: Aqui las tengo en  
la faltriquera, y echando mano á la derecha,  
sacó unas narices de pasta, y barniz, de mas-  
cara de la manifiatura que quedan delineadas;  
y mirandole mas, y mas Sancho, con voz ad-  
mirativa, y grande, dixo: Santa Maria, y va-  
leme! Este no es Tomé Cecial, mi vecino, y mi  
compadre? Y como si lo soy, respondió el ya  
desnarigado escudero: Tomé Cecial soy, com-  
padre, y amigo Sancho Panza, y luego os diré  
los arcaduces, embustes, y enredos por donde  
soy aqui venido; y en tanto pedid, y suplicad  
al señor vuestro amo, que no toque, maltrate,  
hiera, ni mate al Cavallero de los Espejos, que  
á sus pies tiene, porque sin duda alguna es él  
atrevido, y mal aconsejado Bachillér Sansón  
Carrasco, nuestro compatriota. En esto bolvió  
en sí el de los Espejos, lo qual visto por Don  
Quixote, le puso la punta desnuda de su espa-  
da encima del rostro, y le dixo: Muerto sois,  
Cavallero, si no confessais, que la sin par Dul-  
cinéa del Toboso se aventaja en belleza á vues-  
tra Casildéa de Vandalia; y demás de esto ha-  
veis de prometer ( si de esta contienda, y caída  
que-

quedaredes con vida ) de ir à la Ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia de mi parte para que haga de vos lo que mas en voluntad le viniere ; y si os dexáre en la vuestra asimismo haveis de bolver à buscarme, que el rastro de mis hazañas os servirá de guia , que os traygo donde yo estuviere , y à decirme lo que con ella huvieredes passado : condiciones, que conforme à las que pusimos antes de nuestra batalla, no salen de los terminos de la Andante Cavalleria. Confieso, dixo el caído Cavallero, que vale mas el zapato descosido, y sucio de la señora Dulcinéa del Toboso, que las barbas mal peynadas, aunque limpias, de Casildéa de Vandalia ; y prometo de ir , y bolver de su presencia à la vuestra, y daros entera, y particular cuenta de lo que me pedis. Tambien haveis de confessar, y creer, añadió Don Quixote, que aquel Cavallero que vencisteis, no fue, ni pudo ser Don Quixote de la Mancha, sino otro, que se le parecia, como yo confieso, y creo, que vos, aunque pareceis el Bachillér Sansón Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga, y temple el impetu de mi colera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento. Todo lo confieso, juzgo, y siento, como vos lo creéis, juzgais, y sentis, respondió el derrengado Cavallero. Dexadme levantar os ruego, si es que lo permite el gol-

golpe de mi caída, que assáz mal trecho me tiene. Ayudóle à levantar Don Quixote, y Tomé Cecial su escudero, del qual no apartaba los ojos Sancho, preguntandole cosas, cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decia ; mas la aprehension que en Sancho havia hecho lo que su amo dixo, de que los encantadores havian mudado la figura del Cavallero de los Espejos en la del Bachillér Carrasco, no le dexaba dár credito à la verdad, que con los ojos estaba mirando. Finalmente se quedaron con este engaño amo, y mozo ; y el de los Espejos, y su escudero mohinos, y mal andantes, se apartaron de Don Quixote, y Sancho, con intencion de buscar algun lugar, donde vizmarle, y entablarle las costillas. Don Quixote, y Sancho bolvieron à proseguir su camino de Zaragoza, donde los dexa la Historia, por dar cuenta de quien era el Cavallero de los Espejos, y su narigante escudero.

## CAPITULO XV.

*Donde se cuenta, y dá noticia de quien era el Cavallero de los Espejos, y su escudero.*

**E**N estremo contento, ufano, y vanaglorioso iba Don Quixote, por haver alcanzado vic-

toria de tan valiente Cavallero, como él se imaginaba, que era el de los Espejos, de cuya Cavalleresca palabra esperaba saber, si el encantamiento de su señora passaba adelante, pues era forzoso, que el tal vencido Cavallero bolviesse so pena de no serlo, à darle razon de lo que con ella le huviesse sucedido; pero uno pensaba Don Quixote, y otro el de los Espejos, puesto que por entonces no era otro su pensamiento, sino buscar donde vizmarse, como se ha dicho. Dice, pues, la Historia, que quando el Bachillér Sansón Carrasco aconsejó à Don Quixote, que bolviesse à proseguir sus dexadas Cavallerias, fué por haver entrado primero en buréo con el Cura, y el Barbero, sobre qué medio se podría tomar para reducir à Don Quixote à que se estuviesse en su casa quieto, y sossegado, sin que le alborotassen sus mal buscadas aventuras; de cuyo consejo salió por voto comun de todos, y parecer particular de Sansón Carrasco, que dexassen salir à Don Quixote, pues el detenerle parecia imposible, y que Sansón le saliesse al camino como Cavallero Andante, y travassee batalla con él, pues no faltaria sobre qué, y le venciesse, teniendolo por cosa facil, y que fuesse pacto, y concierto, que el vencido quedasse à merced de el vencedor; y assi vencido Don Quixote, le havia de mandar el Bachillér Cavallero se bolviesse à su Pueblo, y casa, y no saliesse de ella en dos años, ó hasta tanto que

por

por él le fuesse mandado otra cosa; lo qual era claro, que Don Quixote vencido, cumpliria indubitabilmente, por no contravenir, y faltar à las leyes de la Cavalleria; y podría ser que en el tiempo de su reclusion se le olvidassen sus vanidades, ó se diesse lugar de buscar à su locura algun conveniente remedio. Aceptólo Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomé Cecial, compadre, y vecino de Sancho Panza, hombre alegre, y de lucidos cascos. Armóse Sansón, como queda referido, y Tomé Cecial acomodóse sobre sus naturales narices las falsas, y de mascara ya dichas, porque no fuesse conocido de su compadre quando se viessen; y assi siguieron el mismo viage que llevaba Don Quixote, y llegaron casi à hallarse en la aventura del Carro de la Muerte: y finalmente dieron con ellos en el bosque, donde le sucedió todo lo que el prudente ha leído; y sino fuera por los pensamientos extraordinarios de Don Quixote, que se dió à entender, que el Bachillér no era el Bachiller, el señor Bachillér quedára impossibilitado para siempre de graduarse de Licenciado, por no haver hallado nidos, donde pensó hallar paxaros. Tomé Cecial, que vió quan mal havia logrado sus deseos, y el mal paradero que havia tenido su camino, dixo al Bachillér: Por cierto, señor Sansón Carrasco, que tenemos nuestro merecido; con facilidad se piensa, y se acomete una empresa, pero

con

con dificultad las mas veces se sale de ella: Don Quixote loco, nosotros cuerdos, él se va sano, y riendo, vuestra merced queda molido, y triste. Sepamos ahora qual es mas loco, el que lo es por no poder menos, ò el que lo es por su voluntad? A lo que respondió Sansón: La diferencia que hay entre esos dos locos es, que el que lo es por fuerza, lo será siempre; y él que lo es de grado, lo dexará de ser quando quisiere. Pues assi es, dixo Tomé Cecial, yo fui por mi voluntad loco, quando quise hacerme escudero de vuestra merced, y por la misma quiero dexar de serlo, y bolverme à mi casa. Esso os cumple, respondió Sansón; porque pensar que yo tengo de bolver à la mia hasta haver molido à palos à Don Quixote, es pensar en lo escusado, y no me llevará à buscarle el desengaño de que cobre su juicio, sino el de la venganza, que el dolor grande de mis costillas no me dexa hacer mas piadosos discursos. En esto fueron razonando los dos, hasta que llegaron à un Pueblo, donde fué ventura hallar à un Algebrista, con quien se curó el Sansón desgraciado. Tomé Cecial se bolvió, y le dexó, y quedó imaginando su venganza; y la Historia

buelve à hablar de él à su tiempo, por no dexar de regocijarse ahora con

Don Quixote.

(†)

## CAPITULO XVI.

*De lo que sucedió à Don Quixote con un discreto Cavallero de la Mancha.*

Con la alegría, contento, y ufanidad que se ha dicho seguia Don Quixote su jornada imaginandose por la passada victoria, ser el Cavallero Andante mas valiente que tenia en aquella edad el mundo: daba por acabadas, y à felice fin conducidas quantas aventuras pudiessen sucederle de alli adelante: tenia en poco los encantos, y à los encantadores. No se acordaba de los innumerables palos, que en el discurso de sus Cavallerias le havian dado, ni de la pedrada, que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los Galeotes, ni del atrevimiento, y lluvia de estacas de los Yangueses. Finalmente decia entre sí, que si él hallára arte, modo, ò manera como desencantar à su señora Dulcinéa, no embidiaria à la mayor ventura, que alcanzó, ò pudo alcanzar el mas venturoso Cavallero Andante de los pasados siglos. En estas imaginaciones iba todo ocupado, quando Sancho le dixo: No es bueno, señor, que aun todavia traygo entre los ojos las desaforadas narices, y mayores de marca de mi compadre Tomé Cecial? Y crees tu, Sancho, por ventura, que el Cavallero de los Espejos era

el

CAPL

el Bachillér Carrasco, y su escudero Tomé Cecial tu compadre? No sé que me diga à esso, respondió Sancho; solo sé, que las señas que me dió de mi casa, muger, y hijos, no me las podria dár otro, que él mismo; y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi Pueblo, y pared en medio de mi misma casa, y el tono de la habla era todo uno. Estémos à razon, Sancho, replicó Don Quixote: Ven acá, en que consideracion puede caber, que el Bachillér Sansón Carrasco viniesse como Cavallero Andante, armado de armas ofensivas, y defensivas, à pelear conmigo? He sido yo su enemigo por ventura? Hele dado yo jamás ocasion para tenerme ojeriza? Soy yo su rival? O hace él profession de las armas, para tener embidia à la fama, que yo por ellas he ganado? Pues qué dirémos, señor, respondió Sancho, à esto de parecerse tanto aquel Cavallero, sea el que se fuere, al Bachillér Carrasco, y su escudero à Tomé Cecial, mi compadre? Y si ello es encantamiento, como vuestra merced ha dicho, no havia en el mundo otros dos à quien se parecieran? Todo es artificio, y traza, respondió Don Quixote, de los malignos Magos, que me persiguen; los quales anteviendo, que yo havia de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el Cavallero vencido mostrasse el rostro de mi amigo el Bachillér, porque

amis-

amistad que le tengo se pusiese entre dos filos de mi espada, y el rigor de mi brazo, y templasse la justa ira de mi corazon, y de esta manera quedasse con vida el que con embelecos, y falsias procuraba quitarme la mia. Para prueba de lo qual, ya sabes, ò Sancho, por experiencia, que no te dexará mentir, ni engañar, quan facil sea à los encantadores mudar unos rostros en otros haciendo de lo hermoso feo, y de lo feo hermoso, pues no ha dos dias, que viste por tus mismos ojos la hermosura, y gallardia de la sin par Dulcinéa en toda su entereza, y natural conformidad, y yo la ví en la fealdad, y baxeza de una zafia Labradora, con cataratas en los ojos, y con mal olor en la boca; y más, que el perverso encantador, que se atrevió à hacer una transformacion tan mala, no es mucho que haya hecho la de Sansón Carrasco, y la de tu compadre, por quitarme la gloria del vencimiento de las manos; pero con todo esto me consuelo, porque en fin en qualquiera figura que haya sido, he quedado vencedor de mi enemigo. Dios sabe la verdad de todo, respondió Sancho; y como él sabia, que la transformacion de Dulcinéa havia sido traza, y embeleco suyo, no la satisfacian las quimeras de su amo, pero no le quiso replicar, por no decir alguna palabra, que descubriessse su embuste. En estas razones estaban, quando los alcanzó un hombre, que detrás de ellos por el mismo camino venía sobre una muy her-

hermosa yegua tordilla, vestido un gaván de paño fino verde, gironado de terciopelo leonado, con una montera de el mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo, y de la gineeta assimismo de morado, y verde: Traía un alfange Morisco, pendiente de un ancho tahalí de verde, y oro, y los borceguies eran de la labor del tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barníz verde, tan tersas, y bruñidas, que por hacer labor con todo el vestido, parecian mejor que si fueran de oro puro. Quando llegó à ellos el caminante, los saludó cortesmente, y picando à la yegua, se passaba de largo; pero Don Quixote le dixo: Señor galán, si es que vuestra merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse priessa, merced recibiria en que nos fuessemos juntos. En verdad, respondió el de la yegua, que no me passára tan de largo, si no fuera por temor, que con la compañía de mi yegua no se alborotara esse cavallo. Bien puede, señor, respondió à esta sazón Sancho, bien puede tener las riendas à su yegua, porque nuestro cavallo es el mas honesto, y bien mirado del mundo; jamás en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y una vez que se desmandó à hacerla, la lastamos mi señor, y yo con las setenas. Digo otra vez, que puede vuestra merced detenerse, si quisierdes, que aunque se la dén entre dos platos, à buen seguro, que el cavallo no la arrostre. Deru

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. V. 161.*  
 la rienda el caminante, admirandose de la postura, y rostro de Don Quixote, el qual iba sin zelada, que la llevava Sancho como maleta en el arzón delantero de la albarda del rucio; y si mucho miraba el de lo verde à Don Quixote, mucho mas miraba Don Quixote al de lo verde, pareciendole hombre de chapa: la edad mostraba ser de cinquenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre, y grave. Finalmente, en el traje, y postura daba à entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de Don Quixote de la Mancha el de lo verde, fué, que semejante manera, ni parecer de hombre no le havia visto jamás. Admiróle la longura de su cavallo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza, y amarilléz de su rostro, sus armas, su ademán, y compostura, figura, y retrato no visto por fuengos tiempos atrás en aquella tierra. Notó bien Don Quixote la atencion con que el caminante le miraba, y leyó en la suspencion su deseo; y como era tan cortés, y tan amigo de dár gusto à todos, antes que le preguntasse nada, le salió al camino, diciendole: Esta figura, que vuestra merced en mi ha visto, por ser tan nueva, y tan fuera de las que comunmente se usan, no me maravillaria yo de que le huviesse maravillado; pero dexará vuestra merced de estarlo, quando le diga, como le digo, que soy Cavallero de estos, que dicen las gentes, que à sus aventuras  
*Tom. III. L ván.*

ván. Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dexé mi regalo, y entregueme en los brazos de la fortuna, que me llevasse donde mas fuese servida: Quise resucitar la muerta Andante Cavalleria, y há muchos dias, que tropezando aqui, cayendo alli, despeñandome acá, y levantandome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas, y favoreciendo casadas, huerfanos, y pupilos, proprio, y natural oficio de Cavalleros Andantes; y assi por mis valerosas, muchas, y Christianas hazañas, he merecido andar ya en estampa en casi todas las mas Naciones del mundo: treinta mil Volúmenes se han impresso de mi Historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces millares, si el Cielo no lo remedia. Finalmente, por decirlo todo en breves palabras, ó en una sola, digo, que soy Don Quixote de la Mancha, por otro nombre llamado el Cavallero de la Triste Figura: y puesto que las proprias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mias: y esto se entiende quando no se halla presente quien las diga. Assi que señor Gentil-Hombre, ni este cavallo, esta lanza, ni escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza os podrá admirar de aqui adelante, habiendo ya sabido quien soy, y la profession que hago. Calló en diciendole esto Don Quixote; y el de lo verde, segu-

se

se tardaba en responderle, parecia que no acertaba à hacerlo; pero de alli à buen espacio le dixo: Acertastes, señor Cavallero, à conocer, por mi suspension, mi deseo; pero no, no habeis acertado à quitarme la maravilla, que en mi causa el haveros visto; que puesto, que como vos, señor decís, que el saber ya quien sois me lo podria quitar, no ha sido assi; antes ahora que lo sé, quedo mas suspenso, y maravillado. Cómo, y es possible, que hay hoy Cavalleros Andantes en el mundo? Y que hay Historias impressas de verdaderas Cavallerias? No me puedo persuadir, que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huerfanos; y no lo creyera, si en vuestra merced no lo huviera visto con mis ojos. Bendito sea el Cielo, que con essa Historia, que vuestra merced dice que está impressa en sus altas, y verdaderas Cavallerias, se havrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos Cavalleros Andantes, de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuicio, y descreído de las buenas Historias. Hay mucho que decir, respondió Don Quixote, en razon de si son fingidas, ó no las Historias de los Andantes Cavalleros. Pues hay quien dude, respondió el de lo verde, que no son falsas las tales Historias? Yo lo dudo? respondió Don Quixote, y quedese esto aqui, que si nuestra jornada

L 2

da

da dura, espero en Dios de dar à entender à vuestra merced que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto, que no son verdaderas. De esta ultima razon de Don Quixote tomó barruntos el caminante, de que Don Quixote debia de ser algun mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmasse; pero antes que se divirtiesen en otros razonamientos, Don Quixote le rogó le dixesse quien era, y pues él le havia dado parte de su condicion, y de su vida. A lo que respondió el del verde gaván: Yo, señor Cavallero de la Triste Figura, soy un Hidalgo, natural de un Lugar donde iremos à comer hoy, si Dios fuere servido; soy mas que medianamente rico, y es mi nombre Don Diego de Miranda; passo la vida con mi muger, y con mis hijos, y con mis amigos; mis exercicios son el de la caza, y pesca; pero no mantengo, ni alcón, ni galgos, sino algun perdigón manso, ò algun hurón atrevido; tengo hasta seis docenas de libros, quales de romance, y quales de latin, de Historia algunos, y de devocion otros; los de Cavallerias aun no han entrado por los umbrales de mis puertas; ojeo mas los que son profanos, que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleyten con el lenguaje, y admiren, y suspendan con la invencion, puesto que de estos hay muy pocos en España. Alguna vez cómo con mis vecinos, y amigos,

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. V.* 165  
y muchas veces los combido; son mis combites limpios, y aseados, y no nada escasos; ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure; no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros; oyo Missa cada dia, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dár entrada en mi corazon à la hypocresía, y vanagloria: enemigos que blandamente se apoderan del corazon mas recatado; procuro poner en paz los que sé que están desavenidos; soy devoto de nuestra Señora, y confio siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor. Atentissimo estrvo Sancho à la relacion de la vida, y entretenimientos de el Hidalgo; y pareciendole buena, y santa, y que quien la hacia debia de hacer milagros, se arrojó de el rucio, y con gran prissa le fué à asir de el estrivo derecho, y con devoto corazon, y casi lagrimas le besó los pies una, y muchas veces; visto lo qual por el Hidalgo, le preguntó: Qué haceis, hermano? Qué besos son estos? Dexenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuestra merced el primer Santo à la gineta, que he visto en todos los dias de mi vida. No soy Santo, respondió el Hidalgo, sino gran pecador; vos sí, hermano, que debeis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra. Bolvió Sancho à cobrar la albarda, habiendo sacado à plaza la risa de la  
pro-



profunda melancolia de su amo, y causado nueva admiracion à Don Diego. Preguntóle Don Quixote, qué quantos hijos tenia? Y dixo, que una de las cosas en que ponian el sumo bien los antiguos Filósofos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fué en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos, y buenos hijos. Yo, señor Don Quixote, respondió el Hidalgo, tengo un hijo, que à no tenerle, quizá me juzgára por mas dichoso de lo que soy; y no porque el sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera; será de edad de diez y ocho años, los seis ha estado en Salamanca aprendiendo las lenguas Latina, y Griega; y quando quise que passesse à estudiar otras Ciencias, halléle tan embebido en la de Poesía (si es que se puede llamar Ciencia) que no es possible hacerle arrostrar la de las Leyes (que yo quisiera que estudiára) ni la que es Reyna de todas, la Theologia. Quisiera yo, que fuera corona de su linage, pues vivimos en el siglo donde nuestros Reyes premian altamente las virtuosas, y buenas letras: porque letras sin virtud, son perlas en el muladar. Todo el dia se le passa en averiguar, si dixo bien, ò mal Homero en tal verso de la Iliada: si Marcial anduvo deshonesto, ò no en tal Epygrama: si se han de entender de una manera, ò otra tales, y tales versos de Virgilio. En fin

todas sus conversaciones son con los libros de los referidos Poetas, y con los de Horacio, Persio, Juvenal, y Tibulo, que de los modernos Romancistas no hace mucha cuenta; y con todo el mal carño, que muestra tener à la Poesía de Romance, le tiene ahora desvanecidos los pensamientos el hacer una glossa à quatro versos, que le han embiado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria. A todo lo qual respondió Don Quixote: Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y assi se han de querer, ò buenos, ò malos que sean, como se quieren las almas, que nos dan vida: à los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los passos de la virtud, de la buena crianza, y de las buenas, y christianas costumbres, para que quando grandes sean báculo de la vejez de sus padres, y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles, que estudien esta, ò aquella Ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso; y quando no se ha de estudiar para *pauē lucrando*, siendo tan venturoso el estudiante, que le dió el Cielo padres que se lo dexassen, sería yo de parecer, que le dexen seguir aquella Ciencia à que mas le vieron inclinado; y aunque la de la Poesía es menos util, que deleytable, no es de aquellas, que suelen deshonnar à quien las posee. La Poesía, señor Hidalgo, à mi parecer es como una doncella de tierna, y de poca edad,

y en todo extremo hermosa, à quien tienen cuidado de enriquecer, pulir, y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras Ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los Palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar, la bolverá en oro purissimo de inestimable precio; hala de tener, el que la tuviere, à raya, no dexandola correr en torpes satyras, ni en desalmados senetos; no ha de ser vendible en alguna manera, si ya no fuere en poemas heroycas, en lamentables tragedias, ó en Comedias alegres, y artificiosas: no se ha de dexar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapáz de conocer, ni estimar los tesoros, que en ella se encierran. Y no penseis, señor, que yo llamo aqui vulgo solamente à la gente plebeya, y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea Señor, ó Principe, puede, y deve entrar en numero de vulgo; y assi, el que con los requisitos, que he dicho, tratáre, y tuviere à la Poesía, será famoso, y estimado su nombre en todas las Naciones Politicas del mundo. Y à lo que decís, señor, que vuestro hijo no estima en mucho la Poesía de romance, doyme à entender, que no andá muy acertado en ello; y la razon es esta:

El

El grande Homero no escribió en Latin, porque era Griego, ni Virgilio no escribió en Griego, porque era Latino. En resolucion, todos los Poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron à buscar las estrangeras para declarar la alteza de sus conceptos. Y siendo esto asi, razon sería se estendiese esta costumbre por todas las Naciones, y que no se desestimasse el Poeta Aleman porque escribe en su lengua, ni el Castellano, ni aun el Vizcaíno, que escribe en la suya. Pero vuestro hijo (à lo que yo, señor, imagino) no debe de estar mal con la Poesía de romance, sino con los Poetas, que son meros romancistas, sin saber otras lenguas, ni otras ciencias, que adornen, despierten, y ayuden à su natural impulso, y aun en esto puede haver yerro; porque, segun es opinion verdadera, el Poeta nace Poeta: quieren decir, que del vientre de su madre el Poeta natural sale Poeta: y con aquella inclinacion, que le dió el Cielo, sin mas estudio, ni artificio, compone cosas, que hace verdadero al que dixo: *Est Deus in nobis, &c.* Tambien digo, que el natural Poeta, que se ayudáre de el arte, será mucho mejor, y se aventajará al Poeta, que solo por saber el arte quiere serlo; la razon es, porque el arte no se aventaja à la naturaleza, sino perficionala; assi que mezcladas la naturaleza, y el arte, y el arte, con la naturaleza,

saca =

sacarán un perfectissimo Poeta. Sea, pues, la conclusion de mi plática, señor Hidalgo, que vuestra merced dexé caminar à su hijo por donde su estrella le llama, que siendo él tan buen estudiante, como debe ser, y habiendo ya subido felizmente el primer escalón de las ciencias, que es el de las lenguas; con ellas por sí mismo subirá à la cumbre de las letras humanas, las quales tan bien parecen en un Cavallero de capa, y espada, y assi le adornan, honran, y engrandecen, como las Mitras à los Obispos, ò como las Granachas à los Peritos Jurisconsultos. Riña vuestra merced à su hijo, si hiciere satyras, que perjudiquen las honras ajenas, y castiguele, y rompase las; pero si hiciera Sermones, al modo de Horacio, donde reprehenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alabale; porque licito es al Poeta escribir contra la embidia, y decir en sus versos mal de los embidiosos, y assi de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay Poetas, que à trueco de decir una malicia, se pondrán à peligro que los destierren à las Islas de Ponto. Si el Poeta fuere casto en sus costumbres, lo será tambien en sus versos: la pluma es lengua del alma; quales fueron los conceptos, que en ella se engendraren, tales serán los escritos: y quando los Reyes, y Principes vén la milagrosa ciencia de la Poesia en sujetos prudentes, virtuosos, y

gra.

graves, los honran, los estiman, y los enriquecen, y aun los coronan con las ojas del arbol, à quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas vén honradas, y adornadas sus sienes. Admirado quedó el del verde gavan del razonamiento de Don Quixote; y tanto, que fué perdiendo de la opinion que con él tenia de ser mentecato. Pero à la mitad de esta plática, Sancho, por no ser muy de su gusto, se havia desviado del camino à pedir un poco de leche à unos Pastores, que alli junto estaban ordeñando unas ovejas; y en esto ya bolvia à renovar la plática el Hidalgo, satisfecho en extremo de la discrecion, y buen discurso de Don Quixote, quando alzando Don Quixote la cabeza, vió, que por el camino por donde ellos iban, venia un Carro de Vnderas Reales; y creyendo que debia de ser alguna nueva aventura, à grandes voces llamó à Sancho, que viniessé à darle la celada; el qual Sancho oyendose llamar, dexó à los Pastores, y à toda prissa picó al rucio, y llegó donde su amo estaba, à quien sucedió una espantosa, y desatinada aventura.

(R)

CAPL.

## CAPITULO XVII.

*Donde se declara el ultimo punto, y extremo adonde llegó, y pudo llegar el inaudito animo de Don Quixote, con la felicemente acabada aventura de los Leones.*



**C**uenta la Historia, que quando Don Quixote daba voces à Sancho, que le traxesse el yelmo, estaba él comprando unos requesones, que los Pastores le vendian; y acosado de la mucha priessa de su amo, no supo qué hacer de ellos, ni en que traerlos, y por no perderlos, que ya los tenia pagados, acordó de echarlos

en

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. V. 173*  
 en la cenada de su señor; y con este buen recaudo bolvió à ver lo que le queria; el qual en llegando le dixo: Dame amigo essa celada, que yo sé poco de aventuras, ó lo que alli descubro es alguna, que me ha de necessitar, y me necessita à tomar mis armas. El del verde ganavan, que esto oyó, tendió la vista por todas partes, y no descubrió otra cosa, que un Carro, que ácia ellos venia con dos, ó tres Vandelas pequeñas, que le dieron à entender, que el tal Carro debia de traer moneda de su Magestad, y assi se lo dixo à Don Quixote; pero el no le dió credito, siempre creyendo, y pensando, que todo lo que le sucediesse havian de ser aventuras, y mas aventuras; y assi respondió al Hidalgo: Hombre apercibido, medio combatido; no se pierde nada en que yo me aperciba, que sé por experiencia que tengo enemigos visibles, é invisibles, y no sé quando, ni adonde, ni en que tiempo, ni en qué figuras me han de acometer; y bolviendose à Sancho, le pidió la celada, el qual como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fue forzoso darsela como estaba. Tomòla Don Quixote, sin que echasse de ver lo que dentro venia, con toda priessa se la encajó en la cabeza: y como los requesones se apretaron, y esprimieron, comenzó à correr el fuero por todo el rostro, y barbas de Don Quixote, de lo que recibió tal susto, que dixo à Sancho: Qué será esto,

esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cascos, ò se me derriten los sessos, ò que sudo de los pies à la cabeza, y si es que sudo, en verdad que no es de miedo; sin duda creo, que es terrible la aventura que ahora quiere sucederme. Dame, si tienes, con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos. Calló Sancho, y dióle un paño, y dió con él gracias à Dios de que su señor no huviesse caído en el caso. Limpióse Don Quixote, y quitóse la celada, por vér qué cosa era la que à su parecer le enfriaba la cabeza; y viendo aquellas gachas blandas dentro de la celada, las llegó à las narices, y en oliendolas, dixo: Por vida de mi señora Dulcinéa del Toboso, que son requesones los que aqui me has puesto, traydor, vergante, y mal mirado escudero. A lo que con gran flema, y dissimulacion respondió Sancho: Si son requesones démelos vuestra merced, que yo me los comeré, pero comalos el diablo; que debió de ser el que ahí los puso. Yo havia de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de vuestra merced? hallado le haveis el atrevido. A la fee, señor, à lo que Dios me dá à entender, tambien debo de tener encantadores, que me persiguen, como hechura, y miembro de vuestra merced, y havrán puesto ahí essa inmundicia para mover à colera su paciencia, y hacer que me muela, como suele, las costillas. Pues en verdad que esta vez han

dado

dado salto en vago, que yo confío en el buen discurso de mi señor, que havrá considerado, que ni yo tengo requesones, ni leche, ni otra cosa que lo valga, y que si la tuviera, antes la pusiera en mi estomago, que en la celada. Todo puede ser, dixo Don Quixote, y todo lo miraba el Hidalgo, y de todo se admiraba, especialmente quando despues de haverse limpiado Don Quixote cabeza, rostro, barbas, y celada, se la encajó, y afirmandose bien en los estrivos, requiriendo la espada, y asiendo la lanza, dixo: Ahora venga lo que viniere, que aqui estoy con animo de tomarme con el mismo Satanás en persona. Llegó en esto el Carro de las Vanderas, en el qual no venia otra gente, que el Carretero en las mulas, y un hombre sentado en la delantera. Pusose Don Quixote delante, y dixo: Adonde vais, hermanos? qué Carro es este? qué llevais en él? y qué Vanderas son aquestas? A lo que respondió el Carretero: El carro es mio; lo que vá en él son dos bravos Leones enjaulados, que el General de Orán embia à la Corte, presentados à su Magestad: las Vanderas son del Rey nuestro Señor, en señal que aqui vá cosa suya. Y son grandes los Leones? preguntó Don Quixote. Tan grandes respondió el hombre que iba à la puerta del Carro, que no han pasado mayores, ni tan grandes de Africa à España jamás, y yo soy el Leonero, y he pasado otros, pero como estos ninguno: son hembra, y

ma-

macho, el macho vá en esta jaula primera, y la hembra en la de atrás; y ahora ván hambrientos, porque no han comido hoy, y assi vuestra merced se desvíe, que es menester llegar presto donde los démos de comer. A lo que dixo Don Quixote, sonriendose un poco: Leoncitos à mi? à mi Leoncitos, y à tales horas? pues por Dios que han de ver esos señores, que acá los embian, si soy yo hombre que se espanta de Leones. Apeaos, buen hombre, y pues sois el Leonero, abrid essas jaulas, y echadme essas bestias fuera, que en mitad de esta campaña les daré à conocer quien es Don Quixote de la Mancha, à despecho, y pesar de los encantadores que à mi los embian. Ta, ta, dixo à esta sazón entre sí el Hidalgo, dado há señal de quien es nuestro buen Cavallero, los requesones sin duda le han ablandado los cascos, y madurado los sessos. Llegóse en esto à él Sancho, y dixole: Señor, por quien Dios es, que vuestra merced haga de manera, que mi señor Don Quixote no se tome con estos Leones, que si se toma, aqui nos han de hacer pedazos à todos. Pues tan loco es vuestro amo, respondió el Hidalgo, que temeis, y creéis, que se ha de tomar con tan fieros animales? No es loco, respondió Sancho, sino atrevido. Yo haré que no lo sea, replicó el Hidalgo; y llegandose à Don Quixote, que estaba dando priessa al Leonero que abriésse las jaulas, dixo Señor Cavallero, los Cavalleros Andantes han

*D. Quixote de la Mancha. P.II.Lib.V. 177*  
de acometer las aventuras, que prometen esperanza de salir bien de ellas, y no aquellas, que en todo la quitan; porque la valentia que se entra en la jurisdiccion de la temeridad, mas tiene de locura, que de fortaleza; quanto mas, que estos Leones no vienen contra vuestra merced, ni lo sueñan; van presentados à su Magestad, y no será bien detenerlos, ni impedirlos su viage. Vayase vuestra merced, señor Hidalgo, respondió Don Quixote, à entender con su perdigón manso, y con su hurón atrevido, y dexé à cada uno hacer su officio; este es el mio, y yo sé si vienen à mi, ò no estos señores Leones; y bolviendose al Leonero, le dixo: Voto à tal, don bellaco, que si no abris luego luego las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el Carro. El Carretero, que vió la determinacion de aquella armada fantasma; le dixo: Señor mio vuestra merced sea servido por caridad dexarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas, antes que se desembaynen los Leones, porque si me las matan, quedaré rematado para toda mi vida, que no tengo otra hacienda sino este carro, y estas mulas. O hombre de poca fee, respondió Don Quixote, apeate, y desunce, y haz lo que quisieres, que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar esta diligencia. Apeóse el Carretero, y desunció à gran priessa, y el Leonero dixo à grandes voces: Seanme testigos quatro

178. *Vida, y Hechos del ingenioso*  
aqui están, como contra mi voluntad, y for-  
zado abro las jaulas, y suelto los Leones; y de  
que protestó à este señor, que todo el mal, y  
daño que estas bestias hicieren, corra, y vaya  
por su cuenta, con mas mis salarios, y derechos.  
Vuestras mercedes, señores, se pongan en cobro  
antes que abra, que yo seguro estòy, que no  
me han de hacer daño. Otra vez le persuadió  
el Hidalgo, que no hiciese locura semejante,  
que era tentar à Dios acometer tal disparate.  
A lo que respondió Don Quixote, que el sabia  
lo que hacia. Respondiòle el Hidalgo, que lo  
mirasse bien, que èl entendia que se engañaba.  
Ahora, señor, replicó Don Quixotè, si vuestra  
merced no quiere ser oyente de esta, que, à su  
parecer, ha de ser tragedia, pique la tordilla,  
y pongase en salvo. Ohido lo qual por Sancho,  
con lagrimas en los ojos le suplicó desistiesse  
de tal empresa, en cuya comparacion havian  
sido tortas, y pan pintado de los Molinos de  
Viento, y la tenebrosa de los Batanes; y final-  
mente, todas las hazañas que havia acometido  
en todo el discurso de su vida. Mire, señor,  
decia Sancho, que aqui no hay encanto, ni  
cosa que lo valga, que yo he visto por entre  
las verjas, y resquicios de la jaula una uña de  
Leon verdadero; y saco por ella, que el tal Leon,  
cuya debe de ser la tal uña, es mayor que una  
montaña. El miedo à lo menos, respondió Don  
Quixote, le hará parecer mayor que la mitad  
del

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. V.* 179  
del mundo. Retirate, Sancho, y dexame; y si  
aqui muriere, ya sabes nuestro antiguo con-  
cierto, acudirás à Dulcinéa, y no te digo mas.  
A estas añadió otras razones, con que quitó  
las esperanzas de que no havia de dexar de  
proseguir su desvariado intento. Quisiera el del  
verde gaván oponerle, pero vióse desigual en  
las armas, y no le pareció cordura tomarse con  
un loco, que ya se lo havia parecido de to-  
do punto Don Quixote, el qual bolviendo à  
dár priessa al Leonero, y à reiterar las amena-  
zas, dió ocasion al Hidalgo à que picasse la  
yegua, y Sancho al rucio, y el Carretero à sus  
mulas, procurando todos apartarse del Carro  
lo mas que pudiessen, antes que los Leones se  
desembanastassen. Lloraba Sancho la muerte de  
su señor, que aquella vez sin duda creía que  
llegaba en las garras de los Leones, maldecia  
su ventura, y llamaba menguada la hora en  
que le vino al pensamiento bolver à servirle;  
pero no por llorar, y lamentarse dexaba de  
aporrear al rucio para que se alexasse del Car-  
ro. Viendo, pues, el Leonero, que ya los que  
iban huyendo estaban bien desviados, tornó à  
requirir, y à intimar à Don Quixote lo que ya  
le havia requerido, è intimado; el qual res-  
pondió, que lo ohía, y que no se curasse de  
mas intimaciones, y requirimientos, que todo  
seria de poco fruto, y que se diesse priessa. En  
el espacio que tardó el Leonero en abrir la

jaula primera, estuvo considerando Don Quixote, si sería bien hacer la batalla antes à pié, que à cavallo; y en fin, se determinó hacerla à pié, temiendo, que Rocinante se espantaría con la vista de los Leones; por esto saltó del cavallo, arrojó la lanza, embrazó el escudo, y desembaynando la espada, pasó ante passo, con maravilloso denuedo, y corazon valiente, se fué à poner delante del Carro, encomendándose à Dios de todo corazon, y luego à su señora Dulcinéa. Y es de saber, que llegando à este passo el Author de esta verdadera Historia, exclama, y dice: O fuerte, y sobre todo encarecimiento, animoso Don Quixote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes de el mundo, segundo, y nuevo Don Manuel de Leon, que fué gloria, y honra de los Españoles Cavalleros! Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña? ó con que razones la haré creíble à los siglos venideros? ó que alabanzas havrá, que no te convingan, y quadren, aunque sean hyperboles sobre todos los hyperboles? Tu à pie, tu solo, tu intrepido, tu magnanimo, con sola una espada, y no de las del Perrillo cortadoras, con un escudo, no de muy luciente, y limpio aze-ro, estás aguardando, y atendiendo los dos mas fieros Leones, que jamás criaron las Africanas selvas? Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso Manchego, que yo los de-

no aqui en su aposento, por faltarme palabras con que encarecerlos. Aqui cessó la referida exclamacion del Author, y passo adelante, anudando el hilo de la Historia, diciendo:

Que visto el Leonero ya puesto en postura à Don Quixote, y que no podia dexar de soltar al Leon macho, so pena de caer en desgracia del indignado, y atrevido Cavallero, abrió de par en par la primera jaula, adonde estaba, como se ha dicho, el Leon, el qual pareció de grandeza extraordinaria, y de espantable, y fea catadura. Lo primero que hizo fué rebolverse en la jaula donde venia echado, y tender la garra, y desperezarse todo; abrió luego la boca, y bostezó muy de espacio, y con casi dos palmos de lengua, que sacó fuera, se despolvoreó los ojos, y se lavó el rostro: hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula, y miró à todas partes con los ojos hechos brasas: vista, y ademán, para poner espanto à la misma temeridad. Solo Don Quixote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del Carro, y viniessen con él à las manos, entre las quales pensaba hacerle pedazos.

Hasta aqui llegó el extremo de su jamás vista locura; pero el generoso Leon, mas comedido, que arrogante no haciendo caso de niñerías, ni de bravatas, despues de haver mirado à una, y otra parte, como se ha dicho, bovió las espaldas, y enseñó sus traseras partes à Don



Quixote, y con gran fiema, y remanso se bolvió a echar en la jaula. Viendo lo qual Don Quixote, mandó al Leonero, que le dicesse de patos, y le irritasse para echarle fuera. Esso no haré yo, respondió el Leonero, porque si yo le instigo, el primero a quien hara pedazos será à mi mismo. Vuestra merced, señor Cavallero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en genero de valentía, y no quiera tentar segunda aventura. El Leon tiene abierta la puerta, en su mano está el salir, ó no salir; pero pues no ha salido hasta ahora, no saldra en todo el dia. La grandeza del corazon de vuestra merced ya está bien declarada; ningun bravo peleante (segun à mi me alcanza) está obligado à mas, que à desafiar à su enemigo, y esperarle en la campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento. Assi es verdad, respondió Don Quixote; cierra, amigo, essa jaula, y dame por testimonio, en la mejor forma que pudieres, lo que aqui me has visto hacer. Conviene à saber; como tu abriste al Leon, yo lo esperé, él no salió, bolville à esperar bolvió à no salir, y bolvióse à acostar. No debo mas, y encantos à fuera, y Dios ayude à la razon, à la verdad, y à la verdadera Cavalleria; y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas à los huidos, y ausentes, para que sepan de tu boca esta hazar-

ña. Hizolo assi el Leonero, y Don Quixote poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se havia limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó à llamar à los que no dexaban de huir, ni de bolver cabeza à cada passo, todós en tropa, y antecogidos del Hidalgo; pero alcanzando Sancho à vér la señal del blanco paño, dixo: que me maten si mi señor no ha vencido à las fieras bestias, pues nos llama. Detuvieronse todos, y conocieron, que el que hacia las señas era Don Quixote; y perdiendo alguna parte del miedo, poco à poco se vinieron acercando hasta donde claramente oyeron las voces de Don Quixote, que los llamaba. Finalmente, bolvieron al Carro, y en llegando dixo Don Quixote al Carretero: Bolved, hermano à uncir vuestras mulas, y proseguid vuestro viage; y tu Sancho, dale dos escudos de oro para él, y para el Leonero, en recompensa de lo que por mí se han detenido. Essos daré yo de muy buena gana, respondió Sancho; pero qué se han hecho los Leones, son muertos, ó vivos? Entonces el Leonero, menudamente, y por sus pausas, contó el fin de la contienda, exagerando, como él mejor pudo, y supo, el valor de Don Quixote, de cuya vista, el Leon acobardado, no quiso, ni osó salir de la jaula, puesto que havia tenido un buen espacio abierta la puerta de ella, y que por haver él dicho à aquel Ca-

vallero, que era tentar à Dios, y irritar al Leon para que por fuerza saliesse, como él quería, que se irritasse, mal de su grado, y contra toda su voluntad havia permitido, que la puerta se cerrasse. Qué te parece, Sancho, dixo Don Quixote, hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encantadores quitarme la aventura; pero el esfuerzo, y el animo será imposible. Dió los escudos Sancho, unció el Carretero, besó las manos el Leonero à Don Quixote, por la merced recibida, y prometióle de contar aquella valerosa hazaña al mismo Rey, quando en la Corte se viesse. Pues si acaso su Magestad, dixo Don Quixote, preguntáre quien la hizo, direisle, que el Cavallero de los Leones, que de aqui adelante quiero, que en este se trueque, cambie, vuelva, y mude el que hasta aqui he tenido del Cavallero de la Triste Figura, y en esto sigo la antigua usanza de los Andantes Cavalleros, que se mudavan los nombres quando querian, ò quando les venia à cuento. Siguió su camino el Carro, y Don Quixote, Sancho, y el del verde gaván prosiguieron el suyo. En todo este tiempo no havia hablado palabra Don Diego de Miranda, todo atento à mirar, y à notar los hechos, y palabras de Don Quixote, pareciendole, que era un cuerdo loco, y un loco, que tiraba à cuerdo. No havia aun llegado à su noticia la Pri-

mera Parte de su Historia, que si la huviera leído, cessára la admiracion en que le ponian sus hechos, y sus palabras, pues ya supiera el genero de su locura; pero como no la sabia, ya le tenia por cuerdo, y ya por loco, porque lo que hablaba era concertado, elegante, y bien dicho; y lo que hacia, disparatado, temerario, y tonto, y decia entre sí: Que mas locura puede ser, que ponerse la zelada llena de requesones, y darse à entender, que le ablandaban los cascos los encantadores? Y qué mayor temeridad, y disparate, que querer pelear por fuerza con Leones? De estas imaginaciones, y de este soliloquio le sacó Don Quixote, diciendole: Quien duda, señor Don Diego de Miranda, que vuestra merced no me tenga en su opinion por un hombre disparatado, y loco? y no sería mucho que assi fuesse, porque mis obras no pueden dár testimonio de otra cosa; pues con todo esto quiero, que vuestra merced advierta, que no soy tan loco, ni tan menguado, como debo de haverle parecido: Bien parece un gallardo Cavallero à los ojos de su Rey, en la mitad de una gran Plaza, dár una lanzada con felice sucesso à un bravo Toro: Bien parece un Cavallero armado de resplandecientes armas, passear la tela en alegres Justas delante de las Damas; y bien parecen todos aquellos Cavalleros, que en ejercicios Militares (ò que lo parezcan) entre-

tienen, y alegran, y (si se puede decir) honran las Cortes de sus Principes; pero sobre todos estos, parece mejor un Cavallero Andante, que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas, y por los montes anda buscando peligrosas aventuras, con intencion de darles dichosa, y bien afortunada cima, solo por alcanzar gloriosa fama, y duradera. Mejor parece, digo, un Cavallero Andante socorriendo à una viuda en algun despoblado, que un cortesano Cavallero requebrando à una doncella en las Ciudades. Todos los Cavalleros tienen sus particulares exercicios; sirva à las Damas el cortesano, autorice la Corte de su Rey con libréas, sustente los Cavalleros pobres con el esplendido plato de su mesa, concierte Justas, mantenga Tornéos, y muéstrase grande, liberal, y magnífico, y buen Christiano sobre todo, y de esta manera cumplirá con sus precisas obligaciones. Pero el Andante Cavallero busque los rincones del mundo, entrese en los mas intrincados laberintos, acometa à cada passo lo imposible, resista en los paramos despoblados los ardientes rayos del Sol en la mitad del Verano, y en el Invierno la dura inclemencia de los vientos, y de los yelos; no le assombren Leones, ni le espanten vestiglos, ni atemorizen endriagos: que buscar estos, acometer aquellos, y vencerles à todos, son sus principales, y verdaderos

exerc.

exercicios. Yo, pues, como me cupo en suerte ser uno del numero de la Andante Cavalleria, no puedo dexar de acometer todo aquello que à mi pareciere que cae debaxo de la jurisdiccion de mis exercicios; y assi el acometer à los Leones que ahora acometi, derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad exorbitante; porque bien sé lo que es valentia, que es una virtud, que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardia, y la temeridad; pero menos mal será, que el que es valiente, toque, y suba al punto de temerario, que no que baxe, y toque en el punto de cobarde; que assi como es mas facil el venir el prodigo à ser liberal, que el avaro, assi es mas facil dar el temerario en verdadero valiente, que lo el cobarde à subir à la verdadera valentia, y en esto de acometer aventuras, creame vuestra merced, señor Don Diego, que antes se ha de perder por carta de mas, que de menos; porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen: El tal Cavallero es temerario, y atrevido, que no: El tal Cavallero es timido, y cobarde. Digo, señor Don Quixote, respondió Don Diego, que todo lo que vuestra merced ha dicho, y hecho, vá nivelado con el fiel de la misma razon; y que entiendo, que si las Ordenanzas, y Leyes de la Cavalleria Andante se perdiessen, se hallarian en el pecho de vuestra merced, como en su mismo deposito, y archi-

vo;

vo; y demonos priessa, que se hace tarde, y lleguemos à mi Aldéa, y casa, donde descansará vuestra merced del passado trabajo, que si no ha sido del cuerpo ha sido del espíritu, que suele tal vez redundar en cansacio del cuerpo. Tengo el ofrecimiento à gran favor, y merced, señor Don Diego, respondió Don Quixote; y picando mas de lo que hasta entonces, serian como las dos de la tarde quando llegaron à la Aldéa, y à la casa de Don Diego, à quien

Don Quixote llamaba el Cavallero del verde gaván



LIBRO

**LIBRO SEXTO**  
**DEL INGENIOSO HIDALGO**  
**D. QUIXOTE**  
**DE LA MANCHA.**

CAPITULO XVIII.

*DE LO QUE SUCEDIÓ A D. QUIXOTE en el Castillo, ó casa del Cavallero del verde gaván, con otras cosas estravagantes.*

**M**ALLÓ Don Quixote ser la casa de Don Diego de Miranda ancha, como de Aldéa; las armas emperó, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle; la bodega en el patio, la cueba en el portal, y muchas tinajas à la redonda, que por ser del Toboso le renovaron las memorias de su encantada, y transformada Dulcinéa, y suspirando, y sin mirar lo que decia, ni delante de quien

quien estaba, dixo: O dulces prendas, por mi mal halladas, dulces, y alegres quando Dios quería! O Tobosescas tinajas, que me haveis traído à la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura! Oyóle decir esto el Estudiante Poeta, hijo de Don Diego, que con su madre havia salido à recibirle, y madre, y hijo quedaron suspensos de vér la estraña figura de Don Quixote, el qual apeandose de Rocinante, fué con mucha cortesía à pedirle las manos para besárselas; y Don Diego dixo: Recibid, señora, con vuestro solícito agrado al señor Don Quixote de la Mancha, que es el que teneis delante, Andante Cavallero, y el mas valiente, y el mas discreto que tiene el mundo. La señora que Doña Christina se llamaba, le recibió con muestras de mucho amor, y de mucha cortesía, y Don Quixote se le ofreció, con assás de discretas, y comedidas razones: casi los mismos comedimientos passó con el Estudiante, que en oyendole hablar Don Quixote, le tuvo por discreto, y agudo. Aqui pinta el Author todas las circunstancias de la casa de Don Diego, pintandonos en ellas lo que contiene una casa de un Cavallero labrador, y rico; pero al Traductor de esta Historia le pareció passar estas, y otras semejantes menudencias en silencio, por que no venian bien con el proposito principal de la Historia, en la qual mas tiene su fuerza la verdad, que en las frias digressiones. Entraron

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VI. 191*  
 Don Quixote en una sala, desarmóle Sancho, quedó en valónes, y en jubón de camuza, todo visunto con la muger de las armas; el cuello era valona à lo estudiantil, sin almidón, y sin bandas: los borseguies eran datilados, y encerrados los zapatos. Quitóse su buena espada, que pendia de un tahali de lobos marinos, que es opinion que muchos años fué enfermo de los visiones: cubrióse un herreruelo de buen paño de pardo; pero antes de todo, con cinco calderos, ó seis de agua (que en la cantidad de los calderos hay alguna diferencia) se lavó la cabeza, y el rostro, y todavia se quedó el agua de color de suero: merced à la golosina de Sancho, y à la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusieron à su amo. Con los referidos atavíos, y con gentil donayre, y gallardia salió Don Quixote à otra sala, donde el Estudiante le estaba esperando para entretenerle, en tanto que las mesas se ponian, que por la venida de tan noble huesped queria la señora Doña Christina mostrar, que sabia, y podia regalar à los que à su casa llegassen. En tanto que Don Quixote se estuvo desarmando, tuvo lugar Don Lorenzo (que assi se llamaba el hijo de Don Diego) de decir à su padre: Quien dirémos, señor, que es este Cavallero, que vuestra merced nos ha traído à casa? que el nombre, la figura, y el decir que es Cavallero Andante, à mi, y à mi madre nos tiene suspensos. No se lo que te di-

diga, hijo, respondió Don Diego; solo te sabré decir, que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas, que borran, y deshacen sus hechos; hablale tu, toma el pulso à lo que sabe, y pues eres discreto, juzga de su discrecion, ò tontería lo que mas puesto en razon estuviere; aunque para decir verdad, antes le tengo por loco que por cuerdo. Con esto se fué Don Lorenzo à entrete-  
ner à Don Quixote, como queda dicho; y entre otras platicas que los dos passaron, dixo Don Quixote à Don Lorenzo: El señor Don Diego de Miranda, padre de vuestra merced, me ha dado noticia de la rara habilidad, y sutil ingenio que vuestra merced tiene; y sobre todo, que es vuestra merced un gran Poeta. Poeta bien podrá ser, respondió D. Lorenzo, pero grande, ni por pensamiento. Verdad es, que yo soy algun tanto aficionado à la Poesía, y à leer los buenos Poetas, pero no de manera, que se me pueda dár el nombre de grande, que mi padre dice. No me parece mal essa humildad, respondió Don Quixote; porque no hay Poeta que no sea arrogante, y piense de sí, que es el mayor Poeta de el mundo. No hay regla sin excepcion, respondió Don Lorenzo, y alguno havrá, que lo sea, y no lo piense. Pocos, respondió Don Quixote; pero digame vuestra merced, que versos son los que ahora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre, que le traen algo inquieto, y

pen-

pensativo? Y si es alguna glossa, à mi se me entiende algo de achaque de glossas, y holgaría saberlos; y si es que son de justa literaria, procure vuestra merced llevar el segundo premio, que el premio siempre se lleva el favor, ò la gran calidad de la persona; el segundo se lleva la mesma justicia; y el tercero viene à ser segundo; y el primero à esta cuenta será el tercero, al modo de las licencias, que se dán en las Universidades; pero con todo esto, gran personage es el hombre de primero. Hasta ahora, dixo entre sí Don Lorenzo, no os podré yo juzgar por loco; vamos adelante, y dixole: Pareceme, que vuestra merced ha cursado las Escuelas; que ciencias ha leído? La de la Cavalleria Andante, respondió Don Quixote, que es tan buena como la de la Poesia, y aun dos deditos mas. No sé que ciencia sea essa, replicó Don Lorenzo, que hasta ahora no ha llegado à mi noticia. Es una ciencia, replicó Don Quixote, que encierra en sí todas, ò las mas ciencias del mundo, à causa, que el que la professa ha de ser Jurisperito, y saber las leyes de la justicia distributiva, y comutativa, para dár à cada uno lo que es suyo, y lo que le conviene. Ha de ser Theologo, para saber dár razon de la Christiana Ley que professa, clara, y distintamente, adonde quiera que le fuera pedido. Ha de ser Medico, y principalmente Erbolario, para conocer en mitad de los despoblados, y desiertos

Tom. III.

N

las

194 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
las yervas que tienen virtud de sanar las heridas: que no ha de andar el Cavallero Andante á cada trinquete buscando quien se las cure. Ha de ser Astrológo, para conocer por las Estrellas, quantas horas son passadas de la noche, en qué parte, y en qué clima del mundo se halla. Ha de saber las mathematicas, porque á cada passo se le ofrecerá tener necesidad de ellas; y dexando á parte, que ha de estar adornado de todas las Virtudes Theologales, y Cardinales, decendiendo á otras menudencias, digo, que ha de saber nadar, como dicen que nadaba el Peixe Nicolás, ó Nicolao. Ha de saber herrar un cavallo, aderezar la silla, y el freno; y bolviendo á lo de arriba, ha de guardar la Fé á Dios, y á su dama; ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos; y finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes, y minimas partes se compone un buen Cavallero Andante, porque vea vuestra merced, señor Don Lorenzo, si es ciencia mocosa la que aprende el Cavallero que la estudia, y la professa, y si se puede igualar á las mas estiradas, que en los Gignasios, y Escuelas se enseñan. Si esso es assi (replicó Don Lorenzo) yo digo, que se aventaja essa ciencia á todas. Como si es assi? Respondió Don Quixote. Lo que yo quiero decir,  
dixo

*D. Quixote de la Mancha. P.II.Lib.VI.* 195  
dixo Don Lorenzo, es, que dudo, que haya havido, ni que los haya ahora, Cavalleros Andantes, y adornados de virtudes tantas. Muchas veces he dicho lo que buelvo á decir ahora, respondió Don Quixote, que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha havido Cavalleros Andantes; y por parecerme á mi, que si el Cielo milagrosamente no les dá á entender la verdad de que los huvo, y de que los hay, qualquier trabajo que se tome ha de ser en vano (como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia) no quiero detenerme ahora en sacar á vuestra merced del error que con los muchos tiene: lo que pienso hacer es, el rogar al Cielo le saque de él, y le dé á entender quan provechosos, y quan necesarios fueron al mundo los Cavalleros Andantes en los passados siglos, y quan utiles fueran en el presente, si se usáran; pero triunfán ahora, por pecados de las gentes la pereza, la ociosidad, la gula, y el regalo. Escapadosenos há nuestro huesped, dixo á esta sazón entre sí Don Lorenzo; pero con todo esso el es loco bizarro, yo sería mentecato, floxo, si assi no lo creyesse. Aquí dieron fin á su platica, porque los llamaron á comer. Preguntó Don Diego á su hijo, qué havia sacado en limpio del ingenio del huesped? A lo que él respondió: No lo sacarán del borrador de su locura quantos Medicos, y buenos Escrivanos tiene el mundo:  
N 2 21

él es un entreverado loco, lleno de lucidos intervalos. Fueronse à comer, y la comida fué tal como Don Diego havia dicho en el camino, que la solía dar à sus combidados, limpia, abundante, y sabrosa; pero de lo que mas se contentó Don Quixote, fué del maravilloso silencio que en toda la casa havia, que semejaba un Monasterio de Cartujos. Levantados, pues, los manteles, y dadas gracias à Dios, y agua à las manos, Don Quixote pidió ahineadamente à Don Lorenzo, dixesse los versos de la justa literaria. A lo que él respondió, que por no parecer de aquellos Poetas, que quando les ruegan digan sus versos, los niegan, y quando no se los piden los vomitan; yo diré mi glossa, de la qual no espero premio alguno, que solo por exercitar el ingenio la he hecho. Un amigo, y discreto, respondió Don Quixote, era de parecer, que no se havia de cansar nadie en glossar versos; y la razon decia él, era, que jamás la glossa podia llegar al texto, y que muchas, ó las mas veces iba la glossa fuera de la intencion, y propósito de lo que pedia lo que se glossaba; y mas, que las leyes de la glossa eran demasiadamente estrechas, que no sufrían interrogantes, ni dixo, ni diré, ni hacer nombres de verbos, ni mudar el sentido, con otras ataduras, y estrechezas con que ván atados los que glossan, como vuestra merced debe de saber. Verdaderamente, señor Don Quixote, dixo Don Lorenzo,

20,

20, que deseo coger à vuestra merced en un mal latin continuado, y no puedo, porque se me desliza de entre las manos como anguila. No entiendo, respondió Don Quixote, lo que vuestra merced dice, ni quiere decir en esso del deslizarame. Yo me daré à entender, respondió Don Lorenzo, y por ahora esté vuestra merced atento à los versos glossados; y à la glossa, que dicen de esta manera:

**S***I mi fué tornasse à es,  
Sin esperar mas será;  
O viniessse el tiempo ya  
De lo que será despues.*

## G L O S S A.

**A***L fin como todo passa,  
se passó el bien, que me dió  
fortuna un tiempo no escasa,  
y nunca me le bolvió,  
ni abundante, ni por tassa.  
Siglos há ya que me vés,  
fortuna, puesto à tus pies,  
buelveme à ser venturoso,  
que será mi sér dichoso,  
Si mi fué tornasse à es.*

*No quiero otro gusto, ó gloria,  
otra palma, ó vencimiento,*

otro



*Vida, y Hechos del ingenioso  
otro triunfo, otra victoria  
sino bolver al contento,  
que es pesar en mi memoria,  
Si tu me vuelves allá  
fortuna, templado está  
todo el rigor de mi fuego,  
y mas si este bien es luego,  
Sin esperar mas será.*

*Cosas impossibles pido,  
pues bolver el tiempo à ser,  
despues que una vez ha sido,  
no he y en la tierra poder,  
que à tanto se baya esténdido.  
Corre el tiempo, buela, y vá  
ligero, y no bolverá;  
y erraria el que pidiese,  
o que el tiempo ya se fuésse,  
O viniessse el tiempo ya.*

*Vivo una perplexa vida,  
ya esperando, ya temiendo,  
es muerte muy conocida,  
y es mucho mejor muriendo  
buscar al dolor salida.  
A mi me fuera interés  
acabar, mas no lo es,  
pues con discurso mejor  
me dá la vida el temor.  
De lo que será despues.*

*D. Quixote de la Mancha. P.II.Lib.VI. 199*  
En acabando de decir su glossa Don Lorenzo, se levantó en pié Don Quixote, y en voz levantada, que parecia grito, asiendo con su mano la derecha de Don Lorenzo, dixo: Viven los Cielos, donde mas altos están, mancebo generoso, que sois el mejor Poeta del Orbe, y que mereceis estar laureado, no por Chipre, ni por Gaeta, como dixo un Poeta, que Dios perdone, sino por las Academias de Atenas, si hoy vivieran, y por las que hoy viven de Paris, Bolonia, y Salamanca: plegue al Cielo, que los jueces, que os quitaren el premio primero, Eebo los assaetee, y las Musas jamas atraviessen los umbrales de sus casas. Decidme, señor, si sois servido, algunos versos mayores, que quiero tomar de todo en todo el pulso à vuestro admirable ingenio. No es bueno, que dicen, que se holgó Don Lorenzo de verse alabar de Don Quixote, aunque le tenia por loco! O fuerza de la adulacion, à quanto te estiendes, y quando dilatados limites son los de tu jurisdiccion agradable! Esta verdad acreditó Don Lorenzo, pues concedió con la demanda, y deseo de Don Quixote, diciendole este Soneto à la Fábula, ó Historia de Pyramo, y Tisbe:

S O N E T O.

**E**L muro rompe la doncella hermosa,  
Que de Pyramo abrió el gallardo pec-

*Parte el amor de Chipre, y vá derecho,  
 A vér la quiebra estrecha, y prodigiosa.  
 Habla el silencio allí, porque no ossa  
 La voz entrar por tan estrecho estrecho,  
 Las almas si, que amor suele de hecho  
 Facilitar la mas difícil cosa.  
 Salíó el deseo de compás, y el passo  
 De la imprudente virgen solícita,  
 Por su gusto, su muerte: ved qué historia,  
 Que à entrambos en un punto (ò extraño caso!)  
 Los mata, los encubre, y resucita  
 Una espada, un sepulcro, una memoria.*

Bendito sea Dios, dixo Don Quixote, habiendo oído el Soneto à Don Lorenzo, que entre los infinitos Poetas consumidos que hay, he visto un consumado Poeta, como lo es vuestra merced, señor mio, que assi me lo dá à entender el artificio de este Soneto. Quatro dias estuvo Don Quixote regaladissimo en la casa de Don Diego, al cabo de los cuales le pidió licencia para irse, diciendole, que le agradecia la merced, y buen tratamiento, que en su casa havia recibido; pero que por no parecer bien, que los Cavalleros Andantes se den muchas horas al ocio, y al regalo, se queria ir à cumplir con su officio, buscando las aventuras, quien tenia noticia, que aquella tierra andaba, donde esperaba entretener el tiempo hasta que llegasse el dia de las Justas de Zara-

Zara-

Taragoza, que era el de su derecha derrota; y que primero havia de entrar en la Cueva de Montesinos, de quien tantas, y tan admirables cosas en aquellos contornos se contaban; sabiendo, è inquiriendo assimismo el nacimiento, y verdaderos manantiales de las siete lagunas, llamadas comunmente de Ruidera. Don Diego, y su hijo le alabaron su honrosa determinacion, y le dixeron que tomasse de su casa, y de su hacienda todo lo que en grado le viniessen, que la servirian con la voluntad possible, que à ello les obligaba el valor de su persona, y la honrosa profession suya. Llegó:e en fin el dia de su partida, tan alegre para Don Quixote, como triste, y aziago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de Don Diego, y rehusaba de volver à la hambre, que se usa en las florestas, y despoblados, y à la estrechez de su mal proveídas alforjas: con todo esto las llenó, y colmó de lo mas necessario que le pareció: y al despedirse, dixo Don Quixote à Don Lorenzo: No sé si he dicho à vuestra merced otra vez, ò si lo he dicho lo buelvo à decir, que quando vuestra merced quisiere ahorrar caminos, y trabajos para llegar à la inaccessible cumbre del templo de la fama, no tiene que hacer otra cosa, sino dexar à una parte la senda de la Poesía algo estrecha, y tomar la estrechissima de la Andante Cavalleria, bastante para hacerle Emperador

202. *Vida, y Hechos del ingenioso*  
dor en daca las pajas. Con estas razones acabó  
Don Quixote de cerrar el processo de su locu-  
ra, y mas con las que añadió, diciendo: Sabe  
Dios si quisiera llevar conmigo al señor Don  
Lorenzo, para enseñarle como se han de per-  
donar los sugetos, y supeditar, y acocear los  
sobervios: virtudes anexas à la profession que  
yo professo; pero pues no lo pide su poca  
edad, ni lo querrán consentir sus loables exer-  
cicios, solo me contento con advertirle à  
vuestra merced, que siendo Poeta, podrá ser  
famoso, si se guia mas por el parecer ageno,  
que por el proprio; porque no hay padre, ni  
madre à quien sus hijos le parezcan feos; y en  
los que lo son del entendimiento, corre mas  
este engaño. De nuevo se admiraron padre, e  
hijo de las entremetidas razones de Don Qui-  
xote, ya discretas, y ya disparatadas, y del  
tema, y tesón que llevaba de acudir de todo  
en todo à la busca de sus desventuradas aven-  
turas, que las tenia por fin, y blanco de sus  
deseos. Reiteraronse los ofrecimientos, y co-  
medimientos, y con la buena licencia de la  
señora del Castillo, Don Quixote, y San-  
cho, sobre Rocinante, y el rucio  
se partieron.

\* \* \*

CAPITULO

C A P I T U L O X I X .

*Donde se cuenta la aventura del Pastor enamora-  
do, con otros en verdad, graciosos  
sucessos.*

Poco trecho se havia alongado Don Quixote  
del Lugar de Don Diego, quando encon-  
tró con dos como Clerigos, ó como Estudian-  
tes; y con dos Labradores, que sobre quatro  
bestias asnales venian Cavalleros; el uno de los  
Estudiantes traía, como en portamento, en un  
lienzo de bocací verde, embuelto, al parecer,  
un poco de grana blanca, y dos pares de me-  
dias de cordellate; el otro no traía otra cosa,  
que dos espadas negras de esgrima nuevas, y  
con sus zapatillas. Los Labradores traían otras  
cosas, que daban indicio, y señal, que venian  
de alguna Villa grande, donde las havian com-  
prado, y las llevaban à su aldea; y assi Estu-  
diantes, como Labradores cayeron en la mis-  
ma admiracion en que caían todos aquellos, que  
la vez primera veían à Don Quixote, y morían  
por saber, qué hombre fuesse aquel tan fuera del  
uso de los otros hombres. Saludóles Don Qui-  
xote, y despues de saber el camino que lleva-  
ban, que era el mismo que el hacia, les ofre-  
ció su compañía, y les pidió detuviessen el pas-  
so, porque caminaban mas sus pollinas, que su  
cava-

204 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
cavallero; y para obligarlos, en breves razones  
les dixo quien era, su oficio, y profession, que  
era de Cavallero Andante, que iba à buscar las  
aventuras por todas las partes del mundo. Di-  
xoles, que se llamaba de nombre proprio Don  
Quixote de la Mancha, y por el apelativo el Ca-  
vallero de los Leones. Todo esto para los La-  
bradores era hablarles en Griego, ò en gerigon-  
za; pero no para los Estudiantes, que luego  
entendieron la flaqueza de el cerebro de Don  
Quixote; pero con todo esso le miraban con  
admiracion, y con respeto; y uno de ellos le  
dixo: Si vuestra merced, señor Cavallero no  
lleva camino determinado, como no le suelen  
llevar los que buscan las aventuras, vuestra  
merced se venga con nosotros, y verá una de  
las mejores bodas, y mas ricas, que hasta el  
dia de hoy se havrán celebrado en la Mancha,  
ni en otras muchas leguas à la redonda. Pre-  
guntóle Don Quixote si eran de algun Principe  
que assi las ponderaba? No son respondió el  
Estudiante, sino de un Labrador, y una Labra-  
dora, el mas rico de toda esta tierra, y ella  
la mas hermosa, que han visto los hombres: el  
aparato con que se han de hacer es extraordi-  
nario, y nuevo, porque se han de celebrar en  
un prado, que está junto al Pueblo de la No-  
via, à quien por excelencia llaman Quiteria la  
hermosa; y el desposado se llama Camacho el  
rico; ella de edad de diez y ocho años, y él de  
vein-

*D. Quixote de la Mancha. P.II. Lib.VI.* 205  
veinte y dos, ambos para en uno; aunque algu-  
nos curiosos, que tienen de memoria los lina-  
ges de todo el mundo, quieren decir, que el de  
la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho;  
pero ya no se mira en esto, que las riquezas son  
poderosas de soldar muchas quiebras. En efec-  
to, el tal Camacho es liberal, y hacele antojado  
de enramar, y cubrir todo el prado por arriba,  
de tal suerte, que el Sol se ha de ver en traba-  
jo, si quiere entrar à visitar las verdes yervas,  
de que está cubierto el suelo. Tiene assimismo  
zaheridas danzas, assi de espadas, como de  
cascabél menudo, que hay en su Pueblo quien  
los repique, y sacuda por extremo: de zapatea-  
dores no digo nada, que es un juicio los que  
tiene muñidos; pero ninguna de las cosas re-  
feridas, ni otras muchas que he dexado de re-  
ferir han de hacer mas memorables estas bodas,  
sino las que imagino que hará en ellas el despe-  
chado Basilio. Es este Basilio un Zagál vecino,  
del mismo Lugar de Quiteria, el qual tenia su  
casa pared en medio de la de los padres de Qui-  
teria, de donde tomó ocasion el amor de reno-  
var al mundo los ya olvidados amores de Py-  
ramo, y Tisbe; porque Basilio se enamoró de  
Quiteria desde sus tiernos, y primeros años, y  
ella fué correspondiendo à su deseo con mil ho-  
nestos favores, tanto, que se contaban por en-  
tremetimiento en el Pueblo los amores de los dos  
jóvenes Basilio, y Quiteria. Fué creciendo la edad,  
y

y acordó el padre de Quiteria de estorvar à Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenia; y por quitarse de andar receloso, y lleno de sospechas, ordenó de casar à su hija con el rico Camacho, no pareciendole ser bien casarla con Basilio, que no tenia tantos bienes de fortuna, como de naturaleza; pues si vá à decir verdades sin embidia, él es el mas agil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador estremado, y gran jugador de pelota; corre como un gamo, salta mas que una cabra, y birla à los bolos como por encantamento; canta como una calandria, y toca una guitarra, que la hace hablar; y sobre todo, juega una espada como el mas pintado. Por essa sola gracia, dixo à esta sazón Don Quixote, merecia esse mancebo, no solo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la misma Reyna Ginebra, si fuera hoy viva, à pesar de Lanzarote, y de todos aquellos que estorvarlo quisieran. A mi muger con esso, dixo Sancho Panza, (que hasta entonces havia ido callando, y escuchando) la qual no quiere sino que cada uno case con su igual, ateniendose al refrán que dicen: *Cada oveja con su pareja*. Lo que quisiera yo es, que esse buen Basilio (que ya me le voy aficionando) se casára con esta señora Quiteria, que buen siglo hayan, y buen poso (iba à decir al revés) los que estorvan que se casen los que bien se quieren. Si todos los que bien se quieren se huviesen de casar, dixo Don

Qui

Quixote, quitariase la eleccion, y jurisdiccion à los padres de casar sus hijos con quien, y quando debien: y si à la voluntad de las hijas quedasse escoger los maridos, tal havia que escogiesse al criado de su padre, y tal al que vió passar por la calle, à su parecer bizarro, y entonado aunque fuesse un desbaratado espada-chin, que el amor, y la aficion con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado; y el del matrimonio está muy à peligro de errarse, y es menester gran talento, y particular favor de el Cielo para acertarle. Quiere hacer uno un viage largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino busca alguna compañía segura, y apacible con quien acompañarse. Pues porque no hará lo mismo el que ha de caminar toda la vida, hasta el paradero de la muerte? Y mas si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa, y en todas partes, como es la de la muger con su marido? La de la propria muger no es mercaduría, que una vez comprada, se buelve, ò se trueca, ò cambia, porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida: Es un lazo, que si una vez le echais al cuello, se buelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no puede desatarse. Muchas mas cosas pudie-  
ra decir en esta materia, si no lo estorvára el deseo que tengo de saber, si le queda mas que decir al señor Licenciado, acerca de la Historia de Basilio

silio

silio. A lo que respondió el Estudiante, Bachiller, ó Licenciado, como le llamó Don Quixote, que de todo no me queda mas que decir, sino que desde el punto que Basilio supo, que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el rico, nunca mas le han visto reír, ni hablar razon concertada, y siempre anda pensativo, y triste, hablando entre sí mismo; con que dá ciertas, y claras señales de que se le ha buelto el juicio: come poco, y duerme poco; y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo sobre la dura tierra, como animal bruto: mira de quando en quando al Cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra, con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida, que el ayre le mueve la ropa. En fin, él dá tales muestras de tener apassionado el corazon, que tememos todos los que le conocemos que el dár el sí mañana la hermosa quiteria, ha de ser la sentencia de su muerte. Dios lo hará mejor, dixo Sancho, que Dios qué dá la llaga, dá la medicina; nadie sabe lo que está por venir; de aqui à mañana muchas horas hay, y en una, y aun en un momento se cae la casa, y yo he visto llover, y hacer Sol, todo à un mismo punto; tal se acuesta sano por la noche, y no se puede mover à otro dia. Y diganme por ventura habrá quien se alabe, que tiene echado un clavo à la rodaja de la fortuna? No por cierto; y entre el sí, y el no de la muger, no me atre-

viera,

viera yo à poner una punta de un alfiler, porque no cabria: denme à mi, que Quiteria quiera de buen corazon, y de buena voluntad à Basilio, que yo le daré à él un buen saco de buena ventura, que el amor (segun yo he ohído decir) mira con unos anteojos, que hacen parecer oro al cobre, à la pobreza riqueza, y à las lagafias perlas. Adonde vas à parar, Sancho? que seas maldito, dixo Don Quixote, que quando comienzas à ensartar refranes, y cuentos, no te puede esperar sino el mismo Judas que te lleve. Dime, animal, qué sabes tu de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna? O, pues si no me entienden, respondió Sancho, no es maravilla, que mis sentencias sean tenidas por disparates: pero no importa, yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que vuestra merced, señor mio, siempre es fiscal de mis dichos, y aun de mis hechos. Fiscal has de decir, dixo D. Quixote, que no fiscal, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda. No se apunte vuestra merced conmigo, respondió Sancho, pues sabe, que no me he eriado en la Corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añado, ó quito alguna letra à mis vocablos. Si, que, valgame Dios! no hay para que obligar al Sayagues à que hable como el Toledano; y Toledanos puede haver, que no las corten en el ayre en esto del hablar polido. Assi es, dixo el Licenciado, porque no pueden

Tom. III.

O

ha-

hablar tan bien los que se criaron en las Tenerias, y en Zocodober, como los que se pasean casi todo el dia por el Claustro de la Iglesia Mayor, y todos son Toledanos. El lenguaje puro, el proprio, el elegante, y claro, esta en los discretos Cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda; dixes discretos, porque hay muchos que no lo son, y la discrecion es la Gramatica del buen lenguaje; que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados he estudiado Canones en Salamanca, y picome algun tanto de decir mi razon con palabras claras, llanas, y significantes. Si no os picaredes mas de saber mas menear las negras que llevais, que la lengua, dixo el otro Estudiante, vos llevaredes el primero en licencias, como llevasteis cola. Mirad, Bachillér, respondió el Licenciado, vos estais en la mas errada opinion de el mundo, acerca de la destreza de la espada, teniendola por vana. Para mi no es opinion, sino verdad assentada, replicó Corchuelo; y si quereis que os lo muestre con la experiencia, espada traeis, comodidad hay, y impulsos, y fuerzas tengo, que acompañadas de mi animo, que no es poco, os harán confessar, que yo no me engaño. Apeaos, y usad de vuestro compás de pies, de vuestros circulos, y vuestros angulos, y ciencias, que yo espero de haceros vér estrellas à medio dia con mi destreza moderna, y zafia; en quien espero, despues de Dios, que está por nacer hombre que me ha-

ga volver las espaldas, y que no le hay en el mundo, à quien yo no le haga perder tierra. En caso de volver, ò no las espaldas, no me meto, replicó el diestro, aunque podia ser, que en la parte donde la vez primera clavassedes el pié, los abriessen la sepultura; quiero decir, que quedassedes muerto por la despreciada destreza. Ahora se verá, respondió Corchuelo; y apeandose con gran presteza de su jumento, tiró con furia de una de las espadas que llevaba el Licenciado en el suyo. No ha de ser assi dixo à este instante Don Quixote, que yo quiero ser el Maestro de esta esgrima, y el Juez de esta mudas veces no averiguada question; y apeandose de Rocinante, y asiendo de su lanza, se puso en la mitad del camino, à tiempo que ya el Licenciado, con gentil donayre de cuerpo, y compás de pies, se iba contra Corchuelo, que contra él se vino lanzando (como decir se suele) fitego por los ojos. Los otros dos Labradores del acompañamiento, sin apearse de sus poponinas, sirvieron de aspetadores en la mortal batalla: las cuchilladas, estocadas, altibaxos, peses, y mandobles, que tiraba Corchuelo, iban sin numero, mas espesas que higado, y mas menudas que granizo: arrematía como un Leon titado; pero saliale al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la espada de el Licenciado, que en mitad de su furia le detenía, y se la habesar, como si fuera reliquia, aunque no con-

tanta devocion como las Reliquias deben, y suelen besarse. Finalmente, el Licenciado le contó à estocadas todos los botones de una media sotanilla que traía vestida, haciéndole tiras los faldamentos, como colas de pulpo: derribó el sombrero dos veces, y cansóle de manera que de despecho, colera, y rabia asió la espada por la empuñadura, y arrojóla por el ayre, con tanta fuerza, que uno de los Labradores asistentes, que era Escrivano, que fué por ella, dió despues por Testimonio, que la alongó de sí casi tres quartos de legua: el qual Testimonio sirve, y ha servido para que se conozca, y vea con toda verdad, como la fuerza es vencida del arte. Sentóse cansado Corchuelo; y llegando à él Sancho, le dixo: Mia fee, señor Bachiller, si vuestra merced toma mi consejo, de aqui adelante no ha de desafiar à nadie à esgrimir, sino à luchar, ò tirar la barra, pues tiene edad, y fuerzas para ello, que de estos à quien llaman diestros, he ohido decir, que meten una punta de una espada por el ojo de una aguja. Yo me contento, respondió Corchuelo, de haver caido de mi burra, y de que me haya mostrado la experiencia la verdad, de quien tan lexos estaba, y levantandose, abrazó al Licenciado, y quedaron mas amigos que de antes, y no queriendo esperar al Escrivano, que havia ido por la espada, por parecerle que tardaria mucho; y así determinaron seguir por llegar temprano à

Aldéa

Aldéa de Quiteria, de donde todos eran. En lo que faltaba del camino les fué contando el Licenciado, las excelencias de la espada, con tantas razones demonstrativas, y con tantas figuras, y demonstraciones Mathematicas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo reducido de su pertinacia. Era anohecido; pero antes que llegassen les pareció à todos, que estaba delante del Pueblo un Cielo, lleno de innumerables, y resplandecientes éstrellas. Oyeron assimismo confusos, y suaves sonidos de diversos instrumentos, como flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos, y sonajas; y quando llegaron cerca, vieron que los arboles de una enramada, que á mano havian puesto à la entrada del Pueblo, estaban todos llenos de luminarias, à quien no ofendia el viento, que entonces no soplabá, sino tan manso, que no tenia fuerza para mover las ojas de los arboles. Los musicos eran los regocijadores de la boda, que en diversas quadrillas por aquel agradable sitio andavan, unos baylando, otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto, no parecia sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegría, y saltando de contento: otros muchos andaban ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiessen vér otro dia las representaciones, y danzas que se havian de hacer en aquel

Lu-



214 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
Lugar, dedicado para solemnizar las bodas del rico Camacho, y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el Lugar Don Quixote, aunque se lo pidieron, assi el Labrador, como el Bachillér; pero el dió por disculpa, bastantissima à su parecer, ser costumbre de los Cavalleros Andantes dormir por los campos, y florestas, antes que en los poblados, aunque fuesse debaxo de dorados techos; y con esto se desvió un poco de el camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniendosele à la memoria el buen alojamiento que havia tenido en el Castillo, ò Casa de Don Diego.

## C A P I T U L O XX.

*Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre.*

**A** Penas la blanca Aurora havia dado lugar à que el luciente Febo con el ardor de sus calientes rayos las liquidas perlas de sus cabellos de oro enjugasse, quando Don Quixote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pié, y llamó à su escudero Sancho, que aun todavia roncaba; lo qual visto por Don Quixote, antes que le despertasse, le dixo: O tú bienaventurado sobre quantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener embidia, ni ser embidia-

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VI.* 215  
do, duermes con sossegado espíritu! ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamientos: duermes, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia zelos de tu dama, ni te desvelan pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro dia, tu, y tu pequeña, y angustiada familia, ni la ambicion te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se estienden à mas, que à pensar en tu jumento, que el de tu persona sobre mis ombros le tienes puesto: contrapeso, y carga que puso la naturaleza, y la costumbre à los señores. Duermes el criado, y está velando el señor, pensando como le ha de sustentar, mejorar, y hacer mercedes. La congoja de ver que el Cielo se hace de bronce, sin acudir à la tierra con el conveniente rocío, no aflige al criado, sino al señor, que ha de sustentar en la esterilidad, y hambre al que le sirvió en la fertilidad, y abundancia. A todo esto no respondió Sancho porque dormía, ni despertára tan presto, si Don Quixote, con el cuento de la danza, no le hiciera bolver en sí. Despertó en fin, soñoliento, y perezoso, y bolviendo el rostro à todas partes, dixo: De la parte de esta enramada, si no me engaño, sale un tufo, y olor, har-to mas de torresnos assados, que de juncos, y tomillos: bodas, que por tales olores comienzan, para mi santiguada, que deben de ser abundan-

216 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
dantes, y generosas. Acaba, glotón, dixo Don Quixote, vén, irémos à ver estos desposorios, por vér lo que hace el desdeñado Basilio. Mas que haga lo que quisiere, respondió Sancho; no fuera él pobre, y casarse con Quiteria; no hay mas sino no tener un quarto, y querer casarse por las nubes? A la fee, señor; yo soy de parecer que el pobre debe contentarse con lo que hallare, y no pedir cotufas en el golfo. Yo apostaré un brazo, que puede Camacho enbolver en reales à Basilio; y si esto es assi, como debe de ser, bien boba fuera Quiteria en desechar las galas, y las joyas que le debe de haver dado, y le puede dár Camacho, por escoger el tirar de la barra, y el jugar de la negra de Basilio; sobre un buen tiro de barra, ó sobre una gentil treta de espada, no dan un quartillo de vino en la Taberna; habilidades, y gracias, que no son vendibles, mas que las tenga el Conde Dirlos; pero quando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen: sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio; y el mejor cimiento, y zanja del mundo es el dinero. Por quien Dios es, Sancho, dixo à esta sazón Don Quixote, que concluyas con tu harenga, que tengo para mí, que si te dexasse seguir en las que à cada passo comienzas, no te quedaria tiempo para comer, ni para dormir, que todo le gastarias en hablar. Si vuestra merced tuviera buena memoria, repit-

có

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VI.* 217  
có Sancho, debierase acordar de los capitulos de nuestro concierto, antes que esta ultima vez saliésemos de casa; uno de ellos fué, que me havia de dexar hablar todo aquello que quisiese, con que no fuesse contra el proximo, ni contra la autoridad de vuestra merced; y hasta ahora me parece, que no he contravenido contra el tal capitulo. Yo no me acuerdo, Sancho, respondió Don Quixote, de el tal capitulo; y puesto que sea assi, quiero que calles, y vengas, que ya los instrumentos, que à noche ohimos, buelven à alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el fresco de la mañana, y no en el calor de la tarde. Hizo Sancho lo que su señor le mandaba; y poniendo la silla à Rocinante, y la albarda al rucio, subieron los dos, y passo ante passo se fueron entrando por la enramada. Lo primero que se le ofreció à la vista de Sancho, fué espetado en un assador de un olmo entero un entero novillo, y en el fuego donde se havia de assar ardia un mediano monte de leña; y seis ollas, que al rededor de la hoguera estaban, no se havian hecho en la comun turquesa de las demás ollas, porque eran seis medias tinajas, que en cada una cabia un rastro de carne; assi embebian, y encerraban en sí carneros enteros, sin echarse de vér, como si fueran palominos; las liebres ya sin pellejos, y las gallinas sin pluma, que estaban colgadas por los arboles, para sepultarlas en las ollas,

no

218 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
no tenían numero; los pajaros, y caza de diversos generos eran infinitos, colgados de los arboles para que el ayre los enfriasse. Contó Sancho mas de sesenta zaques de mas de à dos arrobas cada uno, y todos llenos (segun despues pareció) de generosos vinos; assi havia rimeros de pan blanquissimo, como los suele haver de montones de trigo en las heras; los que-  
sos, puestos como ladrillos enrejados, formaban una muralla, y dos calderas de aceyte, mayores que las de un tinte, servian de freír cosas de massa, que con dos valientes palas las sacaban fritas, y las zabullian en otra caldera de preparada miel, que alli junto estaba. Los Cocineros, y Cocineras passaban de cinquenta, todos limpios, todos diligentes, y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos, y pequeños lechones, que cosidos por encima, servian de darle sabor, y enternecerle; las especies de diversas suertes no parecia haverlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estaban de manifesto en una grande arca. Finalmente, el aparato de la boda era rustico, pero tan abundante, que podia sustentar à un Exercito. Todo lo miraba Sancho Panza, y todo lo contemplaba, y de todo se aficionaba: primero le cautivaron, y rindieron el deseo de las ollas, de quien él tomara de bonissima gana un mediano puchero: luego le aficionaron la voluntad los zaques, y ultima-

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VI.* 219  
timamente las frutas de sartén, si es que se podian llamar sartenes las tan horrendas calderas; y assi sin poderlo sufrir, ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó à uno de los solicitos Cocineros, y con corteses, y hambrientas razones le rogó le dexasse mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. A lo que el Cocinero respondió: Hermano, este dia no es de aquellos sobre quien tiene jurisdiccion la hambre, (merced al rico Camacho) apeaos, y mirád si hay por ahí un cucharón, espumád una gallina, ù dos, y buen provecho os hagan. No veo ninguno, respondió Sancho. Esperád, dixo el Cocinero, pecador de mi, y que melindroso, y para poco deveis de ser; y diciendo esto, asió de un caldero, y encaxandole en una de las medias tinajas, sacó en él tres gallinas, y dos gansos, y dixo à Sancho: Comed, amigo, y desayunaos con esta espuma, en tanto que se llega la hora del yantar. No tengo en qué echarla, respondió Sancho. Pues llevaos, dixo el Cocinero, la cuchara, y todo, que la riqueza, y el contento de Camacho todo lo suple. En tanto, pues, que esto passaba à Sancho, estaba Don Quixote mirando, como por una parte de la enramada entraban hasta doce Labradores sobre doce hermosissimas yeguas, con ricos, y vistosos jaeces de campo, y con muchos cascabeles en los pretales, y todos vestidos de regocijo, y fiestas, los quales en concertado tro-

220 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
trópél corrieron, no una, sino muchas carreras por el prado, con regocijada algazare, y grita, diciendo: *Vivan Camacho, y Quiteria, el tan rico, como élla hermosa, y élla la mas hermosa del mundo.* Oyendo lo qual Don Quixote, dixo entre sí: Bien parece que estos no han visto à mi Dulcinéa del Toboso, que si la huvieran visto, ellos se fueran à la mano en las alabanzas de esta su Quiteria. De alli à poco comenzaron à entrar por diversas partes de la enramada muchas, y diferentes danzas; entre las quales venia una de espadas de hasta veinte y quatro Zagales de gallardo parecer, y brio, todos vestidos de delgado, y blanquissimo lienzo, con sus paños de tocar, labrados de varios colores de fina seda; y al que los guiaba, que era un ligero mancebo, preguntó uno de los de las yeguas, si se havia herido alguno de los Danzantes. Por ahora, bendito sea Dios, no se ha herido nadie, todos vamos sanos; y luego comenzó à enredarse con los demás compañeros, con tantas bueltas, y con tanta destreza, que aunque Don Quixote estaba hecho à ver semejantes danzas, ninguna le havia parecido tan bien como aquella. Tambien le pareció bien otra, que entró de Doncellas hermosissimas, tan mozas, que al parecer ninguna baxava de catorse, ni llegaba à diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos, parte trenzados, y parte sueltos, pero todos tan rubios,

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VI.* 221  
bios, que con los del Sol podian tener competencia, sobre los quales traian guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto, y madre selva compuestas: guiabalas un venerable Viejo, y una anciana Matrona, pero mas ligeros, y sueltos que sus años prometian. Haciales el són un Gayta Zamorana; y ellas llevando en los rostros, y en los ojos à la misma honestidad, y en los pies à la ligereza, se mostraban las mejores bayladores del mundo. Tras esto entró otra danza de artificio, y de las que llaman habladas: era de ocho Ninfas, repartidas en dos hileras; de la una hilera era guia el Dios Cupido, y de la otra el Interés; aquel adornado de alas, arco, aljaba, y saetas; este vestido de ricos, y diversos colores de oro, y seda. Las Ninfas, que al amor seguian, traian à las espaldas en pergamino blanco, y letras grandes escritos sus nombres. Poesia era el titulo de la primera; el de la segunda, Discrecion; el de la tercera, Buen linage; el de la quarta, Valentia. Del modo mesmo venian señaladas las que al Interés seguian: decia Liberalidad el titulo de la primera; Dativa el de la segunda; Tesoro el de la tercera; y el de la quarta, Possession pacifica. Delante de todos venia un Castillo de madera, à quien tiraban quatro salvages, todos vestidos de yedra, y de cañamo, teñido de verde, tan al natural, que por poco espantáran à Sancho. En la frontera de el Castillo, y en todas

222 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
das quatro partes de sus quadros traía escrito:  
*Castillo del buen recato.* Hacíanles el son quatro  
diestros tañedores de tamboril, y flauta. Co-  
menzaba la danza Cupido; y habiendo hecho  
dos mudanzas, alzaba los ojos, y flechaba el  
arco contra una doncella, que se ponía entre  
las almenas del Castillo, à la qual de esta suer-  
te dixo.

*To soy el Dios poderoso*  
*En el ayre, y en la tierra,*  
*Y en el ancho mar undoso,*  
*Y en quanto el abismo encierra*  
*En su baratro espantoso.*  
*Nunca conoci que es miedo,*  
*Todo quanto quiero puedo,*  
*Aunque quiera lo imposible,*  
*Y en todo lo que es posible*  
*Mando, quito, pongo, y vedo.*

Acabó la Copla, disparó una flecha por lo alto  
del Castillo, y retiróse à su puesto. Salió lue-  
go el interés, y hizo otras dos mudanzas, ca-  
llaron los tamborinos, y él dixo:

*Soy quien puede mas que Amor,*  
*Y es amor el que me guia:*  
*Soy de la estirpe mejor,*  
*Que el Cielo en la tierra cria,*  
*Mas conocida, y mayor.*

Soy

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VII. 223*

*Soy el Interés, en quien*  
*Pocos suelen obrar bien,*  
*Y obrar sin mi es gran milagro,*  
*Y qual soy te me consagro*  
*Por siempre jamás, Amen.*

Retiróse el Interés, y hizose adelante la Poesia,  
la qual despues de haver hecho sus mudanzas,  
como los demás, puestos los ojos en la Don-  
cella del Castillo, dixo:

*En dulcissimos concetos*  
*La dulcissima Poesia,*  
*Altos, graves, y discretos,*  
*Señora, el alma te embia*  
*Embuelta entre mil Sonetos.*  
*Si acaso no te impòrtuna*  
*Mi porfia, tu fortuna,*  
*De otras muchas embidiada,*  
*Será por mi levantada*  
*Sobre el cerco de la Luna.*

Desvióse la Poesia, y de la parte del Interés  
salió la Liberalidad, y despues de hechas sus  
mudanzas, dixo:

*Llaman Liberalidad*  
*Al dár, que el extremo buye*  
*De la prodigalidad,*  
*Y del contrario, que arguye*

*Tibia.*

*Vida, y Hechos del ingenioso  
Tibia, y floxa voluntad;  
Mas yo por te engrandecer,  
De hoy mas prodigo he de ser,  
Que aunque es vicio, es vicio honrado,  
Y de pecho enamorado  
Que en el dár se echa de vér.*

De este modo salieron, y se retiraron todas las figuras de las dos esquadras, y cada uno hizo sus mudanzas, y dixo sus versos, algunos elegantes, y algunos ridiculos; y solo tomó de memoria Don Quixote ( que la tenia grande ) los ya referidos, y luego se mezclaron todos, haciendo, y deshaciendo lazos con gentil donayre, y desemboltura; y quando pasaba el Amor por delante del Castillo, disparaba por alto sus flechas; pero el Interés quebraba en él alcancías doradas. Finalmente, despues de haver baylado un buen espacio, el Interés sacó un bolsón, que le formaba el pellejo de un gran gato romano, que parecia estar lleno de dineros; y arrojandole al Castillo, con el golpe se desencajaron las tablas, y se cayeron, dexando à la doncella descubierta, y sin defensa alguna. Llegó el Interés con las figuras de su valia, y echandola una gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla, y cautivarla; lo qual visto por el Amor, y sus valientes, hicieron ademán de quitarsela; y todas las demostraciones que hacian, eran al son de los tamborinos, baylando, y danzando con-

cer-

certadamente. Pusieronlos en paz los salvages, los quales con mucha presteza bolvieron à armar, y à encajar las tablas del Castillo; y la doncella se encerró en él como de nuevo, y con esto se acabó la danza, con gran contento de los que las miraban. Preguntó Don Quixote à una de las Ninfas, que quien la havia compuesto, y ordenado? Respondióle, que un Beneficiado de aquel Pueblo, que tenia gentil caire para semejantes invenciones. Yo apostaré, dixo Don Quixote, que debe de ser mas amigo de Camacho que de Basilio el tal Bachiller, Beneficiado, y que debe de tener mas de satirico que de Visperas: bien ha encajado en la danza las habilidades de Basilio, y las riquezas de Camacho. Sancho Panza, que lo escuchaba, dixo: El Rey es mi gallo, à Camacho me atengo. En fin, dixo Don Quixote: bien se parece, Sancho, que eres villano, y de aquellos que dicen: Viva quien vence. No sé de los que soy, respondió Sancho, pero bien sé, que nunca de ollas de Basilio sacaré yo tan elegante espuma como es esta, que he sacado de las de Camacho; y enseñóle el caldero lleno de gansos, y de gallinas, y asiendo de una començó à comer con mucho donayre, y ganando dixo: A la barba de las habilidades de Basilio, que tanto vales quanto tienes, y tanto tienes quanto vales. Dos linages solos hay en el mundo, como decia una aguela mia, que son

Tom. III.

P

ei

el tener, y no tener, aunque ella al de tener se atenia, y el día de hoy mi señor Don Quixote, antes se toma el pulso al haver que al saber: un asno cubierto de oro, parece mejor que un cavallo enalbardado. Assi que buelvo à decir, que à Camacho me atengo, de cuyas oillas son abundantes espumas gansos, gallinas, liebres, y conejos; y de las de Basilio seran, si viene à mano, y aunque no venga sino al pié, agua chirle. Has acabado tu arenga, Sancho? dixo Don Quixote. Habréla acabado, respondió Sancho, porque veo, que vuestra merced recibe pesadumbre con ella, que si esto no se pusiera de por medio, obra havia corrido para tres dias. Plegue à Dios, Sancho, replicó Don Quixote, que yo te vea mudo antes que me muera. Al paso que llevamos, respondió Sancho, antes que vuestra merced se muera estaré yo mascando barro, y entonces podrá ser, que esté tan mudo, que no hable palabra hasta la fin del mundo, ò por lo menos hasta el día del Juicio. Aunque esso assi suçeda, ò Sancho! respondió Don Quixote, nunca llegará tu silencio à dó ha llegado lo que has hablado, hablas, y tienes de hablar en tu vida; y mas, que estás muy puesto en razon natural, que primero llegué el día de mi muerte, que el de la tuya; y assi jamás pienso verte mudo, ni aun quando estés bebiendo, ò durmiendo, que es lo que puedes do encarecer. A buena fee, señor, respondió

San-

Sancho, que no hay que fiar en la descarnada, digo en la muerte, la qual tan bien come cordero, como carnero; y à nuestro Cura he ohi-do decir, que con igual pié pisaba las altas torres de los Reyes, como las humildes chozas de los pobres. Tiene esta señora mas de poder, que de melindre: no es nada asquerosa, de todo come, y à todo hace, y de toda suerte de gentes; edades, y preheminiencias hinche sus alfofijas: no es segador que duerme las siestas; que à todas horas siega, y corta, assi la seca, como la verde yerva, y no parece que masca, sino que engulle, y traga quanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta; y aunque no tiene barriga, dá à entender, que está hydropica, y sedienta de beber solas las vidas de quantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fria. No mas, Sancho, dixo à este punto Don Quixote, tente en buenas, y no te dexes caer, que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rusticos terminos, es lo que pudiera decir un buen Predicador. Digote, Sancho, que si como tienes buen natural, y discrecion, pudieras tomar un Pulpito en la mar, y irte por esse mundo, predicaras lindezas. Bien predica quien bien vive, respondió Sancho, y yo no sé otras Theologias. Ni las has menester, dixo Don Quixote, pero yo no acabo de entender, ni alcanzar, como siendo el principio de la sabiduria el te-

mor de Dios, tu, que temes mas un lagarto, que à él, sabes tanto? Juzgue vuestra merced, señor, de sus Cavallerias, respondió Sancho, y no se meta en juzgar de los temores, ó valentías ajenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios, como cada hijo de vecino, y dexeme vuestra merced despavilar esta espuma, que lo demás todas son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida; diciendo esto, comenzó de nuevo à dar assalto à su caldero, con tan buenos alientos, que despertó los de Don Quixote; y sin duda le ayudara, si no lo impidiera lo que es fuerza se diga adelante.

## CAPITULO XXI.

*Donde se prosigue las Bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.*

**Q**Uando estaban Don Quixote, y Sancho en las razones referidas en el Capitulo antecedente, se oyeron grandes voces, y gran ruido, y dabanlas, y causabante los de las yeguas, que con larga carrera, y grita iban à recibir à los Novios, que rodeado de mil generos de instrumentos, y de invenciones, venian acompañados del Cura, y de la parentela de entrambos, y de toda la gente mas lucida de los Lugares circunvecinos, todos vesti-

dos

dos de fiesta. Y como Sancho vió à la novia, dixo: à buena fee, que no viene vestida de Labradora, sino de garrida palaciega. Pardiez, que segun divisó, que las patenas, que havia de traer, son ricos corales; y la palmilla verde de Cuenca, es terciopelo de treinta pelos; y montas, que la guarnicion es de tiras de lienzo blanco; voto à mi, que es de raso; pues tomadme las manos, adornadas con sortijas de azabache: no medre yo, sino son anillos de oro, y muy de oro, y empedrados con perlas blancas como una quaxada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. O hi de puta, y qué cabellos, que si no son postizos, no los he visto mas buengos, ni mas rubios, en toda mi vida. No sino ponedla tacha en el brio, y en el talle, y no la compareis à una palma, que se mueve cargada de racimos de datiles, que lo mismo parecen los dices, que trae pendientes de los cabellos, y de la garganta: juro en mí animo, que esta es una chipada moza, y que puede pasar por los Bancos de Flandes. Rióse Don Quixote de las rusticas alabanzas de Sancho Panza: parecióle, que fuera de su señora Dulcinéa del Toboso, no havia visto muger mas hermosa jamás. Venia la hermosa Quiteria algo descolorida, y debia de ser de la mala noche, que siempre passan las novias en componerse para el dia venidero de sus bodas: ibanse acercando à un theatro, que à un lado de el

pra-



230 *Vida, y Heckos del ingenioso*  
prado estaba, adornado de alfombras, y ramos, adonde se havian de hacer los desposorios, y de donde havian de mirar las danzas, y las invenciones. Y à la sazón que llegaban al puesto, oyeron à sus espaldas grandes voces, y una que decia: Esperaos un poco, gente tan inconsiderada, como presurosa; à cuyas voces, y palabras todos bolvieron la cabeza; y vieron, que las daba un hombre, vestido al parecer de un sayo negro, gironado de carmesí à llamas: venia coronado (como se vió luego) con una corona de funesto cyprés, en las manos traía un bastón grande: en llegando mas cerca fué conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos, esperando en qué havian de parar sus voces, y sus palabras, temiendo algun mal suceso de su vida, en sazón semejante. Llegó en fin, cansado, y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el bastón en el suelo, el qual tenia al cabo una punta de azero, mudada la color puestos los ojos en Quiteria, con voz tremenda, y ronca estas razones dixo: Bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme à la Santa Ley que profesamos, que viviendo yo, tu no puedes tomar esposo; y juntamente no ignoras, que por esperar yo, que el tiempo, y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dexar de guardar el decoro, que à tu honra convenia; pero tu, echando

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VI.* 231  
à las espaldas todas las obligaciones que debes à mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mio à otro, cuyas riquezas le sirven, no solo de buena fortuna, sinó de bonissima ventura; y paraque la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los Cielos) yo por mis manos desharé el imposible, ó el inconveniente que puede estorvarsele, quitandome à mi de por medio. Viva, viva el rico Camacho, con la ingrata Quiteria, largos, y felices siglos, y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha, y le puso en la sepultura; y diciendo esto, asió del bastón, que tenia hincado en el suelo, y quedandose la mitad de él en la tierra, mostró, que servia de bayna à un mediano estoque, que en él se ocultaba, y puesta la que se podia llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado, y determinado proposito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta à las espaldas, con la mitad de la azerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre, y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado. Acudieron luego sus amigos à favorecerle, con dolidos de su miseria, y lastimosa desgracia; y dexando Don Quixote à Rocinante, acudió à favorecerle, y le tomó en sus brazos, y halló, que aun no havia espirado: quisieronle sacar el estoque; pero el Cura, que estaba presente,

fué

fué de parecer, que no se le sacassen antes de confesarle, porque el sacarsele, y el espirar sería todo à un tiempo. Pero bolviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente, y desmayada, dixo: Si quisieses, cruel Quiteria darme en este ultimo, y forzoso trance la mano de esposa aún pensaria que mi temeridad tendria disculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo. El Cura oyendo lo qual, le dixo, que atendiesse à la salud del alma, antes que à los gustos del cuerpo, y que pidiésse muy de veras à Dios perdon de sus pecados, y de su desesperada determinacion. A lo qual replicó Basilio, que en ninguna manera se confesaria, si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaria la voluntad, y le daría aliento para confesarse. En oyendo Don Quixote la peticion del herido, en altas voces dixo; que Basilio pedia una cosa muy justa, y puesta en razon, y además muy hacedera, y que el señor Camacho quedaria tan honrado recibiendo à la señora Quiteria viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera de el lado de su padre. Aquí no ha de haver mas de un sí, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el talamo de estas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oía Camacho, y todo le tenia suspenso, y confuso, sin saber que hazer, ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiendo

diendole, que consintiesse, que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdesse, partiendo desesperado de esta vida, que le movieron, y aun forzaron à decir, que si Quiteria queria darsela, que el se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos à Quiteria, y unos con ruegos, otros con lagrimas, y otros con eficaces razones le persuadian, que diese la mano al pobre Basilio; y ella, mas dura que un marmol, y mas sesga que una estatua, mostraba, que ni sabia, ni podia, ni queria responder palabra; ni la respondiera, si el Cura no la dixera, que se determinasse presto en lo que havia de hacer, porque tenia Basilio ya el alma en los dientes, y no daba lugar à esperar irresolutas determinaciones. Entonces la hermosa Quiteria sin responder palabra alguna, turbada, al parecer triste, y pesarosa, llegó donde Basilio estaba, ya los ojos bueltos, el aliento corto, y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como Gentil, y no como Christiano. Llegó, en fin, Quiteria, y puesta de rodillas le pidió la mano por señas, y no por palabras. Desencajó los ojos Basilio, y mirandola atentamente, la dixo: O Quiteria! que has venido à ser de mi piadosa à tiempo, quando tu piedad ha de servir de mucho que me acaba de quitar la vida, pues ya

234 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogermé por tuyo, ni para suspender el dolor, que tan à priessa me vá cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte. Lo que te suplico es (ò fatal estrella mia!) que la mano que me pides, y quieres darme, no sea por cumplimíento, ni para engañarme de nuevo, sino que confieses, y digas, que sin hacer fuerza à tu voluntad me la entregas, y me la das como à tu legitimo esposo, pues no es razon que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimíentos con quien tantas verdades ha tratado contigo. Entre estas razones se desmayaba de modo, que todos los presentes pensaban, que cada desmayo se havia de llevar el alma consigo. Quiteria, toda honesta, y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dixo: Ninguna fuerza fuera bastante à torcer mi voluntad; y assi con la mas libre que tengo te doy la mano de legitima esposa, y recibo la tuya, si és que me la das de tu libre alvedrio, sin que la turbe, ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto. Sí doy, respondió Basilio, no turbado, ni confuso, sino con el claro entendimíento, que el Cielo quiso darme; y assi me doy, y me entrego por tu esposo. Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, ahora vivas largos años: ahora te lleven de mis brazos à la sepultura. Para estár tan herido este mancebo,  
dixo

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VI.* 235  
dixo à este punto Sancho Panza, mucho habla; haganle, que se dexé de requiebros, y que atiéndala a su alma, que à mi parecer, mas la tiene en la lengua, que en los dientes. Estando, pues, asiendo de las manos Basilio, y Quiteria, el Cura fiero, y lloroso los echó la bendicion, y pidió al Cielo diesse buen paso al alma del nuevo desposado; el qual, assi como recibió la bendicion, con presta ligereza se levantó en pié, y con no vista desemoltura se sacó el estoque, à quien servia de vayna su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos de ellos, mas simples, que curiosos, en altas voces comenzaron à decir: Milagro, milagro. Pero Basilio replicó: No milagro, milagro, sino industria, industria. El Cura desatentado, y anonito acudió con ambas manos à tentar la herida, y halló, que la cuchilla havia passado, no por la carne, y costillas de Basilio, sino por un cañón hueco de hierro, que lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado tenia preparada la sangre (segun despues se supo) de modo, que no se helasse. Finalmente, el Cura, y Camacho, con todos los mas circunstantes, se tuvieron por burlados, y escarnecidos. La esposa no dió muestras de pesarle de la burla; antes oyendo decir, que aquel casamiento, por haver sido engañoso, no havia de ser valedero, dixo, que ella le confirmaba de nuevo; de lo qual coligieron todos, que de consentimíento, y sabidud-

236 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
duría de los dos se havia trazado aquel caso; de  
lo que quedó Camacho, y sus valedores tan cor-  
ridos, que remitieron su venganza à las manos,  
y desambaynando muchas espadas, arremetie-  
ron à Basilio, en cuyo favor en un instante se  
desembaynaron casi otras tantas, y tomando la  
delantera à cavallo Don Quixote, con la lanza  
sobre el brazo, y bien cubierto de su escudo,  
se hacia dár lugar de todos. Sancho, à quien  
jamás pluguieron, ni solazaron semejantes fe-  
chorías, se acogió à las tinajas, donde havia  
sacado su agradable espuma, pareciendole aquel  
lugar como sagrado, que havia de ser tenido  
en respeto. Don Quixote à grandes voces decia:  
Tenéos, señores, tenéos, que no es razon to-  
meis venganza de los agravios que el amor nos  
hace; y advertid, que el amor, y la guerra son  
una misma cosa; y assi como en la guerra es  
cosa licita, y acostumbrada usar de ardidés, y  
estratagemas para vencer al enemigo, assi en  
las contiendas, y competencias amorosas se  
tienen por buenos los embustes, y marañas que  
se hacen para conseguir el fin que se desea, como  
no sean en menoscabo, y deshonra de la cosa  
amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Qui-  
teria, por justa, y favorable disposicion de los  
Cielos; Camacho es rico, y podrá comprar su  
gusto quando, donde, y como quisiere: Basilio  
no tiene mas de esta oveja, y no se la ha de  
quitar alguno, por poderoso que sea, que à los

dos

dos que Dios junta no podrá separar el hom-  
bre, y el que lo intentáre, primero ha de passar  
por la punta de esta lanza; y en esto la blandeó  
tan fuerte, y tan diestramente, que puso pavor  
en todos los que no le conocian: y tan intensa-  
mente se fixó en la imaginacion de Camacho el  
desden de Quiteria, que se le borró de la me-  
moría en un instante, y assi tuvieron lugar con  
él las persuasiones del Cura, que era varón  
prudente, y bien intencionado, con las quales  
quedó Camacho, y los de su parcialidad paci-  
ficos, y sossegados: en señal de lo qual bolvie-  
ron las espadas à sus lugares, culpando mas à  
la facilidad de Quiteria, que à la industria de  
Basilio; haciendo discurso Camacho, que si  
Quiteria quería bien à Basilio, doncella, tan  
bien le quisiera casada, y que debia dár gra-  
cias al Cielo, mas por haversela quitado, que  
por haversela dado. Consolado, pues, y paci-  
fico Camacho, y los de su compañía, todos los  
de la de Basilio se sossegaron; y el rico Cama-  
cho, por mostrar que no sentia la burla, ni la  
estimaba en nada, quiso que las fiestas passas-  
sen adelante, como si realmente se desposára;  
pero no quisieron asistir à ellas Basilio, ni su es-  
posa, ni séquaces, y assi se fueron à la Aldéa  
de Basilio, que tambien los pobres virtuosos,  
y discretos tienen quien los siga, honre, y am-  
pare, como los ricos tienen quien lon lisonjee,  
y acompañe. Llevaronse consigo à Don Quixo-  
te,

238 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
 te, estimandole por hombre de valor, y de pe-  
 lo en pecho. A solo Sancho se le obscureció el  
 alma, por verse impossibilitado de aguardar la  
 esplendida comida; y fiestas de Camacho, que  
 duraron hasta la noche; y assi assendereado, y  
 triste siguió à su señor, que con la quadrilla de  
 Basilio iba; y assi se dexó atrás las ollas de  
 Egypto, aunque las llevaba en el alma, cuya  
 casi consumida, y acabada espuma, que en el  
 caldero llevaba; le representaba la gloria, y la  
 abundancia del bien que perdía: y assi acon-  
 gojado, y pensativo, aunque sin ham-  
 bre, sin apearse del rucio,  
 siguió las huellas de  
 Rocinante.



CAPL-

CAPITULO XXII.

*Donde se cuenta la grande aventura de la Cueva  
 de Montesinos, que está en el corazon de la  
 Mancha, à quien dió felice cima el  
 valeroso Don Quixote de la  
 Mancha.*



**G**randes fueron, y muchos los regalos, que  
 los desposados hicieron à Don Quixote,  
 obligados de las muestras que havia dado, de-  
 fendiendo su causa; y al par de la valentia le  
 graduaron la discrecion, teniendole por un Cid  
 en

en las armas, y por un Cicerón en la elocuencia. El buen Sancho se refociló tres días à costa de los novios, de los quales se supo, que no fué traza comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando de ella el mismo successo, que se havia visto; bien es verdad que confessó, que havia dado parte de su pensamiento à algunos de sus amigos, para que al tiempo necessario favoreciessen su intencion, y abonassen su engaño. No se pueden, y deben llamar engaños, dixo Don Quixote, los que ponen la mira en virtuosos fines, y que el de casarse los enamorados era el fin de mas excelencia; advirtiendo, que el mayor contrario que el amor tiene, es la hambre, y la continua necesidad, porque el amor todo es alegría, regocijo, y contento; y mas quando el amante está en possession de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos, y declarados la necesidad, y la pobreza; y que todo esto decia con intencion de que dexasse el señor Basilio de exercitar las habilidades que sabe, que aunque le daban fama, no le daban dineros, y que atendiesse à grangear hacienda por medios licitos, è industriosos, que nunca faltan à los prudentes, y aplicados; el pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener muger hermosa, que quando se la quitan, le quitan la honra, y se la matan. La muger hermosa, y honrada,

cuyo Tom. III.

cuyo marido es pobre merece ser coronada con laureles, y palmas de vencimiento, y triunfo. La hermosa por sí sola atrae las voluntades de quantos la miran, y conocen, y como à señuelo gustoso se le abaten las Aguilas Reales, y los pajaros altaneros; pero si à la tal hermosura se le junta la necesidad, y estrechez, tambien le embisten los cuervos, los milanos, y las otras aves de rapiña: y la que está à tantos encuentros firme, bien merece llamarse corona de su marido. Mirad, discreto Basilio, añadió Don Quixote, opinion fué de no sé qué Sabio, que no havia en todo el mundo sino una sola muger buena; y daba por consejo, que cada uno pensasse, y creyesse, que aquella sola buena era la suya, y assi viviria contento. Yo no soy casado, ni hasta ahora me ha venido en pensamiento serlo, y con todo esto me atreviera à dár consejo al que me lo pidiesse, del modo que havia de buscar la muger con quien se quisiesse casar. Lo primero le aconsejaria, que mirasse mas à la fama, que à la hacienda; porque la buena muger no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo. (que mucho mas dañan à las honras de las mugeres las desembolturas, y libertades publicas, que las maldades secretas) Si traes buena muger à tu casa, facil cosa seria conservarla, y aun mejorarla en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla, que no es

Q

may

muy hacedero passar de un extremo à otro; yo no digo que sea imposible, pero tengolo por dificultoso. Ohia todo esto Sancho, y dixo entre sí: Este mi amo, quando yo hablo cosas de meollo, y de substancia, suele decir, que podria yo tomar un pulpito en las manos, y irme por esse mundo adelante predicando lindezas; y yo digo de él; que quando comienza à enhilar sentencias, y à dár consejos, no solo puede tomar pulpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por essas plazas à qué quieres boca: valgate el diablo por Cavallero Andante, que tantas cosas sabes: yo pensaba en mi anima, que solo podia saber aquello que tocaba à sus Cavallerias; pero no hay cosa donde no pique, y dexé de meter su cucharada. Murmuraba esto algo Sancho, y entreoyóle su señor, y preguntóle: Qué murmuras Sancho? No digo nada, ni murmuro de nada, respondió Sancho, que solo estaba diciendo entre mi, que quisiera haber oído lo que vuestra merced aqui ha dicho, antes que me casára, que quizá dixera yo ahora: El buey suelto bien se lame. Tan mala es tu Teresa, Sancho? dixo Don Quixote. No es muy mala, respondió Sancho, pero no es muy buena; à lo menos no es tan buena como yo quisiera. Mal haces, Sancho, dixo Don Quixote, en decir mal de tu muger, que en efecto es madre de tus hijos. No nos debemos nada, respondió Sancho, que tambien ella dice mal de

de

de mi quando se le antoja, especialmente quando está zelosa, que entonces sufrala el mismo Satanás. Finalmente, tres dias estuvieron con los novios, donde fueron regalados, y servidos como cuerpo de Rey. Pidió Don Quixote al diestro Licenciado le diesse una guia, que le encaminhassé à la Cueva de Montesinos, porque tenia grandissimo deseo de entrar en ella, y vér à ojos vistas si eran verdaderas las maravillas, que de ella se decian por todos aquellos contornos. El Licenciado le dixo, que le daria à un primo suyo, famoso estudiante, y muy aficionado à leer libros de Cavallerias, el qual con mucha voluntad le pondria à la boca de la misma Cueva, y le enseñaria las Lagunas de Ruidera, famosas assimismo en toda la Mancha; y aun en toda España; y dixole, que llevaria con él guiso de entretenimiento, à causa que era mozo que sabia hacer libros para imprimir, y para dirigirls à Prncipes. Finalmente, el primo vino con una pollina preñada, cuya albarda cubria un gayado tapete, ò arpillera. Ensilló Sancho à Rocinante, aderezó al rucio, y proveyó sus alforjas, à las quales acompañaron las del primo, assimismo bien proveidas; y encomendandose à Dios, y despidiendose de todos, se pusieron en camino, tomando la derrota de la famosa Cueva de Montesinos. En el camino preguntó Don Quixote al primo, de qué genero, y calidad eran sus ejercicios, su profesion

Q 2

y

y estudios? A lo que el respondió, su profesión era ser Humanista, sus exercicios, y estudios, componer libros para dár à la estampa, todos de gran provecho, y no menos entretenimiento para la Republica, que el uno se intituló el de las Libreas, donde pinta setecientas y tres libreas, con sus colores, motes, y cifras, de donde podian sacar, y tomar las que quisiesen en tiempo de fiestas, y regocijos los Cavalleros Cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerbelo; por sacarlas conformes à sus deseos, è intenciones; porque doy al zeloso al desdeñado, al olvidado, y al ausente las que les convienen, que les vendrán mas justas, que pecadores. Otro libro tengo tambien, à quien ha de llamar Metamorfoseos, ò Ovidio Español, de invencion nueva, y rara; porque en él, imitando à Ovidio à lo burlesco, pinto quien fué la Giralda de Sevilla, y el Angel de la Magdalena, quien el Caño de Vecinguerra de Cordova, quienes los Toros de Guisando, la Sierra Morena, las Fuentes de Leganitos, y Levapiés en Madrid, no olvidando de la del Piojo, de la del Caño Dorado, y de la Priora; y esto con sus alegorias, metáforas, y translaciones, de modo, que alegrando suspenden, y enseñan à un mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo Suplemento à Virgilio Polidoro, que trata de la invencion de las cosas, que es de grande erudicion, y estudio,

à causa de que las cosas, que se dexó de decir Polidoro de gran substancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil estilo. Olvidósele à Virgilio declararnos quien fué el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo galico, y yo lo declaro al pié de la letra, y lo autorizo con mas de veinte, y cinco Autores; porque vea vuestra merced si he trabajado bien, y si ha de ser util el tal libro à todo el mundo. Sancho, que havia estado muy atento à la narracion del primo, le dixo: Digame, señor, assi Dios le dé buena mano derecha en la impression de sus libros, sabriame decir, que si sabrá, pues todo lo sabe, quien fué el primero que se rascó en la cabeza, que yo para mi tengo que debió de ser nuestro padre Adán? Si sería, respondió el primo, porque Adán no hay duda sino que tuvo cabeza, y cabellos; y siendo esto assi, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaría. Assi lo creo yo, respondió Sancho; pero digame ahora, quien fué el primer bolidador del mundo? En verdad, hermano, respondió el primo, que no me sabré determinar por ahora, hasta que lo estudiare en bolviendo donde tengo mis libros, y yo os satisfaré quando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera. Pues mire, señor, replicó Sancho, no tome trabajo en esto, que ahora he venido en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa,



sepa, que el primer bolteador del mundo fué Lucifer, quando le echaron, ò arrojaron del Cielo, que vino bolteando hasta los abismos. Tienes razon, amigo, dixo el primo; y dixo Don Quixote: Essa pregunta, y respuesta no es tuya, Sancho, à alguno la has oído decir. Calle, señor, replicó Sancho, que à buena fee que si me doy à preguntar, y à responder, que no acabe de aqui à mañana. Sí, que para preguntar necedades, y responder disparates, no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos. Mas has dicho, Sancho, de lo que sabes, dixo Don Quixote, que hay algunos que se cansan en saber, y averiguar cosas, que despues de sabidas, y averiguadas no importan un ardite al entendimiento, ni à la memoria. En estas, y otras gustosas platicas se les passó aquel dia, y à la noche se alvergaron en una pequeña Aldea, adonde el primo dixo à Don Quixote, que desde alli à la Cueva de Montesinos no havia mas de dos leguas; y que si llevaba determinado de entrar en ella, era menester proveerse de sogas para atarse, y descolgarse en su profundidad. Don Quixote dixo, que aunque llegasse al abismo havia de vér donde paraba; y assi compraron casi cien brazas de sogas, y otro dia à las dos de la tarde llegaron à la Cueva, cuya boca es espaciosa, y ancha, pero llena de cambroneras, y cabrahigos, de zarzas, y malezas, tan espesas, y intrincadas, que de todo

en

en todo la ciegan, y encubren. En viendola, se apearon el primo, Sancho, y Don Quixote, al qual los dos le ataron luego fortissimamente con las sogas; y en tanto que le fajaban, y le ceñian, le dixo Sancho: Mire vuestra merced, señor mio, lo que hace, no se quiera sepultar en vida, ni se ponga donde parezca frasco, que le ponen à enfriar en algun pozo, si que à vuestra merced no le toca, ni atañe ser el escudriñador de esta, que debe de ser peor que un vzmorra. Ata, y calla, respondió Don Quixote, que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mi estaba guardada. Y entonces dixo la guia: Suplico à vuestra merced, señor Don Quixote, que mire bien, y especule con cien ojos lo que hay allá dentro, quizá havrá cosas, que las ponga yo en el libro de mis transformaciones. En manos está el pandero, que le sabrá bien tañer, respondió Sancho Panza. Dicho esto, y ecabado la ligadura de Don Quixote (que no fué sobre el arnés, sino sobre el jubón de armar) dixo Don Quixote: Inadvertidos hemos andado en no havernos proveído de algun esquilon pequeño, que fuera atado junto à mi en esta misma sogas, con cuyo sonido se entendiera, que todavia vivaba, y estaba vivo; pero pues yá no es possible, à la mano de Dios, que me guie, y luego se hincó de rodillas, y hizo una oracion en voz baxa al Cielo, pidiendo à Dios le ayudasse, y le diesse buen successo

en

en aquella, al parecer, peligrosa, y nueva aventura, y en voz alta dixo luego: O señora de mis acciones, y movimientos, y clarissima sin par Dulcinea del Toboso! si es possible que lleguen à tus ohidos las plegarias, y rogaciones de este tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras, que rogarte no me niegues tu favor, y amparo ahora que tanto le he menester: Yo voy à despeñarme, à empozarme, y à hundirme en el abismo, que aqui se me representa, solo porque conozca el mundo, que si tú me favoreces, no havrá imposible à quien yo no acometa, y acabe; y en diciendo esto, se acercó à la sima, vió no ser possible descolgarse, ni hacer lugar à la entrada, si no era à fuerza de brazos, ò à cuchilladas; y así, poniendo mano à la espada, comenzó à derribar, y à cortar de aquellas malezas, que à la boca de la Cueva estaban; por cuyo ruido, y estruendo salieron por ella una infinidad de grandissimos cuervos, y grajos, tan espesos, y con tanta priesa, que dieron con Don Quixote en el suelo; y si él fuera tan agorero, como Catholico Christiano, lo huviera à mala señal, y escusára de encerrarse en lugar semejante. Finalmente, se levantó, y viendo que no salian mas cuervos, ni otras aves nocturnas, como fueron murcielagos, que assimismo entre los cuervos salieron, dandole sogas el primo, y Sancho, se dexó calar al fondo de la caberna espantosa; y

al

al entrar, echandole Sancho su bendicion, y haciendo sobre él mil cruces, dixo: Dios te guie, y la Peña de Francia, junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata, y espuma de los Cavalleros Andantes. Allá vás, valentón del mundo, corazon de azero, y brazos de bronce. Dios te guie, otra vez digo, y te vuelva libre, sano, y con cautela à la luz de esta vida, que dexas, por enterrarte en esta obscuridad, que buscas. Casi las mismas plegarias, y deprecaciones hizo el primo. Iba Don Quixote dando voces, que le diessen sogas, y mas sogas, y ellos se las laban poco à poco; y quando las voces, que acunadas por la Cueva salian dexaron de oirse, yá ellos tenian descolgadas las cien brazas de sogas, y fueron de parecer de bolver à subir à Don Quixote, pues no le podian dár mas cuerda: con todo esso se detuvieron como media hora, al cabo del qual espacio bolvieron à recoger la sogas con mucha facilidad, y sin peso alguno: señal que les hizo imaginar, que Don Quixote se quedaba dentro; y creyendolo assi Sancho, lloraba amargamente; y tiraba con mucha priesa por desengañarse; pero llegando, à su parecer, à poco mas de las ochenta brazas, sintieron peso, de que en extremo se alegraron. Finalmente à las diez vieron distintamente à Don Quixote, à quien dió voces Sancho, diciendole: Sea vuestra merced muy bien buuelto, señor mio, que yá pensabamos, que se quedaba allá para casta; pe-

ro

250 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
ro no respondia palabra Don Quixote, y sacandole de todo, vieron que traía cerrados los ojos, con muestras de estar dormido. Tendieronle en el suelo, y desliaronle, y con todo esto no despertaba; pero tanto le bolvieron, y rebolvieron, sacudieron, y menearon, que al cabo de un buen espacio bolvió en sí, desperezandose, bien como si de algun grave, y profundo sueño despertara; y mirando à una, y otra parte, como espantado, dixo: Dios os lo perdone, amigos, que me haveis quitado de la mas sabrosa, y agradable vida, y vista, que ningun humano ha visto, ni pasado. En efecto ahora acabo de conocer, que todos los contentos de esta vida pasan como sombra, y sueño, ò se marchitan como la flor del campo. O desdichado Montesinos! O mal ferido Durandarte! O sin ventura Belerma! O lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha, hijas de Ruidera, que mostrais en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos. Escuchaban el primo, y Sancho las palabras de Don Quixote, que las decia, como si con dolor inmen o las sacára de las entrañas. Suplicaronle les dicesse à entender lo que decia, y les dicesse lo que en aquel infierno havia visto. Infierno le llamais? dixo Don Quixote; pues no le llameis assi, porque no lo merece, como luego vereis. Pidió que le diessen algo de comer, que traía grandissima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerva, acudieron à la despen-

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VI. 251*  
pensa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen amor, y compañía, merendaron, y cenaron todo junto. Levantada la arpillera, dixo Don Quixote de la Mancha: No se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos.

### CAPITULO XXIII.

*De las admirables cosas que el estremado D. Quixote contó que havia visto en la profun la Cueva de Montesinos, cuya imposibilidad, y grandeza hace que se tenga esta aventura por apocrifa.*

**L**As quatro de la tarde serían, quando el Sol, entre nubes cubierto, con luz escasa, y templados rayos, dió lugar à Don Quixote, para que sin calor, y pesadumbre contasse à sus dos clarissimos oyentes lo que en la Cueva de Montesinos havia visto; y comenzó en el modo siguiente.

A obra de doce, ò catorce estados de la profundidad de esta mazmorra, à la derecha mano, se hace una concabidad, y espacio, capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas: entrale una pequeña luz por unos resquicios, ò agujeros, que lexos, le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concabidad, y espacio ví yo à tiempo, quando yá iba cansado, y mohino de verme pendiente, y colgado de la  
soga,

252 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
soga, caminar por aquella obscura region abaxo, sin llevar cierto, ni determinado camino; y assi determiné entrarme en ella, y descansar un poco: dí voces, pidiendoos, que no descolgassedes mas sogas, hasta que yo os lo dixesse; pero no debisteis de oírme: fuí recogiendo la sogas, que embiabades, y haciendo de ella una rosca, ó rímero, me senté sobre él, pensativo además, considerando lo que hacer debía para calar al fondo, no teniendo quien me sustentasse; y estando en este pensamiento, y confusion, de repente, y sin procurarlo, me saltó un sueño profundissimo, y quando menos lo pensaba, sin saber como, ni como no, desperté de él, y me hallé en la mitad del mas bello, ameno, y deleytoso prado, que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas discreta imaginacion humana. Despavilé los ojos, limpiemelos, y ví que no dormía, sino que realmente estaba despierto: con todo esto me tenté la cabeza, y los pechos, por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, ó alguna fantasma vana, y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados, que entre mí hacia, me certificaron, que yo era allí entonces el que soy aqui ahora. Ofrecióseme luego à la vista un Real, y sumptuoso Palacio, ó Alcazar, cuyos muros, y paredes parecian de transparente, y claro crystal fabricados; del qual, abriendose dos grandes puertas, ví, que por ellas salia, y ácia mi se

ve-

*D. Quixote de la Mancha. P.II.Lib.VI.* 253  
venia un venerable Anciano, vestido con un capuz de vayeta morada, que por el suelo le arrasaba: ceñiale los hombros, y los pechos una Beca de Colegial, de razo verde: cubriale la cabeza una gorra Milanesa negra, y la barba canissima le pasaba de la cintura: no traía arma ninguna, sino un Rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nueces, y los diezies assimismo como huevos medianos de abestrúz; y el continente, el passo, la gravedad, y la anchissima presencia, cada cosa de por sí, y todas juntas, me suspendieron, y admiraron. Llegóse à mí, y lo primero que hizo fué abrazarme estrechamente, y luego decirme: Luengos tiempos há, valeroso Cavallero Don Quixote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte, para que dés noticia al mundo de lo que encierra, y cubre la profunda Cueva por donde has entrado, llamada la Cueva de Montesinos: hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible corazon, y de tu animo estupendo. Vén conmigo, señor clarissimo, que te quiero mostrar las maravillas, que este transparente Alcazar solapa, de quien yo soy Alcayde, y Guarda Mayor perpetuo, porque soy el mismo Montesinos, de quien la Cueva toma nombre. Apenas me dixo que era Montesinos, quando le pregunté, si fué verdad lo que en el mundo de acá arriba se contaba, que él havia sacado de la mitad del pecho con una

254 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
una pequeña daga el corazon de su grande amigo Durandarte, y llevadole à la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondióme, que en todo decian verdad, sino en la daga, porque no fué daga, ni pequeña sino un puñal buido, mas agado que una lesna. Debía de ser, dixo à este punto Sancho el tal puñal de Ramon de Hozes el Sevillano. No sé, prosiguió Don Quixote; pero no sería de esse puñalero, porque Ramon de Hozes fué ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, há muchos años; y esta averiguacion no es de importancia, ni turba, ni altera la verdad, y contexto de la Historia. Assi es, respondió el primo, prosiga V. md. señor Don Quixote, que le escucho con el mayor gusto del mundo. No con menor lo cuento yo, respondió Don Quixote; y assi digo, que el venerable Montesinos me metió en el crystalino Palacio, donde en una Sala baxa, fresquissima sobre modo, y toda de alabastro, estaba un sepulcro de marmol con gran maestría fabricado, sobre el qual ví à un Cavallero tendido de largo à largo, no de bronce, ni de marmol, ni de jaspe hecho, como los suele haver en otros sepulcros, sino de pura carne, y de puros huessos: tenia la mano derecha ( que à mi parecer es algo peluda, y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño ) puesta sobre el lado del corazon, y antes que preguntasse nada à Montesinos, viendome

sus-

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. V.* 255  
suspense, mirando al del sepulcro, me dixo: Este es mi amigo Durandarte, flor, y espejo de los Cavalleros enamorados, y valientes de su tiempo; tienele aqui encantado, como me tiene à mi, y à otros muchos, y muchas, Merlin, aquel Francés encantador, que dicen que fué hijo del diablo: y lo que yo creo es, que no fué hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto mas que el diablo. El cómo, ó para qué nos encantó, nadie lo sabe, y ello dirá, andando los tiempos, que no están muy lexos, segun imagino: lo que à mi me admira es, que sé tan cierto, como ahora es de dia, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos; y que despues de muerto le saqué el corazon con mis propias manos, y en verdad que devia de pesar dos libras; porque segun los naturales, el que tiene mayor corazon, es dotado de mayor valentia del que le tiene pequeño: pues siendo esto assi, y que realmente murió este Cavallero, cómo ahora se quexa, y suspira de quando en quando, como si estuviesse vivo? Esto dicho, el misero Durandarte, dando una gran voz, dixo: O mi primo Montesinos! lo postrero que os rogaba, que quando yo fuere muerto, y mi anima arrancada, que lleveis mi corazon adonde Belerma estaba, sacandomele del pecho, yá con puñal, yá con daga. Oyendo lo qual el venerable Montesinos, se puso de rodillas ante el lastimado Cavallero, y con lagrimas en los ojos,

le

le dixo: Yá, señor Durandarte, carissimo primo mio, yá hice lo que me mandastes en el azia-go dia de nuestra pérdida; yo os saqué el cora-  
 zón lo mejor que pude, sin que os dexasse una  
 minima parte en el pecho; yo le limpié con un  
 pañizuelo de puntas, yo partí con él de carrera  
 para Francia, haviendoos primero puesto en el  
 seno de la tierra, con tantas lagrimas, que fue-  
 ron bastantes à lavarme las manos, y limpiarme  
 con ellas la sangre que tenian de haveros andado  
 en las entrañas; y por mas señas, primo de mi  
 alma, en el primer Lugar que topé, saliendo de  
 Roncesvalles, eché un poco de sal en vuestro  
 corazon, porque no oliesse mal, y fuesse, si no  
 fresco, à lo menos amojamado à la presencia de  
 la señora Belerma, la qual, con vos, con mis  
 con Guadiana vuestro escudero, con la duena  
 Ruidera, sus siete hijas, y dos sobrinas, y con  
 otros muchos de vuestros conocidos, y amigos,  
 nos tiene aqui encantados el sabio Merlin há  
 muchos años; y aunque pasan de quinientos  
 años, no se ha muerto ninguno de nosotros, solamen-  
 te faltan Ruidera, sus hijas, y sobrinas, las  
 quales llorando (por compassion que debió de  
 tener Merlin de ellas) las convirtió en otras  
 tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vi-  
 vos, y en la Provincia de la Mancha las llaman  
 las lagunas de Ruidera; las siete son de los Re-  
 yes de España, y las dos sobrinas de los Cava-  
 lleros de una Orden Santissima, que llaman de

San Juan. Guadiana, vuestro escudero, plañien-  
 do assimismo vuestra desgracia, fué convertido  
 en un Rio, llamado de su mismo nombre, el  
 qual, quando llegó à la superficie de la tierra,  
 y vió el Sol del otro Cielo, fué tanto el pesar  
 que sintió de vér que os dexaba, que se sumergió  
 en las entrañas de la tierra; pero como no es  
 posible dexar de acudir à su natural corriente,  
 quando en quando sale, y se muestra donde  
 el Sol, y las gentes le vean: vanle administran-  
 do de sus agnas las referidas lagunas, con las  
 cuales, y con otras muchas que se llegan, entra  
 copioso, y grande en Portugal; pero con todo  
 esto, por donde quiera que vá muestra su triste-  
 za, y melancolía, y no sé precia de criar en sus  
 aguas Peces regalados, y de estima, sino bur-  
 tos, y desabridos, bien diferentes de los del  
 Tajo dorado; y esto que ahora os digo, ó primo  
 mio! os lo he dicho muchas veces, y como no  
 me respondeis, imagino, qué no me dais cre-  
 ditto, ó no me oís, de lo que yo recibo tanta  
 pena, qual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero  
 dar ahora, las quales, yá que no sirvan de ali-  
 vio à vuestro dolor, no os le aumentarán en  
 ninguna manera: Sabed, que teneis aqui en  
 vuestra presencia, y abrid los ojos, y vereislo,  
 aquel gran Cavallero, de quien tantas cosas  
 tiene profetizadas el sabio Merlin, aquel Don  
 Quixote de la Mancha digo, que de nuevo, y  
 con mayores ventajas que en los passados siglos,

ha resucitado en los presentes la ya olvidada Andante Cavalleria, por cuyo medio, y favor podria ser, que nosotros fuessemos desencantados, que las grandes hazañas para los grandes hombres están guardadas. Y quando assi no sea, respondió el lastimado Durandarte, con voz desmayada, y baxa, quando assi no sea, ò primo! digo, paciencia, y barajar, y bolviendose de lado, tornó à su acostumbrado silencio, sin hablar mas palabra. Oyeronse en esto grandes alaridos, y llantos, acompañados de profundos gemidos, y angustiados sollozos; bolviendo la cabeza, y ví por las paredes de cristal, que por otra Sala passaba una procession de dos hieras de hermosissimas doncellas todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre las cabezas, al modo Turquesco; al cabo, y fin de la hilera venia una señora, que en la gravedad lo pareció, assimismo vestida de negro, con tocacas blancas, tan tendidas, y largas, que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces, que el mayor de alguna de las otras. Era cecijunta, y la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios, los dientes, que cada vez los descubria, mostraban ser ralos, y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras: traía en las manos un lienzo delgado, y entre él, à lo que pude visar, un corazon de carne momia, segun venia seco, y amojamado. Dixome Montesinos, que

mo toda aquella gente de la procession eran sirvientes de Durandarte, y de Belerme, que alli con sus dos señores estaban encantados; y que la ultima, que traía el corazon entre el lienzo, y en las manos, era la señora de Belerme, la qual con sus doncellas, quatro dias en la semana hacian aquella procession, y cantaban, ò por mejor decir, lloraban en dechas sobre el cuerpo, y sobre el lastimado corazon de su primo; y que si me havia parecido algo fea, ò no tan hermosa como tenia la fama, era la causa de las malas noches, y peores dias, que en aquel encantamiento pasaba, como lo podia vér en sus grandes ojeras, y en su color quebradizo; y no una ocasion su amarilléz, y sus ojeras de estar con el mal mensil, ordinario en las mugeres, por que ha muchos meses, y aún años, que no le tiene ni assoma por sus puertas, sino del dolor que siente su corazon por el que de continuo tiene en las manos, que le renueva, y trae à la memoria la desgracia de su mal logrado amante: que si esto no fuera, apenas la igualara en hercurosura, donayre, y brio la gran Dulcinéa del Toboso. tan celebrada en todos estos contornos, y aún en todo el mundo. Cepos quedos, como yo entonces, señor Don Montesinos, cuenme vuestra merced su historia como debe, que ya debe que toda comparacion es odiosa, y assi no voy para que comparar à nadie con nadie; la sin Dulcinéa del Toboso es quien es; y la señora

Doña Belerma es quien es, y quien ha sido, y quedese aqui. A lo que él me respondió: Señor Don Quixote, perdoneme vuestra merced, que yo confieso, que anduve mal, y no dixe bien en decir, que apenas igualára la señora Dulcinea à la señora Belerma, pues me bastaba à mi haver entendido, por no sé qué barruntos, que vuestra merced es su Cavallero, para que me mordiera la lengua antes de compararla sino con el mismo Cielo. Con esta satisfaccion que me dió el gran Montesinos, se quietó mi corazón del sobresaltó que recibí en oír, que à mi señora ra la comparaban con Belerma. Y aún me maravillo yo, dixo Sancho, de como vuestra merced no se subió sobre el vejote, y le molió à comeces todos los huesos, y le peló las barbas, sin dexarle pelo en ellas. No Sancho amigo, respondió Don Quixote, no me estaba à mi bien hacer esso, porque estamos todos obligados à tener respeto à los ancianos, aunque no sean Cavalleros, y principalmente à los que lo son, y están encantados: yo sé bien, que no nos damos à deber nada en otras muchas demandas y respuestas, que entre los dos passamos. A esta sazón dixo el primo: Yo no sé, señor Don Quixote, como vuestra merced en tan poco espacio de tiempo como há que está allá baxo, haya visto tantas cosas, y hablado, y respondido tanto. Quanto há que baxé? preguntó Don Quixote. Poco mas de una hora, respondió Sancho.

Esso

Esso no puede ser, replicó Don Quixote, porque allá me anocheció, y amaneció, y tornó à anochecer, y à amanecer tres veces, de modo, que à mi cuenta, tres dias he estado en aquellas partes remotas, y escondidas, à la vista vuestra. Verdad debe de decir mi Señor, dixo Sancho, que como todas las cosas que le han sucedido con por encantamento, quizá lo que à nosotros nos parece una hora, debe de parecer allá tres dias con sus noches. Assi será, respondió Don Quixote. Y ha comido vuestra merced en todo este tiempo, señor mio? preguntó el primo. No he desayunado de bocado, respondió Don Quixote, ni aún he tenido hambre, ni por pensamiento. Y los encantados comen? dixo el primo. No comen, respondió Don Quixote, ni tienen escrementos mayores, aunque es opinion, que les crecen las uñas, las barbas, y los cabellos. Y duermen por ventura, los encantados, señor? preguntó Sancho. No por cierto, respondió Don Quixote, à lo menos en estos tres dias, que yo he estado con ellos, ninguno me ha pagado el ojo, ni yo tampoco. Aqui encaxa bien el refrán, dixo Sancho, de: *Dime con quien andas, decirte he quien eres*. Andase vuestra merced con encantados, ayunos, y vigilantes: mién si es mucho, que ni coma, ni duerma mientras con ellos anduviere; pero perdoneme vuestra merced, señor mio, si le digo, que todo quanto aqui ha dicho, lleveme Dios, que iba à de-



decir el diablo, si le creo cosa alguna. Como no, dixo el primo, pues havia de mentir el señor Don Quixote? que aunque quisiera, no ha tenido lugar para componer, è imaginar tanto millón de mentiras. Yo no creo, que mi señor miente, respondió Sancho. Si no, qué crees? preguntó Don Quixote. Creo, respondió Sancho, que aquel Merlin, ò aquellos encantadores, que encantaron à toda la chusma, que vuestra merced dice que ha visto, y comunicado allí abaxo, le encaxaron en el magin, ò à la memoria toda essa maquina, que nos ha contado, y todo aquello, que por contar le queda. Todo esso pudiera ser Sancho, replicó Don Quixote; pero no es assi, porque lo que he contado lo vi con mis propios ojos, y lo toqué con mis mismas manos; pero qué dirás quando te diga yo ahora, como entre otras infinitas cosas, y maravillas, que me mostró Montesinos, las cuales, desde el pocio, y à sus tiempos te las iré contando en este discurso de nuestro viage, por no ser todas en este lugar: Me mostró tres Labradoras, que aquellos amenissimos campos iban saltando, y brincando como cabras; y apenas las huve visto quando conocí ser la una la sin par Dulcinéa de Toboso, y las otras dos aquellas mismas Labradoras, que venian con ella, y que hablamos à la salida del Toboso. Pregunté à Montesinos si las conocia; respondióme, que no, pero que él imaginaba, que debian de ser algunas señoras principales.

principales encantadas, que pocos dias havia, que en aquellos prados havian parecido, y que no me maravillasse de esto, porque allí estaban otras muchas señoras de los passados, y presentes simolos, encantadas en diferentes, y estrañas figuras, entre las quales conocia él à la Reyna Ginebra, y su dueña Quintañona, escansiendo el vino à Lanzarote, quando de Bretaña vino. Quando Sancho Panza oyó decir esto à su amo, pensó perder el juicio, ò morir de risa, que como él sabia la verdad del fingido encanto de Dulcinéa, de quien él havia sido el encantador, y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente, que su señor estava fuera de juicio, y loco de todo punto; y assi le dixo: En mala coyuntura, en peor sazón, y en aziago dia baxó vuestra merced, caro patron mio, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha buuelto. Bien se estaba vuestra merced acá arriba con su entero juicio, tal, qual Dios se le havia buelado, hablando sentencias, y dando consejos cada passo, y no ahora contando los mayores disparates, que pueden imaginarse. Como te conozco; Sancho, respondió Don Quixote, no tengo caso de tus palabras. Ni yo tampoco de las de vuestra merced, replicó Sancho, siquiera me matara, siquiera me mate por las que le he dicho, por las que le pienso decir, si en las tuyas no me corrige, y enmienda. Pero dígame vuestra

264 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
merced ahora que estamos en paz: Cómo, ó en  
qué conoció à la señora nuestra ama? y si la ha-  
bló, qué dixo, y qué le respondió? Conocila,  
respondió Don Quixote, en que trae los mis-  
mos vestidos que traía quando tú me la mostras-  
te; habléla, pero no me respondió palabra, an-  
tes me bolvió las espaldas, y se fué huyendo con  
tanta priessa, que no la alcanzára una jara. Qui-  
se seguirla, y lo hiciera, si no me aconsejára  
Montesinos, que no me cansasse en ello, por-  
que sería en valde, y mas porque se llegaba la  
hora donde me convenia bolver à salir de la si-  
ma. Dixome assimismo, que andando el tiem-  
po se me daría aviso como havian de ser desen-  
cantados él, Belerma, y Durandarte, con to-  
dos los que alli estaban; pero lo que mas pena  
me dió de los que alli ví, y noté, fué, que es-  
tandome diciendo Montesinos estas razones, se  
llegó à mí por un lado, sin que yo la viesse ve-  
nir; una de las dos compañeras de la sin ventura  
Dulcinéa, y llenos los ojos de lagrimas, con-  
turbada, y baxa voz me dixo: Mi señora Dulci-  
néa del Toboso besa à vuestra merced las ma-  
nos, y suplica à vuestra merced se la haga, de  
hacerla saber como está, y que por estar en una  
gran necesidad, assimismo suplica à vuestra  
merced, quan encarecidamente puede sea ser-  
vido de prestarle sobre este faldellín, que aquí  
traygo de cotonia nuevo, media docena de rea-  
les, ó los que vuestra merced tuviere, que ella  
dá

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VI.* 265  
dá su palabra de bolverselos con mucha brevedad.  
Suspendiome, y admiróme el tal recado; y bolviendome al señor Montesinos, le pregunté:  
Es possible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad? A lo que él me respondió: Creame vuestra merced,  
señor Don Quixote de la Mancha, que esta que  
llaman necesidad, adonde quiera se usa, y por  
todo se estiende, y à todos alcanza, y aún hasta  
los encantados no perdona; y pues la señora  
Dulcinéa del Toboso embia à pedir esos seis  
reales, y la prenda es buena, según parece, no  
hay sino darselos, que sin duda debe de estar  
puesta en algun grande aprieto. Prenda no la  
tomaré yo (le respondi) ni menos la daré lo  
que pide, porque no tengo sino solos quatro  
reales, los quales la dí, que fueron los que tú  
Sancho, me diste el otro dia para dar limosna à  
los pobres, que topasse por los caminos, y la  
dix: Decid, amiga mia, à vuestra señora, que  
à mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que  
quisiera ser un Fucar para remediarlos; y que la  
hago saber, que yo no puedo, ni debo tener sa-  
lud careciendo de su agradable vista, y discreta  
conversacion; y que la suplico, quan encareci-  
damente puedo, sea servida su merced de de-  
xarse vér, y tratar de este su cautivo servidor,  
y assendereado Cavallero. Diréisla tambien,  
que quando menos se lo piense oirá decir, como  
yo he hecho un juramento, y voto à modo de  
aquel

aquel que hizo el Marqués de Mantua, de vengar à su sobrino Baldovinos, quando le halló para espirar en mitad de la montaña, que fué de no comer pan à manteles, con las otras zarandajas, que alli añadió, hasta vengarle; y assi le haré yo de no sossegar, y de andar las siete partidas del mundo, con mas puntualidad, que las anduvo el Infante Don Pedro de Portugal, hasta desencantarla. Todo esso, y mas debe vuestra merced à mi señora, me respondió la doncella; y tomando los quatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola, que se levantó dos varas de medir en el ayre. O Santo Dios (dixo à este tiempo, dando una gran voz Sancho) es possible, que tal haya en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores, y encantamientos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura! O señor, señor, por quien Dios es, que vuestra merced mire por sí, y vuelva por su honra, y no dé credito à essas vaciedades, que le tienen menguado, y descabalado el sentido. Como me quieres bien, Sancho, hablas de essa manera, dixo Don Quixote, y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen impossibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allí abaxo he visto, que te harán creer las que aqui he contado, cuya verdad, ni admite réplica, ni disputa.

CA-

## CAPITULO XXIV.

*Donde se cuentan mil zarandajas, tan impertinentes, como necessarias al verdadero entendimiento de esta grande Historia.*

**D**Ice el que traduxo esta grande Historia del original, de la que escribió su primer Autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capitulo de la aventura de la Cueva de Montecinos, en el margen de él estaban escritas, de mano del mismo Hamete, estas mismas razones.

No me puedo dár à entender, ni me puedo persuadir, que el valeroso Don Quixote le pasasse puntualmente todo lo que en el antecedente capitulo queda escrito; la razon es, que todas las aventuras hasta aqui sucedidas han sido contingibles, y verisimiles pero esta de esta Cueva no la hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los terminos razonables: pues pensar yo que Don Quixote mintesse, siendo el mas verdadero Hidalgo, y el mas noble Cavallero de sus tiempos, no es possible, que no dixera él una mentira si le assaeteáran. Por otra parte considero, que él la contó, y la dixo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran maquina de disparates;

268 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
rates; y si esta aventura parece apocrifa, yo no tengo la culpa; y assi, sin afirmarla por falsa, ò verdadera, la escribo. Tu, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo, ni puedo mas, puesto que se tiene por cierto, que al tiempo de su fin, y muerte dicen que se retrató de ella, y dixo, que él la havia inventado, por parecerle que convenia, y quadrava bien con las aventuras que havia leído en sus historias; y luego prosigue diciendo.

Espantóse el primo, assi de el atrevimiento de Sancho Panza, como de la paciencia de su amo; y juzgó, que del contento que tenia de haver visto à su señora Dulcinéa del Toboso (aunque encantada) le nació aquella condicion blanda, que entonces mostraba; porque si assi no fuera, palabras, y razones le dixo Sancho, que merecian molerle à palos, porque realmente le pareció que havia andado atrevidillo con su señor, à quien le dixo: Yo, señor Don Quixote de la Mancha, doy por bien empleadissima la jornada, que con vuestra merced he hecho, porque en ella he grangeado quatro cosas: la primera, haver conocido V. md. que lo tengo à gran felicidad: la segunda, haver sabido lo que se encierra en esta Cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana, y de las Lagunas de Ruydera, que me servirán para el Ovidio Español, que traygo entre manos. La tercera entender la antigüedad de los nay-

pes,

*D. Quixote de la Mancha. P.II.Lib.VI.* 269  
pes, que por lo menos yá se usaban en tiempo del Emperador Carlo Magno, segun puede colegirse de las palabras, que vuestra merced dice que dixo Durandarte quando al cabo de aquel grande espacio, que estuvo hablando con el Montesinos; él despertó diciendo: Paciencia, y barajar; y esta razon, y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino quando no lo estaba en Francia, y en tiempo del referido Emperador Carlo Magno: y esta averiguacion me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es el Suplemento de Virgilio Polidoro en la invencion de las Antigüedades; y creo que en el suyo no se acordó de poner la de los naypes, como la pondré yo ahora, que será de mucha importancia, y mas alegando Autor tan grave, y tan verdadero como es el señor Durandarte. La quarta es, haver sabido con certidumbre el nacimiento del rio Guadiana, hasta ahora ignorado de las gentes. Vuestra merced tiene razon, dixo Don Quixote; pero querría yo saber, yá que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir essos sus libros (que lo dudo) à quien piensa dirigirlos? Señores, y Grandes hay en España, à quien pueden dirigirse, dixo el primo. No muchos, respondió Don Quixote, y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos, por no obligarse à la satisfaccion, que parece se debe

270 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
debe al trabajo, y cortesía de sus Autores. Un Principe conozco yo, que puede suplir la falta de los demás, con tantas ventajas, que si me atreviera à decirlos, quizá despertara la embidia en mas de quatro generosos pechos; pero quedese esto aqui para otro tiempo mas comodo, y vamos à buscar donde recogernos esta noche. No lexos de aqui, respondió el primo, está una Ermita, donde hace su habitacion un Ermitaño, que dicen ha sido Soldado, y está en opinion de ser un buen Christiano, y muy discreto, y caritativo. Además, junto con la Ermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado à su costa; pero con todo, aunque chica, es capaz de recibir huespedes. Tiene por ventura gallinas el tal Ermitaño? preguntó Sancho. Pocos Ermitaños están sin ellas, respondió Don Quixote, porque no son los que ahora se usan como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestian de hojas de palma, y comian raíces de la tierra; y no se entienda, que por decir bien de aquellos, no lo digo de aquestos, sino que quiero decir, que el rigor, y estrechez de entonces no llegan las penitencias de los de ahora; pero no por esto dexan de ser todos buenos, à los menos yo por buenos los juzgo: y quando todo corra turbio, menos mal hace el hypocrita, que se finge bueno, que el publico pecador. Estando en esto, vieron que àzia donde ellos estaban venia un hombre à pié, caminando à priessa,

y

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VI. 271*  
y dando varazos à un macho, que venia cargado de lanzas, y de alabardas: quando llegó à ellos los saludó, y passó de largo. Don Quixote le dixo: Buen hombre, deteneos, que parece que vais con mas diligencia, que esse macho ha menester. No me puedo detener, señor, respondió el hombre, porque las armas que veis que aqui llevo, han de servir mañana, y assi me es forzoso el no detenerme, y à Dios; pero si quisieredes saber para qué las llevo, en la Venta que está mas arriba de la Ermita pienso alojar esta noche; y si es que haceis este mismo camino, allí me hallareis, donde os contaré maravillas, y à Dios otra vez; y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar Don Quixote de preguntarle, que maravillas eran las que pensaba decirles; y como él era algo curioso, y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó, que al momento se partiessen, y fuessen à passar la noche en la Venta, sin tocar en la Ermita, donde quisiera el primo que se quedaran. Hizo-se assi, subieron à cavallo, y siguieron todos tres el derecho camino de la Venta, à la qual llegaron un poco antes de anochecer: mas al passar por delante de la Ermita dixo el primo à Don Quixote, que llegassen à ella à beber un trago. Apenas oyó esto Sancho Panza, quando encaminó el rucio à la Ermita; y lo mismo hicieron Don Quixote, y el primo. Pero la mala suerte de Sancho parece que ordenó, que el Er-

mi-

mitaño no estuviere en casa, que assi se lo dixo un Sota Ermitaño, que en la Ermita hallaron. Pidieronle de lo caro, respondió, que su señor no lo tenia; pero que si querian agua barata, que se la daria de muy buena gana. Si yo la tuviera de agua, respondió Sancho, pozos hay en el camino, donde la huviera satisfecho. Habían bodas de Camacho, y abundancias de la casa de Don Diego, y quantas veces os tengo de echar menos! Con esto dexaron la Ermita, y picaron ácia la Venta, y á poco trecho toparon un mancebito, que delante de ellos iba caminando, no con mucha priessa, y assi le alcanzaron: llevaba la espada sobre el hombro, y en ella puesto un bulto, ó emboltorio, al parecer de sus vestidos, que á lo que se descubria debrian de ser los calzones, ó greguescos, herreruelo, y alguna camisa, porque traía puesta una ropilla de terciopelo, con algunas vislumbres de raso, la camisa de fuera: las medias eran de seda, los zapatos quadrados, á uso de Corte; la edad llegaria á diez y ocho, ó diez y nueve años, alegre de rostro, y al parecer agil de su persona; iba cantando seguidillas para entretener el trabajo de el camino: quando llegaron á él, acababa de cantar una, que el primo tomó memoria, que dicen que decia:

*A la guerra me lleva mi necesidad,  
Si tuviera dineros no fuera en verdad.*

El

El primero que le habló fué Don Quixote, diciendole: Muy á la ligera camina vuestra merced, señor galan; y adonde bueno, separaos, si es que gusta el decirlo? A lo que el mozo respondió: El caminar tan á la ligera lo causa el calor, y la pobreza: y el adonde voy, es á la guerra. Cómo la pobreza? preguntó Don Quixote, que por el calor bien puede ser. Señor, replicó el mancebo, yo llevo en este emboltorio unos greguescos de terciopelo, compañeros de esta ropilla; si los gasto en el camino, no me podré honrar con ellos en la Ciudad, y no tengo con qué comprar otros; y asi por esto, como por orearme voy de esta manera, hasta alcanzar unas Compañias de Infanteria, que no están doce leguas de aqui, donde sentaré mi plaza, y no faltarán vagages en que caminar de alli adelante hasta el embarcadero, que dicen ha de ser en Cartagená; y mas quiero tener por amo, y por señor al Rey, servirle en la guerra, que no á un pelón en Corte: y lleva vuestra merced alguna ventanilla, por ventura? preguntó el primo. Si yo huviera servido á algun Grande de España, ó á algun principal personage, respondió el mozo, á quien seguro que yo la llevata, que esso tiene el servir á los buenos, que del tinelo suelen salir á ser Alférezes, ó Capitanes, ó con algun buen entretenimiento; pero yo desventurado, servi siempre á catarribas, y á gente advenediza.

Tom. III.

S

diza.

274 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
diza, de racion, y quitacion, tan misera, y  
atenuada, que en pagar el almidonar un cuello,  
se consumia la mitad de ella; y sería tenido a  
milagro, que un Page aventurero alcanzase si-  
quiera alguna razonable ventura. Y digame por  
su vida, amigo, preguntó Don Quixote, es  
posible, que en los años que sirvió no ha po-  
dido alcanzar alguna librea? Dos me han dado,  
respondió el Page; pero assi como el que se sale  
de alguna Religion, antes de professar, le quit-  
tan el habito, y le buelven sus vestidos, assi  
me bolvian à mi los mios mis amos, que aca-  
bados los negócios à que venian à la Corte, se  
bolvian à sus casas, y recogian las libreas, que  
por sola ostentacion havian dado. Notable  
espilorcheria, como dice el Italiano, dixo Don  
Quixote; pero con todo esso tengo à felicis-  
sima ventura el haver salido de la Corte con tanta  
buena intencion como lleva; porque no ha  
otra cosa en la tierra mas honrada, ni de mas  
provecho, que servir à Dios primeramente,  
luego à su Rey, y Señor natural, especialmente  
en el exercicio de las Armas, por las quales  
alcanzan, si no mas riquezas, à lo menos mas  
honra, que por las Letras, como yo tengo di-  
cho muchas veces; que puesto que han funda-  
do mas Mayorazgos las Letras, que las Armas,  
todavia llevan un no sé qué los de las Armas  
à los de las Letras, con un si sé qué esplendor  
que se halla en ellos, que los aventaja à todos.

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VI.* 275  
Y esto que ahora le quiero decir, llevalo en la  
memoria, que le será de mucho provecho, y  
alivio en sus trabajos; y es, que aparte la ima-  
ginacion de los sucessos adversos, que le po-  
drán venir, que el peor de todos es la muerte;  
como esta sea buena, el mejor de todos es el  
morir. Preguntaronle à Julio Cesar, aquel va-  
leroso Emperador Romano, qual era la mejor  
muerte? Respondió, que la impensada, la de  
repente, y no prevista; y aunque respondió  
como Gentil, y ageno del conocimiento del  
verdadero Dios, con todo esso dixo bien, para  
aborrarse del sentimiento humano; que puesto  
caso, que os maten en la primera faccion, y  
cuerpo, ò ya de un tiro de Artilleria, ò bola-  
da de una mina, qué importa, todo es morir,  
acabóse la obra; y segun Terencio, mas bien  
parece el Soldado muerto en la Batalla, que  
vivo, y salvo en la huída: y tanto alcanza de  
ama el buen Soldado, quanto tiene de obe-  
dencia à sus Capitanes, y à los que mandarle  
quedan; y advertid, hijo, que al Soldado me-  
nor le está el oler à la polvora, que à algalia; y  
que si la vejez os coge en este honroso exerci-  
cio, aunque sea lleno de heridas, y estropea-  
do, ò coxo, à lo menos no os podrá coger sin  
honra; y tal, que no os la podrá menoscabar  
la pobreza, quanto mas, que ya se vá dando  
orden como se entretengan, y remedien los  
Soldados viejos, y estropeados; porque no es

bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran, y dãn libertad à sus Negros, quando yã son viejos, y no pueden servir; y echãndolos de casa con titulo de libres, los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse sino con la muerte: y por ahora no os quiero decir mas, sino que subais à las ancas de este mi cavallo, hasta la Venta, y alli cenareis conmigo, y por la mañana seguireis el camino, que os le dé Dios tan bueno, como vuestros deseos merecen. El Page no aceptó el convite de las ancas, aunque si el de cenar con él en la Venta; y à esta sazón dicen, que dixo Sancho entre sí: Valeté Dios por señor, es possible, que hombre que sabe decir tales tantas, y tan buenas cosas, como aqui ha dicho, diga, que ha visto los disparates imposibles, que cuenta de la Cueva de Montesinos. Ahora bien, ello dirá; y en esto llegaron à la Venta à tiempo que anocheçia, y no sin gusto de Sancho, por vér que su señor la juzgó por verdadera Venta, y no por Castillo, como se creyã. No huvieron bien entrado, quando Don Quixote preguntó al Ventero por el hombre de las lanzas, y alabardas, el qual le respondió que en la cavalleriza estava acomodado un macho: lo mismo hicieron de sus jumentos el sobrino, y Sancho, dando à Rocinante el mejor pesebre, y el mejor lugar de la cavalleriza.

## CAPITULO XXV.

*Donde se apunta la aventura del Rebusno, y la graciosa del Titerero, con las memorables adivinanzas del Mono adivino.*

NO se le cocía el pan à Don Quixote (como suele decirse) hasta oír, y saber las maravillas prometidas del hombre conductor de las ancas: fuele à buscar donde el Ventero le havia dicho que estava, y hallóle, y dixole, que en todo caso le dixesse luego lo que le havia de decir despues acerca de lo que le havia preguntado en el camino. El hombre le respondió: mas de espacio, y no en pié se ha de tomar en cuenta de las maravillas; dexeme vuestra merced, señor bueno, acabar de dár recado à mi bestia, que yo le diré cosas que le admiren. No quede por esso, respondió Don Quixote, que yo os ayudaré à todo; y assi lo hizo, ahechandole la cebada, y limpiando el pesebre: humildad que obligó al hombre à contarle con buena voluntad lo que le pedia; y sentandose en un poyo, y Don Quixote junto à él, teniendo por senado, auditorio al Primo, al Page, à Sancho Panza, al Ventero, comenzó à decir de esta manera: abrán vuessas mercedes, que en un Lugar, que está quatro leguas y media de esta Venta, sucedió, que à un Regidor de él, por industria, y



engaño de una muchacha, criada suya (esto es el largo de contar) le faltó un asno; y aunque el tal Regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fué posible. Quince días serian pasados, segun es publica voz, y fama, que el asno faltaba, quando estando en la Plaza el Regidor se perdió, otro Regidor del mismo Pueblo le halló: Dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido. Yo os las mando, y buenas, compadre, respondió el otro; pero sepamos donde ha parecido? En el monte, respondió el hallador, le ví esta mañana, sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco, que era una compassion mirarle: quisele antecoger delante de mi, y traerle; pero está yá tan montaraz, y tan urañe, que quando llegué à él, se fué huyendo, y se entró en lo mas escondido del monte: si quereis que volvamos los dos à buscarle, dexadme poner esta borríca en mi casa, que luego vuelvo. Mucho placer me hareis, dixo el jumento, è yo procuraré pagaroslo en la misma moneda. Con estas circunstancias todas, y en la misma manera que yo lo voy contando, cuentan todos aquellos que están enterados de la verdad de este caso. En resolucion, los dos Regidores, à pié, y mano à mano se fueron al monte; y llegando al lugar, y sitio donde se saron hallar el asno, no le hallaron, ni parecieron por todos aquellos contornos, aunque mas buscaron. Viendo, pues, que no parecia, dixo el

el Regidor, que le havia visto, al otro: Mirad, compadre, una traza me ha venido al pensamiento, con la qual, sin duda alguna, podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; es, que sé yo rebuznar maravillosamente, y si vos sabeis algun tanto, dad el hecho por concluido. Algun tanto decís, compadre, dixo el otro, por Dios que no dé la ventaja à nadie, ni aun à los mismos asnos. Ahora lo veremos, respondió el Regidor segundo, porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte, y yo por otra, de modo que le rodeemos, y alcanzemos todo, y de trecho en trecho rebuznareis vos, y rebuznaré yo, y no podrá ser menos, sino que el asno nos oyga, y nos responda, si es que está en el monte. A lo que respondió el dueño del jumento: Digo compadre, que la traza es excelente, y digna de vuestro gran ingenio; y dividiendose los dos, segun el acuerdo, sucedió, que casi à un mismo tiempo rebuznaron, y cada uno, engañado del rebuzno del otro, acudieron à buscarse, pensando que ya el jumento havia parecido; y en viendose, dixo el perdido: Es posible compadre, que no fué mi asno el que rebuznó? No fué sino yo, respondió el otro. Ahora digo, dixo el dueño, que de vos à un asno, compadre, no hay alguna diferencia, en quanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto, ni ohído cosa mas propia.

Essas alabanzas, y encarecimientos, respondió el de la traza, mejor os atañen, y tocan à vos, que à mi, compadre, que por el Dios que me crió que podeis dár dos rebuznos de ventaja, al mayor, y mas perito rebuznador del mundo, porque el sonido que teneis es alto, lo sostenido de la voz, à sa tiempo, y compás, los dexos muchos, y apresurados; y en resolucion yo me doy por vencido, y os rindiendo la palma, y doy la vadera de esta rara habilidad. Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré, y estimaré en mas de aqui adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia, que puesto que pensára que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al extremo que decís. Tambien diré yo ahora, respondió el segundo, que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos, que no saben aprovecharse de ellas. Las nuestras, respondió el dueño, sino es en casos semejantes, como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros; y aun en este plegue à Dios que nos sean de provecho. Esto dicho, se tornaron à dividir, y à bolver à sus rebuznos, y cada passo se engañaban, y bolvian à juntarse hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos, y no el asno, rebuznassen dos veces, una trás otra; con esto, doblando cada passo los rebuznos, rodearon todo el monte, sin que el perdido jumento respondiesse, ni aun por señas: mas como havia de responder

pobre, y mal logrado, si le hallaron en lo mas escondido del bosque comido de lobos; y en viéndole, dixo su dueño: Yá me maravillaba yo de que él no respondia, pues à no estar muerto, él rebuznára si nos oyera, ò no fuera asno; pero à trueno de haveros ohido rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto. En buena mano está, compadre, respondió el otro, por si bien canta el Abad, no le vá en zaga el Monacillo. Con esto, desconsolados, y roncose bolvieron à su Aldéa, adonde contaron à sus amigos, vecinos, y conocidos quanto les havia acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar. Todo lo qual se supo, y se extendió por los Lugares circunvecinos; y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar, y derramar rencillas, y discordias por do quiera, levantando caramillos en el viento, y grandes quimeras de nõ nada, ordenó, è hizo, que las gentes de los otros Pueblos en viendo à alguno de nuestra Aldéa, rebuznasse, como dandoles en rostro con el rebuzno de nuestros Regidores. Dieron en ello los muchachos, que fué dár en manos, y en bocas de todos los demonios del Infierno; y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro Pueblo de manera, que son conocidos los naturales del Pueblo del rebuzno, como son conocidos, y diferenciados los negros de los blancos:

cos: y ha llegado à tanto la desgracia de esta burla, que muchas veces con mano armada, y formado esquadron han salido contra los burladores los burlados à darse la batalla, sin poderlo remediar Rey, ni Roque, ni temor, ni verguenza; yo creo que mañana, ò essotro dia han de salir en campaña los de mi Pueblo, que son los del rebuzno, contra otro Lugar, que está dos leguas del nuestro, que es uno de los que mas nos persiguen, y por salir bien apercebidos llevo compradas estas lanzas, y alabardas que haveis visto. Y estas son las maravillas que dixé que os havia de contar, y si no os lo han parecido, no sé otras; y con esto dió fin à su platica el buen hombre: y en esto entró por la puerta de la Venta un hombre todo vestido de camuza, medias, gregnescos, y jubón, y con voz levantada dixo: Señor huesped, hay posada? que viene aqui el Mono adivino, y el retablo de la libertad de Melisendra. Cuerpo de tal, dixo el Ventero, que aqui está el señor Maesse Pedro, buena noche se nos apareja: olvidabaseme de decir, como el tal Maesse Pedro traía cubierto el ojo izquierdo, y casi medio carrillo con un parche de tafetán verde, señal que todo aquel lado debia de estar enfermo; y el Ventero prosiguió diciendo: Sea bien venido vuestra merced, señor Maesse Pedro; adonde está el Mono, y el retablo, que no los veo? Yá llegan cerca, respondió el todo camuza, sino que yo me he adelantado

haber si hay posada. Al mismo Duque de Alva se la quitára para darsela al señor Maesse Pedro, respondió el Ventero; llegue el Mono, y el retablo, que gente hay esta noche en la Venta que pagará el verle, y las habilidades del Mono. Sea en buena hora, respondió el del parche, que yo moderaré el precio, y con sola la costa me daré por bien pagado; y yo vuelvo à hacer que camine la carreta donde viene el Mono, y el retablo, y luego se bolvió à salir de la Venta. Preguntó luego Don Quixote al Ventero, que Maesse Pedro era aquel, y qué retablo, y qué Mono traía? A lo que respondió el Ventero: Este es un famoso Titerero, que à muchos dias que anda por esa Mancha de Aragón enseñando el retablo de la libertad de Melisendra, dada por el famoso Don Gayferos, que es una de las mejores, y mas bien representadas historias, que de muchos años à esta parte en este Reyno se han visto. Trae assimismo consigo un Mono, de la mas rara habilidad que se vió entre Monos, ni se imaginó entre hombres; porque si le preguntan algo está atento à lo que le preguntan, y luego salta sobre los hombros de su amo, y llegando se al ohido, le dice la respuesta de lo que le preguntan, y Maesse Pedro le declara luego, y de las cosas passadas dice mucho mas que de las que están por venir; y aunque no todas veces acierta en todas, en las mas no yerra, de modo, que nos hace creer que tiene el diablo en el cuerpo;

dos reales lleva por cada pregunta, si es que el Mono responde, quiero decir, si responde el amo por él, despues de haverle hablado al oído; y así se cree, que el tal Maesse Pedro está riquissimo, y es hombre galante, ( como dicen en Italia) y bon compañon, y dase la mejor vida del mundo; habla mas que seis, y bebe mas que doce, todo à costa de su lengua, de su Mono, y de su retablo. En esto bolvió Maesse Pedro, y en una carreta venía el retablo, y el Mono, grande, y sin cola, con las posaderas de fieltro, pero no de mala cara; y apenas le vió Don Quixote, quando le preguntó: Digame V. md. señor adivino, qué Pexe pillamo? qué ha de ser de nosotros? y vea aqui mis dos reales; y mandó à Sancho, que se los diesse à Maesse Pedro, el qual respondió por el Mono, y dixo: Señor, este animal no responde, ni dá noticia de las cosas que están por venir, de las passadas sabe algo, y de las presentes algun tanto. Voto à rus, dixo Sancho, que no dé yo un ardite por que me digan lo que por mi ha passado; porque quien lo puede saber mejor que yo mismo? y pagar yo porque me digan lo que sé, sería una gran necedad; pero pues sabe las cosas presentes, he aqui mis dos reales, y digame el señor Monissimo, qué hace ahora Teresa Panza mi muger, y en qué se entretiene? No quiso tomar Maesse Pedro el dinero, diciendo: No quiero recibir adelantados los premios, sin que hayan precedi-

do

do los servicios; y dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el Mono en él, y llegando la boca al ohido, daba diente con diente muy apriessa; y habiendo hecho este ademán por espacio de un Credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto con grandissima priessa se fué el Maesse Pedro à poner de rodillas ante Don Quixote, y abrazandole las piernas, dixo: Estas piernas abrazo, bien assi como si abrazara las dos columnas de Hercules. O resucitador insigne de la yá puesta en olvido Andante Cavalleria! No jamas, como se debe, alabado Cavallero Don Quixote de la Mancha, animo de los desmayados, arrimo de los que vãn à caer, brazo de los caidos, baculo, y consuelo de todos los desdichados. Quedó pasmado Don Quixote, absorto Sancho, suspenso el Primo, atonito el Page, abobado el del rebuzno, confuso el Venero, y finalmente espantados todos los que oyeron las razones del Titerero, el qual prosiguió diciendo: Y tú, ò buen Sancho Panza, el mejor Escudero, y de el mejor Cavallero de el mundo, alegrate, que tu buena muger Teresa está buena, y esta es la hora en que ella está rastrollando una libra de lino, y por mas señas, tiene à su lado izquierdo un jarro desbocado, que cabe un buen por qué de vino, con que se entretiene en su trabajo. Esso creo yo muy bien, respondió Sancho, porque es ella una bienaven-

tu-

turada, y à no ser zelosa, no la trocará yo por la Giganta Andandona, que segun mi señor, fué una muger muy cabal, y muy de pro; y es mi Teresa de aquellas que no se dexan mal pasar, aunque sea à costa de sus herederos. Ahora digo, dixo à esta sazón Don Quixote, que el que lee mucho, y anda mucho, vé mucho, y sabe mucho. Digo esto, porque qué persuacion fuera bastante para persuadirme, que hay Monos en el mundo que adivinen, como lo he visto ahora por mis propios ojos, porque yo soy el mismo Don Quixote de la Mancha, que este buen animal ha dicho, puesto que se ha estendido algun tanto en mis alabanzas; pero como quiera que yo me sea, doy gracias al Cielo, que me dotó de un animo blando, y compassivo, inclinado siempre à hacer bien à todos, y mal à ninguno. Si yo tuviera dineros, dixo el Page, preguntára al señor Mono, qué me ha de suceder en la peregrinacion que llevo? A lo que respondió Maesse Pedro (que yá se havia levantado de los pies de Don Quixote) yá he dicho que esta bestezuela no responde à lo por venir, que si respondiera, no importára no haver dineros, que por servicio del señor Don Quixote que está presente, dexára yo todos los intereses del mundo; y ahora porque se lo debo, por darle gusto, quiero armar mi retablo, y dar placer à quantos están en la Venta, sin paga alguna. Oyendo lo qual el Ventero, alegró sobre

ma-

manera, señaló el lugar donde se podia poner el retablo, que en un punto fué hecho. Don Quixote no estaba muy contento con las adivinanzas del Mono, por parecerle no ser à propósito que un Mono adivinasse, ni las de por venir, ni las passadas cosas; y así, en tanto que Maesse Pedro acomodaba el retablo, se retiró Don Quixote con Sancho à un rincon de la cavalleriza, donde, sin ser ohidos de nadie, le dixo: Mira, Sancho, yo he considerado bien la estraña habilidad de este Mono, y hallo por mi cuenta, que sin duda este Maesse Pedro su amo debe de tener hecho pacto tacito, ò expreso con el demonio. Si el patio es expreso, y del demonio (dixo Sancho) sin duda debe de ser muy sucio patio; pero de qué provecho le es al tal Maesse Pedro tener esos patios? No me entiendo, Sancho: no quiero decir sino que debe de tener hecho algun concierto con el demonio, de que infunda essa habilidad en el Mono, con que gane de comer, y despues que esté rico le dará su alma, que es lo que este universal enemigo pretende; y haceme creer esto el vér, que el Mono no responde sino à las cosas passadas, ò presentes: y la sabiduria del diablo no se puede estender à mas, que las por venir no las sabe sino es por conjeturas, y no todas veces, que solo Dios está reservado conocer los tiempos, los momentos, y para él no hay pasado, ni por venir, que todo es presente; y siendo esto

assi.

assi, como lo es, claro está que este Mono habla con el estilo del diablo : y estoy maravillado como no le han acusado al Santo Oficio, y examinadle, y sacadle de quajo, en virtud de quien adivina ; porque cierto está que este Mono no es Astrologo, ni su amo, ni él alzan, ni saben alzar estas figuras, que llaman judiciarias, que tanto ahora se usan en España, que no hay mugercilla, Page, ni Zapatero de viejo, que no presume de no alzar una figura, como si fuera una Sota de naypes, del suelo, echando à perder con sus mentiras, è ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia. De una señora sé yo que preguntó à uno de estos figureros, que era una perrilla de falda pequeña, que tenia, se tomaria, pariria, y quantos, y de qué color serian los perros que pariesse? A lo que el señor Judiciario ( despues de haver alzado la figura ) respondió, que la perrica se tomaria, y pariria tres perricos, el uno verde, el otro encarnado, y el otro de mezcla, con tal condicion, que si tal perra se cubriesse entre las once, y doce de la noche, y que fuesse en Lunes, è en Sabado ; y lo que sucedió fué, que de allí à dos dias se murió la perra de ahita, y el señor levantador quedó acreditado en el Lugar por acertadissimo Judiciario, como lo quedan todos, è los mas levantadores. Con todo esse querria que dixó Sancho, que V. md. dixesse à Maesse Pedro, preguntasse à su Mono, si es verdad lo que

vuestra merced le passó en la Cueva de Montesinos, que yo para mi tengo, con perdon de vuestra merced, que todo fué embeleco, y mentira, ò por lo menos cosas soñadas. Todo lo que me aconsejas, puesto que me ha de quedar un no sé qué de escrupulo. Estando en esto llegó Maesse Pedro à buscar à Don Quixote, y decirle, que yá estaba en orden el recuento, que su merced viniessse à verle, porque merecia. Don Quixote le comunicó su pensamiento, y le rogó preguntasse luego à su Mono, si ciertas cosas, que havian pasado en la Cueva de Montesinos, havian sido soñadas, ò verdaderas, porque à él le parecia, que tenian de todo. A lo que Maesse Pedro, sin responder palabra ; bolvió à traer el Mono, y de Sancho, y de Maesse Pedro, puesto delante de Don Quixote, y de Sancho, dixó : Mirad, señor Mono, que este Cavallero quiere saber, si ciertas cosas que le passaron en esta Cueva, llamada de Montesinos, si fueron falsas, ò verdaderas ; y haciendole la acostumbrada señal, el Mono se le subió en el hombro izquierdo, y hablandole, al parecer, en el oido, dixole luego Maesse Pedro : El Mono dice, que parte de las cosas, que vuestra merced vió, ò passó en la dicha Cueva, son falsas, è parte verisimiles ; y que esto es lo que sabe ; no otra cosa ; en quanto à esta pregunta : y que si vuestra merced quisiera saber más ; que el

Viernes venidero responderá à todo lo que se le preguntáre, que por ahora se le ha acabado la virtud, que no le vendrá hasta el Viernes, como dicho tiene. No lo decia yo, dixo Sancho, que no se me podia assentar, que todo lo que vuestra merced, señor mio, ha dicho de los acontecimientos de la Cueba era verdad, ni aún la mitad? Los sucessos lo dirán, Sancho, respondió Don Quixote, que el tiempo descubridor de todas las cosas, no se dexa ninguna, que no la saque à la luz del Sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra; y por ahora basta esto, y vamos à vér el retablo del buen Maesse Pedro, que para mi tengo, que deve de tener alguna novedad. Cómo alguna? respondió Maesse Pedro, sesenta mil encierra en sí este mi retablo: Digole à V. md. mi señor Don Quixote, que es una de las cosas mas de vér, que hoy tiene el mundo, y *operibus credite, & non verbis*, y manos à la labor, que se hace tarde, y tenemos mucho que hacer, que decir, y que mostrar. Obedecieronle Don Quixote, y Sancho, y vinieron donde yá estaba el retablo puesto, y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacian vistoso, y resplandeciente. En llegando, se metió Maesse Pedro dentro de él, que era el que havia de manejar las figuras del artificio; y fuera se puso un muchacho, criado del Maesse Pedro, para servir de Inter prete,

de-

declarador de los mysterios de el retablo: tenia una varilla en la mano con que señalaba las figuras que salian. Puestos, pues todos quantos havia en la Venta en sus assientos, y algunos en pié, frontero del retablo, y acomodados Don Quixote, Sancho, el Page, y el Primo en los mejores lugares, el Truxamán comenzó à decir lo que oirá, y verá el que leyere, ò viere el Capitulo siguiente.



## CAPITULO XXVI.

Donde se prosigue la graciosa aventura del Titirero, con otras cosas en verdad  
harto buenas.



**C**Allaron todos, Tyrios, y Troyanos; quie-  
ro decir, pendientes estaban todos los que  
el retablo miraban de la boca del declarado  
de sus maravillas, quando se oyeron sonar en  
el retablo cantidad de atabales, y trompetas,  
y dispararse mucha artilleria, cuyo rumor pas-  
só en tiempo breve, y luego alzó la voz el  
muchacho, y dixo: Esta verdadera Historia  
que

D. Quirote de la Manaba. P. II. Lib. VI. 293

que aquí à vuestras mercedes se representa, es  
escada al pié de la letra de las Chronicas Fran-  
cesas, y de los Romances Españoles, que andan  
en boca de las gentes, y de los muchachos por  
essas calles: Trata de la libertad que dió el señor  
Don Gayferos à su esposa Melisendra, que esta-  
ba cautiva en España en poder de Moros, en  
la Ciudad de Sansueña, (que assi se llamaba  
entonces la que hoy se llama Zaragoza) y vean  
vuestras mercedes allí, como está jugando à las  
tablas Don Gayferos, segun aquello que se can-  
ta: *Jugando está à las tablas Don Gayferos, que  
de Melisendra está olvidado*; y aquel perso-  
nage que allí assoma con Corona en la cabeza,  
y Cetro en las manos, es el Emperador Carlo  
Magno, padre putativo de la tal Melisendra, el  
qual mohino de vér el ocio, y descuydo de su  
gerno, le sale à reñir; y adviertan con la vehe-  
mencia, y ahinco que le riñe, que no parece si-  
no que le quiere dár con el Cetro media docena  
de coscorrones; y aún hay Authores que dicen,  
que se los dió, y muy bien dados: y despues de  
haverle dicho muchas cosas acerca del peligro  
que corria su honra en no procurar la libertad  
de su esposa, dicen que le dixo: Harto os he di-  
cho, miradlo. Miren vuestras mercedes tambien  
como el Emperador buelve las espaldas, y dexa  
despechado à Don Gayferos, el qual yá vén co-  
mo arroja impaciente de la colera lexos de sí el  
tablero, y las tablas, y pide apriessa las armas,

y



294 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
y à Don Roldán su primo pide prestada su espada Durindana, y como D. Roldán no se la quiere prestar, ofreciendole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar; antes dice, que él solo es bastante para sacar à su esposa; si bien estuviesse metida en el mas hondo centro de la tierra; y con esto se entra à armar, para ponerse luego en camino. Buelvan vuestras mercedes los ojos à aquella Torre, que alli parece, que se presupone, que es una de las Torres del Alcazar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljaferia; y aquella dama, que en aquel balcón parece vestida à lo Moro, es la sin par Melisendra, que desde alli muchas veces se ponía à mirar el camino de Francia, y puesta la imaginacion en París, y en su esposo, se consolaba en su cautiverio. Miren tambien un nuevo caso, que ahora sucede, quizá no visto jamás. No vén aquel Moro, que callandico, y passito à passo, puesto el dedo en la boca, se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren como la dá un beso en mitad de los labios, y la priessa que ella se dá à escupir, y à limpiarselos con la blanca manga de su camisa, y como se lamenta, se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa de el maleficio. Miren tambien como aquel grave Moro, que está en aquellos corredores, es el Rey Marsilio de Sanstueña, el qual por haver visto la insolencia del Moro, pues-

to

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VI. 295*  
to que era un pariente, y gran Privado suyo, le mandó luego prender, y que le den docientos azotes, llevandole por las calles acostumbradas de la Ciudad, con chilladores delante, è embaramiento detrás; y vereis aqui donde salen à executar la sentencia, aún bien apenas no habiendo sido puesta en execucion la culpa, porque entre Moros no hay traslado à la parte, ni prueba, y estése, como entre nosotros. Niño, Niño, dixo con voz alta à esta sazón Don Quixote, seguid vuestra historia linea recta, y no os metais en las curvas, ò transversales, que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas, y repruebas. Tambien dixo Maesse Pedro desde adentro: Muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que esse señor te manda, que será lo mas acertado: sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sutiles. Yo lo haré assi, respondió el muchacho, y prosiguió diciendo: Esta figura, que aqui parece à cavallo, cubierta con una capa Gascona, es la misma de Don Gayferos, à quien su esposa yá vengada del atrevimiento del enamorado Moro, con mejor, y mas sossegado semblante se ha puesto ó los miradores de la Torre, y habla con su esposo, creyendo, que es algun passagero, con quien passó todas aquellas razones, y coloquios de aquel Romance, que dice: *Cavallero, si à Francia ides, por Gayferos preguntad.* Las quales no digo yo año-

ahora, porque de la prolixidad se suele engendrar el fastidio; basta ver como Don Gayferos se descubre, y que por los ademanos alegres, que Melisendra hace, se nos dá à entender, que ella le ha conocido; y mas ahora que vemos se descuelga del balcón para ponerse en las ancas de el cavallo de su buen esposo; mas hay sin ventura, que se la ha asido una punta del falde-llin de uno de los hierros de el balcón, y está pendiente en el ayre, sin poder llegar al suelo; pero veis como el piadoso Cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega Don Gayferos, y sin mirar si se rasgará, ó no el rico falde-llin, ase de ella, y mal de su grado la hace baxar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su cavallo, ahorcajadas como hombre, y la manda, que se tenga fuertemente, y le eche los brazos por las espaldas, de modo, que los cruce en el pecho, porque no se cayga, à causa, que no estaba la señora Melisendra acostumbrada à semejantes cavallerias. Veis tambien, como los relinchos de el cavallo dan señales, que vá contento con la valiente, y hermosa carga, que lleva en su señor, y en su señora. Veis como buelven las espaldas, y salen de la Ciudad, y alegres, y regocijados toman de Paris la via: Id en paz, ó par sin par de verdaderos amantes, llegueis à salvamento à vuestra deseada Patria, sin que la fortuna ponga estorvo en vuestro felice viage: Los ojos de vuestros

tros

ros amigos, y parientes os vean gozar en paz tranquila los dias (que los de Nestor sean) que os quedan de vida. Aqui alzó otra vez la voz Maesse Pedro, y dixo: Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectacion es mala. No respondió nada el Interprete, antes prosignió diciendo: No faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viessen la baxada, y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia à el Rey Marsilio, el qual mandó luego tocar al arma; y miren con qué priessa, que yá la Ciudad se hunde con el son de las companas, que en todas las Torres de las Mezquitas suenan. Esso no, dixo Don Quixote, en esto de las campanas anda muy improprio Maesse Pedro, porque entre Moros no se usan campanas, sino atavantes, y un genero de dulzaynas, que parecen nuestras chirimias; y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda, que es un gran disparate. Lo qual ohido por Maesse Pedro, cessó el tocar, y dixo: No mire vuestra merced en niñerías, señor Don Quixote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. No se representan por aí, casi de ordinario, mil Comedias llenas de mil impropiedades, y disparates, y con todo esso corren felicissimamente su carrera, y se escuchan, no solo con aplauso, sino con admiracion, y todo? Prosigue, muchacho, y de esta decir, que como yo liene mi talego, si quieren representen mas impropiedades, que tiene

ato-

298 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
atomos el Sol. Assi es la verdad , replicó Don  
Quixote ; y el muchacho dixo : Miren quanta  
y quan lucida Cavalleria sale de la Ciudad en  
seguimiento de los dos Catholicos amantes ;  
quantas trompetas que suenan ; quantas dulzay-  
nas que tocan ; y quantos atabales , y atambo-  
res , que retumban ; temome , que los han de  
alcanzar , y los han de bolver atados à la cola  
de su mismo cavallo , que sería un horrendo es-  
peccaculo. Viendo , y oyendo , pues , tanta Mo-  
risma , y tanto estruendo Don Quixote , pare-  
cióle ser bien dar ayuda à los que huían ; y le-  
vantandose en pié , en voz alta dixo : No con-  
sentiré yo , que en mis dias , y en mi presencia  
se le haga supercheria à tan famoso Cavallero,  
y à tan atrevido enamorado , como es Don Gay-  
feros : deteneos , maldecida canalla , no le si-  
guais , ni persigais , sino conmigo sois en la ba-  
talla ; y diciendo , y haciendo , desembaynó la  
espada , y de un brinco se puso junto al reta-  
blo , y con acelerada , y nunca vista furia co-  
menzó à llover cuchilladas sobre la titerera Mo-  
risma , derribando à unos , y descabezando à  
otros , estropeando à este , destrozando à aquel  
y entre otros muchos , tiró un altibaxo , tal  
que si Maesse Pedro no se abaxa , se encoge ,  
agazapa , le cercenára la cabeza , con mas faci-  
lidad , que si fuera hecha de massa de mazapan.  
Daba voces Maesse Pedro , diciendo : Detenga-  
se vuestra merced , señor Don Quixote , y ad-

vis-

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VI. 299*  
vierta , que estos que derriba , destroza , y ma-  
ta , no son verdaderos Moros , sino unas figuri-  
llas de pasta ; mire pecador de mí , que me des-  
truye , y echa à perder toda mi hacienda. Mas  
no por esto dexaba de menudear Don Quixote  
cuchilladas , mandobles , tajos , y rebeses , co-  
mo llovidos. Finalmente en menos de dos cre-  
dos dió con todo el retablo en el suelo , hechas  
pedazos , y desmenuzadas todas sus jarcias , y  
figuras ; el Rey Marsilio mal herido , y el Empe-  
rador Carlo Magno partida la Corona , y la ca-  
beza en dos partes. Alborotóse el senado de los  
gentes ; huyóse el Mono por los tejados de la  
torre , temió el Primo , acobardóse el Page , y  
hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavór gran-  
dissimo , porque como él juró , despues de pas-  
sada la borrasca , jamás havia visto à su señor  
con tan desatinada colera. Hecho , pues , el ge-  
neral destrozo del retabio , sossegóse un poco  
Don Quixote , y dixo : Quisiera yo tener aqui  
delante en este punto todos aquellos , que no  
creen , ni quieren creer de quanto provecho sean  
en el mundo los Cavalleros Andantes : miren,  
si no me hallára yo aqui presente , que fuera de  
buen Don Gayferos , y de la hermosa Melisen-  
da ; à buen seguro , que esta fuera yá la hora ,  
que los huvieran alcanzado estos canes , y les  
huvieran hecho algun desaguisado. En resolu-  
cion , viva la Andante Cavalleria sobre quantas  
seas hoy viven en la tierra. Viva en hora bue-

na,

na, dixo à esta sazón con voz enfermiza Maesse Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado, que puedo decir con el Rey Don Rodrigo: Ayer fui Señor de España, y hoy no tengo una Almena, que pueda decir, que es mia. No há media hora, ni aún un mediano momento, que me vi señor de Reyes, y de Emperadores, llenas mis cavallerizas, y mis cofres, y sacos de infinitos cavallos, y de innumerables galas, y ahora me veo desolado, y abatido, pobre, y mendigo, y sobre todo sin mi Mono, que à fee, que primero que le vuelva à mi poder, me han de sacar los dientes, y todo por la furia mal considerada de este señor Cavallero, de quien se dice, que ampara pupilos, y endereza tuertos, y hace otras obras caritativas; y en mi solo ha venido à faltar su intencion generosa, que sean benditos, y alabados los Cielos, allá donde tienen mas levantados sus assientos. En fin el Cavallero de la Triste Figura havia de ser aquel, que havia de desfigurar las mias.

Enternecióse Sancho Panza con las razones del Maesse Pedro, y dixole: No llore, Maesse Pedro, ni te lamentes, que me quiebres el corazón; porque te hago saber, que es mi señor Don Quixote tan Catholico, y escrupuloso Christiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algun agravio, te lo sabrá, y te lo querrá pagar, y satisfacer con muchas ventajas. Con que me pagasse el señor Don Quixote algun

na

parte de las hechuras, que me ha deshecho, quedaria contento, y su merced asseguraria su conciencia; porque no se puede salvar quien tiene lo ageno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye. Assi es: dixo Don Quixote, pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, Maesse Pedro. Cómo no? respondió Maesse Pedro; y estas reliquias, que están por este duro estéril suelo, quien las esparció, y aniquiló sin la fuerza invencible de esse poderoso brazo? Y cuyos eran sus cuerpos, sino mios? Y con quien me sustentaba yo sino con ellos? Ahora acabó de creer, dixo à este punto Don Quixote, lo que otras muchas veces he creído, que estos encantadores, que me persiguen, no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las muden, y truecan en las que ellos quieren. Real, y verdaderamente os digo, señores, que me ohís, que à mi me pareció todo lo que aqui ha passado, que passaba al pié de la letra, que Melisendra era Melisendra; Don Gayferos, Don Gayferos; Marsilio, Marsilio; y Carlo Magno, Carlo Magno; por esso me alteró la colera, y por cumplir con mi profession de Cavallero Andante, quise dár ayuda, y favor à los que huían; y con este buen proposito hice lo que haveis visto; si me ha salido al revés, no es culpa mia, sino de los malos, que me persiguen: y con todo esto de este mierro, aunque no ha procedido de malicia, que-

quiero yo mismo condenarme en costas: Vea Maesse Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco à pagarselo luego en buena, y corriente moneda Castellana. Inclínosele Maesse Pedro, diciendole: No esperaba yo menos de la inaudita Christiandad de el valeroso Don Quixote de la Mancha, verdadero socorredor, y amparo de todos los necesitados, y menesterosos vagamundos; y aqui el señor Ventero, y el gran Sancho serán medianeros, y apreciadores entre vuestra merced, y mi, de lo que valen, ò podían valer las ya deshechas figuras. El Ventero, y Sancho dixeron, que así lo harían, y luego Maesse Pedro alzó del suelo, con la cabeza menos, al Rey Marsilio de Zaragoza, y dixo: Yá se vé quan imposible es bolver este Rey à su sér primero; y assi me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte fin, y acabamiento, quatro reales y medio. Adelante, dixo Don Quixote. Pues por esta abertura de arriba abaxo, prosiguió Maesse Pedro, tomando en las manos al partido Emperador Carlos Magno, no sería mucho, que pidiesse yo cinco reales, y un quartillo. No es poco, dixo Sancho. Ni mucho, replicó el Ventero, mediase la partida, y señalense cinco reales. Desentendidos cinco y quartillo, dixo Don Quixote, que no está en un quartillo mas à menos la montaña de esta notable desgracia, y acabe presto, Maesse Pedro, que se hace hora de cenar, y yo ten

ciertos barruntos de hambre. Por esta figura, dixo Maesse Pedro, que está sin narices, y un ojo menos, que es la de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales, y doce maravedís. Aún ahí sería el diablo, dixo Don Quixote, si yá no estuviesse Melisendra con su esposo, por lo menos en la raya de Francia; porque el cavallo en que iban, à mi me pareció, que antes bolaba, que corria; y así no hay para qué venderme à mi el gato por liebre, presentandome aqui à Melisendra desnagada, estando la otra, si viene à mano, ahogandose en Francia con su esposo à pierrendida: ayude Dios con lo suyo à cada uno, señor Maesse Pedro, y caminemos todos con pie sano, y con intencion sana, y prosiga. Maesse Pedro, que vió, que Don Quixote izquierdaba, que bolvia à su primer tema, no quiso que se escapasse, y assi le dixo: Esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la arrian, y assi con sesenta maravedís, que me dan por ella, quedaré contento, y bien pagado. De esta manera fué poniendo precio à otras muchas destrozadas figuras; que despues los mostraron los de dos Juezes arbitros, con satisfacción de las partes, que llegaron à quarenta reales y tres quartillos; y además de esto, que luego los desembolsó Sancho, pidió Maesse Pedro dos reales por el trabajo de tomar el Monederoso, Sancho, dixo Don Quixote, no para

tomar el Mono, sino la mona; y docientos días yo ahora en albricias à quien me dixera con certidumbre, que la señora Doña Melisendra, y el señor Don Gayferos estaban yá en Francia, y entre los suyos. Ninguno nos lo podrá decir mejor, que mi Mono, dixo Maesse Pedro; pero no habrá diablo que ahora le tome, aunque imagino, que el cariño, y la hambre le han de forzar à que me busque esta noche, y amanecerá Dios, y verémosos. En resolucion, la borrasca de el retablo se acabó, y todos cenaron en paz, y buena compañia, à costa de Don Quixote, que era liberal en todo extremo. Antes que amaneciese se fué el que llevaba las lanzas, y las alabardas, y yá despues de amenecido se vinieron à despedir de Don Quixote el Primo, y el Page; el uno para bolverse à su tierra; y el otro à proseguir su camino, para ayuda del qual le dió Don Quixote una docena de reales. Maesse Pedro no quiso bolver à entrar en mas dimesni diretes con Don Quixote, à quien él conocia muy bien: y assi madrugó antes que el Sol, recogiendo las reliquias de su retablo, y à su Mono, se fué tambien à buscar sus aventuras. El Ventero, que no conocia à Don Quixote, tan admirado le tenían sus locuras, como su liberalidad. Finalmente, Sancho le pagó muy bien por orden de su señor; y depidiendose de él casi à las ocho del día, dexaron la Venta, y se pusieron en camino, donde los dexarémos in-

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VI. 305*  
que assi conviene, para dár lugar à contar otras cosas pertenecientes à la declaracion de esta famosa Historia.

## CAPITULO XXVII.

*Donde se dá cuenta quienes eran Maesse Pedro, su Mono, con el mal sucesso, que Don Quixote tuvo en la aventura del Rebuzaño, que no lo acabó como él quisiera, y como lo tenia pensado.*

**E**Ntra Cide Hamete, Coronista de esta gran de Historia, con estas palabras en este Catalogo: Juro, como Catholico Christiano; à lo que su Traductor dice, que el jurar Cide Hamete como Catholico Christiano, siendo el Moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa, sino que assi como el Catholico Christiano, quando jura, jura, ó debe jurar verdad, y decir la verdad en lo que dixere: assi él la decia, como si juraba como Christiano Catholico, en lo que queria decir de Don Quixote, especialmente en decir quien era Maesse Pedro, y quien el Mono divino, que traia admirados todos aquellos pueblos con sus adivinanzas. Dice, pues, que en se acordará el que huviere leído la Primera parte de esta Historia de aquel Ginés de Passaponte, à quien entre otros Galeotes dió libertad Don Quixote en Sierra-Morena: beneficio, que

que despues le fué mal agradecido, y peor pagado de aquella gente maligna, y mal acostumbrada. Este Ginés de Passamonte, à quien Don Quixote llamaba Ginesillo de Parapilla, fué el que hurtó à Sancho Panza el rucio, que por no haverse puesto el cómo, ni el quando en la Primera Parte, por culpa de los Impressores, ha dado en que entender à muchos, que atribuían à poca memoria del Autor la falta de la Imprenta; pero en resolucion, Ginés le hurtó estando sobre él durmiendo Sancho Panza, usando de la traza, y modo que usó Brunelo, quando estando Sacripante sobre Albraca, le sacó el cavallo de entre las piernas, y despues le cobró Sancho, como se ha contado. Este Ginés, pues, temeroso de no ser hallado de la Justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerias, y delitos, que fueron tantos, y tales, que él mismo compuso un gran volumen contandolos, determinó passarse al Reyno de Aragón, y cubrirse el ojo izquierdo, acomodandose al oficio de Titerero, que esto, y el jugar de manos lo sabía hacer por extremo. Sucedió, pues, que de unos Christianos yá libres, que venían de Berbería, compró aquel Mono, à quien enseñó que en haciendole cierta señal, se le subiesse en el hombro, y le murmurasse, ó lo pareciesse al oído. Hecho esto antes que entrasse en el Lugar donde entraba con su retablo, y el Mono se informaba del Lugar mas cercano, ò de quien

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VI.* 307  
mejor podia, qué cosas particulares huviesse sucedido en el tal Lugar, y à qué personas; y levandolas bien en la memoria, lo primero que hacia era mostrar su retablo, el qual unas veces era de una Historia, y otras de otra; pero todas alegres, regocijadas, y conocidas. Acabada la muestra, proponia las habilidades de su Mono, diciendo al Pueblo, que adivinaba todo lo pasado, y lo presente, pero que en lo de por venir no se daba maña: por la respuesta de cada pregunta pedia dos reales, y de algunas hacia un rato, segun tomaba el pulso à los preguntantes; y como tal vez llegaba à las casas de quienes había los sucessos de los que en ellas moraban, aunque no le preguntassen nada, por no pagarle, él hacia la señal al Mono, y luego decia, que le havia dicho tal, y tal cosa, que venía de acuerdo con lo sucedido: con esto cobrava credito infalible, y andabanse todos tras él; otras veces, como era tan discreto, respondia de manera, que las respuestas venían bien con las preguntas; y como nadie le apuraba, ni apretaba que dicesse como adivinaba su Mono, à todos hacia monas, y llenaba sus esquetos. Assi como entró en la Venta conoció à Don Quixote, y à Sancho, por cuyo conocimiento le fué facil poner en admiracion à Don Quixote, y à Sancho Panza, y à todos los que en ella estaban; pero queriale de costar caro, si Don Quixote baxára un poco mas la mano, quando cortó la cabeza

308. *Vida, y Hechos del ingenioso*  
al Rey Marsilio, y destruyó toda su Cavalleria,  
como queda dicho en el antecedente Capitulo.  
Esto es lo que hay que decir de Maesse Pedro,  
su Mono. Y bolviendo à Don Quixote de la Man-  
cha, digo, que despues de haver salido de la  
Venta, determinó de vér primero las riberas  
del Rio Ebro, y todos aquellos contornos, an-  
tes de entrar en la Ciudad de Zoragoza, pues  
le daba tiempo para todo el mucho que faltaba  
desde allí à las Justas. Con esta intencion siguió  
su camino, por el qual anduvo dos dias sin acon-  
tecerle cosa digna de ponerse en escritura, has-  
ta que al tercero, al subir de una loma, oyó un  
gran rumor de atambores, de trompetas, y ar-  
cabuces: al principio pensó, que algun Tercio  
de Soldados passaba por aquella parte; y por ver-  
los, picó à Rocinante, y subió la loma arriba,  
y quando estuvo en la cumbre, vió al pié de  
ella, à su parecer, mas de doscientos hombres  
armados de diferentes suertes de armas, como  
si dixessemos, lanzones, ballestas, partesana-  
las, alabardas, y picas, y algunos arcabuces, y ma-  
chachas rodelas. Baxó del recuesto, y acercóse  
à un Esquadrón, tanto, que distintamente vió  
las banderas; juzgó de las colores, y notó las em-  
puñaduras, que en ellas traían, especialmente una  
que en un Estandarte, ò Girón de raso blanco  
venía, en el qual estaba pintado muy al vivo  
un asno como un pequeño sardesco, la cabeza  
levantada, la boca abierta, y la lengua de fuera

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VI.* 309  
acto, y postura, como si estuviera rebuznan-  
do; al rededor de él estaban escritos de letras  
grandes estos dos versos:

*No rebuznaron en valde  
El uno, y el otro Alcalde.*

Por esta insignia sacó Don Quixote, que aque-  
l gente debia de ser del Pueblo del rebuzno, y  
asi se lo dixo à Sancho, declarandole lo que en  
el Estandarte venía escrito. Dixole tambien,  
que el que les havia dado noticia de aquel caso,  
havia errado en decir, que dos Regidores ha-  
bian sido los que rebuznaron; pero que segun  
los versos del Estandarte, no haviam sido sino  
los Alcaldes. A lo que respondió Sancho Panza: Se-  
ñor, en esso no hay que reparar, que bien pue-  
de ser, que los Regidores, que entonces rebuz-  
naron, viniessen con el tiempo à ser Alcaldes  
de su Pueblo, y assi se pueden llamar con en-  
ambos titulos: quanto mas, que no hace al  
caso à la verdad de la Historia, ser los rebuz-  
nadores Alcalde, ò Regidores, como ellos una  
vez por una hayan rebuznado; porque tan à pique  
está de rebuznar un Alcalde, como un Regidor.  
Finalmente, conocieron, y supieron, como el  
Pueblo corrido salia à pelear con otro, que le  
gustaria mas de lo justo, y de lo que se debia à la  
buena vecindad. Fuese llegando à ellos Don  
Quixote, no con poca pesadumbre de Sancho,  
que



que nunca fué amigo de hallarse en semejantes jornadas. Los del Esquadrón le recogieron en medio, creyendo, que era alguno de los de su parcialidad. Don Quixote, alzando la visera con gentil brio, y continente, llegó hasta el Estandarte del asno, y allí se le pusieron al rededor todos los mas principales del Exercito, por verle, admirados con la admiracion acobumbrada, en que caían todos aquellos, que la vez primera le miraban. Don Quixote que lo vió tan atentos à mirarle, sin que ninguno le hablasse, ni le preguntasse nada, quiso aprovecharse de aquel silencio; y rompiendo el suyo, alzó la voz, y dixo:

Buenos señores, quan encarecidamente pue- do, os suplico, que no interrumpais un razonamiento, que quiero haceros, hasta que veais que os disgusta, y enfada; que si esto sucede con la mas minima señal que me hagais, pondré un sello en mi boca, y echaré una mordaza à mi lengua. Todos le dixeron, que dicesse lo que quisiesse, que de buena gana le escucharian. Don Quixote, con esta licencia, prosiguió diciendo: Yo, señores míos, soy Cavallero Andante, cuyo yo exercicio es de las armas, y cuya profesión es la de favorecer à los necessitados de favor, y acudir à los manesterosos. Dias há, que he perdido vuestra desgracia, y la causa que os mueve à tomar las armas à cada passo para vengaros vuestros enemigos; y habiendo discurrido un

muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo, segun las leyes del duelo, que estais engañados en teneros por afrentados, porque ningun particular puede afrentar à un Pueblo entero, si no es retandole de traydor por tanto, porque no sabe en particular quien cometió la traición porque la reta. Exemplo de esto tenemos en Don Diego Ordoñez de Lara, que retó à todo el Pueblo Zamorano, porque ignora, que solo Vellido Dolfos havia cometido la traición de matar à su Rey; y assi retó à todos, y à todos tocaba la venganza, y la respuesta: aunque bien es verdad, que el señor Don Diego anduvo algo demasiado, y aún pasó muy adelante de los limites del reto, porque tenia para qué retar à los muertos, à las aguas, ni à los panes, ni à los que estaban por nacer, ni à las otras menudencias, que allí se declaran; pero vaya, pues quando la colera sale de madre, no tiene la lengua padre, hayo, ni freno que la corrija. Siendo, pues, esto assi, que uno solo no puede afrentar à Reyno, Provincia, Ciudad, Republica, ni Pueblo entero, queda en limpio, que no hay para qué salir à la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo es; porque bueno sería que se matassen à cada passo los del Pueblo de la Reloxa con quien lo llama; ni los Cazoleros, Berengeneros, Ballenatos, Jaboneros, ni los de otros nombres, y apellidos, que andan por ahí en bocas de

de los muchachos, y de gente de poco mas ó menos: bueno seria por cierto, que todos estos insignes Pueblos se corriessen, vengassen, y anduviessen de continuo hechas las espadas sacabuches à qualquier pendencia, por pequeña que fuesse. No, no, ni Dios lo permita, ó quiera; los varones prudentes, las Republicas bien concertadas, por quatro cosas han de tomar las armas, desembaynar las espadas, y poner à riesgo sus personas, vidas, y haciendas: la primera, por defender la Fé Catholica: la segunda, por defender su vida, que es la Ley Natural, y Divina: la tercera, en defensa de su honra de su familia, y hacienda: la quarta, en servicio de su Rey en la Guerra justa; y si le quisiessemos añadir la quinta (que se puede contar por segunda) es en defensa de su Patria. A essas cinco causas, como capitales, se pueden agregar algunas otras, que sean justas, y razonables, y que obliguen à tomar las armas; pero tomarlas por niñerías, y por cosas, que antes son de risa, y passatiempo, que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable discurso; quanto mas, que el tomar venganza injusta (que justa no puede haver alguna que lo sea) vá directamente contra la Santa Ley que professamos, en la qual se nos manda, que hagamos bien à nuestros enemigos, y que amemos à los que nos aborrecen: mandamiento, que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es si-

no para aquellos, que tienen menos de Dios, que del mundo, y mas de carne, que de espíritu; porque Jesu-Christo, Dios, y Hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo, ni puede mentir, siendo Legislador nuestro, dixo, que su yugo era suave, y su carga liviana; y assi nosotros havia de mandar cosa, que fuesse imposible el cumplirla. Assi que, mis señores, vuestras mercedes están obligados por Leyes Divinas, y Humanas à sossegar. El diablo me lleve, dixo à esta sazón Sancho entre sí, si este mi amo no es Theologo, y si no lo es, que lo parece como un huevo à otro. Tomó un poco de aliento Don Quixote, y viendo que todavia le prestaban silencio, quiso passar adelante en su platiga, como passara, sino se pusiera en medio la agudeza de Sancho, el qual viendo que su amo se detenía, tomó la mano por él, diciendo: Mi señor Don Quixote de la Mancha, que un tiempo se llamó el Cavallero de la Triste Figura, y ahora se llama el Cavallero de los Leones, es un Hidalgo muy atentado, que sabe Latin, y Romance como un Bachillér, y en todo quanto trata, y aconseja procede como muy buen Soldado, y tiene todas las leyes, y ordenanzas, de lo que llaman el duelo, en la uña; y assi no hay mas que hacer, sino dexarse llevar por lo que él dixere, y sobre mi si lo erraren: quanto mas que ello se está dicho, que es necedad correrse por solo oír un rebuz-

314 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
buzno, que yo me acuerdo quando muchacho que rebuznaba cada, y quando que se me antojaba, sin que nadie me fuesse à la mano, y con tanta gracia, y propiedad, que en rebuznando yo, rebuznaban todos los asnos del Pueblo, y no por esso dexaba de ser hijo de mis padres, que eran honradissimos; y aunque por esta habilidad era embidiado de mas de quatro de los estirados de mi Pueblo, no se me daba dos ardites; y porque se vea que digo verdad, espere, y escuchen, que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida nunca se olvida: y luego puesta la mano en las narizes, comenzó à rebuznar tan reciamente, que todos los cercanos Valles retumbaron; pero uno de los que estaban junto à él, creyendo que hacia burla de ellos, alzó un varapalo, que en la mano tenia, y dióle tal golpe con él, que sin ser poderosa à otra cosa, dió con Sancho Panza en el suelo. Don Quixote, que vió tan mal parado à Sancho, arremetiò al que le havia dado con la lanza sobre mano; pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fué possible vengarle, antes viendo que llovía sobre él un nublado de piedras, y que le amenazaban mil encaradas vallestas, y no menos cantidad de arcabuces, bolvió las riendas à Rocinante, y à todo lo que su galope pudo se saliò de entre ellos, encomendandose de todo corazon à Dios, que de aquel peligro le librasse, temiendo à cada passo no le  
en.

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VI.* 315  
entrasse alguna bala por las espaldas, y le saliesse al pecho, y à cada punto recogia el aliento, por vér si le faltaba. Pero los del esquadron se contentaron con verle huir, sin tirarle. A Sancho le pusieron sobre su jumento apenas buuelto en sí, y le dexaron ir trás su amo, no porque él tuviesse sentido para regirle; pero el rucio siguió las huellas de Rocinante, sin el qual no se hallaba un punto. Alongado, pues, Don Quixote buen trecho, bolvió la cabeza, y vió, que Sancho venia, y ateniòle, viendo que ninguno le seguia. Los del esquadron se estuvieron alli hasta la noche, y por no haver salido à la batalla sus contrarios, se bolvieron à su Pueblo regocijados, y alegres; y si ellos supieran la costumbre antigua de los Griegos, levantáran en aquel Lugar, y sitio un trofeo.

## CAPITULO XXVIII.

*De cosas, que dice Benengeli que las sabrá quien las leyere, si las lee con mucha atencion.*

Quando el valiente huye, la supercheria está descubierta, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasion. Esta verdad se verificó en Don Quixote, el qual dando lugar à la furia del Pueblo, y à las malas intenciones de aquel indignado esquadron, puso pies en pol-

vorosa, y sin acordarse de Sancho, ni del peli-  
gro en que le dexaba, se apartó tanto, quanto  
le pareció que bastaba para estar seguro. Seguia-  
le Sancho atravesado en su jumento, como que-  
da referido. Llegó en fin ya buuelto en su acuer-  
do, y al llegar se dexó caer del rucio à los pies  
de Rocinante, todo ansioso, todo molido, y  
todo apaleado. Apeóse Don Quixote para ca-  
tarle las feridas; pero como le hallasse sano de  
los pies à la cabeza, con assáz colera le dixo:  
Tan en hora mala supistes vos rebuznar Sancho,  
y donde hallastes vos ser bueno el nombrar la so-  
ga en casa del ahorcado? A musica de rebuznos  
qué contrapunto se havia de llevar sino de vara-  
palos? Y dad gracias à Dios, Sancho, que ya  
que os santiguaron con un palo, no os hicieron  
el *per signum Crucis* con un alfalge. No estoy pa-  
ra responder, respondió Sancho, porque me pa-  
rece que hablo por las espaldas: subamonos, y  
apartémonos de aqui, que yo pondré silencio en  
mis rebuznos; pero no en dexar de decir, que  
los Cavalleros Andantes huyen, y dexan à sus  
buenos escuderos molidos como alheña, ò como  
cibera en poder de sus enemigos. No huye el  
que se retira, respondió Don Quixote; porque  
has de saber, Sancho, que la valentía que no se  
funde sobre la basa de la prudencia, se llama  
temeridad: las hazañas del temerario, mas se  
atribuyen à la buena fortuna, que à su animo;  
y assi yo confieso, que me he retirado, pero no  
huí.

huido: y en esto he imitado à muchos valientes,  
que se han guardado para tiempos mejores, y  
de esto están las historias llenas, las quales, por  
no serte à tí de provecho, ni à mi de gusto, no  
te las refiero ahora. En esto ya estava à cavallo  
Sancho, ayudado de Don Quixote, el qual assi-  
mismo subió en Rocinante, y poco à poco se  
fueron à emboscar en una alameda, que hasta  
un quarto de legua de alli se parecia. De quan-  
do en quando daba Sancho unos ayes profundis-  
simos, y unos gemidos dolorosos; y preguntan-  
dole Don Quixote la causa de tan amargo sen-  
timiento, respondió, que desde la punta del  
espinoza, hasta la nuca del cerebro le dolía, de  
manera, que le sacaba de sentido. La causa de  
esse dolor debe de ser sin duda, dixo Don Qui-  
xote, que como era el palo con que te dieron  
largo, y tendido, te cogió todas las espaldas,  
donde entran todas essas partes que te duelen,  
y si mas te cogiera, mas te doliera. Por Dios,  
dixo Sancho, que vuestra merced me ha sacado  
de una gran duda, y que me la ha declarado por  
lindos terminos. Cuerpo de mi, tan encubierta  
estaba la causa de mi dolor, que ha sido menes-  
ter decirme, que me duele todo aquello que al-  
canzó el palo; si me dolieran los tobillos, aún  
podiera ser que se anduviera adivinando el por  
qué me dolían, pero dolerme lo que me molie-  
ron, no es mucho adivinar. A la fee, señor nues-  
tro amo, el mal ageno de pelo cueлга, y cada  
dia

dia voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañía, que con vuestra merced tengo; porque si esta vez me ha dexado apalear, otra, y otras ciento bolverémos à los mantamientos de marras, y otras machacherías, que si ahora me han salido à las espaldas, despues me saldrán à los ojos. Harto mejor haría yo, sino que soy un barbaro, y no haré nada que bueno sea en toda mi vida: harto mejor haría yo, buelvo à decir, en bolverme à mi casa, y à mi muger, y à mis hijos, y sustentarla, y criarlos con lo que Dios fuere servido de darme, y no andarme tras de vuestra merced por caminos sin camino, y por sendas, y carreras, que no las tienen, bebiendo mal, y comiendo peor: pues tomadme el dormir, contad hermano escudero siete pies de tierra, y si quisieredes mas, tomad otros tantos, que en vuestra mano está escudillar, y tendeos à todo vuestro buen talento, que quemado veo yo, y hechos polvos al primero que dió puntada en la Andante Cavallería, ò à lo menos al primero que quiso ser escudero de tales tontos, como debieron ser todos los Cavalleros Andantes passados; de los presentes no digo nada, que por ser vuestra merced uno de ellos, los tengo respeto, y porque sé que sabe V. md. un punto mas que el diablo en quanto habla, y en quanto piensa. Haría yo una buena apuesta con vos, Sancho, dixo Don Quixote, que ahora que vais hablando, sin que nadie os

vaya

vaya à la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mio, todo aquello que os viniere en el pensamiento, y à la boca, que a trueco de que à vos no os dueia nada, tendré yo por gusto el enfado que me dán vuestras impertinencias; y si tanto deseais bolveros à vuestra casa con vuestra muger, y hijos, no permito Dios que yo os lo impida: dineros teneis vosotros, mirad quanto ha que esta tercera vez salimos de nuestro Pueblo, y mirad lo que podeis, debéis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano. Quando yo servia, respondió Sancho, à Tomé Carrasco, el padre del Bachillér Sansón Carrasco, que V. md. bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, amén de la comida: con V. md. no sé lo que puedo ganar, puesto que sé que tiene mas trabajo el escudero del Cavallero Andante, que el que sirve à un Labrador, que en resolucion los que servimos à Labradores, por mucho que trabajémos de dia, por mal que suceda, à la noche cenamos olla, y dormimos en cama, en la qual no he dormido despues que ha que sirvo à vuestra merced, sino ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de Don Diego de Miranda, y la gira que tuve con la espada que saqué de las ollas de Camacho, y lo que comí, bebi, y dormí en casa de Basilio; tomo el otro tiempo he dormido en la dura tierra del Cielo abierto, sujeto à lo que dicen inclementes del Cielo, sustentandome con rajas de que-

SO,

so, y mendrugos de pan, y bebiendo aguas, ya de arroyos, ya de fuentes, de las que encontramos por esos anduriales donde andamos. Confieso, dixo Don Quixote, que todo lo que dices, Sancho, sea verdad; quanto parece que os debo dár mas de lo que os daba Tomé Carrasco? A mi parecer, dixo Sancho, con dos reales mas que V. md. añadiesse cada mes, me tendria por bien pagado: esto es quanto al salario de mi trabajo; pero en quanto à satisfacerme à la palabra, y promessa que V. md. me tiene hecha de darme el gobierno de una Insula, seria justo que se me añadiesen otros seis reales, que por todos serian treinta. Está muy bien, replicó Don Quixote; y conforme al salario que vos haveis señalado, veinte y cinco dias ha que salimos de nuestro Pueblo, contad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os debo, y pagaos, como os tengo dicho, de vuestra mano. O cuerpo de mi, dixo Sancho, que vá V. md. muy errada en esta cuenta, porque en lo de la promessa de darme la Insula, se ha de contar desde el dia que V. md. me la prometió, hasta la presente hora en que estamos. Pues qué tanto há, Sancho, que me prometió? dixo Don Quixote: Si yo mal no me acuerdo, respondió Sancho, debe de haver mas de veinte años, tres dias más à menos. Dióse Don Quixote una gran palmada en la frente, y comenzó à reir muy de gana, y dixo: Pues no anduve yo en Sierra Morena, ni en todo el

discurso de nuestras salidas, sino dos meses apenas, y dices, Sancho, que ha veinte años, que me prometí la Insula? Ahora digo que quieres que se consuma en tu salario el dinero que tienes mio; y si esto es assi, y tu gustas de ello, desde aqui te lo doy, y buen provecho te haga, que à trueque de verme sin tan mal escudero, no vulgaréme de quedarme pobre, y sin blanca. Pero dime, prevaricador de las ordenanzas escudares de la Andante Cavalleria, donde has visto tu, ò leído, que ningun escudero de Cavallero Andante se haya puesto con su señor en quanto mas tanto me haveis de dár cada mes porque os sirva? Entrate, entrate, malandrin, collón, y vestiglo, que todo lo pareces; entradigo, por el *maremagnum* de sus historias, si halláres, que algun escudero haya dicho, ni pensado lo que aqui has dicho, quiero que me clavés en la frente, y por añadidura me hagas cuatro mamonas selladas en mi rostro. Buelve las manos, ò el cabestro al rucio, y buelvetes a tu casa, porque un solo passo desde aqui no has de pasar mas adelante conmigo. O pan mal conocido! ò promessas mal colocadas! ò hombre, que me tienes mas de bestia, que de persona! Ahora quando yo pensaba ponerte en estado, y tal, que à pesar de tu muger te llamáran señoría, te despidés? Ahora te vas, quando yo venia con intencion firme, y valedera de hacerte señor de la mejor Insula del mundo? En fin, como tu has

322 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
dicho otras veces, no es la miel &c. asno eres,  
y asno has de ser, y asno has de parar quan-  
do se te acabe el curso de la vida, que para mi  
tengo, que antes llegará ella à su ultimo termi-  
no, que tu caygas, y dés en la cuenta de que  
eres bestia. Miraba Sancho à Don Quixote de  
hito en hito, en tanto que los tales vituperios  
le decia, y compungióse de manera, que le vi-  
nieron las lagrimas à los ojos; y con voz dolo-  
rida, y enferma le dixo: Señor mio, yo con-  
fieso, que para ser del todo asno, no me falta  
mas de la cola; si V. md. quiere ponerme la, yo  
la daré por bien puesta, y le serviré como ju-  
mento todos los dias, que me quedan de vida.  
V. md. me perdone, y se duela de mi necesidad;  
y advierta, que sé poco, y que si hablo mucho,  
mas procede de enfermedad, que de malicia;  
mas quien yerra, y se enmienda, à Dios se en-  
comienda. Maravillárame yo, Sancho, si no  
mezclaras algun refrancillo en tu coloquio. Aho-  
ra bien, yo te perdono con que te enmiendes,  
y con que no te muestres de aqui adelante tan  
amigo de tu interés, sino que procures ensan-  
char el corazon, y te alientes, y animes à espe-  
rar el cumplimiento de mis promesas, que aun-  
que se tarda, no se impossibilita. Sancho respon-  
dió, que sí haría, aunque sacasse fuerzas de fla-  
queza. Con esto se metieron en la alameda, y  
Don Quixote se acomodó al pié de un olmo, y  
Sancho al de una haya, que estos tales arboles

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VI.* 323  
y otros sus semejantes siempre tienen pies, y no  
manos. Sancho pasó la noche penosamente,  
porque el varapalo se hacia mas sentir con el  
sereno. Don Quixote la pasó en sus continuas  
memorias; pero con todo esso dieron los ojos  
al sueño, y al salir del Alva siguieron su cami-  
no, buscando las riberas del famoso Ebro,  
donde les sucedió lo que se contará en el Ca-  
pitulo verdadero.

### CAPITULO XXIX.

*De la famosa aventura del barco encantado.*

Por sus passos contados, y por contar, dos  
dias despues que salieron de la alameda  
llegaron Don Quixote, y Sancho al rio Ebro,  
el verle fué de gran gusto à Don Quixote,  
porque contempló, y miró en él la amenidad  
de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sos-  
iego de su curso, y la abundancia de sus li-  
quidos crystales, cuya alegre vista renovó en  
su memoria mil amorosos pensamientos; espe-  
cialmente fué, y vino en lo que havia visto en  
la Cueva de Montesinos, que puesto que el Mo-  
no de Maesse Pedro le havia dicho, que parte  
de aquellas cosas eran verdad, y parte mentira;  
él se atenia mas à las verdaderas, que à las men-  
rosas; bien al revés de Sancho, que todas las  
tenia por la misma mentira. Yendo, pues, de

y

X 2

esta

324 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
esta manera, se le ofreció à la vista un pequeño  
barco sin remos, ni otras jarcias algunas, que  
estaba atado en la orilla de un rio à un tronco  
de un arbol, que en la ribera estaba. Miró Don  
Quixote à todas partes, y no vió persona algu-  
na, y luego sin mas, ni mas se apeó de Roci-  
nante, y mandó à Sancho, que lo mismo hi-  
ciesse del rucio, y que à entrambas bestias las  
atase muy bien juntas al tronco de un alamo,  
ò sauce, que alli estaba. Preguntóle Sancho la  
causa de aquel subito apeamiento, y de aquel  
ligamiento. Respondió Don Quixote: Has de  
saber, Sancho, que este barco, que aqui está  
derechamente, y sin poder ser otra cosa en con-  
trario, me está llamando, y combidando à que  
entre en él, y vaya en él à dar socorro à algun  
Cavallero, ò à otra necesitada, y principal-  
mente persona, que debe de estar puesta en alguna gran-  
de cuita, porque este es estilo de los libros de las  
historias Cavallarescas, y de los encantadores,  
que en ellas se entremeten, y platican quando  
algun Cavallero está puesto en algun trabajo,  
que no puede ser librado de él sino por la mano  
de otro Cavallero, puesto que estén distantes  
uno del otro dos, ò tres mil leguas, y aun mas,  
ò le arrebatan en una nube, ò le depáran un  
barco donde se entre, y en menos de un abrir  
y cerrar de ojos le llevan, ò por los ayres,  
ò por la mar, donde quieren, y adonde es menester  
su ayuda: assi que, ò Sancho, este barco  
está

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VI.* 325  
está puesto aqui para el mismo efecto, y esto es  
tan verdad como ahora es de dia; y antes que  
este se passe, ata juntos al rucio, y à Rocinan-  
te, y à la mano de Dios que nos guie, que no  
dexaré de embarcarme, si me lo pidiessen Fray-  
les Descalsos. Pues assi es, respondió Sancho, y  
nuestra merced quiere dár à cada passo en estos,  
que no sé si los llame disparates, no hay sino  
obedecer, y baxar la cabeza, atendiendo al  
prefrán: *Haz lo que tu amo te manda, y sientate  
con él à la mesa;* pero con todo esto, por lo que  
toca al descargo de mi conciencia, quiero ad-  
vertir à V. md. que à mi me parece, que este  
tal barco no es de los encantados, sino de al-  
gunos pescadores de este rio, porque en el se  
pescan las mejores sabojas del mundo. Esto de-  
cia mientras ataba las bestias Sancho, dexan-  
dolas à la proteccion, y amparo de los encan-  
tadores, con harto dolor de su anima. Don  
Quixote le dixo, que no tuviesse pena de de-  
samparo de aquellos animales, que el que los  
llevaria à ellos por tan longinquos caminos, y  
regiones, tendria cuenta de sustentarlos. No  
entendiendo esto de longinquos, dixo Sancho, ni  
he ohido tal vocablo en todos los dias de mi  
vida. Longinquos, respondió Don Quixote,  
quiere decir apartados; y no es maravilla que  
no lo entiendas, que no estás tu obligado à sa-  
ber latin, como algunos que presumen que lo  
saben, y le ignoran. Yá están atados, replicó  
San-



Sancho, que hemos de hacer ahora? Qué respondió Don Quixote, santiguarnos, y levar ferro; quiero decir, embarcarnos, y cortar la amarra con que este barco está atado: y dando un salto en él, siguiendole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fué apartando poco à poco de la ribera; y quando Sancho se vió obra de dos varas dentro del rio, comenzó à temblar, temiendo su perdicion; pero ninguna cosa le dió mas pena que el oír roznar al rucio, y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse; y dixole à su señor: El rucio rebuzna condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad, para arrojarse trás nosotros. O carissimos amigos! quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva à vuestra presencia; y en esto comenzó à llorar tan amargamente, que Don Quixote, mohino, y colerico, le dixo: De qué temas, cobarde criatura? De qué lloras, corazon de mantequillas? Quien te persigue, ò quien te acosa, animo de ratón casero? O qué te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? Por dicha vas caminando à pie, y descalzo por las montañas Rifeas? sino sentado en una tabla, como un Archiduque, por el sesgo curso de este agradable rio, de donde en breve espacio saldrémos al mar dilatado; pero ya havemos de haver salido, y caminado por lo menos setecientas, ò ochocientas leguas: y

yo

yo tuviera aqui un astrolabio con que tomar la altura del Polo, yo te dixera las que hemos caminado, aunque, ò yo sé poco, ò ya hemos pasado, ò passarémos presto por la linea Equinoccial, que divide, y corta los dos contrapuestos Polos en igual distancia. Y quando lleguemos à essa leña, que vuestra merced dice, preguntó Sancho, quanto havrémos caminado? Mucho, replicó Don Quixote, porque de trescientos y sesenta grados, que contiene el globo del agua, y de la tierra, segun el computo de Ptoloméo, que fué el mayor Cosmografo que se sabe, la mitad havrémos caminado, llegando à la linea que he dicho. Por Dios, dixo Sancho, que V. md. me trae por testigo de lo que dice à una gentil persona, puto, y gafó, con la añañadura de meon, ò meo, ò no sé como. Rióse Don Quixote de la interpretacion que Sancho havia dado al nombre, y al computo, y cuenta del Cosmografo Ptoloméo, y dixole: Sabrás, Sancho, que los Españoles, y los que se embarcan en Cadiz para ir à las Indias Orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la linea Equinoccial, que te he dicho, es, que à todos los que ván en el Navío se les mueren los piojos, sin que les quede ninguno, ni en todo el Baxél le hallarán, si le pesan à oro; y assi puedes, Sancho, passear una mano por un muslo, y si topares cosa viva, saldrémos de esta duda, y si no, pasado havemos. Yo no

creo

creo nada de esso, respondió Sancho; pero todo haré lo que V. md. me manda, aunque sé para qué hay necesidad de hacer essas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos, que no nos havemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde están las alamañas dos varas, porque allí están Rocinante, y el rucio en el proprio lugar do los dexamos; y tomada la mira, como yo la tomo ahora voto à tal, que no nos movemos, ni andamos al passo de una hormiga. Haz, Sancho, la averiguacion que te he dicho, y no te cures de otra que tu no sabes que cosa sean Coluros, Lineas Paralelos, Zodiacos, Cliticas, Polos, Solsticios, Equinoccios, Planetas, Signos, Puntos, y Medidas, de que se compone la Esfera Celeste Terrestre, que si todas estas cosas supieras, parte de ellas, vieras claramente, qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto, y qué de imagenes hemos dexado atrás, y vamos andando ahora. Y tornote à decir, que te tienta y pesques, que yo para mi tengo, que estás limpio, que un pliego de papel liso, y blanco. Tentóse Sancho, y llegando con la mano honestamente, y con tiento ácia la corba izquierda, alzó la cabeza, y miró à su amo, y dixo: O experiencia es falsa, ò no hemos llegado adonde vuestra merced dice, ni con muchas leguas. Pues qué, preguntó Don Quixote, has topado algo? Y aún algo, respondió Sancho, y sacudiendo

los dedos, se lavó toda la mano en río, por el qual sossegadamente le deslizaba el Barco por mitad de la corriente, sin que le moviesse alguna inteligencia secreta, ni algun encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando entonces, y suave. En esto descubrieron unas grandes haceñas, que en la mitad del río estaban; y apenas las hubo visto Don Quixote, quando con voz alta dixo à Sancho: Ves allí, ò amigo, se descubre la Ciudad, Castillo, ò Fortaleza donde debe de estar algun Cavallero oprimido, ò alguna Reyna, Infanta, ò Princesa malparada, para cuyo socorro soy aqui traído. Qué diablos de Ciudad, Fortaleza, ò Castillo dice vuestra merced, señor, dixo Sancho? No echa de ver, que aquellas son haceñas, que están en el río, donde se muele el trigo? Calla, Sancho, dixo Don Quixote, que aunque parecen haceñas, no lo son, y yá te he dicho, que todas las cosas trastuecan, y mudan de su ser natural los encantos; no quiero decir, que las mudan de uno en otro sér realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la transformacion de Dulcinéa, unico refugio de mis esperanzas. En esto el Barco, entrado en la mitad de la corriente del río, comenzó à caminar, no tan lentamente como hasta allí. Los Molineros que vieron venir aquel Barco por el Río, y que se iba à embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos de ellos

con veras largas à detenerle ; y como salian empujados , y cubiertos los rostros , y los vestidos del polvo de la harina , representaban una mala vista, daban voces grandes, diciendo: Demonios de hombres , donde vais ? venis desesperados? qué quereis ahogaros, y haceros pedazos en estas ruedas? No te dixé yo, Sancho, dixo à esta sazón Don Quixote, que haviamos llegado donde he de mostrar à do llega el valor de mi brazo? mira qué de malandrines, y follones me salen al encuentro , mira quantos vestiglos se me oponen, mira quantas feas cataduras nos hacen cocos ; pues ahora lo vereis , bellacos ; y puesto en pié en el Barco, con grandes voces comenzó à amenazar à los Molineros , diciendoles : Canalla malvada, y peor aconsejada, dexa en su libertad, y libre alvedrio à la persona, que en essa vuestra fortaleza, ò prision teneis oprimida , alta , ò baxa , de qualquiera suerte, qualidad que sea, que yo soy Don Quixote de la Mancha, llamado el Cavallero de los Leones, por otro nombre, à quien está reservada por orden de los altos Cielos el dár fin felice à esta aventura ; y diciendo esto , echó mano à su espada, y comenzó à esgrimarla en el ayre contra los Molineros, los quales oyendo, y no entendiendo aquellas sandezes, se pusieron con sus varas à detener el Barco , que yá iba entrando en el raudal, y canal de las ruedas. Pusose Sancho de rodillas, pidiendo devotamente al Cielo

librasse de tan manifesto peligro , por la industria , y presteza de los Molineros, que oponiéndose con sus palos al Barco, le detuvieron pero no de manera, que dexassen de trastornar el Barco , y dár con Don Quixote , y con Sancho al través en el agua ; pero vinole bien à Don Quixote, que sabía nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces ; y si no fuera por los Molineros, que se arrojaron al agua , y los sacaron como en peso à entrambos , alli havia sido Troya para los dos. Puestos , pues , en tierra mas mojados , que muertos de sed , Sancho puesto de rodillas, las manos juntas, y los ojos clavados al Cielo, pidió à Dios, con una larga, y devota plegaria, que le librasse de alli adelante de los atrevidos deseos , y acometimientos de su señor. Llegaron en esto los Pescadores dueños del Barco, à quien havian hecho pedazos las ruedas de las hacéñas, viendole roto, acometiéron à desnudar à Sancho, y à pedir à Don Quixote se lo pagasse, el qual con gran sossiego, como si no huviera pasado nada por él , dixo à los Molineros, y Pescadores , que él pagaria el Barco de bonissima gana con condicion , que le diessen libre , y sin cautela à la persona , ò personas , que en aquel su Castillo estaban oprimidas. Qué personas , ò qué Castillo dice , respondió uno de los Molineros , hombre sin juicio ? quierese llevar por ventura los que vienen à moler trigo à estas hace-

332 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
haceñas? Basta, dixo entre sí Don Quixote, aquí será predicar en desierto, querer reducir à esta canalla à que por ruegos haga virtud alguna. Y en esta aventura se deben de haver encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorva lo que el otro intenta; el uno me deparó el Barco, y el otro dió conmigo al través. Dios lo remedie, que todo este mundo es maquinas, y trazas, contrarias unas de otras. Yo no puedo mas; y alzanço la voz, prosiguió diciendo, y mirando à las haceñas: Amigos, qualesquiera que seais, que en essa prision quedais encerrados, perdonadme, que por mi desgracia, y por la vuestra, yo no os puedo sacar de vuestra cuita; para otro Cavallero debe de estar guardada, y reservada esta aventura. En diciendo esto, se concertó con los Pescadores, y pagó por el Barco cinquenta reales, que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo: A dos barcadas como estas, darémos con todo el caudal al fondo. Los Pescadores, y Molineros estaban admirados, mirando aquellas dos figuras tan fuera del uso, al parecer, de los otros hombres, y no acababan de entender à do se encaminaban las razones, y preguntas, que Don Quixote les decía; y teniendolos por locos, les dexaron, y se recogieron à sus haceñas, y los Pescadores à sus ranchos. Bolvieron à sus bestias, y à seguir las bestias Don Quixote, y Sancho. Y este fin tuvo la aventura del encantado Barco.

CAPITULO

C A P I T U L O   X X X .

*De lo que avino à Don Quixote con una bella cazadora.*

A Ssáz melancolicos, y de mal talante llegaron à sus animales Cavallero, y Escudero, especialmente Sancho, à quien llegaba al alma el llegar al caudal del dinero, pareciendole, que quando lo que de él se quitaba, era quitarselo à él de las niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablar palabra se pusieron à cavallo, y se apartaron del famoso Rio, Don Quixote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entonces le parecia que estaba bien lexos de tenerle; porque aunque era tonto, bien se le alcanzaba, que las acciones de su amo, todas, ò las mas eran disparates, y buscaba ocasion, de que sin entrar en cuéntas, ni en despedimientos con su señor, un dia se desgarrasse, y se fuesse à su casa; pero la fortuna ordenó las cosas muy al revés de lo que él temia. Sucedió, pues, que otro dia al poner del Sol, y al salir de una selva, tendió Don Quixote la vista por un verde prado, y en lo ultimo de él vió gente, y llegando cerca, conoció, que eran cazadores de altanería: llegóse mas, y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafrén, ò hacanea blan-

blanquissima, adornada de guarniciones verdes, y con un sillón de plata. Venía la señora asimismo vestida de verde, tan bizarra, y ricamente, que la misma bazarria venía transformada en ella: En la mano izquierda traía un azór, señal, que dió à entender à Don Quixote, ser aquella alguna gran señora, que debia serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad; y assi dixo à Sancho: Corre, hijo Sancho, y dí à aquella señora del palafren, y del azór, que yo el Cavallero de los Leones beso las manos à su gran fermosura, y que si su grandeza me dá licencia, se las iré à besar, y à serviria en quanto mis fuerzas pudieren, y su Alteza me mandáre; y mira, Sancho, como hablas, y tén cuenta de no encaxar algun refrán de los tuyos en tu embaxada. Hallados los leones, haveis el encaxador, respondió Sancho; à mi con esso, sí, que no es esta la vez primera que he llevado embaxadas à altas, y crecidas señoras en esta vida. Si no fué la que llevaste à la señora Dulcinéa, replicó Don Quixote, yo no sé que hayas llevado otra, à lo menos en mi poder. Assi es verdad, respondió Sancho; pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena: quiero decir, que à mi no hay que decirme, ni advertirme de nada, que para todo tengo, y de todo me alcanza un poco. Yo lo creo, Sancho, dijo Don Quixote, vé en buena hora, y Dios te guie.

Par-

partió Sancho de carrera, sacando de su passo rucio, y llegó donde la bella cazadora estaba; y apeandose, puesto ante ella de hinojos, la dixo: Hermosa señora, aquel Cavallero, que alli se parece, llamado el Cavallero de los Leones, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, à quien llaman en su casa Sancho Panza. Este tal Cavallero de los Leones ( que yo há mucho que se llamaba el de la Triste Figura ) embia por mi à decir à vuestra grandeza, sea servida de darle licencia, para que con su proposito, beneplacito, y consentimiento, él venga à poner en obra su deseo, que es otro, segun él dice, y yo pienso, que de servir à vuestra encumbrada altanería, y fermosura, que en darsela vuestra señoría, hará cosa, que me redunde en su pro, y él recibirá señalada, y buena merced, y contento. Por cierto, buen escudero, respondió la señora, vos haveis dado embaxada vuestra con todas aquellas circunstancias, que las tales embaxadas piden: levantaos de el suelo, que escudero de tan gran Cavallero, como es el de la Triste Figura ( de quien yá tenemos acá mucha noticia ) no es justo que esté de hinojos: levantaos, amigo, y dizeid à vuestro señor, que venga mucho en hora buena à servirse de mi, y del Duque mi marido, en una casa de placer, que aqui tenemos. Levantóse Sancho admirado, assi de la fermosura de la buena señora, como de su mucha

cha

cha crianza, y cortesía; y mas de lo que le habia dicho, que tenia noticia de su señor el Cavallero de la Triste Figura; y que si no le havia llamado el de los Leones, debia de ser por haversele puesto tan nuevamente. Preguntóle la Duquesa (cuyo titulo aún no se sabe) decidme hermano escudero, este vuestro señor no es uno de quien anda impressa una Historia, que se llama del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, que tiene por señora de su alma una tal Dulcinéa del Toboso? El mismo es señora, respondió Sancho, y aquel escudero suyo, que anda, ó debe de andar en tal Historia, á quien llaman Sancho Panza, soy yo, sino es que me trocaron en la cuna: quiero decir que me trocaron en la estampa. De todo eso me huelgo yo mucho, dixo la Duquesa. Id hermano Panza, y decid á vuestro señor, que él sea bien llegado, y el bien venido á mis Estados; y que ninguna cosa me pudiera venir, que mas contento me diera. Sancho con esta agradable respuesta, con grandissimo gusto vió á su amo, á quien contó todo lo que la señora le havia dicho, levantando con sus rusticos terminos á los Cielos su mucha fermosura, su gran donayre, y cortesía. Don Quixote se gallardeó en la silla, puso bien en los brazos, acomodóse la visera, arremetió á Rocinante, y con gentil denuedo fué á besar las manos á la Duquesa, la qual haciendo llamar

que su marido, le contó, en tanto que Don Quixote llegaba, toda la embaxada suya; y los otros, por haver leído la Primera Parte de esta Historia, y haver entendido por ella el disparatado humor de Don Quixote, con grandissimo gusto, y con deseo de conocerle, le atenan con presupuesto de seguirle el humor, y conceder con él en quanto les dixesse tratando como à Cavallero Andante los dias que como ellos se detuviesse con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de Cavallerias que ellos havian leído, y aun les eran muy aficionados. En esto llegó Don Quixote alzada la visera, dando muestras de apearse, acudió Sancho á ponerle el estrivo; pero fue tan desgraciado, que apearse de el rucio, se le asió un pié en una argolla de la albarda, de tal modo, que no fue posible desenredarle, antes quedó colgado de él, con la boca, y los pechos en el suelo. Don Quixote, que no tenia en costumbre apearse sin que tuviessen el estrivo, pensando que ya Sancho havia llegado à tenersele, descargó de golpe el cuerpo, y llevóse tras si la silla de Rocinante, que debia de estar mal cinchado, y la silla, y vinieron al suelo, no sin verguenza suya, y muchas maldiciones, que entre dientes echó desdichado de Sancho, que aun todavia tenia el pie en la corma. El Duque mandó à sus Cazadores, que acudiesen al Cavallero, y al escudero, los quales levantaron à Don Quixote mal-

338 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
tratado de la caída, y renqueando, y como pu-  
do, fué à hincar las rodillas ante los dos seño-  
res; pero el Duque no lo consintió en ninguna  
manera, antes apeandose de su cavallo, fué à  
abrazar à Don Quixote, diciendole: A mi me  
pesa señor Cavallero de la Triste Figura, que  
la primera que vuestra merced ha hecho en mi  
tierra, haya sido tan mala como se ha visto: pe-  
ro descuidos de escuderos suelen ser causa de  
otros peores sucessos. El que yo he tenido en ve-  
ros, valeroso Principe, respondió Don Quixote,  
es imposible ser malo, aunque mi caída no pa-  
rara hasta el profundo de los abismos, pues de  
allí me levantàra, y me sacàra la gloria de ha-  
veros visto. Mi escudero, que Dios maldiga,  
mejor desata la lengua para decir malicias, que  
ata, y cincha una silla para que esté firme; pe-  
ro como quiera que yo me halle caído, ò levan-  
tado, á pie, ò à cavallo, siempre estaré al servi-  
cio vuestro, y al de mi señora la Duquesa dig-  
na consortè vuestra, y digna señora de la her-  
mosura, y universal Princesa de la cortesía. Pas-  
sito, mi señor Don Quixote de la Mancha, dixo  
el Duque, que adonde està mi señora Doña Dul-  
cinéa del Toboso, no es razon que se alabe  
otras fermosuras. Ya estava à esta sazón libre,  
Sancho Panza del lazo, y hallandose allí cerca  
antes que su amo respondiesse, dixo: No se pue-  
de negar, sino afirmar, que es muy hermosa  
mi señora Dulcinéa del Toboso: pero donde  
me-

*D. Quixote de la Mancha. P.II.Lib.VI.* 339  
menos se piense se levanta la liebre; que yo he  
ahido decir, que esto que llaman natúraleza,  
es como un alcállér, que hace vasos de barro;  
el que hace un vaso hermoso, tambien pue-  
de hacer dos, y tres, ò ciento; digolo, porque  
de mi señora la Duquesa à fee que no vá en zaga  
mi ama la señora Dulcinéa del Toboso. Bol-  
tóse Don Quixote à la Duquesa, y dixo: Vues-  
tra grandeza imagine, que no tuvo Cavallero  
andante en el mundo escudero mas hablador,  
ni mas gracioso del que yo tengo, y él me sa-  
carà verdadero, si algunos dias quisiere vuestra  
gran celsitud servirse de mi. A lo que respon-  
dió la Duquesa: De qué Sancho el bueno sea  
gracioso, lo estimo yo en mucho: porque es  
señal, que es discreto: que las gracias, y los  
donayres, señor Don Quixote, como vuestra  
merced bien sabe, no assientan sobre ingenios  
torpes; y pues el buen Sancho es gracioso, y  
donayroso, desde aqui le confirmo por discreto.  
Y hablador, añadió Don Quixote. Tanto que  
mejor, dixo el Duque, porque muchas gracias  
no se pueden decir con pocas palabras; y por-  
que no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el  
gran Cavallero de la Triste Figura. De los Leo-  
nes ha de decir vuestra Alteza, dixo Sancho,  
que ya no hay Triste Figura; el seguro sea el de  
los Leones. Prosiguió el Duque: Digo, que ven-  
da el señor Cavallero de los Leones à un Casti-  
llo mio, que está aqui cerca, donde se le hará  
el

el acogimiento, que à tan alta persona se debe justamente, y el que yo, y la Duquesa solos hemos de hacer à todos los Cavalleros Andantes, que à él llegan. Ya en esto Sancho havia aderezado, y cinchado bien la silla à Rocinante; y subiendo en él Don Quixote, y el Duque en un hermoso cavallo, pusieron à la Duquesa en medio, y encaminaron al Castillo. Mandó la Duquesa à Sancho, que fuesse junto à ella, porque gustaba infinito de oír sus discreciones. No se aizo de rogar Sancho, y entretexióse entre los tres, y hizo quarto en la conversacion, con gran gusto de la Duquesa, y del Duque, que tuvieron à gran ventura acoger en su Castillo tal Cavallero Andante, y tal escudero andado.

### CAPITULO XXXI.

*Que trata de las muchas, y grandes cosas.*

**S**Uma era la alegría que llevaba consigo Sancho, viendose, à su paracer en privanza con la Duquesa, porque se le figuraba, que havia de hallar en su Castillo lo que en la casa de Don Diego, y en la de Basillo, siempre aficionado à la buena vida, y assi tomaba la ocasion por la melena, en esto del regalarse cada quando que se le ofrecia. Cuenta, pues, la Historia, que antes que à la casa de placer, ó Castillo llegassen, se adelantó el Duque, y di-

or-

orden à todos sus criados del modo que havian de tratar à Don Quixote; el qual como llegó con la Duquesa à las puertas del Castillo al instante salieron de él dos Lacayos, ó Palafreneros, vestidos hasta los pies de unas ropas que llamában de levantar, de finissimo raso carmesí, y cogiendo à Don Quixote en brazos, sin ver ohido, ni visto, le dixeron: Vaya la vuestra grandeza à apear á mi señora la Duquesa. Don Quixote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero en efecto, venció la porfia de la Duquesa, y no quiso decender, ó baxar del palafren sino en los brazos del Duque, diciendo, que no se hallaba digna de dar à tan gran Cavallero tan inutil carga. En fin, salió el Duque à apearla, y al entrar en un gran patio, llegaron dos hermosas Doncellas, y echaron sobre los hombros à Don Quixote un gran montón de finissima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados, y criadas de aquellos señores, diciendo à grandes voces: bien sea venido la flor, y la nata de los Cavalleros Andantes, y todos, ó los mas derramaban pomos de aguas olorosas sobre Don Quixote, y sobre los Duques; de todo lo qual se admiraba Don Quixote, y aquel fue el primer dia, que de todo en todo conoció y creyó ser Cavallero Andante, verdadero, y no fantastico, viendose tratar del mismo modo, que él havia lei-



leído se trataban los tales Cavalleros en los siglos passados. Sancho, desamparando al rucio, se cosió con la Duquesa, y se entró en el Castillo, y remordiendole la conciencia de que dexaba al jumento solo, se llegó à una reverenda dueña, que con otras, á recibir à la Duquesa havia salido, y con voz baxa la dixo: Señora Gonzalez, ó como es su gracia de vuestra merced. Doña Rodriguez de Grijalva me llamo, respondió la dueña; qué es lo que mandais, hermano? A lo que respondió Sancho: Querria que vuestra merced me la hiciesse de salir à la puerta del Castillo, donde hallarà un asno rucio mio, vuestra merced sea servida de mandarle poner, ó ponerle en la cavalleriza, porque el pobrecito es un poco medroso, y no se hallarà à estàr solo en ninguna de las maneras. Si discreto es el amo como el mozo, respondió la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho en hora mala para vos, y para quien acaos traxo, y tened cuenta con vuestro jumento que las dueñas de esta casa no estamos acostumbradas à semejantes haciendas. Pues en verdad respondió Sancho, que he ohido decir à mi señor, que es zahori de las historias, contando aquella de Lanzàrote, quando de Bretaña vino que damas curaban de él, y dueñas del su rocino, y que en el particular de mi asno, que me le trocàra yo con el rocín del señor Lanzàrote Hermano, si sois juglar, replicó la dueña, guar-

dad

vuestras gracias para donde lo parezcan, y si os paguen, que de mi no podreis llevar sino una higa. Aùn bien, respondió Sancho, que será bien madura, pues no perderà vuestra merced la quinola de sus años por punto menor. Hijo de puta, dixo la dueña, toda ya encendida en colera, si soy vieja, ó no, à Dios daré la cuenta, que no à vos, bellaco, harto de ajos; y esto dixo en voz tan alta, que la oyó la Duquesa: y bolviendo, y viendo à la dueña tan alborotada, y tan encarnizados los ojos, la preguntó con quien las havia? Aqui las he respondió la dueña, con este buen hombre que me ha pedido encarecidamente, que vaya à poner en la cavalleriza à un asno suyo, que està en la puerta del Castillo, trayendome por exemplo, que assi lo hicieron no sé donde, quando las damas curaron à un tal Lanzàrote; y unas dueñas à su rocino, y sobre todo, por buen término, me ha llamado vieja. Eso tuviera yo por afrenta, respondió la Duquesa, mas que quando pudiera decirme; y hablando con Sancho, le dixo: Advertid, Sancho amigo, que Doña Rodriguez es muy moza, y que aquellas tocas mas las trae por authoridad, y por la usanza, que por los años. Malos sean los que me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dixere por tanto; solo lo dixere, porque es tan grande el cariño que tengo à mi jumento, que me pareció que no podria encomendarle à persona mas caritativa,

va,

va, que á la señora Doña Rodríguez. Don Quixote que todo lo oía, le dixo: Pláticas són estas, Sancho, para este lugar? Señor, respondió Sancho, cada uno ha de hablar de su menester, donde quiera que estuviere: Aquí se me acordó del rucio, y aquí hablé de él, y si en la cavalleriza se me acordára, allí hablará. A lo que dixo el Duque: Sancho está muy en lo cierto, y no hay que culparle en nada: al rucio se le dará recado á pedir de boca; y descuyde Sancho, que se le tratará como á su misma persona. Con estos razonamientos, gustosos á todos, sino á Don Quixote, llegaron á lo alto, y entraron á Don Quixote en una sala adornada de telas riquísimas de oro, y de brocado; seis doncellas le desarmaron, y sirvieron de pages, todas industriadas, y advertidas del Duque, y de la Duquesa de lo que havian de hacer, y de como havian de tratar á Don Quixote, para que imaginasse, y viesse que le trataban como á Cavallero Andante. Quedó Don Quixote, después de desarmado, en sus estrechos greguescos, y en su jubón de camuza, seco, alto, tendido, con las quixadas, que por de dentro se besaba la una con la otra, figura, que á no tener cuenta las doncellas que le servian con dissimular la risa (que fue una de las precisas ordenes que sus señores le havirndado) rebentáran riendo. Pidieronle, que se dexasse desnudar para ponerla una camisa; pero nunca lo consintió, dici-

ciendo, que la honestidad parecia tan bien en los Cavalleros Andantes, como la valentia. Con todo dixo, que diessen la camisa á Sancho; y encerrandose con él en una quadra, donde estaba un rico lecho, se desnudó, y vistió la camisa: y viendose solo con Sancho, le dixo: Dime, truan moderno, y majadero antiguo, parecete bien deshonorar, y afrentar una dueña tan venerada, y tan digna de respeto como aquella? Tiempos eran áquellos para acordarte del rucio? O señores son estos para dexar mal pasar á las bestias, tratando tan elegantemente á sus dueños? Por quién Dios es, Sancho, que te reportes, y que no descubras la hilaza, de manera, que caygan en la cuenta de que eres de villana, y grossera tela. Mira, pecador de tí, que en tanto mas es tenido el señor, quanto tiene mas honrados, y bien nacidos criados; y que una de las ventajas mayores, que llevan los Principes á los demás hombres, es, que se sirven de criados tan buenos como ellos. No adviertes, angustiado de tí, y mal aventurado de mí, que si vén que tu eres un grossero villano, ó un mentecato gracioso, pensarán que yo soy algun echacuervos, ó algun Cavallero de mohatra? No, no Sancho amigo, huye, huye de estos inconvenientes, que quien tropieza de hablador, y en gracioso, al primer puntapié cae y dá en truan desgraciado. Entrena la lengua, considera, y rumia las palabras

antes que te salgan de la boca; y advierte, que hemos llegado à parte, donde, con el favor de Dios, y valor de mi brazo, hemos de salir mejorados en tercio, y quinto en fama, y en hacienda. Sancho le prometió con muchas veras de coserse la boca, ò moderarse la lengua antes de hablar palabra, que no fuesse muy à propósito, y bien considerada, como él se lo mandaba; y que descuidasse acerca de lo tal, que nunca por él se descubriría quien ellos eran. Vistióse Don Quixote, puso su tahalí con su espada, echóse el mantón de escarlata acuestas, puso una montera de raso verde, que las Doncellas le dieron; y con este adorno salió à la gran sala, adonde halló à las Doncellas puestas en ala, tantas à una parte, como à otra y todas con aderezo de darle aguamanos, la qual le dieron con muchas reverencias, y ceremonias: luego llegaron doce Pages con el Maestre Sala para llevarle à comer, que ya los señores le aguardaban. Cogieronle en medio, y lleno de pompa, y magestad le llevaron à otra sala, donde estaba puesta una rica mesa con solos quatro servicios. La Duquesa, y el Duque salieron à la puerta de la sala à recibirle, y con ellos un grave Eclesiastico, de estos que gobiernan las casas de los Principes; de estos, que como no nacen Principes, no aciertan à enseñar como lo han de ser los que lo son; de estos, que quíeren que la grandeza de los Grandes se mira con la estre-

cheza

cheza de sus animos; de estos, que queriendo mostrar à los que ellos gobiernan à ser limitados, les hacen ser miserables. De estos tales digo, que debia de ser el grave Religioso, que con los Duques salió à recibir à Don Quixote: Hicieronse mil cortesés comedimientos; y finalmente, cogiendo à Don Quixote en medio, se fueron à sentar à la mesa. Combidó el Duque à Don Quixote con la cabecera de la mesa; y aunque él lo rehusó, las importunaciones del Duque fueron tantas, que la hubo de tomar. El Eclesiastico se sentó frontero, y el Duque, y la Duquesa à los dos lados. A todo estaba presente Sancho, embobado, y atonito de vér la honra, que à su señor aquellos Principes le hacian; y viendo las muchas ceremonias, y ruegos que pasaron entre el Duque, y Don Quixote para hacerle sentar à la cabecera de la mesa, dixo: Si sus mercedes me dán licencia, les contaré un cuento, que passó en mi Pueblo acerca de esto de los asientos. Apenas hubo dicho esto Sancho, quando Don Quixote tembló, creyendo sin duda, que havia de decir alguna necedad. Miróle Sancho, y entendióle, y dixo: No tema vuestra merced, señor mio, que yo me desmande, ni que diga cosa, que no venga muy à pelo, que no se me han olvidado los consejos, que poco há vuestra merced me dió sobre el hablar mucho, ò poco, ò bien, ò mal. Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondió Don

Qui-

Quixote, di lo que quisieras, como lo digas presto. Pues lo que quiero decir, dixo Sancho, es tan verdad, que mi señor Don Quixote, que está presente, no me dexará mentir. Por mi, replicó Don Quixote, miente tu, Sancho, quanto quisieres, que yo no te iré á la mano; pero mira lo que vés á decir. Tan mirado, y remirado lo tengo, que á buen salvo está el que replica como se verá por la obra. Bien será, dixo Don Quixote, que vuestras mercedes manden echar de aquí á este tonto, que dirá mil patochadas. Por vida del Duque, dixo la Duquesa, que no se ha de apartar de mi Sancho un punto, quierole yo mucho, porque sé que es muy discreto. Discretos dias, dixo Sancho, viva vuestra santidad, por el buen credito que de mí tiene, aunque en mí no lo haya; y el cuento que quiero decir es este. Combidó un Hidalgo de mi Pueblo, muy rico, y principal, por que venia de los Alamos de Medina del Campo, que casó con Doña Mencia de Quiñones, que fue hija de Don Alonso Marañón, Cavallero del Habito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia años ha en nuestro Lugar, que á lo que entiendo, mi señor Don Quixote se halló en ella, de donde salió herido Thomasillo el traviesso, el hijo de Balbastro el Herrero. No es verdad esto, señores nuestro amo? Digalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algun hablador menti-

roso. Hasta ahora, dixo el Eclesiastico, mas no tengo por hablador, que por mentiroso; pero de aqui adelante no sé por lo que os tendré. Tu dás tantos testigos, Sancho, dixo Don Quixote, y tantas señas, que no puedo dexar de decir, que debes de decir verdad: passa adelante, y acortar el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos dias. No ha de acortar, dixo la Duquesa, por hacerme á mi placer, antes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis dias, que si tantos quiesen, serian para mí los mejores que huviesse levado en mi vida. Digo, pues, señores míos, prosiguió Sancho, que este tal Hidalgo, que yo conozco como á mis mismas manos (porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta) combidó un Labrador pobre, pero honrado. Adelante, hermano, dixo á esta sazón el Religioso, que camino llevais de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. A menos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho; y assi digo, que llegando el tal Labrador á casa del dicho Hidalgo combidador, que buen pozo haya su anima, que ya es muerto; por mas señas dicen, que hizo una muerte de un Angel, que yo no me hallé presente, que havia ido por aquel tiempo á segar á Templeque. Por vida vuestra, hijo, que bolvais presto de Templeque, y que sin enterrar al Hidalgo si no queréis hacer mas exequias) acabeis vuestro

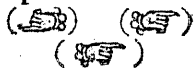
tro cuento. Es pues, el caso, replicó Sancho, que estando los dos para assentarse á la mesa, que parece que ahora los veo mas que nunca. Gran gusto recibian los Duques del disgusto que mostraba tomar el Religioso de la dilacion, y pausas con que Sancho contaba su cuento, y Don Quixote se estaba consumiendo en colera, y en rabia. Digo assi, dixo Sancho, que estando, como he dicho, los dos para sentarse á la mesa, el Labrador porfiaba con el Hidalgo, que tomasse la cabecera de la mesa, y el Hidalgo porfiaba tambien, que el Labrador la tomasse, porque en su casa se havia de hacer lo que él mandasse; pero el Labrador que presumia de cortés, y bien criado, jamás quiso, hasta que el Hidalgo, mohino, poniendole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciendole: Sentaos, majagranzas, que adonde quiera que yo me sienta será vuestra cabecera; y este es el cuento, en verdad, que creo, que no ha sido aqui trayendo fuera de proposito. Pusose Don Quixote de mil colores que sobre lo moreno le jaspeaban, y se le paracian; los señores dissimulaban la risa, porque Don Quixote no acabasse de correrse, habiendo entendido la malicia de Sancho, y por mudar de platica, y hacer que Sancho no prosiguiesse con otros tantos disparates, preguntó la Duquesa á Don Quixote, que qué nuevas tenia de la señora Dulcinéa y que si la ha-

via embiado aquellos dias algunos presentes de gigantes, o malandrines, pues no podria dexar de haver vencido muchos? A lo que Don Quixote respondió: Señora mia, mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendrán fin. Gigantes he vencido, y follones, y malandrines la he embiado; pero adonde la hávian de hallar, si está encantada, y buelta en la mas bella Labradorá, que imaginar se puede? No sé, dixo Sancho Panza, á mi me parece la mas hermosa criatura del mundo: á lo menos en la ligereza, ó en el brincar, bien sé yo, que no dará ella la ventaja á un bolteador: á buena fee señora Duquesa, assi salta desde el suelo sobre una borrica, como si fuera un gato. Haveisla visto vos encantada, Sancho? preguntó el Duque. Y como si la he visto, respondió Sancho; pues quien diablos, sino yo, fui el primero que cayó en el achaque del encantorio? tan encantada está como mi padre. El Ecclesiastico, que oyó decir de Gigantes, de follones, y de encantados, cayó en la cuenta de que aquel debía ser Don Quixote de la Mancha, cuya Historia leia el Duque de ordinario, y el se lo havia reprehendido muchas veces, diciendole, que era disparate leer tales disparates; y enterandose ser verdad lo que sospechaba, con mucha conanza, hablando con el Duque, le dixo: Vuestra Excelencia, señor mio, tiene que dár cuenta á nuestro Señor de lo que hace este buen hombre.

Este

Este Don Quixote, ó este Don tonto, ó como se llama, imagino yo, que no debe de ser tan mentecato como vuestra Excelencia quiere que sea, dandole ocasiones à la mano para que lleve adélante sus sandeces, y variedades. Y bolviendo la platica à Don Quixote, le dixo: Y à vos, alma de cantaro, quien os ha encaxado en el cerebro, que sois Cavallero Andante, y que venceis Gigantes, y pendreis malandrines? Andad en hora buena, y en tal se os diga, bolveos à vuestra casa, y criad vuestros hijos, si los teneis, y curad de vuestra hacienda, y dexad de andar vagando por el mundo papando viento, y dando que reir à quantos os conocen, y no conocen. En donde, noramala, tal haveis vos hallado, que hubo, ni hay ahora Cavalleros Andantes? Donde hay Gigantes en España, ó malandrines en la Mancha, ni Dulcinéas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades, que de vos se cuentan? Atento estuvo Don Quixote à las razones de aquel venerable Varon; y viendo que ya callaba, sin guardar respeto à los Duques, con semblante ayrado, alborotado rostro, se puso en pié, y dixo:

Pero esta respuesta Capitulo por sí merece.



## CAPITULO XXXII.

De la respuesta que dió Don Quixote à su reprehensor, con otros graves, y graciosos sucessos.



Levantado, pues, en pié Don Quixote, temblando de los pies à la cabeza, como azogado, con presurosa, y turbada lengua dixo: El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve, y tengo al estado que vuestra merced professa, tienen, y atan las manos de mi justo enojo; y

354 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
assi por lo que he dicho, como por saber, que  
saben todos, que las armas de los Togados son  
las mismas que las de la muger, que son la len-  
gua, entraré con la mía en igual batalla con  
vuestra merced, de quien se debia esperar antes  
buenos consejos, que infames vituperios: las  
reprehensiones santas, y bien intencionadas,  
otras circunstancias requieren, y otros puntos  
piden: A lo menos el haverme reprehendido en  
publico, y tan asperamente, ha passado todos  
los límites de la buena reprehension, pues las  
primeras mejor assientan sobre la blandura, que  
sobre la aspereza; y no es bien, que sin tener  
conocimiento del pecado, que se reprehende,  
llamar al pecador, sin mas, ni mas mentecato,  
y tonto. Sino, digame vuestra merced, por qual  
de las mentecaterías, que en mi ha visto, me  
condena, y vitupéra, y me manda, que me  
vaya à mi casa à tener cuenta en el gobierno  
de ella, de mi muger, y de mis hijos, sin sa-  
ber si la tengo, ó los tengo? No hay mas sino  
à troche moche entrarse por las casas ajenas  
governar sus dueños, y haviendose criado al-  
gunos en la estrechez de algun pupilage, sin  
haver visto mas mundo, que el que puede con-  
tenerse en veinte, ó treinta leguas de distrito,  
meterse de rondón à dar leyes à la Cavalleria,  
y à juzgar de los Cavalleros Andantes? Por  
ventura es assunto vano, ó es tiempo mal gas-  
tado el que se gasta en vagar por el mundo,

bus-

*D. Quixote de la Mancha. P. II. Lib. VI.* 355  
buscando los regalos de él sino las asperezas,  
por donde los buenos suben al asiento de la  
inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los  
Cavalleros, los magníficos, los generosos, los  
nativamente nacidos, tuvieralo por afrenta irre-  
parable; pero de que me tengan por sandio los  
estudiantes, que nunca entraron, ni pisaron las  
puercas de la Cavalleria, no se me dá un ardite:  
Cavallero soy, y Cavallero he de morir, si pla-  
ce al Altissimo: unos ván por el ancho campo  
de la ambicion sobervia; otros por el de la  
ambicion servil, y baxa; otros por el de la  
hipocresía engañosa, y algunos por el de la  
verdadera Religion, pero yo, inclinado de mi  
naturaleza, voy por la angosta senda de la Cava-  
leria Andante, por cuyo exercicio desprecio  
mi hacienda, pero no la honra: yo he satisfe-  
cho agravios, enderezado tuertos, castigado  
voluntades, vencido Gigantes, y atropellado  
Gigantes: yo soy enamorado, no mas de por-  
que es forzoso que los Cavalleros Andantes lo  
sean; y siendolo, no soy de los enamorados  
de los sentidos, sino de los Platonicos continentes:  
mis intenciones siempre las enderezo à buenos  
fines, que son de hacer bien à todos, y mal à  
ninguno: si el que esto entiende, si el que esto  
quiere, si el que de esto trata merece ser llama-  
do bobo, diganlo vuestras grandezas, Duque,  
Duquesa excelentes. Bien, por Dios, dixo  
el ancho, no diga mas vuestra merced, señor, y

Z 2

amo

356 *Vida, y Hechos del ingenioso*

amo mio, en su abono, porque no hay que decir, ni mas que pensar, ni mas que severar en el mundo: y mas, que negando el mundo, ni los hay, Cavalleros Andantes, que mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho? Por ventura, dixo el Ecclesiastico, sois vos, hermano, aquel Sancho Panza dicen, á quien vuestro amo tiene prometida una Insula? Si soy, respondió Sancho, quien la merece tan bien como otro qualquiera soy quien juntate á los buenos, y serás uno de ellos; y soy yo de aquellos, no con quien paces, sino con quien paces; y de los que buen arbol se arrima, buena sombra le cobija yo me he arrimado á buen señor, y ha muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como él, Dios queriendo; viva él, y viva yo, que ni á el le faltarán Imperios que gobernar. No por esto Sancho amigo, dixo á esta sazón el Duque que yo, en nombre del señor Don Quixote, mando el gobierno de una que tengo de no de no pequeña calidad. Hincate de rodillas Sancho, dixo Don Quixote, y besa los pies su Excelencia por la merced que te ha hecho Hizole assi Sancho; lo qual visto por el Ecclesiastico, se levantó de la mesa, mohino más, diciendo: Por el habito que tengo, estoy por decir, que es tan sandio vuestra

Excelencia como estos Pecadores; mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan á los locuras: quedase vuestra Excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa me estaré yo en la mia, y me escusaré de reprehender lo que no puedo remediar; y sin decir mas, ni comer mas, se fué, sin que fuesen parte á detenerle los ruegos de los Duques, aunque el Duque no le dixo mucho, impedido de la risa, que su impertinente colera le havia causado. Acabó de reir, y dixo á Don Quixote: Vuestra merced, señor Cavallero de los Leones, ha respondido por si tan altamente, que no le queda cosa por satisfacer de este, que aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera; porque assi como no agravian las mugeres, no agravian los Ecclesiasticos, como vuestra merced mejor sabe. Assi es, respondió Don Quixote; y la causa es que el que no puede ser agraviado, no puede agraviar á nadie. Las mugeres, los niños, y los Ecclesiasticos, como no pueden defenderse, aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados; porque entre el agravio, y la afrenta hay esta diferencia, como mejor vuestra Excelencia sabe. La afrenta viene de parte de quien la puede hacer, la hace, y la sustenta; el agravio puede venir de qualquier parte, sin que afrente. Sea exemplo: Está uno en la calle descuydado, llegan diez con mano armada, y dandole de palos, pone mano á la

espa-



espada, y hace su deber; pero la muchedumbre de los contrarios se le opone, y no le dexa salir con su intencion, que es de vengarse: este tal queda agraviado, pero no afrentado; y lo mismo confirmará otro exemplo: Está uno buuelto de espaldas, llega otro, y dale de palos, y en dandoselos huye, y no espera, y el otro le sigue, y no le alcanza: este que recibió los palos, recibió agravio, mas no afrenta, porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dió los palos, aunque se los dió à hurta cordél, pusiera mano à su espada, y se estuviera quedo, haciendo rostro à su enemigo, quedara el apaleado agraviado, y afrentado juntamente; agraviado, porque le dieron à traicion; afrentado, porque el que le dió sustentó lo que havia echo, sin bolver las espaldas, y à pié quedo; y assi segun las leyes del maldito duelo, yo puedo estar agraviado, mas no afrentado, porque los niños no sienten, ni las mugeres, ni pueden huir ni tienen para qué esperar; y lo mismo los constituídos en la Sacra Religion, porque estos tres generos de gente carecen de armas ofensivas, y defensivas; y assi aunque naturalmente estèn obligados à defenderse, no lo estàn para ofender à nadie: y aunque poco ha dixes, que yo podria estar agraviado, ahora digo, que no en ninguna manera, porque quien no puede recibir afrenta, menos la puede dár; por las quales razones yo no

debo

debo sentir, ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho, solo quisiera, que esperara algun poco, para darle à entender en el error en que està en pensar, y decir, que no ha habido, ni los hay, Cavalleros Andantes en el mundo, que si lo tal oyera Amadis, ò uno de los infinitos de su linage, yo sé que no le fuera bien à su merced. Eso juro yo bien, dixo Sancho, cuchillada le huvieran dado, que le hubieran de arriba abaxo como una granada, ò como un melón muy maduro; bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas: para mi antiguada, que tengo por cierto, que si Reynaldos de Montalvàn huviera ohido estas razones al hombrequito, tapaboca le huviera dado que no hablára mas en tres años: no sino tomárase con ellos, y viera como escapaba de sus manos. Perea de risa la Duquesa en oyendo hablar à Sancho, y en su opinion le tenia por mas gracioso, y por mas loco que à su amo; y muchas hubo en aquel tiempo, que fueron de este mismo parecer. Finalmente, Don Quixote se sossegó, y la comida se acabó; y en levantando los manteles llegaron quatro doncellas, la una con una fuente de plata, la otra con un aguamanil assimismo de plata, la otra con dos blanquissimas, y riquissimas tohallas al hombro, y la quarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda

pe-

pella de jabón Napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donayre, y desembultura encajó la fuente debaxo de la barba de Don Quixote, el qual sin hablar palabra; admirado de semejante ceremonia, creyendo que debía ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos labar las barbas; y assi tendió la suya todo quanto pudo, y al mismo punto comenzó a llover el aguamanil, y la doncella del jabón le manoseó las barbas con mucha priessa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las jabonaduras, no solo por las barbas, mas por todo el rostro, y por los ojos del obediente Cavallero, tanto que se los hicieron cerrar por fuerza. El Duque, y la Duquesa, que de nada de esto eran sabidores, estaban esperando en que havia de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, quando le tuvo con un palmo de jabonadura, fingió que se le havia acabado el agua; y mandó á la del aguamanil fuesse por ella, que el señor Don Quixote esperaria. Hizole assi, y quedó Don Quixote con la mas estraña figura, mas para hacer reir, que se pudiera imaginar. Mirabanle todos los que presentes estaban, que eran muchos; y como le veían cen media vara de cuello, mas que medianamente moreno, los ojos cerrados, y las barbas llenas de jabón, fué gran maravilla, y mucha discrecion poder dissimular la risa; las doncellas de la burla te-

nían

nían los ojos baxos, sin osar mirar á sus señores, á ellos les retozaba la colera, y la risa en el cuerpo, y no sabian á que acudir, ó á que castigar el atrevimiento de las muchachas, ó darles premio por el gusto que recibian de vér á Don Quixote de aquella suerte. Finalmente, la doncella del aguamanil vino, y acabaron de lavar á Don Quixote, y luego la que traía las tohallas le limpió, y le enjugó muy reposadamente; y haciendole todas quatro á la par una grande, y profunda inclinacion, y reverencia, se querian ir; pero el Duque, porque Don Quixote no cayesse en la burla, llamó á la Doncella de la fuente, diciendola: Venid, y lavadme á mi, y mirad que no se os acabe el agua. La muchacha aguda, y diligente llegó, y puso la fuente al Duque como á Don Quixote, y dandose priessa, le lavaron, y jabonaron muy bien, y dexandole enjuto, y limpio, haciendo muchas reverencias, se fueron. Despues se supo, que havia jurado el Duque, que si á él no le lavarán como á Don Quixote, havia de castigar su desemboltura, lo qual havian enmendado discretamente con haverle á él jabonado. Estaba atento Sancho á las ceremonias de aquel lavatorio, y dixo entre sí: Valeme Dios, si se verá tambien usanza en esta tierra lavar las barbas á los escuderos, como á los Cavalleros? porque en Dios, y en mi anima, que lo he bien menester, y aunque si me las rapassen á

na-

navaja lo tendria á mas beneficio. Qué decís entre vos, Sancho? preguntó la Duquesa. Digo, señora, que en las Cortes de los otros Principes siempre he ohido decir, que en levantando los mantales dán agua á las manos, pero no legia á las barbas, y que por esso es bueno vivir mucho, por vér mucho; aunque tambien dicen, que el que larga vida vive, mucho mal ha de passar, puesto que passar por un lavatorio de estos, antes es gusto, que trabajo. No tengais pena, amigo Sancho, dixo la Duquesa, que yo haré que mis doncellas os laven, y aun os metan en colada, si fuera menester. Con las barbas me contento, respondió Sancho, por ahora á lo menos, que andando el tiempo, Dios dixo lo que será. Mirad Maestre-Sala, dixo la Duquesa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pié de la letra. El Maestre-Sala respondió, que en todo seria servido el señor Sancho, y con esto se fué á comer, y llevò consigo á Sancho, quedandose á la mesa los Duques, y Don Quixote, hablando en muchas, y diversas cosas, pero todas tocantes al exercicio de las armas, y de la Andante Cavalleria. La Duquesa rogò á Don Quixote, que le delineasse, y descriviessse, pues parecia tener felice memoria, la hermosura, y facciones de la señora Dulcinéa del Toboso, que segun lo que la fama pregonaba de su belleza tenia por entendido, que debia de ser la m-

de-

bella criatura de el Orbe, y aun de toda la Mancha. Suspiró Don Quixote oyendo lo que la Duquesa le mandaba, y dixo: Si yo pudiera sacar mi corazon, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza aqui sobre esta mesa, y en un plato, quitara el trabajo á mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar, porque vuestra Excelencia la viera en él toda retratada. Pero para qué es ponerme yo ahora á delinear, y descrivir punto por punto, y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinéa, siendo carga digna de otros hombros, que de los míos? Enpressa en quien se debian ocupar los pinceles de Parrasio, de Timantes, y de Apeles, y los buriles de Lisipo, para pintarla, y gravarla en tablas, en marmoles, y en bronces, y la Retorica Ciceroniana, y Demostina, para alabarla. Qué quiera decir Demostina, señor Don Quixote? preguntó la Duquesa, que es vocablo que no he ohido en todos los dias de mi vida. Retorica Demostina, respondió Don Quixote, es lo mismo que decir: Retorica de Demostenes, como Ciceroniana de Cicerón, que fueron los dos mayores Retoricos del mundo. Assi es, dixo el Duque, y haveis andado deslumbrada en la tal pregunta; pero con todo esto nos daria gran gusto el señor Don Quixote si nos la pintasse, que á buen seguro, que aunque sea un rasguño, y bosquejo, que ella salga tal, que la engan embidia las mas hermosas. Si hiciera por

por cierto , respondió Don Quixote , si no me la huviera borrado de la idea la desgracia , que poco há que le sucedió , que es tal , que mas estoy para llorarla , que para describirla ; porque havrán de saber vuestras grandezas , que yendo los dias passados à besarla las manos , y à recibir su bendicion , beneplacito , y licencia para esta tercera salida , hallé otra de la que buscaba ; halléla encantada , y convertida de Princesa en Labradora , de hermosa en fea , de Angel , en diablo , de olorosa en pestifera ; de bien hablada en rustica , de reposada en brincadora , de luz en tinieblas ; y finalmente , de Dulcinéa del Toboso en una villana de Sayago. Valeme Dios ! y dando una gran voz , dixo à este instante el Duque : Quien ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo ? Quien ha quitado de él la belleza que le alegraba , el donayre que le entretenia , y la honestidad que le acreditaba ? Quien , respondió Don Quixote , quien puede ser sino algun maligno encantador da los muchos embidiosos que me persiguen ? Esta raza maldita , nacida en el mundo para obscurecer , y aniquilar las hazañas de los buenos , y para dár luz , y levantar los fechos de los malos. Perseguidome han encantadores , encantadores me persiguen , y encantadores me perseguirán hasta dár conmigo , y con mis altas Cavallerias en el profundo abismo del olvido , y en aquella parte me dañan , y hieren,

don-

donde vén que mas lo siento , porque quitarle à un Cavallero Andante su dama , es quitarle los ojos con que mira , y el Sol con que se alumbra , y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho , y ahora lo vuelvo à decir , que el Cavallero Andante sin dama , es como el arbol sin hojas , el edificio sin cimiento , y la sombra sin cuerpo de quien se cause. No hay mas que decir , dixo la Duquesa ; pero si con todo esso hemos de dár credito à la Historia , que del señor Don Quixote , de pocos dias à esta parte , ha salido à la luz del mundo , con general aplauso de las gentes , de élla se colige , si mal no me acuerdo , que nunca vuestra merced ha visto á la señora Dulcinéa , y que esta tal señora no es en el mundo , sino que es dama fantástica , que vuestra merced la engendró , y parió en su entendimiento , y la pintó con todas las gracias , y perfecciones que quiso. En esso hay mucho que decir , respondió Don Quixote. Dios sabe si hay Dulcinéa , ò no en el mundo , ò si es fantástica , ò no es fantástica : y estas no son de las cosas , cuya averiguacion se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré , ni parí à mi señora , puesto que li contemplo como con viene que sea una dama , que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa entre todas las del mundo , como son , hermosa sin tacha , grave sin sobervia , amorosa con honestidad , agradecida por cor-  
tés,

366 *Vida, y Hechos del ingenioso*  
tés, eortés por bien criada; y finalmente, alta  
por linage, à causa, que sobre la buena sangre  
resplandece, y campéa la hermosura con mas  
grados de perfeccion, que en las hermosuras hu-  
mildemente nacidas. Assi es, dixo el Duque;  
pero hame de dár licencia el señor Don Qui-  
xote, para que diga lo que me fuerzá à decir  
la Historia, que de sus hazañas he leído; de  
donde se infiere, que puesto que se conceda,  
que hay Dulcinéa en el Toboso, ó fuera de él,  
y que sea hermosa en el sumo grado, que vues-  
tra merced nos la pinta, en lo de la alteza del  
linage no corre parejas en las Orianas, con las  
Alastrajareas, con las Madasimas, ni con otras  
de este jaéz, de quien están llenas las Histo-  
rias, que vuestra merced bien sabe: A esso pue-  
do decir, respondió Don Quixote, que Dulci-  
néa es hija de sus obras, y que las virtudes ado-  
ban la sangre; y que en mas se ha de estimar,  
y tener un humilde, virtuoso, que un vicioso  
levantado, quanto mas, que Dulcinéa tenia un  
girón, que la puede llevar à ser Reyna de Co-  
roná, y Cetro, que el merecimiento de una  
muger hermosa, y virtuosa, à hacer mayores  
milagros se estiende; y aunque no formalmen-  
te, virtualmente tiene en si encerradas mayores  
aventuras. Digo, señor Don Quixote, dixo la  
Duquesa, que en todo quanto vuestra merced di-  
ce và con pié de plomo, y como suele decirse,  
con la senda en la mano, y que yo desde aquí  
ade-

*D. Quixote de la Mancha P. II. Lib. VI.* 367  
adelante creeré, y haré creer à todos los de  
mi casa, y aun al Duque mi señor, si fuera  
menester, que hay Dulcinéa en el Toboso, y  
que vive hoy dia, y es hermosa, y principal-  
mente nacida, y merecedora, que un tal Ca-  
vallero, como es el señor Don Quixote, la sir-  
va, que es lo mas que puedo, ni sé encarecer;  
pero no puedo dexar de formar un escrupulo,  
y tener algun no sé qué de ojeriza contra San-  
cho Panza. El escrupulo es, que dice la histo-  
ria referida, que el tal Sancho Panza halló á  
la tal señora Dulcinéa, quando de parte de  
vuestra merced le llevó una epistola, ahechan-  
do un costal de trigo; y por mas señas dice,  
que era rubion: cosa que me hace dudar  
en la alteza de su linage. A lo que respondió  
Don Quixote: Señora mia, sabrá la vuestra  
grandeza, que todas, ó las mas cosas que à mi  
me suceden, ván fuera de los terminos ordina-  
rios de las que á los otros Cavalleros Andantes  
acontecen, ó ya sean encaminadas por el que-  
rer inexcrutable de los hados, ó ya vengan en-  
caminadas por la malicia de algun encantador  
embidioso: y como es cosa ya averiguada, que  
todos, ó los Cavalleros Andantes, y famosos,  
uno tenga gracia de no poder ser encantado,  
otro de ser de tan impenetrables carnes, que  
no pueda ser herido, como lo fuè el famoso  
Roldán uno de los doce Pares de Francia, de  
quien se cuenta, que no podria ser ferido sino  
por

por la planta del pié izquierdo, y que esto ha-  
 via de ser con la punta de un alfiler gordo, y  
 no con otra suerte de arma alguna; y assi, quan-  
 do Bernardo del Carpio le mató en Roncesva-  
 lles, viendo que no le podia llegar con fierro,  
 le levantó del suelo entre los brazos, y le aho-  
 gó, acordandose entonces de la muerte, que  
 dió Hercules á Anteon, aquel feróz Gigante,  
 que decian ser hijo de la tierra. Quiero inferir  
 de lo dicho, que podria ser que yo tuviesse al-  
 guna gracia de estas, no del no poder ser feri-  
 do; porque muchas veces la experiencia me  
 ha mostrado, que soy de carnes blandas, y no  
 nada impenetrables, ni la de no poder ser en-  
 cantado, que ya me he visto metido en una  
 jaula, donde todo el mundo no fuera poderoso  
 á encerrarme sino fuera á fuerza de encanta-  
 mientos; pero pues de aquel me libré, quiero  
 creer que no ha de haver otro alguno que me  
 empezca: y assi, viendo estos encantadores,  
 que con mi persona no pueden usar de sus ma-  
 ñas, venganse en las cosas que mas quisie-  
 ro, y quieren quitarme la vida maltratando  
 de Dulcinéa, por quien yo vivo; y assi creo  
 que quando mi escudero la llevó mi embaxada  
 se la convirtieron en villana, y ocupar en tan  
 baxo exercicio, como es el de ahechar trigo,  
 pero ya tengo dicho yo, que aquel trigo ni es  
 rubión, ni trigo, sino granos de perlas Orienta-  
 les; y para prueba de esta verdad, quiero decir

vuestras magnitudes, como viniendo poco há  
 por el Toboso, jamás pude hallar los Palacios  
 de Dulcinéa; y que otro dia haviendola visto  
 Sancho mi escudero en su misma figura, que es  
 la mas bella del Orbe, á mi me pareció una  
 labradora tosca, y fea, y no nada bien razo-  
 nada, siendo la discrecion del mundo; y pues  
 yo no estoy encantado, ni lo puedo estar, se-  
 gun buen discurso, ella es la encantada, la  
 entendida, y la mudada, trocada, y trastocada,  
 en ella se han vengado de mi mis enemigos,  
 por ella viviré yo en perpetuas lagrimas,  
 hasta verla en su pristino estado. Todo esto he  
 dicho para que nadie repare en lo que Sancho  
 dijo del cernido, ni del ahecho de Dulcinéa,  
 que pues á mi me la mudaron, no es maravilla  
 que á él se la cambiassen. Dulcinéa es princi-  
 pal, y bien nacida, y de los hidalgos linages  
 que hay en el Toboso, que son muchos, anti-  
 guos, y muy buenos: á buen seguro, que no  
 le cabe poca parte á la sin par Dulcinéa, por  
 quien su Lugar será famoso, y nombrado en  
 los venideros siglos, como lo ha sido Troya  
 por Elena, y España por la Caba, aunque con  
 mejor titulo, y fama. Por otra parte quiero,  
 que entiendan vuestras Señorías, que Sancho  
 Panza es uno de los mas graciosos escuderos,  
 que jamás sirvió á Cavallero Andante; tiene á  
 veces unas simplicidades tan agudas, que el  
 pensar si es simple, ó agudo, causa no pequeño

contento: tiene malicias, que le condenan por bellaco; y descuydos, que le confirman por bobo, duda de todo, y creelo todo; quando pienso que se vá à despeñar de tonto, sale con unas discreciones, que se levantan al Cielo. Finalmente, yo no le trocaria con otro escudero, aunque me diessen de añadidura una Ciudad; y assi estoy en duda, si será bien embiarle al Gobierno, de quien vuestra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en él una cierta aptitud para esto de gobernar, que atusandole tantico el entendimiento, se saldrá con qualquiera Gobierno, como el Rey con sus Alcavalas: y mas, que ya por muchas experiencias sabémos, que no es menester, ni mucha habilidad, ni muchas letras para ser uno Gobernador, pues hay por aí ciento, que apenas saben leer, y gobiernan como unos girifaltes: el toque está en que tengan buena intencion, y desean acertar en todo, que nunca les faltará quien les aconseje, y encamine en lo que han de hacer, como los Gobernadores Cavalleros, y no Letrados, que sentencian con Assessorado. Aconsejariale yo, que ni tome cohecho, ni pierda derecho, y otras cosillas, que me quedan en el estomago, que saldrán à su tiempo, para utilidad de Sancho, y provecho de la Insula que gobernare. A este punto llegaban de su coloquio el Duque, la Duquesa, y Don Quixote, quando oyeron muchas voces, y gran rumor de

gen-

gente en el Palacio, y à deshora: entró Sancho en la sala, todo assustado, con un cernadero por babador, y trás él muchos mozos, ó por mejor decir, picaros de cocina, y otra gente menuda; y uno venia con un artesoncillo de agua, que en la color, y poca limpieza mostraba ser de fregar. Seguiale, y perseguiale el de la artesa, y procuraba con toda solicitud ponersele, y encajarsela debaxo de las barbas, y otro picaro mostraba quererselas lavar. Qué es esto, hermanos? preguntó la Duquesa, qué es esto? Qué quereis à esse buen hombre? Cómo? y no considerais, que está electo Gobernador? A lo que respondió el picaro Barbero: No quiere esse señor dexarse lavar la barba como es usanza, y como se la lavó el Duque mi señor, y el señor su amo. Si quiero, respondió Sancho con mucha cólera; pero querría que fuesse con tohallas mas limpias, con legía mas clara, y con manos no tan sucias, que no hay tanta diferencia de mi à mi amo, que à él le laven con agua de Angeles, y à mi con legía de diablos: Las usanzas de las tierras, y de los Palacios de los Principes, tanto son buenas, quanto no dán pesadumbre; pero la costumbre del lavatorio, que aqui se usa, peor es que de disciplinantes. Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes refrigerios; y el que se llegare à lavarme, ni à tocarme un pelo de la cabeza (digo de mi barba) ha-

Aa 2

blan-

blando con el debido acatamiento, le daré tal puñada; que le dexé el puño engastado en los cascos; que estas tales ceremonias, y jabonaduras, mas parecen burlas, que agassajos de huespedes. Percida de risa estaba la Duquesa, viendo la cólera, y oyendo las razones de Sancho; pero no dió mucho gusto à Don Quixote verle tan mal adeliñado con la jaspeada tohalla, y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina; y assi, haciendo una profunda reverencia à los Duques, como que les pedia licencia para hablar, con voz reposada dixo à la canalla: Ola, señores Cavalleros, vuestras mercedes dexen al mancebo, y buelvanse por donde vinieron, ò por otra parte, si se les antojáre, que mi escudero es limpio, tanto como otro, y essas artesillas son para él estrechas, y penantes bucaros; tomen mi consejo, y dexenle, porque ni él, ni yo sabemos de achaque de burlas. Cogióle la razon de la boca Sancho, y prosiguió diciendo: No sino lleguense à hacer burla del mostrenco, que assi lo sufriré como ahora es de noche. Traygan aqui un peyne, ò lo que quisieren, y almohacenme estas barbas, y si sacaren de ellas cosa que ofenda à la limpieza, que me transquilen à cruces. A esta sazón, sin dexar la risa, dixo la Duquesa: Sancho Panza tiene razon en todo quanto ha dicho, y la tendrá en todo quanto dixeré; él es limpio, y como él dice, no tiene necesidad de lavarse

y

y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma: quanto mas, que vosotros, ministros de la limpieza, haveis andado demasiadamente remissos, y descuydados, y no sé si diga atrevidos, en traer à tal personage, y à tales barbas, en lugar de fuentes, y aguamaniles de oro puro, y de alemanas tohallas, artesillas, y dorrajos de palo, y rodillas de apeadores: pero en fin sois malos, y mal nacidos, y no podeis dexar, como malandrines que sois, de mostrar la ojeriza que teneis con los escuderos de los Andantes Cavalleros. Creyeron los apicarados Ministros, y aún el Maestre-Sala que venía con ellos, que la Duquesa hablaba de veras; y assi quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos, y casi corridos se fueron, y le dexaron: el qual viendose fuera de aquel, à su parecer, sumo peligro, se fué à hincar de rodillas ante la Duquesa, y dixo: De grandes señoras, grandes mercedes se esperan; esta, que la vuestra merced hoy me ha fecho, no puede pagarse con menos, sino es con desear verme armado Cavallero Andante, para ocuparme todos los dias de mi vida en servir à tan alta señora. Labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo, y de escudero sirvo; si con alguna de estas cosas puedo servir á vuestra grandeza, menos tardaré yo en obedecer, que vuestra Señoría en mandar. Bien parece, Sancho, respondió la Duquesa, que haveis aprendido



dido à ser cortés en la escuela de la misma cortesía: bien parece, quiero decir, que os haveis criado à los pechos del señor Don Quixote, que debe de ser la nota de los comedimientos, y la flor de las ceremonias, ò cirimonias, como vos decís; bien haya tal señor, y tal criado, el uno por norte de la Andante Cavalleria, y el otro por estrella de la escuderil fidelidad. Levantaos, Sancho amigo, que yo satisfaré vuestras cortesias con hacer, que el Duque mi señor, lo mas presto que pudiere, os cumpla la merced prometida del Gobierno. Con esto cessó la plática, y Don Quixote se fué à reposar la siesta, y la Duquesa pidió à Sancho, que si no tenía mucha gana de dormir, viniesse à passar la tarde con ella, y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió, que aunque era verdad, que tenía por costumbre dormir quatro, ò cinco horas las siestas del Verano, que por servir à su bondad, él procuraria con todas sus fuerzas no dormir aquel dia ninguna, y vendria obediente à su mandado, y fuesse. El Duque dió nuevas ordenes de que se tratasse à Don Quixote como à Cavallero Andante, sin salir un punto del estilo, como cuentan que se trataban los antiguos Cavalleros.

\*\*\*

Orlan-

*Orlando furioso, à Don Quixote de la Mancha.*

S O N E T O.

**S**i no eres Par, tampoco le has tenido,  
Que Par pudieras ser entre mil Pares;  
Ni puede haverle donde tu te halláres,  
Invicto vencedor, jamás vencido.  
Orlando soy, Quixote, que he perdido,  
Por Angelica vi remotos Mares,  
Ofreciendo à la fama en sus altares,  
Aquel valor que respetó el olvido.  
No puedo ser tu igual, que este decoro  
Se debe à tus proezas, y à tu fama,  
Puesto que como yo perdiste el sesso.  
Mas, serlo has mio, si al sobervio Moro,  
Y Scita fiero domas, que hoy nos llama,  
Iguales con amor con mal successo.

*El Cavallero del Febo, à Don Quixote de la Mancha.*

S O N E T O.

**A** vuestra espada no igualó la mia,  
Febo Español, curioso Cortesano,  
Ni à la alta gloria de valor mi mano,

Que

Que Rayo fué do nace , y muere el dia.  
 Imperios desprecié , y la Monarquia,  
 Que me ofreció el Oriente rojo en vano,  
 Dexé por vér el rostro soberano,  
 De Claridiana , Aurora hermosa mia.  
 Améla por milagro unico , y raro,  
 Y ausente en su desgracia, el propio Infierno  
 Temió mi brazo , que domó su rabia.  
 Mas Vos Godo Quixote , ilustre , y claro,  
 Por Dulcinéa sois al Mundo eterno,  
 Y ella por Vos famosa , honesta , y sabia.

*De Solidan , à Don Quixote de  
 la Mancha.*

S O N E T O.

**M**Aguer , Señor Quixote , que sandeces  
 Vos tengan el cerbêlo derrumbado,  
 Nunca sereis de alguno reprochado,  
 Por hombre de obras viles , y soezes.  
 Serán vuessas fazañas los Joezes,  
 Pues tuertos desfaciendo haveis andado,  
 Siendo vegadas mil apaleado,  
 Por Follones , Cantivos , y rahezes.  
 Y si la vuessa linda Dulcinéa  
 Desaguisado eontra Vos comete,  
 Ni à vuessas cuytas muestra buen talante.  
 En tal desmán vuestro conorte sea ;

Que

Que Sancho Panza fué mal alcaguete,  
 Necio él , dura ella , y Vos no amante.

*Dialogo entre Babiéca , y Rocinante.*

S O N E T O.

*Bab.* C Omo estais Rocinante tan delgado ?  
*Roc.* Porque nunca se come, y se trabaja.  
*Bab.* Pues qué es de la cebada , y de la paja ?  
*Roc.* No me dexa mi Amo ni un bocado.  
*Bab.* Anda , Señor , que estais muy mal criado.  
 Pues vuestra lengua de Asno al Amo  
 ultraja.  
*Roc.* Asno sé es de la cuna à la mortaja ;  
 Quereislo vér ? miradlo enamorado.  
*Rab.* Es necedad amar ? *R.* No es gran prudencia.  
*Rab.* Metafisico estais. *Roc.* Es que no como.  
*Rab.* Quejaos del Escudero. *R.* No es bastantes  
 Cómo me he de quejar en mi dolencia,  
 Si el Amo , y Escudero , ò Mayordomo  
 Son tan Rocines como Rocinante.

Un

*Un Heredero del Academico de la Argamasilla, à quien se encargó la Traducción de los Versos citados al fin del Tomo segundo (reservando para timbre de su Familia la caja de plomo en que estaban) los ofrece al Letor con la siguiente.*

O C T A V A.

Todas quantas la caja atesoraba  
 Rancias, Lyricas, varias Poesias,  
 Ydivinando al Gotico, que daba  
 Dobles en cada Letra algaravias;  
 Oniendo, en vez de lo que les faltaba,  
 Moscas palabras, necedades mias,  
 Ofresco al Letor pio, no al tirano,  
 Reducidas à Idioma Castellano.

*El Moscardon Academico celebre de la Argamasilla, al Borrico de Sancho Panza.*

D E C I M A S.

**B**Urro, que eres en primor  
 Por lo sufrido, y valiente,  
 El Asno mas eminente  
 Del Escudero mejor:  
 Consuelo halle tu dolor  
 En tu Amo desconsolado,  
 Pues à los dos han dexado  
 Tanto Follón atrevido,  
 Si à uno cansado, y molido,  
 A otro molido, y cansado.  
 Grave merecia pena,  
 Por callar tu nombre, y gloria,  
 El gran Author de la HISTORIA  
 CIDE HAMETE BERENGENA;  
 Pues aunque en lo RUCIO ordena  
 Distinguirte, no bastó,  
 Quando mas no señaló  
 El nombre; del que discurro,  
 Fué el mas eminente BURRO,  
 Que al mayor ASNO sirvió.

*Del donoso Poeta entreverado , à San-  
cho Panza , y Rocinante.*

*A. SANCHO PANZA.*

**S**Oy Sancho Panza , Escudè-  
Del Manchego Don Quixo-  
Puse pies en polvoró-  
Por vivir à lo discrè-  
Que el Tacito Villadiè-  
Toda su razon de Está-  
Cifró en una retirá-  
( Segun siente Celestí )  
Libro en mi opinion Diví-  
Si encubriera mas lo Humá-

*A. ROCINANTE.*

**S**Oy Rocinante el famó-  
Biznieto del gran Babié-  
Por pecados de flaquè-  
Fuí à poder de un Don Quixo-  
Parejas cortí à la flo-  
Mas por uña de cavá-  
No se me escapó cebá-  
Que esto saquè à Lazari-  
Quando para hurtar el vi-  
Al Cielo le dí la pá-

TA-

**TABLA DE LOS CAPITULOS**  
de este tercer Tomo de la Historia  
de Don Quixote de la  
Mancha.

**LIBRO QUINTO.**

- C**AP. I. De lo que el Cura , y el Barbero pas-  
saron con Don Quixote cerca de su enfer-  
medad, pag. 1.  
Cap. II. De la notable pendencia , que Sancho  
Panza tuvo con la sobrina , y ama de Don Qui-  
xote , con otros sucessos graciosos, pag. 19  
Cap. III. Del ridiculo razonamiento , que passó  
entre Don Quixote , Sancho Panza , y el Ba-  
cbillér Sansón Carrasco, pag. 26.  
Cap. IV. Donde Sancho Panza satisface al Ba-  
cbillér Sansón Carrasco de sus dudas , y pregn-  
tas , con otros sucessos , dignos de saberse , p. 38.  
Cap. V. De la discreta , y graciosa platica , que  
passó entre Sancho Panza , y su muger Teresa  
Panza , y otros sucessos , dignos de felice re-  
cordacion, pag. 46.  
Cap. VI. De lo que passó à Don Quixote con su  
sobrina , y con su ama ; y es uno de los impor-  
tantes Capítulos de toda la Historia, pag. 55.  
Cap. VII. De lo que passó à Don Quixote con sus  
escudero , con otros sucessos famosissimos, p. 64.  
Cap.

T A B L A.

- Cap. VIII. *Donde se cuenta lo que sucedió à Don Quixote yendo à vér à su señora Dulcinéa del Toboso,* pag. 74.
- Cap. IX. *Donde se cuenta lo que en él se verá,* pag. 86.
- Cap. X. *Donde se cuenta la industria, que Sancho tuvo para encantar à la señora Dulcinéa; y de otros sucessos tan ridiculos, como verdaderos,* pag. 92.
- Cap. XI. *De la estraña aventura, que le sucedió al valeroso Don Quixote con el Carro, o Carreta de las Cortes de la Muerte,* pag. 106.
- Cap. XII. *De la estraña aventura, que le sucedió al valeroso Don Quixote con el bravo Cavallero de los Espejos,* pag. 117.
- Cap. XIII. *Donde se prosigue la aventura del Cavallero del Bosque, con el discreto, nuevo, y suave coloquio, que passó entre los dos escuderos,* pag. 127.
- Cap. XIV. *Donde se prosigue la aventura del Cavallero del Bosque,* pag. 137.
- Cap. XV. *Donde se cuenta, y dá noticia de quien era el Cavallero de los Espejos, y su escudero,* pag. 153.
- Cap. XVI. *De lo que le sucedió à Don Quixote con un discreto Cavallero de la Mancha,* pag. 157.
- Cap. XVII. *Donde se declara el ultimo punto, y estremo adonde llegó, y pudo llegar el inaudito animo de Don Quixote, con la felicemente acabada aventura de los Leones,* pag. 172.

T A B L A.

LIBRO SEXTO.

- Cap. XVIII. *De lo que sucedió à Don Quixote en el Castillo, ó casa del Cavallero del verde gaván, con otras cosas extravagantes,* pag. 189.
- Cap. XIX. *Donde se cuenta la aventura del Pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucessos,* pag. 203.
- Cap. XX. *Donde se cuentan las bodas de Camacho el Rico, con el successo de Basilio el Pobre,* pag. 214.
- Cap. XXI. *Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros graciosos sucessos,* pag. 228.
- Cap. XXII. *Donde se cuenta la grande aventura de la Cueva de Montesinos, que está en el corazon de la Mancha, à quien dió felice cima el valeroso Don Quixote.* pag. 239.
- Cap. XXIII. *De las admirables cosas, que el estremado Don Quixote contó que havia visto en la profunda Cueva de Montesinos, cuya imposibilidad, y grandeza hace, que se tenga esta aventura por apocrifa,* pag. 251.
- Cap. XXIV. *Donde se cuentan mil zarandajas, tan importantes, como necessarias al verdadero entendimiento de esta grande Historia,* pag. 267.
- Cap. XXV. *Donde se apunta la aventura del rebuzno, y la graciosa del Titerero, con las memorables adivinanzas del Mono adivino.* p. 277.
- Cap.

T A B L A.

- Cap. XXVI. *Donde se prosigue la graciosa aventura del Titerero, con otras cosas en verdad barto buenas,* pag. 292.
- Cap. XXVII. *Donde se dá cuenta quienes eran Maesse Pedro, y su Mono, con el mal suceso que Don Quixote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera, y como lo tenia pensado,* pag. 305.
- Cap. XXVIII. *De cosas que dice Benengeli, que las sabrá quien las leyere, si las lee con atencion,* pag. 315.
- Cap. XXIX. *De la famosa aventura del Barco encantado,* pag. 323.
- Cap. XXX. *De lo que le avino à Don Quixote con una bella Cazadora,* pag. 333.
- Cap. XXXI. *De muchas, y grandes cosas,* p. 340.
- Cap. XXXII. *De la respuesta que dió Don Quixote à su reprehensor, con otros graves, y graciosos sucessos,* pag. 353.

FIN DEL TOMO TERCERO.